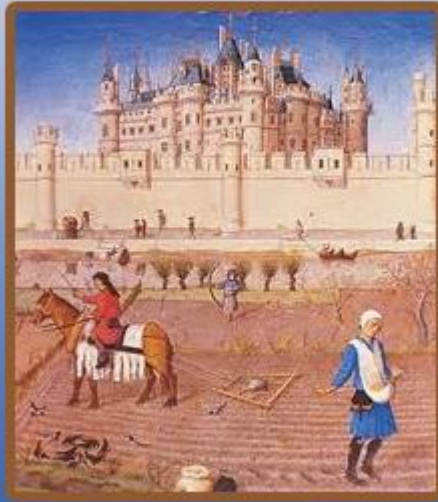


*Real como la
Economía misma*



Armando Roselló Domenech

REAL COMO LA ECONOMÍA MISMA

Armando Roselló

***A mi hermano Javier, a quien agradezco
sus molestias en la revisión de este libro,
así como sus aportaciones.
También me gustaría reconocer la ayuda
de mi compañero José Villanueva,
como la de otros varios conejillos de indias
a los que di a leer trozos de lo escrito
para ver qué cara ponían.***

ÍNDICE

Introducción

Capítulo 0

Una definición preliminar

- Por qué
- Cómo
- Producción
- Reparto
- Intercambio
- Qué

Capítulo 1

Una larga gestación

- Una tira de cuero
- El trozo de carne
- El montón de paja
- Shemi y sus historias

Capítulo 2

La primera gran Revolución

- Malos tiempos
- Asociación de ideas
- Visitantes
- Un muro
- Desarraigados
- Regreso

Capítulo 3

Ciudad, escritura, mercancías...

- Números
- Mercado
- Bronce
- Barro y paja
- Regates
- Información

Capítulo 4

... y dinero

- Sekels (pesos)
- Un trato
- La jarra
- La taberna
- La estatuilla

Capítulo 5

Todos los caminos conducen a Roma

- Ciudadano
- El puente
- Pleitos

Capítulo 6

Crisis

- Razzia
- Imperator
- Germánicos
- Valentia
- Potentes
- Amanuenses
- La Caída
- Crisis
- Rius Altus
- Banca

Capítulo 7

¿A cuánto el cuarto y mitad?

- Qurtuba
- Tertulia
- Despedida

Capítulo 8

Medioevo

- Frontera del Duero
- Varegos
- Siete historias
- Tesoro

Capítulo 9

La Fábrica

- Abuelo
- Padre
- Hijo

Capítulo 10

Hoy. ¿Mañana...?

- Germán
- Uche Ikpeba
- Años después

Un pequeño ser, oscuro y peludo, acechaba a un animalillo que se había detenido a mordisquear un jugoso tallo. Le lanzó una piedra que llevaba en la mano, pero falló y rebotando en el suelo, fue a parar cerca de un gran peñasco que emergía de la tierra. Alertado el animal, brincó y de dos saltos se perdió entre los matorrales. Contrariado y furioso, el cazador se dirigió contoneándose hacia donde había caído el guijarro, lo recogió y descargó su rabia arrojándolo contra la peña. Saltaron esquivas y se melló. Al tomarlo de nuevo, se hizo un amplio corte en un dedo. Sin alarmarse, miró fascinado como manaba la sangre. Dentro de su cerebro, ya preparado para ello, una serie de neuronas hicieron conexión.

INTRODUCCIÓN

¿Otro aburrido libro de Economía? ¿Va a decir lo de siempre? ¿Va a plantear teorías económicas diferentes pero descabelladas? ¿Va a haber alguien, aparte de unos pocos expertos, que lo entienda?

La respuesta a todas estas preguntas es no, o eso espero. Si bien el principio es algo duro ya que empieza con una definición y un desarrollo al modo más tradicional de un manual, posteriormente la estructura del libro es novelada, a la que se le van a ir intercalando comentarios sobre aquellas partes con transcendencia económica.

Creo necesario advertir que no se trata de un libro de Historia Económica, sino de un libro de Economía que utiliza la Historia, y la utiliza novelándola con lo que es posible permitirse más de una licencia. No tuvo que ocurrir necesariamente que el primer homínido se cortara con una piedra mellada para darse cuenta de las posibilidades que tal cosa encerraba. Pero, por qué no creémoslo, si lo importante es descubrir lo que ello implicó. Nuestra sociedad no existiría tal y como es hoy en día si no se hubiera dado ese paso, y todos y cada uno de los siguientes.

La idea arrancó hace algunos años, aunque de una manera algo diferente. Pensaba escribir dos libros en paralelo que dijeran lo mismo: uno que fuera una novela en la que se narraran acontecimientos de neto significado económico y otro, en el que se explicasen tales hechos en el más puro estilo académico.

Mi intención era que, leyendo tanto el primero como el segundo, se llegara a las mismas conclusiones, ya que pensaba, y sigo haciéndolo, que lo importante no son las palabras que se empleen, sino lo que dicen.

Pero recapitulando, me di cuenta de que no había escrito un libro en mi vida y ya estaba pensando en escribir dos. Opté, pues, por juntar ambos en un único volumen evitando, en la medida de lo posible, las exposiciones farragosas y la utilización del lenguaje obscurantista que nos caracteriza a los economistas.

Sin embargo, aparecerán partes que no habré sabido exponer con la simplicidad y claridad necesarias y por las que, de antemano, me disculpo. Les pido las lean con más atención, sin enfadarse demasiado conmigo y que en todo caso, sigan con la lectura.

Quizá se extrañen de que no aparezca ni una sola nota de pie de página. Está hecho a propósito, pues las he odiado toda mi vida: me rompen el hilo de la lectura y la inmensa mayoría de las veces, la dichosa nota no me dice nada. Al final del libro, eso sí, se proporciona una relación de la bibliografía consultada.

Para finalizar esta introducción, será conveniente dar una justificación al título: «Real como la Economía misma». La Economía, por encima de su propia complejidad y a pesar de la imagen casi mágica y reverencial que nos provoca, es muy substancial, tiene cuerpo, se puede palpar, es un ente concreto.

Las miles de palabras dichas y escritas, los miles de planteamientos y análisis efectuados, las miles de declaraciones y aseveraciones escuchadas, más que ayudarnos a comprender su propia complejidad, actúan como un velo que nos la ocultan. Ignoro si el lector comparte conmigo esta sensación de que hay algo que se nos escapa. Ese algo «real» es lo que pretendo exponer, y ésta es la razón de que me haya aventurado a escribir este libro.

CAPÍTULO 0 UNA DEFINICIÓN PRELIMINAR

Por qué

Si existe una manera suicida de iniciar un libro que pretende ser ameno, ésta es, sin duda, la de ponerse a dar definiciones de entrada. Pero, aun sabiendo que estoy corriendo un riesgo, considero más que necesario hacerlo así. Puede que una vez leídas las primeras páginas, el lector tome la decisión de aparcarlo en su biblioteca, justo en la sección de los de «ya lo leeré un día de éstos».

Si, pese a ello, vamos a arrancar de un modo tan clásico, es porque creo que, antes que nada, hemos de ponernos de acuerdo sobre los aspectos fundamentales de lo que vamos a tratar. Por tal razón, partiremos de lo que es la concepción de la Economía, que advierto, será un tanto diferente de la habitual. Mi propósito es que podamos compartir desde el principio lo que la actividad económica significa realmente. La Economía, tengamos en cuenta, es una Ciencia joven. Si bien la Humanidad realizó actividades económicas desde épocas muy remotas, el estudio científico de las mismas no comenzó hasta hace 300 años y pico. Desde entonces, se han dado diversas definiciones, que en mi opinión, no son plenamente satisfactorias, porque ninguna de ellas expresa la *razón última* de porqué el hombre realiza toda una serie de actividades económicas.

Quizá esta última afirmación no sea del todo cierta, pues puede que algún autor sí que se haya preocupado por encontrar dicha *finalidad*.

O quizá, esté implícita en las definiciones hasta hoy propuestas. No importa, puesto que lo que realmente me preocupa, es que esta apasionante Ciencia aún no tiene una visión clara ni universalmente aceptada de su *razón de ser*.

Razón de ser, finalidad, razón última, tres sinónimos que utilizo con el propósito de fijar en la mente de quien está leyendo la misma imagen que existe en mi cabeza. Pero, sigamos.

¿Por qué trabajamos? O mejor, ¿por qué tenemos que trabajar?

¿Por qué hemos de doblar el lomo sobre un pedazo de tierra, o hemos de bajar a la mina para extraer carbón, o debemos estar interminables horas ante una máquina produciendo tornillos o, para no alargarnos indefinidamente, tenemos que pelearnos con abrumadores montones de papeles en una oficina?

La respuesta es que hemos de trabajar para vivir. Nadie va a discutir ese punto y, sin embargo, cuando estudiamos la Ciencia Económica, ¡qué raras veces aparece esta conclusión tan evidente!

Siguiendo en esta línea, sabemos que hay países donde la gente se muere de hambre porque no son capaces de producir lo que necesitan para subsistir. Y

aunque hoy apenas nos acordemos de ello, tal situación también ha ocurrido en nuestras avanzadas sociedades. La historia de Europa ha estado plagada de épocas hambrunas que nuestra memoria ha borrado consciente o inconscientemente.

Sin embargo, hoy, la Economía se ocupa de otras cosas más «elevadas»: Finanzas, Bolsa, P.N.B., Marketing, Inflación, Paro,...

Pero descendamos de las alturas y toquemos tierra. Seamos conscientes que desde siempre han existido comunidades incapaces de alimentar a sus miembros en determinados momentos.

La Economía no es una ciencia mágica a la que los modernos sacerdotes del siglo XXI deban recurrir, mediante sus incomprensibles imprecaciones, para conseguir que los dioses o los hados (o la coyuntura) nos sean propicios.

No, nada de eso. En la Economía hay seres humanos, hombres y mujeres trabajando para ganarse el pan, luchando por sobrevivir. Esa es la *finalidad*, o lo que es lo mismo, *la razón de ser*, de la actividad económica: la lucha por la *supervivencia*, y por consiguiente, la Economía, como Ciencia, debe arrancar de esta realidad.

—Pero, pero... —me preguntarán— ¿De verdad piensa que altos ejecutivos, empresarios, políticos y resto de responsables que se hallan en la cúspide de la sociedad, están trabajando para sobrevivir?

—Pues sí. Por increíble que parezca, sí. Están tratando de vivir su vida como ellos creen que deben vivirla. Sobrevivir es la condición necesaria para vivir, y de lo que se trata es vivir lo mejor posible. Además, ¿cuál es nivel mínimo de supervivencia? ¿Un poco de comida y agua, ropa que nos proteja del frío y un sitio donde estar a cubierto? ¿Es sólo eso? ¿Serían las mismas cosas las que un trabajador del siglo XIX y otro del XXI considerarían como indispensables? ¿A qué tipo de «bienes» estaríamos nosotros dispuestos a renunciar?

Las condiciones mínimas de supervivencia son, pues, relativas. Cada cual lucha por alejarse cuanto más mejor de ese límite. Unos porque si caen por debajo de él, mueren y otros porque su manera de entender la vida se vendría abajo. ¿Admitiría un millonario tener que llevar la vida de uno de sus empleados? ¿Admitiríamos nosotros convertirnos en siervos de cualquier señor feudal de los muchos que todavía existen?

Que mis colegas me perdonen, pero si no entendemos esto, si no conocemos la *finalidad*, la *razón de ser* de la actividad económica, nosotros los economistas, difícilmente seremos mejores que esos doctores que unos siglos atrás se dedicaban a tomar el pulso, oler y observar los orines para acabar recetando sangrías y lavativas. A veces acertaban.

No puedo resistirme a dejar de observar la similitud entre el origen y desarrollo del tipo de Ciencias como la Medicina y la Economía. Estamos empezando, y

como hizo la Medicina en su día, aplicamos nombres técnicos e incompresibles a las cosas comunes.

Cuando un físico del Renacimiento (un médico, vamos) diagnosticaba a un paciente una hemiplejía facial, éste pagaba más gustosamente (es un decir) por ese diagnóstico que si su vecino le dijera:

—Lo que a ti te pasa es que «te s'h'agarrotao» media cara.

Sin embargo ambas expresiones son idénticas. Hoy, empleamos frases como la siguiente:

«Las Estructuras Comerciales deficitarias impiden el abastecimiento adecuado de nuestro Sector Secundario». O sea, que las fábricas están a medio gas porque no existe un buen mercado para poder comprar lo que necesitan.

Hubo un tiempo en el que se dijo de la Medicina que era el arte de acompañar al paciente a la tumba con palabras griegas. Es difícil resistirse a la tentación de parafrasear tan jocosa definición. Así la Economía sería el arte de explicar con palabras anglosajonas, porqué no debimos haber hecho lo que hicimos.

Esta crítica sólo tiene sentido si sirve para comprender que al igual que las otras Ciencias evolucionaron a lo largo de los siglos, así lo hará la Economía en cuanto encuentre toda una serie de principios básicos que emanan de su palpable *finalidad*: la *supervivencia*. A partir de ahí, podrá empezar a construir (y reconstruir) teorías y modelos válidos.

Las operaciones aritméticas elementales, los principios fundamentales de la Física, los elementos simples de la Química, etc., constituyeron dichos principios básicos para todas estas Ciencias, cosa que, desgraciadamente, aún no hemos encontrado en la nuestra.

Resulta realmente frustrante que, con más de dos siglos de existencia, no tengamos clara la «Teoría del Valor», o lo que es lo mismo, el porqué las cosas valen lo que valen. O, mejor, cuánto valen las cosas. En honor a la verdad, desde Adam Smith a nuestros días, incluyendo a Piero Sraffa, ha habido intentos serios, que si bien no han dado la solución al problema, han permitido descubrir algunas de sus leyes.

Y esto en sí mismo también es un problema, porque esas leyes, algunas de ellas controvertidas e incluso rechazadas, han servido de base para modelos económicos e incluso para planteamientos ideológicos, pero que al arrancar de unos principios cojos e incompletos, han acabado finalmente derrumbándose, no sin antes haber provocado enormes destrozos:

«Dejemos actuar al Mercado, que a través del mecanismo de la búsqueda del bien individual, desencadenará el bien colectivo.»

Vamos, el «Laissez faire» al servicio de una ideología liberal que acabó derrumbándose tan estrepitosamente que dio origen a su antítesis y a la

antítesis de esta antítesis, el comunismo y el fascismo. Pero eso es otra historia.

Nos engañamos a nosotros mismos, convencidos de las maravillas del Sistema o al revés, de sus calamidades, creyéndonos los planteamientos de unos cuantos economistas y políticos, tomándolos como Ciencia, cuando en realidad no pasan de ser meras proposiciones ideológicas o casi.

Se ocasiona, así, unos daños enormes a nuestra Economía. De pronto aparecen épocas de vacas flacas que nadie se espera. Luego épocas de pujanza, que vienen seguidas invariablemente por otras desastrosas de nuevo. Grandes fortunas, modos de hacer negocios a lo grande por «genios» de la Economía, y de repente, todo acaba por los suelos.

Crisis financiera, *hot money*, paralización industrial, caída de la Bolsa, desempleo, inflación, etc., son palabras que todos conocemos. ¿Ha sido capaz la Economía de prever con antelación lo que se nos venía encima? ¿Se conocían los mecanismos que iban a provocarlos? ¿Qué tratamiento eficaz habríamos de aplicar?

Despido libre, proteccionismo, subida de los impuestos, reducción del crédito, freno del consumo, apretarse el cinturón... En resumen, para unos médicos, sangrías, para otros, lavativas. Por suerte la naturaleza humana es muy resistente.

Cómo

Es muy difícil contestar a estas últimas preguntas sin tener las ideas muy claras de los principios que surgen de la propia *razón de ser* de la Economía. Es imposible comprender porqué un barco desaparece en el horizonte si no sabemos que la tierra es redonda.

Pero si dijéramos que la Economía es el Ciencia de la *supervivencia*, significaría quedarnos cortos; y lo que es peor, pecaríamos de inexactos. La Medicina y las Artes Marciales, pongamos por caso, entrarían también de pleno en esta definición. Por tanto, para delimitarla correctamente, nos faltaría añadir algo más a lo que ya sabemos. Precisamente, habríamos de agregar *cómo* nos lo montamos para alcanzar esa meta de la *supervivencia*. Ese *cómo* es el que la diferenciará de las Ciencias que mencionábamos más arriba. La respuesta a tal pregunta no nos va a costar mucho esfuerzo descubrirla:

En primer lugar, conseguimos sobrevivir, trabajando. Esto es, produciendo, extrayendo o recolectando bienes; pero también, haciendo acopio de ellos o prestando servicios a terceros. (Sabemos que hay gente que no le hace falta trabajar para vivir. No nos preocupemos por ahora.)

En un segundo momento, tendremos que repartirnos lo obtenido conforme a unas reglas preestablecidas. Y finalmente, estaremos en disposición de intercambiar lo «producido», por lo realizado por otros. Será posible, asimismo,

intercambiarlo por otro servicio o destinarlo a producir más bienes, mediante un proceso de acumulación de capital.

Producción

Pues bien, para que podamos decir que una actividad es realmente económica, son precisos estos tres elementos: la «producción», el reparto y el intercambio.

La mera producción y acumulación de bienes por una persona aislada o por su familia carece de trascendencia ante terceros, pues no va a hacer partícipes a estos últimos de los frutos de los primeros, ni viceversa. Estaríamos, pues, hablando de unidades independientes.

Cuando un individuo produce, es capaz, si lo hace adecuadamente, de generar algo que «vale» más de lo que le «cuesta» producirlo. Esta diferencia es lo que denominaremos *excedente*: lo que me sobra después de descontar lo que he empleado para hacerlo y lo que voy a tener que retirar para mi propio uso.

Las palabras «vale» y «cuesta» deben ser tomadas, en este momento, con una amplitud bastante generosa. Lo contrario sería perdernos en los enmarañados vericuetos de la Teoría del Valor. En capítulos posteriores espero dejarlas definidas.

Ahora que hemos introducido el concepto de *excedente*, podemos quitar las comillas al término producción y emplear en adelante el mencionado de *excedente*.

Reparto

Podemos afirmar, de una manera taxativa, que allí donde se genera un *excedente*, siempre se produce un reparto del mismo.

Pongamos un ejemplo. Pensemos cuánta gente se encuentra involucrada en la confección y venta de algo tan simple como una barra de pan envasado: agricultores, molineros, transportistas, panaderos, fabricantes de plástico, publicistas, repartidores, vendedores, *merchandisers*, ejecutivos, accionistas,... y la cajera del supermercado que cobra su precio. ¡Cuánta gente viviendo de lo que se le «gana» a una simple barra de pan!

La pregunta inmediata es cuánto le toca a cada uno de ellos del *excedente* producido por la barra. Si se lo preguntáramos, obtendríamos de todos una increíble coincidencia en sus respuestas: demasiado poco.

Además esta pregunta no es baladí, sino absolutamente trascendente, ya que la generación del *excedente* no es independiente de su reparto: dependiendo de a quién y en qué proporción vaya a ir a parar, obtendremos un modelo u otro de organización económica. En efecto, con la descripción del ejemplo del pan aparece claro que estamos hablando de un tipo de sociedad con una Economía avanzada. Por contra, si únicamente intervinieran el agricultor, el molinero y el panadero, la imagen que nos vendría a la mente sería la de otra,

con una Economía más atrasada y primitiva. (¡Ojo! No estoy tratando de ensalzar las maravillas de la venta de un pan envasado en comparación con la del horno tradicional. Es un simple ejemplo.)

El asunto del reparto es, pues, fundamental. Aunque no estuviéramos de acuerdo en lo expuesto en el anterior párrafo, no podríamos dejar de pasar por alto el hecho de que desde siempre se ha producido un permanente tira y afloja sobre la parte del botín que ha de repartirse cada cual. Las discusiones sobre este tema, han distado de ser desapasionadas y constructivas, llegando incluso a constituir un motivo por el que un ser humano mate a otro ser humano. ¿Cuántos crímenes, guerras incluidas, se han debido al deseo de acceder a una mayor parte de lo que le correspondía en un principio? Demasiados, desgraciadamente.

Intercambio

Finalmente, para que podamos hablar de actividad económica debe existir la posibilidad de intercambiarlo. (Pensemos qué ocurriría si todo lo que les sobrara a los agricultores lo dejaran desperdiciar.)

Ese *excedente*, cuando lo intercambio con el de un tercero, o tengo la intención de hacerlo más adelante, es cuando adquiere valor. El mecanismo que actúa es muy simple: si me sobra algo de lo que yo produzco, subjetivamente le doy menos valor que a lo que le sobra a un tercero y me falta a mí. Del mismo modo, pero a la inversa, a él le ocurre lo mismo, con lo cual nos convendrá un intercambio:

Si tengo un exceso de dos capazos de manzanas y mi vecino tiene un exceso de un par de puñados de sal, esa sal que a él le sobra, me parece más valiosa para mí que mis manzanas, por consiguiente el negocio me interesa. Estamos asomándonos a la Teoría de la Utilidad, que explicaremos en el séptimo capítulo.

(Puede darse el caso de que por cualquier razón, intercambiamos no sólo el *excedente* sino todo el producto o incluso los elementos y medios necesarios para producirlo. Este hecho es, en sí, una complicación del modelo, pero que puede obviarse, si tenemos en cuenta que este último tipo de intercambio, está motivado por que, al menos una de las partes piensa en una futura generación de *excedente*. Nadie compra un campo a un campesino que necesita hacer frente a sus deudas, si no cree que puede sacarle provecho en un futuro.)

Alto. Todo lo afirmado sobre la necesidad de intercambio para que podamos hablar de que exista un *excedente*, parece complicado, pero no lo es. Simplemente estoy diciendo que si dos seres humanos truecan dos productos que les sobran, ambos tendrán dos necesidades satisfechas en vez de una sola. Ahí precisamente, radica la importancia del intercambio.

Una última cuestión que me he dejado colgada al principio de este apartado. No todo aquél que genera *excedente* tiene derecho al mismo. Ni todos los que se lo reparten han contribuido a crearlo. Esclavos y rentistas acaudalados,

podrían ser dos ejemplos. Una pregunta para ver si vamos todos en la misma onda. ¿Cómo consideraríamos según lo expuesto a los jubilados?

Los jubilados ya no generan *excedente* pues no trabajan, pero sí entran en su reparto. El mecanismo que actúa podríamos describirlo diciendo que en su época activa, guardaron en un fondo común una parte del *excedente* al que tenían derecho y ahora lo van retirando.

Qué

Pues bien, es precisamente la existencia de esos tres elementos junto a la *finalidad* de la *supervivencia*, lo que confiere el calificativo de económica al sustantivo actividad. Con ello, estamos en condiciones de dar respuesta al título de este capítulo: «Una definición preliminar». La que aparece seguidamente es larga y farragosa, así que léanla una sola vez y olvídenla. Por eso, aparece en letra más pequeña.

La Economía es la actividad humana tendente a la supervivencia del individuo, su familia o su sociedad, mediante la producción, extracción, recolección o acaparación de bienes o la prestación de servicios; de modo que, una vez establecido su reparto, lo generado directamente por dicha actividad o lo ya existente previamente, se intercambie, se guarde para intercambiar (o para generar más bienes), puesto que, en opinión de las personas que acuerdan el trato, lo que se obtiene de la otra parte, les va a proporcionar una mayor utilidad que aquello de lo que se van a tener que desprender.

Es realmente un galimatías. Y si, finalmente, me he decidido a incluirla, no es porque me haya costado una barbaridad de tiempo escribirla, cosa cierta, ni tampoco porque cuando alguien escribe algo verdaderamente incomprensible exista la tendencia a considerarlo un sabio, sino porque nos da idea de la propia complejidad de la Economía.

Después de releerla ininidad de veces, creí conveniente resumirla de manera que, incluso, yo mismo pudiera entenderla y recordarla:

La Economía es la actividad humana tendente a la supervivencia mediante la generación, reparto e intercambio del excedente.

Estando, finalmente, de acuerdo sobre lo que es la Economía y que ésta es un enmarañado embrollo, sólo me queda por exponer antes de cerrar este capítulo, que el propósito de este libro, no es otro que el de solucionar alguno de los aspectos básicos de esta enorme madeja conceptual que supone nuestra actividad económica. Pero si damos una mirada al guirigay que representa la Economía actual va a marearnos más que a aclararnos las ideas. Por ello, será conveniente remontarse a los orígenes de nuestra Historia, en los que las relaciones eran muy elementales (o así pensamos hoy en día) y donde será fácil seguir el rastro e identificar los diferentes procesos económicos. Empecemos, pues, por ir a una tribu prehistórica, totalmente imaginaria, en la que realizaremos esa búsqueda de los principios básicos. Asomémonos a su

vida y vayamos descubriendo las cosas asombrosas que van a ser capaces de lograr, por el simple hecho de hacerlas de una manera u otra.

Como comentamos en la Introducción, debo recordar que no se trata de un libro de Historia Económica y que, por mi parte, me he tomado alguna que otra libertad. Además será necesario añadir que la mayoría de los personajes y situaciones son ficticios, aunque he procurado que el marco histórico en el que se desenvuelven sea lo más fiel posible. Busco mostrar la vida económica real mediante ejemplos situados en determinados momentos y lugares. A partir de ahí, vuelvo a insistir, espero demostrar su *finalidad* y poder sacar a la luz algunos de los principios de esta estimulante Ciencia.

Soy consciente que buena parte de las afirmaciones anteriores pueden quedar algo vagas y que se enumeran ideas que no se profundizan. Pero no es este el momento de desarrollarlas, tenemos todo un libro por delante para ir viéndolas.

CAPÍTULO 1 UNA LARGA GESTACIÓN

Una tira de cuero

Palb se despertó con la sensación de bienestar que siempre sentía después de haber dormido de un tirón. Pero pronto le abandonó cuando empezó a pensar en el día que se le venía encima. Todavía sin querer levantarse, dejó que su mente y sus ojos vagaran por la cueva. Del fuego sólo quedaban rescoldos. Leru, su compañera, yacía acurrucada junto a él en su rincón de la caverna. Ronroneaba plácidamente bajo una de las pieles. Palb, después de observarla durante un rato, pensó que no resultaba ni la mitad de atractiva que durante el día. Al calor de lo que quedaba del fuego, sus cuatro retoños dormían increíblemente silenciosos. Pronto abrirían los ojos y ya no dejarían de hacer ruido ni de estarse quietos hasta que cayeran rendidos al final del día. Se incorporó un poco y divisó los bultos que formaban los cuerpos del resto del grupo. Ya alguno se desperezaba, otro, medio levantaba los párpados. Aquella tranquilidad iba a cambiar en breves momentos.

Hoy irían a cazar al oso de las cavernas. Lo habían divisado ayer mismo en la vaguada de la roca negra. Ese pensamiento le produjo un agujonazo en la boca del estómago.

«¡Por el gran dios Tshak! —pensó—. Si ya de por sí es peligroso enfrentarse a uno de esos animalotes, con una boca toda colmillos y con unas garras descomunales, todavía es peor que el cazurro de Güeje esté al mando.»

«Va a ser un desastre otra vez. Más de uno podrá acabar despanzurrado al atacar al animal (quiera el gran Tshak que no sea yo). Pero el hambre empieza a apretar, las verduras, las raíces y las frutas hace tiempo que han sido devoradas; ahora esquilamos las bayas. Los niños, las mujeres (y nuestras barrigas) ya empiezan a quejarse.»

Aún sin levantarse, y medio reflexionando, se daba cuenta, al igual que todos los demás, que en pocos días tendrían pocas fuerzas para cazar. Con el invierno asomándose, el grupo tendría que emigrar, sin provisiones y expuestos a las inclemencias de unos fríos atroces. Pronto empezarían a morir los niños y luego los adultos. Si ahora había más hombres que los dedos de una mano y mujeres unas pocas más, para cuando acabara el invierno, sobraría con los dedos de una mano para contarlos a todos, si había suerte.

No se descubre ningún gran misterio. El grupo iba realizar una actividad cazadora por una razón muy simple. Necesitaban aprovisionarse para poder

seguir viviendo. Se iban a trabajar a la búsqueda de su sustento. ¿Esto constituye una actividad económica ya de por sí?

La respuesta es no. El aferrarse a una tabla después de un naufragio constituye una actividad de supervivencia, que a nadie se le ocurre calificarla de económica. Lo mismo ocurre con la acción de cazar para alimentarse, o el propio hecho de alimentarse. Podemos hablar de Economía cuando aparezcan otros elementos en el proceso.

Casi como por arte de magia, todos se despertaron y se pusieron de pie. Las mujeres empezaron a atender a los niños y a repartir las míseras bayas para engañar al estómago. Hubo un rifirrafe entre dos críos por un trozo de carne que quedaba de alguna cena, quién sabe de cuándo, que se saldó con un coscorrón al intervenir uno de los adultos, quedándose como prenda el objeto en disputa. Lo confiscado pronto desapareció en su barriga, antes de dar tiempo a nadie a apelar por el pedazo en cuestión. Dos o tres miradas cargadas de malos propósitos, pero eso fue todo.

Como ya se había decidido la noche anterior, los hombres cargaron con sus palos y hachas de piedra y salieron de la cueva. El aire fresco de la mañana les saludó con un escalofrío que les recorrió las espaldas. Nuestro amigo Palb, medio distraído, recogió una larga tira de cuero con la que los niños jugaban a ver quien lanzaba más lejos una piedra atada a uno de sus extremos.

En el camino, no dejaba de pensar en el oso y en la tira de cuero. Palb sabía que no era el más valiente y que sus gestas jamás serían contadas en las reuniones junto al fuego. En realidad no le importaba en absoluto, le bastaba por el momento que el oso no le alcanzara con sus zarpas, y para ello lo mejor era estar lejos. Pero el grupo no admitía rácanos. Había que dar la cara, a menos que...

«Podría ser posible que le dé al oso desde lejos —iba pensando ensimismado—. Simplemente he de usar este juguete como lo hacen los niños, pero con una piedra más gorda.»

Durante el camino fue fijándose en el suelo hasta que encontró una lo bastante grande y puntiaguda. Tenía el tamaño de tres de puños. Dándole y dándole más vueltas al asunto, ató el cuero a la piedra, mientras curiosamente experimentaba un afán, desconocido en él, de encontrarse con el oso para poner en práctica su invento.

Ya con el sol muy alto lo vieron. Enorme y terrorífico. Mientras empezaban a rodearlo, el oso los descubrió y dándose la vuelta se dispuso a hacerles frente. Se levantó sobre sus patas traseras, alzó sus brazos y mostrándoles sus garras, les lanzó un rugido estremecedor.

Esto, desde luego no contribuía a tranquilizarles en absoluto. Se detuvieron en seco inmobilizados por el miedo, mientras que con ojos muy abiertos miraban

una vez al oso, otra, a ellos mismos. El jefe Güeje, desde luego el más bruto de ellos, soltó una o dos palabrotas y se movió hacia adelante haciendo que los demás lo imitaran.

—¡Venga! ¡L...! ¡Móved el c...! Hacia adelante —les ordenó con gritos y bruscos ademanes.

Después de uno o dos amagos de alguno de ellos y alguna que otra piedra que rebotó sobre el cuerpo de la fiera (enfureciéndolo más que otra cosa), Palb empezó a dar vueltas a su artefacto como había visto hacer a los niños.

El peso era mucho. Estaba a unos siete u ocho pasos de su presa. Cuando la piedra y cuero estaban a punto de salir, trastabilló, con el resultado que el proyectil fallara por bastante. Pero lo que había visto nuestro buen Palb, bastó. La piedra había salido tan fuerte que si hubiera alcanzado al oso, lo habría dejado sobradamente aturdido. Los demás quedaron asombrados porque a todos les pareció que si el invento funcionaba, se iban a ahorrar más de un arañazo.

El palurdo del jefe, no estaba tan de acuerdo, si bien no sabía aún porqué. De todos modos, era cuestión de dedicarse al oso y no a filosofar. Dos gritos más y el acoso continuó.

—¿Qué hacéis ahí plantados como pasmarotes? ¡Os mováis, c...!

Palb no obedeció. Salió corriendo hacia donde había caído su piedra y ya con ella de vuelta, realizó los mismos movimientos para relanzarla.

Se inició por segunda vez el molinete. Sus compañeros quedaron como suspendidos mientras miraban fascinados el giro de la piedra. Sin solución de continuidad, salió de entre sus manos, y en un suspiro, pasó cerca, muy cerca del oso.

Volvieron a mirarse unos a otros. Una bombilla fue iluminándose en sus rostros al comprender lo que se proponía Palb.

Empezaron a hacerle el juego, incluido el jefe que quiso saber en qué quedaba todo aquello. Así que se pusieron a marear al oso y a hacerle fintas, mientras Palb iba a por su piedra. Ya de vuelta, reinició por tercera vez el volteo del proyectil.

La piedra alcanzó pecho, cuello y parte de la barbilla del oso, que vio miles de puntos luminosos dentro de su cabeza a la vez que perdía su sentido del equilibrio, inclinándose hacia adelante y hacia atrás, sin ver otra cosa que las hojas de los árboles dándole vueltas como una noria alrededor de su cabeza.

El grupo vio el impacto, la sangre saliendo de entre sus dientes y sus pasos de beodo, así que sin darle tiempo a recuperar su aturdimiento, el jefe, Buop y Uilt atacaron clavando sus puntiagudos palos de punta endurecida por el fuego, en

la carne del oso, sin preocuparse en lo más mínimo de la multiplicidad de agujeros que estaban haciendo en tan hermosa piel.

Lo siguiente ya fue rutina. Le cortaron la cabeza con un hacha y después de abrirle la panza con un cuchillo de piedra, le vaciaron las tripas. Lo ataron sobre una pértiga para transportarlo y comenzaron a andar el camino de regreso. Contentos y relajados, no paraban de comentar el invento de nuestro Palb. Amplias sonrisas, palmadas y una no disimulada admiración se reflejaban en sus rostros cuando, por turnos, examinaban con profunda (experta, casi podríamos decir) atención el artefacto.

—Ya decía yo que este Palb llegaría —decía Buop.

—Ya había pensado antes que lo de los críos podía servir para esto —replicaba Uilt.

A decir verdad, no todos estaban satisfechos. El jefe había comenzado a filosofar y decididamente pensaba que aquello no le gustaba. Ahora tendría que haber sido él quién fuera objeto de la adulación de los demás por su valor e inteligencia.

«Jefe, ¡eres el mejor! —haría la pelota uno, al que el propio Güeje habría salvado durante el enfrentamiento.» «¡Güeje es el más valiente! ¡Viva! —gritarían a coro ahora mismo todos ellos.»

Él, claro con su infinita modestia, restaría importancia a los riesgos que había corrido. Así había sido siempre, y así debería seguir siendo. Pero ahora, nadie le prestaba la más mínima atención. Estaban todos alelados con el tonto de Palb. Un análisis más profundo, le llevó a la conclusión de que aquello no estaba claro, que la cosa era buena y a la vez mala (para él).

«¿Cómo podía ser esto posible?» —se preguntó.

Tal contradicción lo sumió en una profunda intranquilidad. Él también había descubierto algo, aunque no se daría cuenta de ello en su vida. Se había topado con un dilema. Los dilemas funcionan así, si hago una acción, malo, si hago la contraria, malo también. Si felicitaba a Palb, malo, pues ya no sería el «más mejor» del grupo y si se oponía al invento, podría acabar igual de descuartizado que el oso.

Siguiendo la misma línea que el comentario anterior, hasta este momento no se ha producido ninguna acción de tipo económico. Matar al oso más o menos bien, no implica actividad económica, como tampoco recoger frutas y raíces del bosque. Tan sólo son actividades básicas de supervivencia.

Para que se produzca una actividad económica es preciso algo más que una cierta eficacia en la manera de hacer las cosas. La producción masiva de globos aerostáticos en la luna difícilmente constituirá una actividad económica

desde el mismo momento que nadie va a comprarlos por no servir en una atmósfera sin aire. Para que podamos juntar las palabras económica y actividad, van a hacer falta más elementos. Producir por producir, hacer por hacer es simplemente producir o hacer, pero nada más. Volvamos a la historia de Palb y comprenderemos el porqué de ello.

Con una inmensa satisfacción entraron en los alrededores del campamento. Más pronto que nunca y sin ningún rasguño, portaban orgullosos su trofeo. El resto del grupo, mujeres, niños y el patoso de Zem, notaron que algo extraño había pasado. Primero con una cierta aprensión y luego de ver que estaban todos y bien, se fueron acercando a los cazadores con la ansiedad de saber lo que había ocurrido.

No se hicieron de rogar mucho y con pelos y señales explicaron los maravillosos acontecimientos que habían sido capaces de llevar a cabo. Sacando pecho, comentaban los fulminantes efectos del misil manual diseñado por Palb. Los oyentes, con la boca muy abierta y con los ojos como platos, miraban ahora al oso, ahora al artefacto, que mostraba en uno de sus cantos la mancha parda de la sangre seca del animal.

Güetje, el jefe, estaba más fastidiado que nunca. Siempre había sido él el centro de la historia de cada caza, y era muy duro ocupar un segundo plano. Así que con un par de bramidos, cortó por lo sano y ordenó a las mujeres que se pusieran a trabajar en el oso.

—Las mujeres a lo vuestro. A preparar el oso.

¡Alto! Aquí aparecen unos terceros que van a realizar una actividad diferente: el hombre ha ido a cazar y la mujer va a desollar y descuartizar el oso. Hay una especialización del trabajo basada en el sexo. En teoría empieza a parecer un esbozo de actividad económica. No obstante, por convención, cuando se trate de relaciones entre miembros de la familia, no vamos a considerarlas como económicas. Al igual que hoy en día, el trabajo del hogar que realiza uno de los cónyuges no se considera como «trabajo remunerado»; en nuestra historia tampoco vamos a hacerlo. (En este mismo sentido, y a fuer de ser purista, tendríamos que considerar que el conjunto de los ancianos de la tribu, sí que hacían un trabajo diferenciado, e importante, aunque no lo vamos a distinguir así, para simplificar.)

Antes de ser quemado en cualquier hoguera, me veo en la obligación de aclarar que esta historia no se narra desde una perspectiva machista. El que los hombres cazasen y las mujeres estuvieran en la cocina, fue una realidad. Hoy en día ya somos muchos los que sabemos que la mujer puede ser peor, igual o mejor cazadora que el hombre, y que éste en la cocina puede hacer auténticos desastres o auténticas delicias. Dependerá de cada cual, no de su sexo.

El trozo de carne

La cena fue apoteósica. Por trigesimosegunda, o quizás trigesimotercera vez se contó la misma historia. El contento era general, salvo por dos excepciones. Una ya la conocemos. La otra era Zem. Se le había insinuado mediante indirectas, dos o tres empellones, un coscorrón y un estacazo en la mano cuando la alargó a coger un pedazo del muslo, que si no cazaba, no comía. Podría hartarse con todas las bayas y moras que cogiera, pero del oso, nada.

Zem, se sentía incomprendido, y mucho. Tendría que pensar algo. Eso de liarse a trompazos con el oso le parecía poco culto y él estaba destinado a otras cosas más elevadas. Su premio, un puñado de moras, que de todas formas habría de procurarse él mismo, no le parecía que le hiciera justicia.

En el altercado, el pedazo de carne había caído al suelo a escasa distancia del fuego sin que nadie lo notara. Al cabo de un cierto tiempo, el trozo empezó a cambiar de color, de rojo vivo a marrón oscuro, y en una parte a negro carbón. El tufo a socarrado llenó la cueva, y, Cío, una de las mujeres lo cogió, se quemó y con un alarido, lo arrojó a un rincón. Jurando en arameo, la buena mujer explicó que con la comida no se tontea y que eso de desperdiciarla debería estar castigado por la ley.

Güeje, entre grandes risotadas como todos los demás, en un inusual destello de ingenio, le dijo a Zem con bastante mala idea:

—Si quieres oso, puedes comerte ese pedazo, ya que al fin y al cabo tú has sido el causante.

Un sinfín sentimientos pasaron por la mente de Zem. Su orgullo, su sentimiento de transcendencia propia, el ser blanco de las ironías de los demás... Así que decidió, en un arranque de gallardía, pasar olímpicamente de tan deshonesto propuesta. Pero ante las apelaciones y protestas de su estómago y sin sentirse rebajado en lo más mínimo, recogió con mucho cuidado el pedazo y se lo llevó a la boca.

Primero se quemó los labios y la lengua, luego, la parte negra le amargó la boca, así que escupió tan desagradable substancia en dirección a sus pies.

Las carcajadas fueron como el retumbar del trueno. Hacía lunas que no se reían tan a gusto. Con la barriga medio llena, con los próximos días asegurados y al calor del hogar, nada mejor que una sesión de payasadas para sentirse bien.

Uilt, uno de los miembros más obtusos del grupo, como quiera que se divertía mucho, no estaba dispuesto a que se acabara tan pronto la juerga. Así que se levantó, recogió el famoso filete y se dirigió hacia Zem. Blandiendo el puño como argumento de convicción, se empeñó en que Zem le diera otro mordisco. Éste, que ante la fuerza de los argumentos rara vez se resistía, le aplicó una ligera dentellada en la parte menos caliente. Con una docena de pares de ojos

mirándole expectantemente, Zem se dispuso a repetir su actuación de escupirlo.

Pero, como un relámpago, pensó que era eso precisamente lo que ellos querían. Si volvía a arrojarlo, volverían a reír y a hacerle morder aquello. Por eso, con mucha dignidad, según él, y con una regocijante cara de aprensión según los demás, fue masticándolo para tragárselo. Cuando lo que esperaba era un fuerte amargor, lo que saboreó fue una exquisita combinación de sabores y sensaciones que nunca había pensado pudieran existir. No hizo falta que le invitaran a repetir la experiencia. Él mismo, levantó la mano y dirigió a la boca el trozo de carne por la misma parte que acababa de ser mordida. Esta vez, el bocado fue enorme, glotón. Las expresiones de los demás cambiaron de las de burla a las de perplejidad y finalmente a las de curiosidad.

Zem se tragaba con enorme satisfacción el filete. Acababan de presenciar en directo el nacimiento del arte de cocinar.

Como quiera que a ninguno de ellos se le ocurrió que les estaban tomando el pelo, Güeje, le arrancó de un tirón la carne restante, la mordió y a mitad del proceso de masticado, emitió su apreciación positiva al nuevo descubrimiento. El poder acababa de sancionar la introducción de un nuevo sistema en la vida del grupo.

—Acercad la carne al fuego, pero ¡jojo!, sin que se queme y luego probadla — les dijo Güeje actuando como un buen político que sabe ver la oportunidad de aprovechar una situación.

En este momento se daba cuenta que iba a recuperar su prestigio y de paso a arrinconar a Palb. Así lo hicieron, y como todos aprobaron el resultado, alabaron la sabiduría del jefe, quien sintiéndose generoso hizo dos cosas, una consciente y la otra que jamás llegaría a descubrir.

—Zem, puedes comer tu parte del oso —le dijo. Esa fue su acto consciente.

Con ello, segunda consecuencia, había dado lugar al nacimiento de la Economía (¿Eh?)

Un tercero ajeno a la caza y propiedad del oso, había tenido acceso a parte de lo que sobraba de él, al haber prestado un servicio, digamos de asesoramiento, o de conejillo de Indias involuntario, lo mismo da, por el que fue recompensado en justa contraprestación.

Este punto está deliberadamente exagerado. Su único propósito es poner de manifiesto una disociación entre la producción del «bien» y el disfrute del mismo.

Evidentemente, todos estos descubrimientos no se produjeron en el mismo día, ni en el mismo grupo. Quizá estuvieron separados por decenas de miles de

años y de kilómetros. Importa poco a efectos del objetivo perseguido en esta narración. Ya indicamos que íbamos a permitirnos alguna que otra licencia. La leyenda que tanto aparece en las películas, «Los personajes aparecidos en esta obra son ficticios y cualquier parecido con acontecimientos reales, es pura coincidencia», es perfectamente aplicable a este libro.

De todos modos, reflexionando un poco más, no es improbable que, de entre las primeras transacciones, bastantes fueran intercambios de bienes por servicios. Personas de la misma tribu, pero no de la misma familia, que ofrecieran ayudas, curas, oraciones, etc. y que recibieran en pago, algunas provisiones. Se trató, en todo caso, de situaciones esporádicas. Todavía no de una actividad generalizada.

En cuanto a tomar los alimentos «cocinados», la tribu abandonó esa moda a los pocos días. Quizá hubo una discusión acerca de la vuelta a una alimentación más natural. Parece que no fue hasta hace unos pocos miles de años que la Humanidad usó el fuego para preparar los alimentos, aunque no exista sobre este extremo un acuerdo generalizado.

El día siguiente fue muy placentero para el grupo. Como para sumarse a la celebración, el tiempo mejoró, llenando el otoño de un azul deslumbrante que rivalizaba con el dorado majestuoso de las copas de los árboles. El sol, por su parte, contribuía proporcionándoles un cálido confort.

El grupo estaba fuera de la cueva gozando del aire libre a sabiendas que los días de bonanza estaban dando sus últimos coletazos. No parecía preocuparles mucho el futuro, tenían carne de sobra, para más de cinco (|||||) días, casi toda una eternidad. En esos cinco (|||||) días, con todas sus fuerzas al completo, podrían hacer muchas cosas. Pero no hoy, hoy era el día después de la caza, o sea, festivo. Era una tradición que venía de antiguo y que era seguida escrupulosamente.

La festividad consistía en que, a parte de un breve acto de gratitud hacia Tshak, los niños podrían jugar (pero eso ya lo hacían todos los días), los hombres dedicarían todo el día al difícil arte de no hacer nada (a excepción de las siete necesidades fisiológicas básicas) y las mujeres, por su parte, harían lo de todas las jornadas, además de aguantar a sus hombres (y satisfacer algunas de dichas necesidades).

Dedicados como estaban a la vida contemplativa, una voz chillona les arrancó de su ensimismamiento.

—Cuéntame otra vez cómo Palb mató al oso —preguntó uno de los mocosos a Buop.

Buop se estaba convirtiendo en uno de los admiradores más destacados de Palb; lo que desde luego no favorecía su carrera política, puesto que Güeje estaba pensando seriamente apartarlo de sus listas electorales.

Buop se dispuso a contar con toda clase de gestos la hazaña, pero como estaba al aire libre, a pleno sol y fuera de la cueva, de dos zancadas, pensado y hecho, se metió en la susodicha cueva para salir al poco con el aparato en la mano, presto a hacer una demostración en vivo.

Hete aquí la piedra dando vueltas, la totalidad del grupo mirando el espectáculo y el artista de Buop en medio de todo... Pero como las armas las carga el diablo, el cuero, finalmente, se rasgó, de suerte que un pedazo quedó fuertemente agarrado a su mano y el otro acompañó a la piedra en su recorrido. La cabeza del proyectil junto con su cola, describieron un arco hacia arriba y hacia atrás, dirigiéndose, ya en sentido descendente, hacia Cío, quien paralizada, no pudo hacer otra cosa que observar fascinada su caída.

Casi como esperando el ruido sordo de la piedra golpeando sobre la carne, se encogieron de hombros entrecerrando los ojos.

Cuando todos los utensilios esparcidos a los pies de Cío saltaron por los aires hechos añicos, ocurrieron varias cosas simultáneamente. Cío, ametrallada por astillas y piedrecillas, brincó como impulsada por un resorte, volvió a usar el arameo para maldecir a Buop, y el grupo, al unísono, se levantó para socorrer a la accidentada.

El incidente no fue a mayores porque sujetaron a Uilt, su compañero, y además porque Buop se comprometió a entregarle su ajuar de algunos caparazones, palos, quijadas y huesos, como compensación por el destrozo causado. Se acababa de producir el primer accidente en pruebas experimentales de armas de caza.

Ya olvidado el incidente, dedicaron su atención al arma y a la necesidad de repararla. No sólo eso, sino que alguien propuso la idea de construir alguna que otra más.

Zem, bastante más habilidoso, se las ingenió para hacer un duplicado más resistente al trenzar dos tiras de cuero que ató a otra gran piedra.

Tener un juguete implica la necesidad imperiosa de jugar con él. Así que todos y cada uno de ellos, se pasaron el resto del día practicando con su artefacto, sin que a decir verdad lo hicieran del todo mal.

Al caer la noche, el grupo se retiró a la cueva, donde después de cenar, hubo reunión del consejo.

—Hemos de seguir viajando —fue la frase de Cío que inició formalmente el asunto.

En realidad, no hacía falta que hubiera dicho nada. Ya todos lo sabían. Había que seguir moviéndose ahora que podían, sin que el hecho de abandonar esos parajes les representara ningún trauma. El resto de la discusión se limitó a unas pocas instrucciones intrascendentes y comentarios banales. Se levantó pronto la sesión y se fueron a dormir.

La tribu había recalado en la zona hacía unas cinco lunas. Venían de donde sale el Sol, e iban camino de donde se pone. Normalmente, no habrían pasado tanto tiempo en el mismo sitio, pero aquella área era perfecta. Una amplia caverna, cuyo dueño, un oso, sirvió como cena y manta; la proximidad y abundancia de agua limpia y fresca, la profusión de vegetación y árboles frutales, gracias a la influencia del río, y sobre todo, la enorme sensación de seguridad y confort que sentían, hicieron que el grupo permaneciera en la gruta más tiempo del debido.

Empezaron por ponerse morados a comer, como nunca en su vida habían podido. Arramblaron con la fruta y tallos silvestres. Y si bien no cazaron mucho, los ciervos y jabalíes acabaron por abandonar el lugar, al darse cuenta de la presencia permanente del hombre.

Por otro lado, la zona frutal, que no era tan grande como creían, al cabo de un cierto tiempo, fue perdiendo frutos al madurar y caerse al suelo donde terminaban pudriéndose.

Nadie daba la voz de alarma, pues todos estaban convencidos que un poco más allá habría comida. Y en efecto, así había sido todos los días, excepto los dos últimos. Por lo tanto, decidieron hacer un tercer intento y averiguar que había más abajo.

El resultado fue, que allá abajo, había un pantano maloliente. La decisión estaba clara. Iban a tener que moverse.

Pero un auténtico aguacero otoñal cayó aquella noche sobre ellos y sobre las montañas. La lluvia continuó todo el día siguiente de un modo irregular, desde simples chispeos a colosales cortinas de agua.

El río, fue creciendo e inundando los parajes adyacentes, y si bien, no hubo, en ningún momento, peligro de que alcanzase la cueva, el resultado fue que quedaron aislados durante cuatro días, hasta que el agua se dignó volver a sus cauces.

Cuando pudieron salir, se encontraron con que la tierra estaba impracticable debido al lodo. Además, el bosque estaba prácticamente arrasado. De los árboles que quedaban en pie, nada les podría servir para procurarse alimentos.

Totalmente hambrientos y descorazonados, fueron arriba y abajo de la montaña, donde la tierra había sufrido menos, con la esperanza de encontrar algo que comer.

No fue mucho, y en los tres días siguientes, consiguieron dar caza a algunas pequeñas piezas y obtener algunos vegetales comestibles.

Lo que conseguían no era suficiente para pensar en levantar el campamento y vagar a la aventura. Ningún grupo lo haría, a menos que estuviera tan

desesperado que prefiriera arriesgarse, a sabiendas que iba a perder a la mayoría de su gente.

Lo peor de todo, no era que lo que obtenían fuese poco, sino que cada vez era menos.

O empezaban el camino bien alimentados y pertrechados o llegarían muy pocos. No es lo mismo hacer el camino hambriento y desesperado, a la búsqueda constante de comida, que limitarse a andar y simplemente reponer lo consumido, en una parte al menos. Finalmente encontrarían otra zona en la que asentarse por una temporada.

Así de negros estaban los nubarrones, cuando el propio Palb, descubrió las huellas recientes de un oso que se dirigían hacia una vaguada situada en dirección donde se pone el sol y a bastante menos de media jornada de la caverna. Pero, esa parte de la historia ya la conocemos.

Muchas, muchas jornadas de viaje. Lentamente se desplazaban por tierras yermas y con poca caza. Iban cargados con las provisiones y sus pocos enseres (no es cosa ir vagando por el mundo acarreando mucho peso). No obstante, no había una gran preocupación puesto que las provisiones no disminuían alarmantemente.

Zem, ni nadie, podía dedicar mucho tiempo a mejorar el artefacto ni a otras cosas que no fueran andar, comer, andar, coger raíces y tallos, andar, cazar, andar, reproducirse y dormir. Parecían ejecutivos modernos que están tan ocupados en trabajar que no tienen tiempo ni para pensar.

De hecho, Zem se convirtió en un hábil cazador (a distancia), en vez de un artesano diseñador y productor de armas. Pero para que eso se produjera eran precisas unas condiciones que en aquellos tiempos estaban muy lejos de alcanzarse. Uno no confecciona una cosa que no pueda llevarse. Uno no produce esa cosa si tiene que estar dedicado constantemente a procurarse alimento.

El caso de Palb, en nuestros días habría sido más rentable, pues, por aquel entonces no existían derechos de patente que le habrían dado acceso a una porción de cada pieza cobrada sin tener que participar directamente en su caza. No estaba la situación como para tales sutilezas. Una palmadita en la espalda, un «te recordaremos en todas las leyendas de la tribu», pero ahora, como todos, a cazar. A Palb, claro, esto le parecía correcto.

Un día, divisaron otro grupo que acampaba en un páramo. Con las debidas precauciones por ambas partes se produjo el proceso de acercamiento. Respetando el protocolo completamente, en la distancia se avisaron, señal de que no pretendían atacarse, alzaron y mostraron sus manos vacías, indicando que no pensaban usar las armas. Estando ya establecido que se trataba de una visita de cortesía, las mujeres y los retoños del grupo de Güeje, salieron de

detrás de los hombres y se pusieron a su altura a la vez que echaban a andar despacio. Algo parecido hicieron en la otra tribu. Saliendo de sus escondites, se reunieron con sus adultos, y allí, esperaron a los forasteros.

Cuando entraron en contacto, los hombres, dejando sobre el suelo sus armas, procedieron a estrechase ambas manos, agarrándose por los antebrazos, símbolo universal de que no ocultaban ninguna arma.

Continuaron durante un buen rato con los saludos rituales y puesto que no había forma de entenderse (sólo algunas pocas palabras parecían significar lo mismo), usaron el lenguaje de las manos para comunicarse.

En medio de tanto formalismo, uno de los miembros de la otra partida se percató del invento de Palb. Señalándolo con el índice, encogiéndose de hombros, alzando las cejas y proyectando su barbilla en dirección a la cosa, hizo la eterna pregunta:

—¿Qué es eso? —(Traducción literal).

La naturaleza humana es de tal forma que le es casi imposible dejar de comunicar a terceros sus logros. Y ellos no iban a ser la excepción. Con alegría, no exenta de precipitación, todos a la vez se aturrullaron en explicarlo. Palabras, gestos, demostraciones y más palabras, gestos y demostraciones. Primero, los de la otra tribu entendieron más bien nada. Luego, poco a poco, se fue haciendo la luz. Quedó claro, que uno de ellos, un tal Palb, había sido el inventor y que con ello se podía cazar infaliblemente (incluso al terrible oso de las cavernas).

La cara de admiración y respeto de los otros fue pago más que suficiente al orgullo de la tribu de Güeje ya que por aquel entonces no estaba de moda pagar por información sobre alta tecnología, (los consultores aún no existían).

Era el momento de narrar por centésimo segunda vez (la primera, sin embargo, para los de la otra tribu) toda la historia de la caza del oso. Ya habían anticipado trozos, pero estaban ansiosos por contar con pelos y señales toda la hazaña.

Al finalizar, los del otro grupo no podían dejar de disimular su admiración, cosa que hizo aumentar la satisfacción de los de Güeje. Inevitablemente, en los anfitriones fue creciendo progresivamente el deseo de poseer uno de los proyectiles. Señalando el primero de ellos con el índice de nuevo, extendiendo, a continuación, la mano abierta en amplio abanico sobre las posesiones de los anfitriones y con los puños semi-cerrados a la altura del pecho moviéndose hacia adelante y hacia atrás, lanzaron su proposición:

—Te lo cambio. Elige lo que te gustaría —(Traducción fidedigna).

«Bueno —pensó Güeje—, esta es una nueva moda que se está imponiendo en nuestros días. El trueque tan sólo llevará unos pocos miles de años, y no es cosa que se diga que no estamos a la última. También hay que pensar que no

nos cuesta mucho fabricar uno de estos cacharros, así que veamos que nos ofrecen». Se encogió de hombros y puso cara de póker.

—No sé —(Traducido). El resto, es el extracto literal del acuerdo.

—Mira, tenemos muchas frutas. ¿No te gustaría esa maza? ¿Carne de ciervo? ¿Te has fijado en estos cuchillos? —ofreció el otro.

—No sé, ya tenemos... —respondía Güeje, mientras el resto de la tribu asistía interesado al trato. Finalmente se decidieron por la carne, las frutas, un par de cuchillos y un hacha de piedra. Pararon de pedir cuando los otros empezaron a poner cara de mosqueo.

Durante aquellos tiempos el trueque no estaba muy extendido, a las dificultades de comunicación existentes había que añadir el hecho de que no había mucho que intercambiar. En nuestra definición le dábamos al cambio una importancia fundamental, de hecho lo considerábamos como una condición necesaria. No obstante, el cambio en sí, no es una condición suficiente. En esa época, la práctica inexistencia en términos reales de un *excedente*, impedía un gran desarrollo de la Economía.

Analizando lo sucedido, ¿qué significaba el acuerdo alcanzado? Por un lado la tribu de Güeje, conseguía unas provisiones que reponían sus existencias garantizando por unos pocos días más su sustento. Por el otro, para la tribu que conseguía el artefacto y la tecnología para reproducirlo, significaba una mejora en su manera de realizar la caza. No está nada mal en principio. Pero eso no implicaba que el grupo de Güeje dejara de depender de su propia caza, ni que los otros no tuvieran que fabricarse en un futuro más artefactos. Ninguno de ellos generaba mucha «riqueza» y ni mucho menos se producía una especialización del trabajo, en el sentido que unos cazaran y otros produjeran armas, que luego podrían cambiar por el *excedente* de caza de los primeros. Seguían todos haciendo de todo. Se trató de los primeros pasitos, y por tanto hemos de concederles la trascendencia que tuvieron como tales.

Después de proseguir su camino al día siguiente, la rutina del viaje se volvió a imponer. Fueron pasando los días, y el invierno fue alcanzando su pleno apogeo.

Un día sucedió. Zem hacía tiempo que notaba la vista borrosa. Debía entornar los ojos si quería imágenes algo más claras. Pero ese truco le servía de poco en las zonas de poca luz, como en la penumbra de ese bosque donde estaban cazando. Vio tarde un bulto que se le venía encima, precisamente el de un jabalí acorralado. Pateado, ensartado por sus colmillos y mordido en mil partes, Zem quedó seriamente herido. Le atendieron lo mejor que supieron, lamiéndole las heridas e invocando a Tshak por su recuperación.

Permanecieron tres días a la espera de la evolución de Zem, quien no mejoraba. Lo esperaron porque podían hacerlo, tenían alimentos y aquella zona, aunque mala, podría proporcionarles algo. La convicción, nunca expresada en voz alta, era que Zem no se sobrepondría. Los desgarros en muslo y pantorrilla eran muy feos y le tenían inmobilizado. Además, desde hacía poco, daba alaridos, sudaba y la pierna le olía de un modo raro.

De nuevo la decisión estuvo clara. No es que sintieran un especial afecto por nadie. Todos los miembros eran necesarios para el grupo y por eso eran valiosos. Pero no podían permitirse sentimentalismos. De hecho no los conocían. Zem iba a quedarse solo, abandonado a su suerte. Habría un miembro menos.

Cuando levantaban el campamento, Zem se dio cuenta. Con auténtico pánico, redobló sus gritos de que lo ayudaran, que lo llevaran con ellos. Pero sabían que no podían quedarse a cuidarlo hasta que, probablemente, se muriera, ni cargar con él arrastras todo el invierno. Aunque no muriera, sería muy difícil que volviera a poder andar. Ese era un lujo que tampoco podrían permitirse, todos tenían que contribuir a la tribu.

Alguien dejó a su lado un poco de agua y de comida, y sin mirarlo, abandonaron el lugar.

—No me dejéis —suplicaba.

Los gritos aún se oyeron durante un rato, cada vez más lejanos y lastimeros. Pero Zem había salido definitivamente de su mundo. El resto del invierno fue muy duro. La buena suerte parecía haberlos abandonado. Dos niños muy pequeños murieron después de enfermar. Era lo normal. También era normal que murieran los jóvenes. Alcados e imprudentes, se arriesgaban sin ton ni son. Los mayores aunque se lo advirtieran, no conseguían meter en sus molleras la pizca de sentido común que precisaban.

Tres machos jóvenes murieron estúpidamente a lo largo del invierno. Uno se perdió en la nieve (se les decía que era traidora, que no se alejaran mucho si iban solos, que cuidado con las tormentas). A otro lo cazó una manada de lobos (se les decía que convenía alejarse de los lobeznos, que no jugaran con ellos). Y el tercero se las compuso para partirse el cráneo al caer de un árbol (se les decía que no practicaran deportes de alto riesgo).

Como consecuencia de estas muertes, otro problema se les vino encima. Las tres jóvenes compañeras de los muertos estaban preñadas. Sus hijos no iban a tener hombres que los sustentaran, lo que, junto a la abundancia de niños y a los otros dos embarazos en curso, iba a provocar un exceso de población a la que iba a ser muy difícil alimentar. La ley era dura. Los niños sobrantes eran eliminados. Cuando Kiy, la primera parturienta, acababa de expulsar el feto, Leru se lo arrebató y sin darle tiempo a iniciar el llanto, le dobló el cuello. Se lo llevó y arrojó el cadáver a un agujero que cubrió con tierra y piedras.

Kiy conocía lo que iba a pasar. Se lo habían explicado. Pero el sentimiento de dolor que le sobrevino fue tan intenso que le era imposible mitigarlo. La supervivencia del grupo era lo primero, por encima de cada uno de ellos.

Muy poca actividad de la realizada por este hombre de hace unos 200.000 años puede ser considerada como económica. Estaba tan involucrado en conseguir sobrevivir todos los días que no podía dedicar tiempo a otra cosa. Si bien era ya un hombre, dominaban en él los rasgos del depredador. En unas condiciones de vida terribles bajo nuestra perspectiva actual, fue abriéndose paso lentamente y lo que es más importante fue abriendo el camino hacia lo que somos hoy en día.

Nuestra tribu sobrevivió aún miles de años. Su ventaja a la hora de cazar, aún no le proporcionó un *excedente* que le permitiera «garantizar» su vida, pero mejoró sus posibilidades de conseguir subsistencias, al menos un poco. Y ese poco fue mucho; dice un proverbio que un largo viaje empieza por un sólo paso.

En efecto, y aunque la historia de tan dilatado período, no trajera una gran cantidad de novedades al sistema de vida de este *Homo sapiens*, durante los siguientes ciento y pico mil años, los neardentales fueron aprendiendo nuevas técnicas que, gracias a los intercambios con otras tribus, fueron expandiéndose. También empezaron a organizarse mejor, a ser más solidarios con el grupo y a depender cada vez menos del día a día. Hacia el final de su época, y coincidiendo con un periodo glacial, ya eran capaces de conservar alimentos que les permitieran sobrevivir en aquellos terribles inviernos. No obstante, eran una raza que ya no evolucionaba. Habían alcanzado su zenit, cuando otro pueblo, venido del Este, hizo aparición en escena. Probablemente fue el causante de la extinción de los neardentales. Su menor inteligencia y capacidad de adaptación, haría que fueran siendo arrinconados hacia lugares cada vez más inhóspitos. Aunque, eso es algo que no sabemos a ciencia cierta.

Demos, pues, un salto para encontrarnos con ese otro grupo.

Nos hallamos ahora, a finales del invierno de hace unos 25.000 años (metro arriba, metro abajo), en una comarca de características nada semejantes a las que hemos descrito anteriormente. Ante nosotros, un panorama helado...

El montón de paja

Arropado hasta el cuello y encogido todo lo que podía dentro de sus pieles, Palle avanzaba muy lentamente en medio de la ventisca. Por la posición del sol y la distancia que le faltaba por recorrer, se daba cuenta de que iba a tener muy difícil llegar a su campamento antes de la caída de la noche. Aquella mañana había salido de exploración en busca de huellas de animales que el

grupo pudiera cazar. También de alguna zona con raíces comestibles, que habría que desenterrar. Le llevó más tiempo del previsto porque tuvo que dar varios rodeos motivados por las profundas grietas en el hielo con que se encontró a lo largo de la ruta. Cuando los síntomas de la ventisca aparecieron, Palle, se dio la vuelta hacia su campamento con el corazón encogido. Apretando el paso y sin que el miedo le hiciera en ningún momento cometer un error, siempre fatal en la nieve, fue recorriendo de regreso el camino hacia la seguridad del grupo.

Ahora, en medio de la tormenta y con la noche excesivamente próxima, era el momento de pensar qué hacer. La temperatura ya estaba cayendo y en breve, sería de tal magnitud que ningún hombre podría hacerle frente a la intemperie durante mucho tiempo y menos toda la noche.

La memoria colectiva de la tribu marcaba qué hacer:

«Coge ramas con hojas, heno, musgo, paja, todo lo que encuentres. Coge mucho, has de formar un montón que sea como tú de largo y un trozo más, y de alto, poco menos. Ponlo a buen recaudo de los vientos, detrás de una roca o medio entiérralo en la nieve. Luego tréznalo para que no se vuele y por último cúbrelo con tus pieles, sujetándolo lo más fuerte que puedas. Métete dentro y duerme.»

Así lo hizo, y moviéndose con celeridad y habilidad fue amontonando debajo de un gran peñasco que hacía de parapeto contra el viento, toda clase de materiales. Evitaba que se le volaran, colocando encima algunas piedras de tamaño medio. Cuando consideró que tenía suficiente, procedió a formar su refugio y lo remató con sus propias pieles que sujetó a la parte superior del gran haz que había realizado, metiéndose de inmediato dentro.

Mientras el sueño iba venciénolo, el destello de una idea le rondó por la cabeza. Sin ser nada definido, sintió como un cosquilleo en la boca del estómago, la ansiedad de algo importante pero cuyo significado se le escapaba. Con esa sensación se durmió.

Al despertar, confuso, tardó unos instantes en recordar donde estaba. Se encontraba calentito y perfectamente. Sólo la ligera molestia de la hierba en la cara y en la boca, que inmediatamente escupió. Se asomó y comprobó que el sol acababa de salir.

Bien, pensó, es hora de poner manos a la obra. De repente y sin saber cómo, le volvió la inquietante sensación de la noche anterior. Con la cabeza asomando, quedó quieto un buen rato dándole vueltas y más vueltas, sin acertar a saber de qué se trataba.

«Sea lo que sea —se dijo—, volverá a aparecer y si no, es que tampoco valía la pena. ¡Arriba holgazán!»

Se vistió rápidamente después de deshacer su lecho, orinó largamente y emprendió el camino a casa. Intermitentemente le volvía el pensamiento y de la

misma manera se le iba. De este modo fue todo el rato, hasta que finalmente llegó al campamento.

Salieron a recibirle con indudables muestras de contento y de alivio, especialmente de Leto, su mujer. Palle que en otras circunstancias, ante sus preguntas, habría relatado su incidente con pelos y señales, dándose importancia y destacando su propia inteligencia y sangre fría (pero eso sí, como sin darle importancia, con modestia), no se sentía, ahora, muy comunicativo.

—Me atrasé y como vi que no podría llegar a tiempo, me cubrí con ramajes y pasé la noche al abrigo de un peñasco —fue toda su explicación.

—¡Ah! —le respondieron. Y como por su cara no parecía fueran a poder sacarle mucho más, se dispersaron y cada uno se largó a lo suyo, excepto Guefre.

—¿Encontraste rastros o alguna otra cosa? —fue la pregunta, ya en plan profesional, del jefe.

—No, nada —fin de la conversación. Su cabeza seguía en otro sitio.

El resto de la mañana lo pasó sentado, muy quieto, mirando fijamente un pequeño montón de pieles que el mismo había sacado de la cueva.

Leto, intrigada lo dejó estar un rato. Después de Yirna, la mujer de Guefre, Leto era la más importante del grupo. No sólo por su sabiduría sino también por su presencia física y carácter, dominaba a todos sin necesidad de la autoridad que representaba ser la mujer de alguien. De impresionantes dimensiones, sus caderas y pechos eran el ideal de fecundidad y feminidad deseadas por todos los hombres. Había dado a luz muchos niños, la mayoría de ellos sanos y robustos. Cinco sobrevivían y todavía tendría muchos más. Algunas veces recordaba a Palle, antes de emparejarse definitivamente con él, entregándole una hermosa estatuilla suya, que la representaba encantadoramente. Palle siempre había sido ingenioso y habilidoso.

Cuando lo consideró oportuno se dirigió a su pareja.

—¿En que estás pensando todo el tiempo? —le espetó.

—No lo sé. Algo me ronda la cabeza desde que me hice el refugio anoche — fue su respuesta.

—Cuéntame —le animó a seguir Leto.

Mientras lo escuchaba, una imagen se le fue formando en su mente. Lo estaba viendo. La peña, el montón de paja y hojarasca, todo tapado por las pieles, y a Palle dentro, al abrigo de los elementos. Esa imagen era muy fuerte. ¿Por qué hemos de depender de las cavernas para poder vivir en una zona? El refugio de Palle era la respuesta. ¡No harían falta las dichosas cavernas!

—Haz otro refugio —le indicó Leto. No era momento de grandes explicaciones. Había entendido la preocupación de su marido y sin teorizar en lo más mínimo, quiso ver aquello, palparlo y probarlo.

Palle, que conocía a su mujer y la fuerza de su carácter obedeció. No habían sido infrecuentes las trifulcas, hasta que paulatinamente fue comprendiendo que Leto mandaba en su reino, como todas las madres de la tribu. Además, la idea le parecía excelente y se preguntaba porqué no se le había ocurrido a él primero. «Si hasta he sacado yo mismo las pieles», pensó.

Con su ímpetu habitual, Palle se puso a la faena. Mandó le ayudaran sus dos hijos mayores, a los que envió a por rastrojos. Los chavales, medio extrañados medio divertidos, comenzaron a amontonar las brozas, yendo con cuidado de que no se les volara todo en un repentino ramalazo de aire.

Cuando Palle consideró que las medidas eran adecuadas, lo cubrió por encima, atando las pieles entre sí o ayudándose con algunas hojas largas que había trenzado previamente. Al acabar retrocedió varios pasos y contempló su obra. No estaba mal. No se parecía a nada de lo que él conociera. Que supiera, no existía ningún animal todo barriga multicolor, sin cabeza ni patas.

—Bueno, esto ya está. Llamad a vuestra madre —ordenó a sus chicos.

Leto llegó, lo vio y se metió dentro. Pasó un rato y salió. Dos conclusiones había sacado, se estaba bien (caliente y cómodo) y que tanta paja era una lata. Ese era el refugio que ya conocían. Como algo provisional resultaba pasable, pero no era lo que necesitaban para solucionar sus problemas de vivienda.

Mientras tanto, los críos y restantes curiosos se fueron alejando, pues allí parecía que no existía ya nada de interés.

Leto se volvió a meter dentro del refugio, donde se las ingenió para vaciar la parte de arriba, quedando una zona libre entre la paja y las pieles. La razón por la cual no caían las pieles al nuevo nivel de la paja era, evidentemente, la cabeza de Leto.

—Dame un palo —pidió a Palle, asomando la cabeza. Este encontró una lanza de juguete de los críos y con ella en la mano la alzó en la distancia en dirección de Leto.

—¿Te vale ésta? —gritó desde el otro extremo del campamento.

Leto, ya con el palo dentro, consiguió plantarlo a modo de mástil en el centro del refugio. Como quedaba corto, vació más hierbas y logró mantener una cámara de aire. Poniéndose de rodillas, las hierbas le llegaban a la altura de los hombros y las pieles se encontraban unos pocos dedos por encima de su cabeza.

—Pasa, Palle —le pidió.

Este para entrar, apartó más paja. Una vez dentro, dio una mirada circular a su interior y sintió la misma sensación de bienestar y abrigo de la noche anterior. Era como cuando de pequeño, al jugar al escondite, conseguía un sitio oculto y se tapaba con algunas ramas o matorrales. Tenía ese sentimiento de estar mágicamente aislado y protegido. Nadie le podía ver, nadie le podía atacar.

Por lo demás, allí dentro la temperatura era muy agradable. El calor de los dos cuerpos calentó no sólo el interior, sino que inflamó a Palle. De rodillas, como estaba, hizo que Leto se inclinara hacia adelante y la tomó. Como la cosa más natural del mundo, nadie prestó atención a los meneos de las pieles y a los gritos ahogados que surgían de la tienda. Se quedaron, luego, adormecidos.

Al poco tiempo, los ruidos normales del campamento les fueron llegando haciéndoles volver lentamente de la semi- inconsciencia de la siesta.

Leto y Palle se pasaron los siguientes días trabajando en aquel proyecto de tienda. Habían quitado casi toda la paja. Sólo dejaron una poca a modo de alfombra. El mástil, ahora mas alto y robusto, lo hincaron ligeramente en el suelo, y unieron las pieles con trenzas y pequeños palos tapando los resquicios por los que pudiera entrar el aire frío del exterior. Dejaron sin unir una pequeña rendija por la que poder entrar y salir. Por la parte del suelo, sujetaron los bordes con piedras.

La tienda era pequeña, muy puntiaguda, alta en el centro y con unos laterales que rápidamente descendían hacia al suelo. El palo en medio, restaba movilidad en su interior. Más de una vez lo habían tumbado de un empujón involuntario, cayendo las pieles suavemente sobre el ocupante descuidado. Por ese motivo, lo acabaron clavando profundamente en el suelo.

Una noche, no tan fría como las anteriores, abrigados con más pieles que nunca, dijeron al resto de la tribu, que iban a dormir en su tienda. Sentían ese impulso, algo desde dentro de ellos les impelía a hacerlo. En verdad, era Leto quien tenía tal impulso y la que había manifestado ese deseo. Palle, la siguió porque no pensaba dejarla sola. El resto del grupo, al igual que se repetiría innumerables veces a lo largo de la Historia, se burló de ellos y los tomó por tontos, sino por locos.

Pasaron la noche más despiertos que dormidos. Excitados y temerosos, se preguntaban continuamente si se sentían bien. Con el acuerdo expreso de que a la más mínima señal de frío o peligro saldrían corriendo hacia la caverna. Sin fuego, pero muy bien aislados del frío y de la nieve, pudieron aguantar la noche. Un par de veces oyeron los pasos de Bope, su amigo, que vino a interesarse por ellos, no fuera que su aventura acabara de mala manera. Le aseguraron que todo andaba bien, con lo que más tranquilo, pero poco convencido, hicieron que se volviera a su lecho. El alba les sorprendió abrazados. Las dos capas de pieles, las de la tienda y las que actuaban como mantas, los mantuvo calentitos.

Leto y Palle, acababan de construir una cabaña, la primera. Totalmente rudimentaria y poco funcional, si bien conseguía su primer objetivo, resguardarlos del frío del exterior.

Esta cabaña, a la que habían dedicado muchas horas de trabajo, en sí misma, no tenía nada de «valor». Ningún miembro de la tribu, salvo nuestra pareja, sentía el más mínimo interés por ella, ni tampoco les proporcionaba utilidad alguna porque la cueva les era más que suficiente en amplitud, comodidad y seguridad.

Por tanto, lo que habían hecho Palle y Leto no podía ser considerado como una actividad económica. Imaginemos dos niños en la playa haciendo un castillo de arena.

Al explicar todo esto, imagino, estoy creando confusión más que aclarando cosas. No nos preocupemos. Retengamos sólo una cosa, nuestros amigos han construido algo, impulsados por una fuerza interior que desconocen y cuya finalidad tan solo perfilan vagamente.

Yirna y Leto se llevaban a morir. La una pensaba que la otra era una métome en todo, que de todo quería enterarse o que de todo pretendía saber. Sin el más mínimo miramiento a su condición de la mujer de Guefre, osaba contradecirla y criticarla. Yirna, según la costumbre, debía ser objeto de respeto y con el paso de los años, de una auténtica veneración, y Leto se empecinaba en llevarle la contra. No era de extrañar que la tuviera atravesada como un hueso en la garganta.

La otra pensaba que Yirna era una cabeza hueca integral, más preocupada en que las otras (y en que los otros) le hicieran la pelota y le rindieran pleitesía, que en ocuparse de las tareas que eran necesarias realmente al grupo. Charlatana y mandona, descuidada e imprudente, se dedicaba a pasar el día yendo de aquí para allá, interrumpiendo, molestando y exigiendo pequeñas atenciones que maldita falta hacían.

No era, pues, raro que las chispas saltaran cuando ambas estaban cerca. Siempre que discutían, se decía que temblaban las graníticas paredes de la caverna. Como la pelea continua, cansa y desgasta, llevaban ya algún tiempo practicando sólo la guerra fría. Guerra que se calentaba en cuanto una de las dos veía una buena oportunidad de zurrar a la otra.

Yirna había visto la oportunidad. Estuvo rumiando todo el día lo que «comentaría» acerca de la experiencia de Palle y Leto dentro de aquella cosa toda la noche anterior. Después de la cena, en la cueva y con todos reunidos a la luz del fuego, atacaría.

—¡Qué cosas! Pensaba que tantos días dedicados a hacer una necesidad semejante tendría algún propósito —empezó con fuego graneado Yirna—. Parecía que alguien quería librarse de nosotros.

Leto calló y encajó. Los demás quedaron mudos de repente. Olían la electricidad en el ambiente.

—Hacen algo, van a la suya, no oyen nuestro consejo. ¿Y para qué? —continúo Yirna—. Ahora no dicen nada y vuelven. ¿Acaso no somos lo suficientemente buenos para ellos? ¿Es que quieren estar lejos de nosotros?

Una risotada general retumbó en el interior de la cueva. Las burlas y murmuraciones de los días anteriores se materializaron alrededor del fuego con una fuerza que, se diría, hacía que las llamas danzasen más trémulas que nunca.

—La que siempre me está criticando porque no hago nunca nada de provecho... —continúo Yirna, ya cuesta abajo y sin frenos.

—Mi querida Yirna —habló Leto con una suavidad y delicadeza que habría sorprendido a quien no la conociera, sobre todo después del varapalo recibido—, por mí puedes irte a...

—Gracias Leto, tu amabilidad me conmueve —dijo con una sonrisa igual de candorosa que la de su oponente—; tú, siempre, tan amable.

—Yirna, si fueras capaz de mirar más allá de tus narices —empezó el contraataque Leto—, comprenderías que esa «tontería», como tú la llamas, sí que puede sernos útil.

—¡Seguro! Ha servido para que nos dejes una noche tranquilos. Confío que se repetirá.

Leto estuvo a punto de volver a enviarla al mismo sitio y que si esperaba que volviera a dormir fuera, lo tenía claro. Pero, se mordió la lengua a tiempo. Precisamente era lo que pretendía Yirna. Que dijera que no dormiría en ella nunca más, con lo que implícitamente, reconocería que habían estado trabajando en una tontería. La respuesta de Yirna sería tan rápida y cortante que la dejaría malparada para el resto de la discusión. Habría perdido. Y no sólo la discusión, sino que en el futuro, no perdería ocasión para restregárselo por las narices a la más mínima. Eso era algo que no estaba dispuesta a permitirse.

—¡Por supuesto que lo repetiremos! —fue su finta—. Pero no creas que es para que tengas el placer de perdernos de vista. Pensamos irnos dentro de unos días a pescar a los lagos negros, donde estaremos todo el tiempo que queramos hartándonos de peces.

A la vez que improvisaba se volvió hacia Palle, a quien con una mirada dejó sin opción a contradecirla.

—Quien quiera venirse con nosotros dos y los niños, será bien recibido. Pensadlo, días y días comiendo sin parar truchas, percas y cualquier pez que se ponga a mano.

Para consternación de Yirna, la propuesta de Leto hizo mella en varios de ellos, la tentación de comer todo el pescado que quisieran fue demasiado fuerte. Al hombre se le conquista por el estómago, según se dice. Al final, se les unieron no sólo su amigo Bope y familia, si no también los Dag, que eran de lo más majo, especialmente Shemi, su primogénito.

Yirna, que veía perdida la batalla si seguía, erre que erre, atacando a Leto, tuvo que buscar una salida airosa. Y nada mejor que un reto camuflado dentro de una fórmula de cortesía.

—Estoy segura que nos traerás unos cuantos peces a los que nos quedamos a cuidar el campamento —se zafó Yirna de una manera que el guante seguía desafiante (¿Serás capaz de hacerlo?).

—Tenlo por descontado —fue la inmediata respuesta.

Los siguientes días, además de la actividad habitual, el grupito se dedicó a preparar la excursión a los lagos negros. Las pieles constituían un problema, pues era evidente que no serían suficientes para elevar tres cabañas. Leto, obvió la cuestión, farfullando un no sé qué acerca de críticas poco constructivas. Ya se las apañarían.

Por otro lado, los tres hombres se dedicaron, con auténtico placer, a construir sus arpones. Usaban largos huesos de animales que afilaban en uno de sus extremos a la par que los dentaban hacia atrás para, una vez ensartado el pez, evitar que se escapara.

También pusieron a punto sus armas e hicieron acopio de provisiones. Ya con todo preparado, iniciaron su marcha sin muchas despedidas protocolarias. Jornada y media iba a costarles el camino. Hicieron noche debajo del saliente de una roca que era sitio obligado siempre que iban a los lagos. Al calor del fuego y bien envueltos en sus pieles durmieron hasta que el sol salió. Evidentemente, aquel sitio carecía de las comodidades de una buena cueva pero el sentimiento de aventura les compensó más que de sobra (curiosamente hoy pasa lo mismo, nos encanta dejar por unos días nuestro confortable hogar para pasarlos en contacto con la naturaleza y sus bichos).

Llegaron con el sol muy alto, así que no tuvieron tiempo de recrearse en el majestuoso panorama que se abría ante sus ojos. Era de un contraste maravilloso, con una amplia variedad de colores, el verde casi negro de los bosques, el blanco de las nieves sobre las montañas y sobre buena parte de las tierras que circundaban las aguas, pero sobre todo el azul oscuro de aquella laguna recientemente liberada de sus hielos.

Sin apenas detenerse a reponer fuerzas y comer algo, se pusieron a montar su cabaña. Iba a ser demasiado pequeña. La estructura de un único mástil y la escasez de pieles para montar más de una, tuvo como resultado que pasaran la noche hacinados en su interior, sin poder tumbarse. No fue extraño, pues,

que el palo acabara siendo derribado y que las pieles se vinieran sobre sus cabezas formando un bulto irregular, en vez de la airosa tienda que se suponía tenía que ser.

Por la mañana, entumecidos por la mala postura aunque no fríos, salieron de aquel desastre.

—Esto no está nada claro —comentó a guisa de buenos días Dag— otra noche igual y me vuelvo «pa'l» pueblo.

El sentimiento era compartido por todos, pero antes de volver con el rabo entre piernas al campamento, donde serían objeto de las más corrosivas burlas de los demás, decidieron hacer otro intento.

Fue el propio Dag quien tuvo la primera inspiración. A no mucha distancia de los restos informes de la tienda, existía una hoya redonda. Su largo era superior a dos hombres. De hondo, después de haberlo comprobado apartando algo de nieve, llegaba hasta el pecho de Dag en el centro y hasta los muslos, en los lados.

—¿Por qué no quitamos la nieve ahí dentro, lo rellenamos con paja y montamos la tienda sobre ese agujero? —lanzó su pregunta al grupo, pero mirando sobre todo a Leto.

Después de no pensárselo mucho, pues era evidente que allí cabrían todos y necesitarían menos pieles gracias a que parte de las paredes ya existían, se pusieron a la tarea.

Limpiar la hoya y llenarla de brozas fue la parte fácil y rápida. Montar las pieles, era lo que no estaba claro; ni si serían suficientes ni si aguantarían en pie. Después de dos intentos, se hizo patente que sólo con el gran palo en medio, la tienda acababa por los suelos, pues al estirar por una parte para que apenas alcanzara uno de los bordes, dejaban al descubierto el lado opuesto y el mástil se vencía o se partía.

Una vez más, alguien tuvo una idea. En este caso, fue Wami la mujer de Dag. Wami, pequeña y delicada, era la que más tirria le tenía al palo del medio. No en vano, lo había tenido incrustado en su costado toda la noche. Ella fue la que, agarrotada por la falta de movimiento, dio con palo y tienda por los suelos al intentar desentumecer sus músculos. A más abundamiento, sólo ella fue herida en el incidente. Una larga astilla le arañó la espalda. Un simple rasguño superficial, nada grave, pero que le escocía irritantemente.

Lo primero que pensó fue plantar el mástil sobre los bordes, en vez de en el centro, dejándolo inclinado de tal manera que su parte superior estuviera, más o menos, sobre la perpendicular del centro del agujero. Con el acuerdo de todos, se probó la alternativa.

Fue bien en principio, pero cuando dejaron de sujetarlo después de colocar las pieles, se vino abajo de nuevo. Sin desanimarse reemprendieron la tarea. Palle

puso otro palo opuesto al primero, inclinado como aquél y juntándose en el extremo superior, donde fueron atados finalmente los dos.

Al volver a cargarlo con las pieles, resistió, pero más que una cabaña parecía un pellejo secándose al sol. Al estirarlo de uno de los lados para dejar espacio en el centro, la tienda se inclinó peligrosamente en dirección de Bope que era quien estaba tirando. Si aquello hacía un pequeño estirón, un vendaval se la llevaría sin ninguna clase de resistencia.

Ya sin saber de quien eran las ideas, pusieron otros cuatro palos más. Cuando lo tuvieron acabado, comprobaron que a simple vista aquel armazón tenía un aspecto como de muy resistente.

Por tercera vez lo cubrieron de pieles, sin que pudieran cubrirlo completamente; quedaba una franja de la altura de un brazo entre el suelo y las pieles. La taparon con ramajes y broza, que ataron a los postes y entre sí. Remataron la protección de la parte de abajo, colocando sobre el borde grandes piedras que dieron al conjunto una presencia y acabado realmente imponentes. Su contemplación proporcionó a sus almas el mismo sentimiento de orgullo y complacencia que sintió el Hombre del Medioevo al ver acabadas sus esbeltas catedrales góticas. Estas tres parejas habían puesto, de hecho, la primera piedra de estas catedrales, y también de nuestros modernos edificios.

Pasaron varios días en los lagos negros, pescando, recolectando frutas y durmiendo confortablemente en su «casa».

Estaban saciados de peces, que pescaban introduciéndose en las aguas hasta no más allá de sus muslos, permanecían quietos hasta que una trucha o una carpa pasaba cerca de ellos. Entonces, de un rápido arponazo, la atravesaban y con ella ensartada, salían del agua demasiado fría como para aguantar mucho tiempo en ella.

Leto, los dos últimos días, animó al grupo a hacer un buen acopio de pescado, pues no había olvidado su promesa a Yirna.

La última mañana, nada más despertarse, desmontaron las pieles, cargaron con sus aparejos y provisiones y emprendieron el camino de vuelta.

—Yirna, querida, ha sido maravilloso —fue lo primero que dijo nada más verla—. Puedes comer todos los que quieras.

—Muchas gracias, Leto —respondió resignada y hábilmente Yirna, quien sabiendo perdida esa batalla, inició la retirada a la espera de otra oportunidad mejor.

Aquella noche, como era de rigor, contaron otra vez la historia, repetían lo que los últimos en llegar no conocían, añadían trozos que aún no habían narrado, e incidían con auténtico deleite de todos, en las partes más interesantes y divertidas.

Y cuentan las crónicas que la tribu pasó el verano en los lagos; que volvió al siguiente; que, algunas generaciones después, se estableció definitivamente en ellos, pues no sólo había pesca y frutos, sino también gran variedad de caza y que las cabañas que montaban en verano y desmontaban en otoño, se hicieron casi permanentes...

...Y con ello sentaron los cimientos de una de las actividades económicas más grandes de la Historia de la Humanidad, el Negocio Inmobiliario.

El hombre había sido un depredador que dormía a la intemperie en unas áreas muy limitadas: con caza y plantas o frutos comestibles, con agua y con una temperatura soportable. En ese mismo sentido, debía seguir a sus presas cuando éstas realizaban los movimientos migratorios obligadas por el ciclo verano-invierno.

Posteriormente habitó en cuevas, lo que le permitió permanecer en zonas que por su clima le sería imposible vivir sin cobijo.

Con la construcción de tiendas, como hemos visto, el hombre quebró una de las limitaciones que lo mantenían atado a unos pocos lugares de la Tierra. De hecho, los primates no se han expandido más allá de las áreas cálidas o templadas a las que están adaptados.

La importancia de este avance es descomunal, el hombre podrá vivir en adelante en todos aquellos sitios que *necesite*. Y empleo la palabra «necesite» con toda intención. Ya que no sólo me refiero a zonas en la que no haya comida. Existen muchos «poblados» en zonas sin apenas recursos alimenticios, pero que están íntimamente ligados a la consecución de determinados «bienes» que cubren otro tipo de necesidades. Si bien, en nuestra historia, la única necesidad que satisfacen es alimenticia, ampliar su zona habitable de cara a obtener comida.

De esta manera, nuestra tribu va a ser capaz de producir más *excedente* con menos esfuerzo. Le va a costar menos tiempo desplazarse, podrá elegir mejores zonas, etc.

Al igual que el invento de Palb, el misil manual, produjo una mayor productividad, algo semejante le ocurre a la vivienda de Leto y Palle. Y también al igual que en el caso del proyectil, la cabaña, no constituye de por sí una actividad de tipo económico. Aún le faltaba algo. Iban a tener más *excedente*, que de tanto en tanto intercambiarían, e iban a poder expandirse por todo el mundo, *pero no habían cambiado todavía su organización*. Eran más eficaces cubriendo sus necesidades, pero *cada miembro de la tribu tenía que seguir haciéndoselo todo él*. Aunque fuese a cazar en grupo, aunque alguna de las armas que utilizaba se las pidiera prestadas a otro, siempre, al final, para comer tenía que ir a cazar y procurarse sus propias armas. Lo mismo es válido para sus cabañas. Dependía de su propio trabajo y los frutos de su trabajo revertían directamente en él o en su grupo. Para decirlo gráficamente, se comía

a sus presas con las manos todavía manchadas con la sangre del animal (o recogía con sus propias manos las manzanas del árbol mismo). En cambio, hoy, pongamos por caso, un analista de programación que trabaje en la ciudad de Estocolmo, jamás habrá matado ninguno de los animales que se ha comido (incluso le repugnaría la idea) y ni tan siquiera reconocería si los viera, los árboles que le han proporcionado fruta tan sabrosa. Otros hombres se lo suministrarán. Hombres a los que él, en contraprestación, no les entregará directamente su propio trabajo, no existirá el intercambio filete por software.

Pero otro acontecimiento que sucedería en la tribu, unos cinco veranos más adelante, podría ayudarnos a entender esta cuestión...

Shemi y sus historias

Con el rostro desencajado por el miedo, los ojos abiertos llenos de un vacío absoluto y con la mente colapsada, el muchacho escapaba al encuentro de la bestia. Shemi, no sentía que sus piernas le movían, no oía los gritos de aviso de sus compañeros ni notaba el hacha que colgaba flácidamente en su mano.

Cuando vio al enorme mamut, Shemi dejó de pensar. Su mente despavorida se bloqueó y sólo un reflejo le hizo salir corriendo, sin que ninguno de sus sentidos le dijeran que estaba yendo en la dirección equivocada. De pronto, todo se ralentizó, fue ganando la suficiente consciencia como para ver al animal, en un movimiento eterno, levantar la trompa hacia la derecha y luego, despacio, muy despacio, caer en su dirección. Quiso gritar, correr, huir, todo al mismo tiempo, pero seguía agarrotado. En milésimas de segundo, lo vio todo en tiempo real, la trompa, el suelo, su derecha, su izquierda. Emprendió una única acción, saltó en escorzo hacia la izquierda. Eso le salvó la vida. La enorme masa de carne le golpeó, si bien de refilón, pero lo suficientemente fuerte como para lanzarlo a una distancia de varios pasos de donde estaba. Aterrizó inconsciente.

El mamut tuvo que olvidarse de Shemi, pues los otros cazadores empezaron a acosarlo.

Así acabó el rito de iniciación a la caza de Shemi. Fue su primera partida y la última. Podríamos decir que era un espíritu gemelo de Zem. Si bien, éste acabo cazando (y siendo cazado) como mandan los cánones, Shemi se las ingenió para conseguir desde aquel día un rebaje permanente.

De niño, las historias de las heroicas partidas de caza del mamut y del oso de las cavernas, le aterrorizaban. A medida que fue haciéndose mayor, la certeza de que pronto le tocaría a él, le ponía enfermo. Por contra, los demás muchachos estaban ansiosos de unirse a sus mayores y se burlaban ridiculizando a Shemi, de quien, se podía decir, eran capaces de oler su miedo.

Condenado a ser un solitario, sus momentos de goce los constituían sus largos e interminables paseos en los que no perdía detalle de todo cuanto le rodeaba. Su mente hervía, entre tanto, en abundantes imágenes, ideas y pensamientos que inevitablemente lo arrastraban a su otra gran pasión, reproducir todas esas

cosas hermosas. Como niño pudo dedicar mucho de su tiempo a hacer lo que más le gustaba, desarrollando a medida que iba creciendo, una especial habilidad para escaquearse de las clases teóricas de caza y de las faenas que hacían acarrear a los muchachos. Aprendió a hacer pequeños favores, a ser útil y a tener buenas relaciones con los mayores, sobre todo con las señoras.

Sabía confeccionar adornos que las volvían locas, moldeaba el barro con maestría y era tradición que sus agujas de hueso fueran las mejores. En los cortejos fúnebres, pintaba en el cadáver los signos que marcaba la costumbre. Escuchaba y aprendía deleitado todo lo relacionado con las plantas mágicas; no sólo las conocía ya igual que Torz, la mujer-medicina, sino que conocía dos o tres secretos más que ella.

El ostracismo al que estaba condenado por el resto de los muchachos se veía compensado, en cierto modo, por la simpatía que le profesaban las mujeres. Y es que en aquellas tribus, la fuerza de las mujeres era una realidad. De hecho, gozaba de los mismos privilegios que los demás niños, puesto que en más de una ocasión lo habían protegido de los abusos de sus compañeros.

Sus pesadillas se vieron confirmadas un día cuando su padre, Dag, le comunicó que tendría que acompañarles en la próxima partida.

—Hijo, ya tienes edad de ser un cazador —le dijo en forma solemne.

Cualquiera de los otros se habría sentido orgulloso, mostrando en su rostro la ansiedad de todo adolescente por demostrar su hombría. Shemi por el contrario, se limitó a asentir, puesto que en su garganta se le puso tal obstáculo que fue incapaz, tan siquiera de emitir un carraspeo.

La historia de aquella cacería ya lo conocemos. Después de muerto el mamut, su padre recogió al muchacho y echándose al hombro, lo cargó hasta el campamento. Su madre, Wami, y todas sus amigas, incluida Leto, prorrumpieron en lamentaciones y se desvivieron por atenderlo. Cuando recobró el conocimiento, se les hizo patente que no iba a morir del trompazo, lo que las tranquilizó enormemente.

—Pensábamos que te ibas a morir —le dijo Leto.

—Qué susto nos has dado —medio balbuceó su madre.

Shemi, abriendo sus grandes ojos, reflejó en su rostro el infinito sufrimiento por el que estaba pasando. Aquello fue demasiado. Con ese solo gesto logró despertar todo el sentimiento maternal de las siete mujeres. De la mismísima Yirna, la que más. Su enchufe fue más potente si cabe.

Su convalecencia fue lenta, en ningún momento quiso arriesgarse a una recuperación demasiado rápida.

—Si me esfuerzo antes de tiempo, se me puede reproducir la lesión —les explicaba cuando venían a interesarse por él.

Al cabo de varios días, la amabilidad sufrió un ligero descenso. A la siguiente luna, se tornó en una patente sospecha no exenta de una cierta animadversión. Decidió, pues finalmente, adelantar su alta. Había dispuesto de toda una luna para pensar un buen plan.

—Mañana salimos de exploración, estate preparado —le dijo Dag.

—De acuerdo, mañana ya podré salir con vosotros —replicó.

Su primera medida era no oponerse directamente a sus deberes, especialmente a los menos peligrosos.

Durante la marcha, se colocó regularmente, en medio de todos. Iba con los sentidos alerta y el corazón encogido.

Volvieron con alguna fruta y una cabra. Este animal le resultó simpático, pues, en vez de hacerles frente, se echó a correr (señal de que tenía más miedo que él mismo). Pero le sirvió de poco, dos hombres del grupo esperaban al otro extremo. Cuando la cabra llegó a su altura, la alcanzaron sin dificultad con sus lanzas.

La segunda medida que tomó fue hacerse cargo del cuidado de las armas del grupo. Las cogió, las arregló y mejoró. Posteriormente se dirigió hacia donde estaban las mujeres y les entregó algunas chucherías que había encontrado en el camino: a Torz, hierbabuena, a Leto una piedra negra, muy pulida y alargada, a Yirna unos huesecillos y a su madre, unos granos amarillentos que se encontraban al final de unos largos tallos (estaban muy duros, pero su sabor era bueno).

Por la noche, les contó una vieja historia de la tribu que, aunque, la conocían bien, les gustaba oír frecuentemente. Esta vez, era algo distinta, no en los hechos, sino en la forma de contarla. Sus mentes se sumergieron en la narración, fuera de ella, no parecía existir nada. Con la boca entreabierta y los ojos fijos en el infinito fueron viendo las escenas que describía Shemi como si las tuvieran ante sí. Sufrieron con los problemas de los protagonistas, quisieron estar con ellos para matar a tan terrible fiera, saltaron de gozo cuando fue abatida, asistieron llorosos al entierro de Hyfs, el héroe...

Cuando acabó, el mágico silencio que reinaba en la cueva se mantuvo durante un tiempo, luego, casi sin atreverse a levantar la voz, se dispusieron a dormir. Shemi, tuvo que repetir muchas noches esa historia y otras que conocía.

El día que le fue anunciada la siguiente partida de caza del mamut, Shemi, muy relajado tomó sus disposiciones.

—Padre, no sabes cómo me gustaría, pero le he prometido a Yirna llevarle las espigas que le regalé a madre —mintió Shemi.

—¡Ah! Bueno —no más cuestiones. La palabra Yirna fue suficiente. Nadie discute las órdenes de las alturas.

Shemi había puesto una excusa cualquiera de entre las muchas que se le ocurrieron. Sólo mencionó una, en su mente aparecía claro que dar más era signo de falsedad.

Mientras los otros estaban a lo suyo, se dedicó a cumplir su autoencargo.

—Yirna, aquí tienes este grano que te prometí —le dijo al ofrecérselo.

La mujer, complacida por el detalle, apenas prestó atención a lo de «que te prometí». En ningún momento se planteó si, efectivamente, había existido tal promesa. Pero Shemi acababa de completar su montaje. Ante alguna improbable pregunta acerca del encargo, Yirna corroboraría su coartada.

Esa noche, Shemi contó otra historia inspirada en el precioso animal que habían cazado. El final de la misma se les quedó grabada a fuego en sus mentes.

—El espíritu de aquel bravo bisonte alcanzó la paz. Era feliz. Había defendido a su manada, quedándose a luchar en lugar de huir. Ahora los hombres le rendían homenaje, ensalzando su valor al dios de los bisontes. Su carne no moriría, pasaría a formar parte de ellos. En prenda de su agradecimiento, el espíritu del bisonte les habló por boca de un águila en la que se había convertido.

»Desde hoy se establecerá un compromiso entre hombres y bisontes —oyeron decir al ave—. Os daremos nuestra carne cuando la preciséis, pero respetaréis nuestro espíritu y descendencia.

»Como sello de este pacto, permanecerá mi figura sobre la roca donde luché —concluyó.

»Así fue en efecto. Aquel dibujo estuvo allí muchos, muchos veranos.

»Pero cuando los hombres dejaron de respetar el acuerdo, matando por diversión y sin medida, el dibujo se fue borrando.

»Un día, desapareció y simultáneamente con él, la manada misma. Los hombres arrepentidos, imploraron perdón y dibujaron otro bisonte. Pero el dibujo era humano y las lluvias lo borraban. Aún no habían sido perdonados.

»Insistieron verano tras verano y cada vez el dibujo perduraba más. Hasta que una mañana, volvieron a ver a la manada en respuesta a su arrepentimiento.

»Nunca más volvieron a incumplir el pacto.

Esta puede parecer una facilona historia ecologista. Pero no van por ahí mis tiros. El hombre primitivo no alteraba su entorno de esta forma. Shemi, lo único que pretendía era montar una historia que aprovechando los temores

supersticiosos del grupo, le permitiera realizar una tarea que había planeado como parte de su proyecto de evitarse las tareas más peligrosas.

Cuando se produjera la siguiente expedición se quedaría a dibujar la figura del bisonte, les había dicho, para que el espíritu de la manada les fuera propicio. Todos estuvieron de acuerdo.

Dedicó los siguientes días, aparte de sus trabajos normales, a preparar sus útiles de pintura. Rehizo sus pinceles, como los que utilizaba para los actos fúnebres; cortó la cabeza de varios huesos alargados e insertó muy apretadamente sobre el agujero central, pelos de animales. Recogió tierras rojizas y hollín, que mezcló con agua y grasa. Por último buscó en la cueva el mejor lugar donde plasmar su pintura.

Inevitablemente vino el día de caza. Se encerró en la gruta y dio comienzo a su tarea.

Por puro azar, aquélla fue una partida memorable. Habían obtenido un preciado trofeo, el bisonte más grande nunca conseguido. Sin duda, el sucesor del que defendiera tan bravamente su manada. Como aquél embistió, atacó y no retrocedió.

Shemi, al oír el júbilo de los expedicionarios de vuelta, salió de la cueva, no sin antes dar una última mirada a la figura terminada del animal.

—El espíritu del bisonte nos favorece sin duda —les dijo al ver tamaña pieza—; mientras vosotros lo cazabais, se me apareció y guió mi mano. Entrad.

Lo que vieron sobre la pared era realmente mágico. La figura estilizada en negro tenía la mancha de sangre allí donde ellos habían alcanzado a la res. Alucinados por lo que significaba y embobados por la belleza de la pintura, dieron a Shemi el empleo perpetuo de brujo de la tribu, con funciones, asimismo, de pintor, narrador, hombre-medicina y artesano.

Shemi, definitivamente dejó de ir de caza, exceptuándose apariciones esporádicas cuando suponía que no habría ningún peligro. Con su sustento garantizado, tuvo tiempo de dedicarse a hacer otras cosas. Y en verdad, por encima de sus marrullerías iniciales, la tribu salió ganando.

Su Servicio de Sanidad era el mejor, varias vidas se salvaron por sus conocimientos. Disfrutaban de las narraciones a la luz del fuego, lo que contribuía a su felicidad. Cuando iban a los lagos negros, sus arpones eran imprescindibles. Perfeccionaba constantemente sus utensilios y su fama hizo que los contactos con otros grupos fueran de lo más fructíferos.

Cuenta la leyenda, que ya de mayor, su estrella entró en declive, pues, como brujo, fallaba una de cada dos predicciones. Dado que nunca se podía saber de cuál de ambas se trataba, empezaron a desconfiar de él. Pronto dejaron de

interesarles sus historias y su autoridad pasó de un «Lo ha dicho Shemi» a un «¡Bah! Lo ha dicho Shemi». Finalmente, harto, tomó una decisión. Una mañana de verano, cargó sus pertenencias y dijo adiós.

La vida ambulante no le fue nada mal. Conocido y respetado por muchas tribus, era magníficamente agasajado. A cambio, les proporcionaba historias, arreglaba sus artefactos, decoraba paredes y curaba enfermos y heridos.

Murió ya viejo. En un atardecer borrascoso, en el que no se podía saber de qué gris era el color del cielo, caminaba lentamente, bien arropado por sus pieles, por el medio de un amplio valle. De improviso, estalló una tormenta de luz y sonido como para anunciar el fin del mundo. Una manada de bisontes que pastaba entre él y la tormenta, cobró pánico y salió de estampida en su dirección...

Nunca sabremos como habría narrado el propio Shemi la historia de su muerte. Por pura ironía, la mancha sanguinolenta de lo que fue su cuerpo permaneció estampada durante bastante tiempo sobre la roca en la que murió sin poder defenderse ni huir.

Shemi fue uno de los primeros «bichos raros» que aparecieron en el mundo. Rompió con las reglas establecidas. Para ello, tuvo que usar, al principio, de una cara dura como el cemento armado. No es que vayamos a disculparlo, pero fijémonos en los resultados obtenidos. Shemi para comer, ya no cazaba; la relación presa-comida se rompió, o dicho con palabras más técnicas, se disoció.

Si uno del grupo ya no cazaba, pero comía igual que los otros, el resto, debía hacerlo más frecuentemente, debía «producir» algo más de lo que necesitaba para él (y para su familia, mujer, niños y ancianos). Ese algo, el *excedente*, es el que iba a parar al estómago de Shemi.

De esa manera, y con algo tan aparentemente simple como que los unos se dediquen a hacer unas cosas y los otros, otras con el fin de satisfacer recíprocamente sus necesidades, llegó a buen término esa larga gestación, a la que hace referencia el título de este capítulo.

Un conjunto de hombres, producen por encima de sus necesidades de subsistencia. Lo que les sobra, lo entregan a cambio de otras «cosas» que diferentes hombres producen (o poseen, o...)

¿Por qué hacen eso? La razón es que con lo que obtienen a cambio cubren otro tipo de necesidades que ellos mismos no podrían (o no sabrían o no querrían) producirse.

En varias ocasiones a lo largo de estas historias se han estado produciendo embriones de actividad económica. Embriones que dieron a luz un hermoso bebé que luego se convertiría en el complejo Sistema Económico de nuestros días.

Hemos de distinguir, necesariamente las actividades meramente productivas, que no podemos calificarlas de económicas: el tallado (accidental) de la primera piedra, el misil de Palb, la caza, la recolección de frutos y la construcción de la cabaña, fueron en aquellas ocasiones, simplemente «elementos» que contribuyeron a mejorar la vida de estos grupos, su productividad y subsistencia. En ellas y bajo las circunstancias expuestas, no se establecía el acceso al *excedente* en función de una división del trabajo, salvedad hecha de la basada en el sexo (y en la edad) que por conveniencia, dejamos de lado.

En cambio, en el episodio de Zem y la cocción de la carne, en el intercambio entre las tribus y, especialmente, en el montaje de Shemi, el elemento que califica a una actividad como económica se halla, en efecto, presente.

Pero, ¿cómo se conjuga todo esto con el tema de la supervivencia que dábamos en la definición? Cuando Shemi contaba sus historias al resto del grupo, la necesidad que se satisfacía no era, aparentemente, la de la supervivencia sino la de la diversión. Así era, realmente, para el grupo. Pero no para Shemi que lograba su manutención a costa los demás. Éstos lo sustentaban entregándole vituallas, porque estaban dispuestos a trabajar más a cambio de «otras cosas». Este aspecto no es banal, bajo ningún concepto. Pensemos que nuestros modernos cantantes, artistas, deportistas y famosos en general, están disfrutando de una vida envidiable porque masas ingentes de trabajadores están dispuestos a desprenderse de una parte del *excedente* que generan a cambio de sus actuaciones o de sus obras.

En un rápido resumen de este primer capítulo, encontramos a un hombre primitivo cada vez más hábil en asegurarse su subsistencia, que aprende a utilizar los objetos que la Naturaleza le brinda, inclusive mejorándolos y creando otros nuevos.

Durante ese proceso de adaptación, es cada vez más eficaz en la producción de bienes que satisfagan sus necesidades, de modo que, finalmente, es capaz de producir un *excedente*. *Excedente* que de forma esporádica, genera una cierta actividad económica.

De lo expuesto, podemos afirmar que el hombre primitivo no fue un *homo oeconomicus*, salvo en ocasiones aisladas. Iba a hacer falta algo más. Entre Palle y nosotros tuvo que haberse producido un acontecimiento que provocara la aparición de una Sociedad tan enormemente estructurada como la actual.

¿Cómo es posible que las tribus de indios norteamericanos estuvieran todavía en la Edad de Piedra cuando entraron en contacto con los europeos? ¿Cómo

es posible que en África pasara lo mismo en muchas zonas, no hace mucho?
¿Y cómo es posible que aún existan seres humanos viviendo igual que sus antecesores del Paleolítico?

¿Por qué unos evolucionaron y otros no? ¿Cuál fue el agente provocador de aquella primera gran Revolución? Revolución cuya crónica me gustaría narrarles.

CAPÍTULO 2 LA PRIMERA GRAN REVOLUCIÓN

Malos tiempos

«Malos tiempos de nuevo —rezongaba Paal—. Aunque si lo piensas bien, ¿cuándo no han sido malos? Desde que recuerdo, siempre hemos tenido grandes problemas. De aquí para allá, total para ser los últimos en llegar a las buenas zonas y tener que conformarnos con lo que los otros nos dejan libre.»

Tenía razón para ser pesimista. Si en aquellos tiempos hubiera existido algo parecido a una competición de tribus, la suya sería la que más méritos habría hecho para ocupar la última posición. Se podía decir que estaban abocados constantemente al borde de la desaparición.

Como cazadores eran horrorosos. Su capacidad para seguir pistas era casi inexistente; tendían a confundir las antiguas con las recientes, no siendo raro que después de perder varias jornadas, se toparan con los restos de la captura ya cobrada por otros grupos. Si se enfrentaban a un gran animal, invariablemente se cambiaban las tornas. Ellos eran los que acababan desollados, mientras que su presa se largaba tan campante.

El resultado era que su grupo constaba de unos integrantes realmente escuálidos. Alimentados con frutos, vegetales y pequeños animales (roedores, serpientes...), subsistían más mal que bien. Por tanto no era ilógico que, una vez se establecían en una zona mínimamente decente, permanecieran en ella todo el tiempo posible. La aventura de ponerse en movimiento hacia no se sabe dónde, se les hacía cada vez más cuesta arriba.

—Escucha Grafeth —se dirigió al amago de jefe que tenía enfrente—, deja de pavonearte con el bastón de mando y piensa qué vamos a hacer.

Grafeth, que no era ningún prodigio de sapiencia ni originalidad, se temía esta eterna pregunta desde hacía tiempo. Lo que le preocupaba no era la pregunta en sí, sino su respuesta. Por mucho que rebuscara dentro de su cabeza, no encontraría otra cosa que una vaciedad apática que lo inmovilizaba. Su estómago le pesaría y el dolor vago, sordo y continuo que padecía, se acrecentaría.

—Supongo que algo habrá que hacer —respondió, más como cortesía que por que tuviera algo que responder.

—Hemos de irnos de aquí —se oyó decir a Llirma. Fue como si una pesada losa hubiera caído en medio de aquel discontinuo diálogo dejándolos completamente aplanados.

—¡Qué c...! —maldijo Bop, después de un buen rato, rompiendo su ensimismamiento—. Si hemos de hacerlo, hagámoslo. Esta zona es lo más parecido a una m... No vale ni el tiempo que perdemos discutiendo.

Tenía razón, pero no era justo. Como siempre se habían quedado todo el tiempo que podían, incluso más. A las demás tribus, mucho antes, les entraba como un espíritu de rabo de lagartija, que les hacía recoger sus bártulos y largarse. Unas volvían periódicamente, otras no, cada vez se iban más y más lejos. De hecho, Paal y los demás tenían parientes en América, aunque desde hacía unos 30.000 años no tenían noticias de ellos.

La maldición no produjo ninguna reacción positiva. Tan sólo agudizó su concienciación de la realidad que tenían que afrontar. Callados y anticipándose a todos los desastres que se les vendrían encima durante su peregrinaje, empezaron los preparativos.

Recordaban la última vez que tuvieron que hacerlo. Pasaron hambre y cansancio desde las primeras jornadas. Ninguno de los niños menores sobrevivió; los mayores quedaron marcados con el estigma de la desnutrición, que poco a poco los fue matando, incluso en estas tierras que finalmente descubrieron y que, entonces, estaban provistas de recursos suficientes.

Otros grupos fueron y vinieron, pero no el de Paal, que permaneció en ellas estación tras estación.

Pero, el pasado, pasado está. Era tiempo de afrontar un nuevo viaje. Se pusieron, pues, a dismantelar sus tiendas de paja y a recoger los mínimos enseres imprescindibles. (Sus largas estancias, a diferencia de los demás que necesitaban viajar ligeros de impedimenta, hacían que acabaran con el campamento lleno de cacharros, trastos y un montón de cosas que difícilmente podrían llevarse.)

Dieron comienzo a su odisea. El principio fue tan calamitoso como habían previsto. La primera semana apenas lograron nada y vivieron a costa de sus reservas. Pero un día, su suerte cambió. Se toparon con un río descomunal. Su ribera constituía una frondosa sinfonía de vegetación, árboles frutales, no todos conocidos, flores de todos los colores, escurridizos animales, pero que no escapaban a su vista. El sitio ideal, en suma, que estaban buscando.

—No vamos a quedarnos aquí ni a cruzar este río. Vamos a seguir su curso hacia abajo —comunicó Grafeth a los demás.

Por puro azar, como ha sido una constante a lo largo de toda la Historia de la Humanidad, alguien tomó una decisión acertada que cambiaría la vida de mucha gente y de la propia Historia. Soy un pelín escéptico sobre la hagiografía con que tendemos a adornar a nuestros grandes hombres. Tal veneración, en muchísimas ocasiones, se debe que una vez tuvieron que jugar una baza y ganaron. La Historia ensalza a los que ganan, el cómo lo lograron

es a menudo secundario. Por contra, apenas nos acordamos de los que perdieron, aunque tuvieran razón. No pocos de ellos murieron.

Comento todo esto, además de por pura malicia, porque estoy plenamente convencido de que estamos donde estamos debido no sólo nuestro esfuerzo, de eso no hay duda, sino también a una serie infinita de acontecimientos aleatorios, decisiones, meteduras de pata, errores de juicio, tonterías casi infantiles y caprichos.

Imagino tendré que probar esta aseveración de alguna manera. Veamos algunos ejemplos: Colón quería ir a conocer a los chinos y japoneses; Enrique VIII pasó de católico a protestante porque se hartó de su mujer; la unidad de España se vio amenazada por el nacimiento de un niño, hijo en segundas nupcias de Fernando el Católico (y Rey de Aragón), niño que murió para disgusto de los nobles aragoneses y alivio de los castellanos; Hitler estaba convencido que ni franceses ni ingleses iban a luchar por Polonia (en eso acertó, lucharon por ellos mismos); Luis XVI no vio hasta que fue tarde lo que se le venía encima; la II República Española no dio ninguna importancia al pequeño incidente de la revuelta en Canarias y Marruecos, y por último y como puro divertimento por mi parte, ¿saben Uds. cómo nació la radio comercial? Pues, a un oficial de comunicaciones alemán, durante la Guerra del 14, se le ocurrió que era muy aburrido oír por la radio sólo los comunicados oficiales, así que puso música (el primer disck-jockey) y otros le imitaron. Evidentemente el alto mando lo prohibió, porque era «una gran bobada».

En lo que se lleva de este libro, ese factor aleatorio ha estado muy presente. La casualidad es intencionada, porque estoy convencido del gran papel que ha desempeñado en el desarrollo de la Humanidad.

Grafeth tomó una decisión y el grupo la siguió...

A medida que descendían paralelos al cauce del río, la riqueza de la zona iba mejorando. Dejaron de tener problemas de abastecimiento y si no se decidían a quedarse en un sitio era porque más adelante veían otro más prometedor. (¿A que no sabemos dónde aparcar nuestro coche cuando hay muchas plazas vacías?)

Siempre corriente abajo, vadearon varios afluentes casi tan impresionantes como el que seguían. Una vez, tuvieron que cruzar el gran río mismo para pasar a la parte Este, porque uno nuevo de parecido caudal al primero les cerraba el paso en la confluencia. (Cruzar un río ya no era ningún problema para ellos, se limitaban a buscar sitios por donde veían vadearlo a los animales; de hecho muy pronto el hombre empezaría a navegar por el mar y a poblar islas).

Fueron encontrando más y más grupos que vivían, según les dijeron, desde hacía mucho por la contornada y que apenas tenían necesidad de desplazarse largas distancias para solucionar su manutención.

—Eso suena a música en mis oídos —comentó Latu, la mujer de Paal, opinión que alcanzó un amplio consenso. (Más que probablemente su música dejaría todavía mucho que desear, pero no tenían otra)

Un día, para su asombro, el río se acabó. O mejor, se hizo tan grande y azul que la vista era incapaz de abarcarlo. Además había algo raro con su sabor. Era como el de la sangre de los animales pero mucho más fuerte y desagradable.

La gente de por allí era amigable y de espíritu afín al suyo, malos cazadores que odiaban vagabundear por el mundo. Así que la información resultaba relativamente fácil de obtener. Salvedad hecha de algunas palabras y del acento, el idioma resultaba idéntico o casi.

—*A'sto lo yamamos le mar* —les explicó una amable mujer cuya tribu paraba no muy lejos—, *yes le fin d'le terra. Más anyá n'hay sinós agua.*

Miraban fijamente a la mujer sin decir palabra, quien viéndolos así, continuó su explicación. Hay preguntas que no necesitan ser hechas. Los ojos mismos las formulan.

—*Le mar es muy grande. Está yeno de peces yde shpíritus. Además l'agua n'es bueno. N'se puede beber. Hay mucho comida, però hay que saber busquearle. Nunca s'os metáis en l'agua cando les shpíritus s'enfadan. Eses días, le mar se arruga y se pone blanco. Ysobre todo hay qu'huir d'les tuguex.*

Todo un largo discurso. Ahora sólo les quedaba saber cómo conseguir esa comida y cómo aplacar a los malos espíritus, sin hablar de evitar a los tuguex, cuando supieran, claro está, lo que eran.

Aquel día se reunieron con la tribu de la mujer, cuyo jefe los invitó a compartir su comida en un gran banquete al aire libre.

—*Les tuguex son como les sombras* —continuó su proceso de formación el jefe del otro grupo—. *Dioses d'le mar que se vengan d'les peces que tomamos. Son grandes como tres hombres yno se ven hasta que te cogen yte yeban al fondo d'l'agua. Sólo les podemos ver cando su cuerno, alto como le brazo d'le hombre, asoma d'le mar.*

Mientras, iban probando aquellos alimentos que les ofrecían. A excepción de los niños más pequeños, que los rechazaban por extraños, todos los demás disfrutaron con la comida. Almejas, mejillones, erizos de mar, toda clase de peces y marisco constituían la mesa que en su honor habían erigido.

—*No, ansí non. Tenes que quitarle le piel antes de morderle* — exclamó entre una risotada uno de la otra tribu al ver la cara que ponía Bop al morder directamente una langosta y llenársele la boca con los desagradables trozos de su caparazón.

—¿Los espíritus se enfadan muy a menudo? —preguntó Paal, a quien aquello preocupaba sobremanera.

—No, *n'mucho. Però eses días, les d'le terra y d'le mar s'ajuntan ynos hemos de cobijar pues hacen mucho fuerza.*

La conversación siguió bastante tiempo, pues eran muchas las cosas que querían conocer de aquel mundo, cómo conseguir lo que estaban comiendo, cuál podía ser una buena zona, qué otros peligros podrían encontrar, etc. Finalmente se despidieron después de sellar unos lazos de amistad eternos, según se juramentaron.

Erraron aún varios días hasta que toparon con un emplazamiento más que aceptable y alejado de otras tribus, con las que no querían interferir en sus zonas de abastecimiento. Situados cerca de la costa, pasaron los primeros días arramblando con cuanto marisco y pescado pudieron.

Pero, una tormenta estalló al fin. La visión del mar embravecido, el rugido del viento, el estallar de las olas al romperse y la sensación de que las aguas pudieran alcanzarles, los acobardó de tal manera, que de nuevo liaron sus petates y se fueron tierra adentro, siempre siguiendo el vergel de aquel gran río.

Se establecieron, ya definitivamente, en un área algo alejada del cauce principal por la que discurría un arroyuelo. Al Oeste del campamento una buena extensión de bosque y de frutales les garantizaba carne y vegetales. Al Este, la tierra tenía muy poca vegetación, algunos arbustos y rastrojos; en la lejanía, se divisaba la mastodóntica mole de una cordillera.

Allí sentaron sus raíces. Por primera vez conocieron lo que era engordar y disfrutar de una vida sin sobresaltos. Fueron viendo crecer a sus hijos primero y luego a sus nietos. Allí fueron muriendo, ellos, los mayores, pero no la tribu, que conoció una época de bonanza sin precedentes. Viviendo en paz y en equilibrio con su entorno, su tierra les proporcionó cuanto precisaron y ellos la respetaron. Crecieron en número y construyeron un poblado permanente de casas circulares de piedra y techumbre de paja.

Durante todo ese tiempo, más y más grupos, se establecieron en la región con lo que, paulatinamente, las cosas fueron cambiando. Aquel periodo de bienestar, día a día fue menguando al aumentar descontroladamente los asentamientos. La orondez de sus cuerpos se fue reduciendo y se vieron obligados a ser cada vez menos exigentes con lo que comían.

Empezaron a no hacerle ascos a un cereal que crecía diseminado por aquí y por allí. Después de machacado con piedras y humedecido, resultaba una pasta moderadamente comestible. Se lo enseñó un grupo que provenía del Este, de las montañas. Les contó, asimismo, que allí crecía bastante, aunque era casi lo único aprovechable en aquella zona.

—Papá, voy a ir a la montaña en la que crece el grano junto con Bop'hi y Degs'hi —le anunció Paal'hi a su padre—. Mañana, a la salida del sol, partiremos nosotros tres —concluyó señalando a sus dos compañeros.

Paal, un anciano ya de cuarenta años, había sobrevivido a todos los adultos que habían establecido el poblado, al que ya podemos denominar así. Todavía dedicaba parte de su tiempo a recoger algo de verduras, pero su principal actividad era la de guiar y aconsejar al resto de la tribu, pues su gran sabiduría y conocimientos eran de un valor incalculable para todos ellos. Él no era el jefe, sino Grafeth'hi. Su papel era de consejero. Por tanto, su hijo, de poco más de veinte años, no había ido a pedirle permiso sino a comentárselo y de paso obtener alguna ayuda tipo «asesoramiento».

Paal, a modo y manera de rito, dio comienzo a su charla disertando monótonamente sobre lo que una y otra vez había dicho. Los tres hombres escuchaban con respeto. Conocían la letanía, pero había que tenerla fresca. Muchos jóvenes habían muerto imprudentemente al no hacer caso de tales consejos: «un hombre no llega a avanzada edad si hace lo que no debe».

(No estoy pretendiendo afirmar, ni mucho menos, que las consejas de abuelo deban ser seguidas a rajatabla por los jóvenes. Una vez más, simplemente, estoy dejando constancia de la realidad de una situación histórica trascendental. Para darnos cuenta de la importancia de la experiencia de los mayores en aquel entonces baste decir que esa fue nuestra primera escuela.)

Empezaron la marcha cuando el sol otoñal apenas había asomado por el horizonte. Llegaron a mediodía del tercer día, sólo para comprobar que la mayor parte del grano había ya emprendido su vuelo para depositarse en cualquier pedazo de tierra en el que reiniciar su ciclo. Desalentados, recorrieron, ese día y los siguientes, otros campos en los que la situación que encontraron era la misma. Para no volver de vacío, cada vez que divisaban un campo, lo rastreaban y siempre encontraban algunas espigas que todavía no habían volado. A decir verdad, no muchas. Después de otros tres días en las laderas de la cordillera, y con los sacos cargados no más de la mitad de la mitad de su capacidad, decidieron volverse al poblado.

Uno de los sacos de Degs'hi estaba mal cosido. Por una costura en el fondo asomaban una espiga tras otra, que el movimiento de todas las demás empujaba, poco a poco, al suelo. En una de aquéllas, el agujero se agrandó, vaciándose el saco en poco más de 20 pasos. Cuando Degs'hi se dio cuenta, no quedaba dentro ni un puñado de cereal. Éramos pocos y ...

Del resto de la tribu no recibieron muchos parabienes. Tampoco es que se metieran con ellos. Habían traído un poco que comer. Algo es algo.

—Hemos llegado demasiado tarde. El grano ya no estaba —resumió Bop'hi.

—Debisteis haberos dado cuenta que si el que hay por aquí se vuela, lo mismo le pasará al otro —les informó de su error Grafeth'hi.

(¿Por qué será que me fastidian tanto los que me comentan que ellos ya sabían que eso así no iba a salir bien? Les quedaríamos muchísimo más agradecidos si lo dijeran *antes de y no después de*. A decir verdad, aunque lo digan de antemano, raras veces se hace caso, con lo cual el resultado final es de todas formas el mismo. Pero aún así, resultan realmente cargantes los aires de suficiencia de los profetas a toro pasado, ¿o no?)

Al otoño siguiente, se despabilaron y cuando vieron que el grano que crecía por la comarca empezaba a estar a punto, hicieron la segunda expedición. Cargaron más, pero lo que recolectaron no estaba aún maduro.

Esta vez, hubo veladas quejas acerca de la calidad del producto. Que si su sabor, que si no se podía casi aprovechar, que si ...

Insatisfechos como estaban, tomaron la decisión de volver dentro de unos pocos días cuando el cereal estuviera maduro. Recogerían más si estaban más tiempo que el año anterior y sería del bueno.

Así lo hicieron. Estuvieron dos días más de lo habitual, casi, casi agotando sus propias reservas alimenticias. Con algo menos del doble que la anterior vez, reemprendieron la vuelta.

Quiso el destino que pasaran por el mismo sitio donde a Degs'hi se le había roto el saco. Su sorpresa fue mayúscula al comprobar cómo de la nada había crecido una gruesa fila de maravilloso cereal que no se había volado. Arramblaron con él, pero como no habían traído tantos sacos como anteriormente, una vez cortado, no pudieron cargarlo todo. Buena parte se quedó allí mismo. Durante su regreso, el no muy perfecto acabado de sus sacos hizo que perdieran otra parte de su cargamento, que inevitablemente iba a parar al suelo.

—¡Vaya, vaya! ¡Venís cargados hasta los topes! —exclamó llena de júbilo Tlau, la mujer de Paal'hi.

—¡No os lo podréis creer! —soltó Bop'hi—. Los dioses nos han dejado un regalo en un sitio donde pasamos el otoño pasado.

Como era uso, siguió la narración de las venturas de su viaje y a más de uno le entraron ganas de acompañarlos la próxima temporada.

Aquel año, una tontería de nada, un resfriado común que luego derivó en pulmonía, se llevó a Paal. Lo enterraron, con la consideración y cariño que merecía, junto con su hacha y lanza, que le fue más útil como bastón que como arma. La vida de la tribu siguió.

Al año siguiente volvieron, uniéndose a nuestros tres amigos, Zanme'hi, Wult'hi y el hijo mayor de Paal'hi, que ahora respondía al nombre de Paal Paal'hi. El resultado de la expedición fue excelente como preveían, sólo que algo mejor, pues, a lo largo de la ruta iban apareciendo, como por ensalmo, brotes aislados de cereal.

Los siguientes años constituyeron un calco. Más gente, más grano que no se volaba, en más partes y cada vez más cerca del poblado.

Las semillas del trigo, en estado salvaje, tienen la propiedad de volar al estar provistas de unos filamentos que las habilitan para ello; con este sistema consiguen expandirse más allá de la zona donde han crecido. Pero una porción de los granos tiene deficiencias genéticas. Lo que Paal'hi y los suyos recogían era el trigo que no podía volar por carecer de dichos filamentos. Parte de ese trigo en el proceso de transporte, inevitablemente, caía al suelo, brotando en aquellos lugares donde las condiciones eran favorables.

(Por necesidades del guión, la proporción de trigo anormal que encontraron era bastante más reducida de lo habitual, lo que les obligó a realizar un trabajo desproporcionado para conseguir tan menguada cantidad de grano. Pero, no todo tiene que ser ponérselo fácil.)

Generación tras generación, se repitió el proceso. Otras tribus se sumaron a la recolección, pues, ya por aquel entonces las noticias volaban. Los asentamientos eran cada vez más permanentes y el trigo «domesticado» abundaba y germinaba más próximo. El siguiente paso se le ocurrió, cómo no, a un descendiente de Zanme, a Qyar, una mujer que vivió unas cuantas generaciones después que el fundador de su estirpe.

Asociación de ideas

Qyar, una mujer de 18 años, era un prodigio de ingenio e inteligencia. Su cerebro casaba con facilidad ideas y conceptos, que en principio, a nadie se le ocurría relacionar. Siendo pequeña le fascinaban las historias de los viajes de sus mayores, de sus aventuras y de los peligros que afrontaban.

Aterrorizada, se tapaba con sus manitas los oídos cuando la narración recalaba en los pasajes donde las fieras atacaban a los viajeros. Se los tapaba, pero sólo un poquito, porque asustada y todo, no quería perderse ni una palabra del relato.

Algo que escuchaba en esas veladas no se le acababa de quedar claro. Como si fuera un cabo suelto, su cerebro, daba vueltas y más vueltas, buscando el otro cabo con que atarlo.

Ya casada, con un hijo y otro en camino, aquel pensamiento le volvía obsesivamente. «¿Por qué el trigo crece cada vez más cerca? »

(Sin estar del todo claro su funcionamiento, parece que la mente de algunas personas tiene una especial predilección por jugar con problemas irresueltos. A esta bendita afición, los humanos debemos buena parte de nuestro desarrollo intelectual, técnico, social, ...)

La chispa que le encendió la luz, fue una frase de su marido, Wult.

—¿Sabes ...? Creo que los dioses, en muchos sitios donde nos detenemos, nos bendicen al año siguiente con un nuevo brote de trigo —le dijo la noche que volvió de la recolección anual.

Qyar, era una mujer religiosa, creía que después de su muerte, su espíritu iría a hacer compañía a los dioses. Todos así lo pensaban. No porque hubieran llegado a ese convencimiento después de agudas reflexiones intelectuales, sino porque dentro de ellos vivía esa idea, sabiendo ver en las obras de la Naturaleza, la mano de un Dios allá arriba.

Lo que Qyar pensó era que los dioses no les habían hecho tal regalo, sino otro más maravilloso, le habían dado la capacidad de solucionar ese problema.

«Está más claro que el agua. Allí donde descansan, inevitablemente, se queda esparcida una importante cantidad de grano desprendida de sus costales. Ahí radica el misterio. Los dioses vuelven a dar vida a ese grano» —fue su conclusión.

Una cosa es la teoría y otra la práctica. Habiendo pasado toda la noche en vela, se levantó antes que nadie y cogiendo varios puñados de trigo los esparció por detrás de la casa. Cubrió las espigas con una ligera capa de tierra con objeto de que no las descubrieran y tuviera que dar explicaciones engorrosas sobre qué era eso de ir tirando el trigo por el suelo.

No olvidó el asunto, pero el paso de los días hizo que se fuera difuminando su recuerdo. Al dar a luz a una preciosa niña, sus aumentadas obligaciones, le dejaron poco tiempo para dedicarse a otras cosas que no fuera su familia.

—¡No te quejes, niña! —le decían las otras madres—. Dos críos no son nada. Ya verás cuando sean cinco o seis.

El fin del invierno llenó de flores la región con ese estallido de color que, no por esperado, deja de ser sorprendente. Aunque para sorpresa, la de Qyar, cuando vio en la trasera de su casa los tallos germinados del trigo.

—¡Wult, ven por favor! —le llamó. Cuando llegó, señalando el brote dijo:

—¡Mira eso! ¡Es trigo! ¿No es maravilloso?

—Desde luego, es trigo, pero ahí no hay para mucho —respondió su marido—. No entiendo a qué tanto alborozo.

—Deja que te lo explique. Cogí unos puñados de trigo del que trajisteis el otoño pasado y los tiré ahí. Ahora están creciendo.

—¿Ah? —abrió la boca Wult, en señal inequívoca de que no entendía dónde quería ir a parar su mujer.

—¿Es que no lo ves, Wult? No tenemos porqué ir año tras año a por el trigo. Podemos hacer que crezca aquí. Un chispazo saltó dentro de Wult provocando que se le encendiera su rostro.

—¿Quieres decir que si lo dejamos por el suelo, aquí y allí, crecerá? — Preguntó señalando la trasera de su hogar y el territorio que se extendía ante sus ojos.

—¡Exacto! —respondió con su cara igual de iluminada que la de su marido— ¡Llamemos a los demás!

En pequeños grupos fueron acercándose. Repetían la historia, una y otra vez, a medida que los recién incorporados exigían saber qué era aquel barullo.

Primero uno, luego otro, después algunos más, los semblantes se les fueron encendiendo. Si hubiera sido de noche, la luz que salía de sus ojos habría bastado para iluminarlos.

El lugar donde crecía el trigo que plantó Qyar, se convirtió en sitio de peregrinaje. No faltó día que alguien lo visitara y comprobara, embobado, durante mucho rato su estado de desarrollo.

Llegó la época de la recolección; más que en ninguna ocasión anterior, salieron los hombres en busca del trigo. Cuando dieron por terminada la recogida, y habiendo hecho no menos de cuatro viajes al campamento para entregar lo que tenían y salir a por más, celebraron una gran fiesta.

Extasiados por la comida, las danzas y el contento general, en un delirio frenético se dedicaron, desde ancianos a niños, a lanzar el trigo por doquier cuando oyeron el grito de señal:

—¡Arrojad, arrojad el trigo a la tierra, que los dioses lo harán crecer!

Fue una fiesta fantástica. Cansados y contentos se reunieron poco antes del anochecer.

—Bien, ahora hemos de guardar el resto del trigo —pensó en voz alta Qyar.

Al unísono, y todavía con la sonrisa en los labios, se dirigieron hacia un montón de sacos, sólo para comprobar que estaban vacíos. Recorrieron el paraje a la búsqueda del resto, y únicamente pudieron encontrar grano para llenar diez o doce costales.

—Debisteis haber guardado primero el grano que necesitáramos y luego esparcir el resto —habló un «profeta»

—¡Mira que somos burros! —dijo Wult—, pero no importa, mañana recogeremos del suelo lo que necesitemos.

Esa noche, un viento más fuerte del habitual, echó por tierra sus planes. Cuando fueron a recogerlo, la inmensa mayoría había volado, por lo que pudieron recoger muy poco. Ello obligó a realizar una nueva expedición a las montañas, que no fue muy fructífera, ya que entre ellos y los demás grupos habían esquilado el cereal.

Hubo pocas ganas de repetir la «siembra». Wult y Qyar cayeron en desgracia ese año.

—¡No me digas marisabionda! —le espetaban cuando abría la boca, por poco que fuera, para exponer su opinión sobre cualquier asunto—. Por tus grandes ideas, este invierno vamos pasar hambre.

En realidad no pasaron tanta hambre. Fue más bien el chasco de una esperanza frustrada que otra cosa.

Una noche, ya bien avanzada la primavera, Bopse, que había salido a explorar esa misma mañana regresó corriendo. Iba dando voces diciendo con gran excitación:

—¡Está lleno, está lleno! A media jornada del campamento, está completamente lleno de trigo creciendo —dijo como justificación a tan repentina vuelta.

Los vientos no se habían llevado, después de todo, la mayor parte del trigo muy lejos. Les informó que las colinas y vaguadas al norte del poblado estaban repletas de cereal verde. La fuerza del viento no había sido tanta como para sobrepasar esos mínimos obstáculos.

Una comisión investigadora fue constituida. Fue invitado a unírsele el propio Wult, señal del principio de su rehabilitación. Ni cortos ni perezosos, emprendieron el viaje a la mañana siguiente. Volvieron gozosos por la noche.

—Es muy grande. Como el mar que conocieron nuestros padres —explicó Grafd—, lo recogeremos este otoño y tendremos grano en abundancia.

—Sí, muy bien —habló Qyar, a quien ya se le miraba de una manera diferente—, y podremos hacer que crezca aquí. Bastará cubrirlo con un poco de tierra para que no se vuele, como hice dos años antes.

—¡Podrías haberlo pensado el año pasado y nos habríamos ahorrado este susto! —No se calló el malasombra de turno.

—No todos somos tan listos como tú, cariño, que sabes ver la solución de los problemas después que se hayan producido —le respondió irónicamente sin dejar de sonreír.

El profeta, sintió el calor del ridículo y calló por mucho tiempo (justo hasta el día siguiente).

Ni que decir tiene que los siguientes años fueron de una prosperidad magnífica. Conocieron y mejoraron la técnica de la siembra. Domaron la Naturaleza para que les sirviera a ellos y no tener que depender de ella y sus caprichos.

Otros grupos les copiaron, extendiendo el cultivo como una mancha de aceite. Sólo unas pocas generaciones más tarde, la región entera se dedicaba a la siembra del trigo.

Esta historia no tenía porqué haber transcurrido necesariamente a orillas del Tigris y del Eufrates. En realidad fueron cuatro los focos donde nació la agricultura simultánea e independientemente: Méjico, Perú, Sur de China y Mesopotamia. La fecha exacta (millar de años arriba o abajo), hacia el 8.000 a de C.

En esta última, Mesopotamia, fue el lugar donde se domesticó el trigo. En los otros emplazamientos se cultivó mijo, maíz, alubias,...

Se había efectuado otra revolución técnica, la tercera según mis cuentas (la caza mediante armas y la construcción de chozas fueron las anteriores), pero aún no se había realizado la económica.

La tribu había pasado de nómada a sedentaria, de tener problemas de subsistencia a disfrutar de un holgado sustento. Sin embargo, seguían aún sin cambiar su estructura social. Ni siquiera el brujo o el jefe se veían libres de la tarea de ir a cazar o a recoger la cosecha. Nadie se escapaba de ninguna de esas dos tareas (excepto algún que otro caradura como Shemi).

No obstante, nos encontramos ya muy cerca de que fructificase ese cambio. Las condiciones se empezaban a dar, esas tribus eran ya capaces de producir por encima de lo que necesitaban para sobrevivir. Pero no queramos ir demasiado deprisa, pues, aún quedaban por realizarse unas cuantas cosas para que podamos hablar de la gran Revolución.

Cambiando de tercio, un ¿método? de aprendizaje consubstancial a la Humanidad es el aprender de nuestros errores. Tendemos a hacer las cosas por impulso. Una primera idea, buenísima según parece, es puesta en práctica sin una reflexión más amplia. Luego, los resultados se empeñan en ser diferentes de los esperados, cuando no, desastrosos.

Por consiguiente, ideas muy válidas fallan porque no se tienen en cuenta todos los factores, lo que puede llevar a descartarlas injustamente. En esas ocasiones, lo que sí es seguro es que los padres de la criatura serán vilipendiados.

Eso les pasó a Wult y a Qyar, con el resultado que la agricultura pudiera haber nacido en un lugar distinto. Sin embargo, estos fallos se analizan y corrigen casi siempre. Afortunadamente, como hemos dicho, tenemos la capacidad de

aprender de nuestros errores. Irónicamente, también, tenemos la facultad contraria, la de volver a tropezar dos veces con la misma piedra.

El sistema de prueba y de error, bueno en principio (pensemos en que todo lo conseguido se ha tenido que «probar» antes de ser globalmente aceptado), ha llevado a la tumba a más de uno. Las «pruebas» en vivo son muy peligrosas. Decisiones arriesgadas y no muy bien meditadas, nos pueden llevar a callejones sin salida.

Considerando el ejemplo de nuestra tribu, si no hubiera sido por la suerte, al sembrar todo el grano y no haber guardado nada para consumir durante ese año, la situación podría haber sido más que comprometida por la falta de alimentos.

Además, se da otro fenómeno curioso. Las consecuencias de una determinada actuación puede que tarden en dejarse sentir, con lo cual, la visión de la relación causa-efecto va a difuminarse, y también es posible que se malinterprete.

Supongamos que un iluminado de nuestra tribu juntara churras con merinas y que después de escuchar los relatos sobre la misteriosa aparición del trigo en determinados sitios, llegara a la conclusión que son los agujeros de los sacos los que provocan el nacimiento del cereal. El ejemplo es exagerado, pero nos sirve para mostrar la dificultad de relacionar los hechos con sus consecuencias y la facilidad de sacar conclusiones equivocadas. Imaginemos el mal que causaría que la tribu se lo creyera y se dedicara a romper sacos, no importa donde.

Han pasado 1.500-2.000 años. Los descendientes de nuestro grupo se han desplazado unos cuantos kilómetros y han sentado sus reales sobre las lomas situadas al norte de la tribu primitiva.

Hasta este momento de la narración, las cosas se han ido produciendo muy despacio y una tras otra. Pero en los últimos tres o cuatro mil años del período neolítico, todavía inmersos en la prehistoria, muchos acontecimientos van a ocurrir.

La primera gran Revolución está empezando. Estos oscuros años van a ser cruciales; y para no seguir perdiéndonos en personajes, lugares y fechas, voy a tomarme la libertad de condensar esa etapa en una única historia. Como si de una cinta de vídeo se tratase, contaré lo que sucedió apretando la tecla de avance rápido.

Seguimos en algún lugar imaginario de Mesopotamia, entre los años 6.500 a 3.000 a de C.

Visitantes

La bucólica vida del campo no lo era tanto. Más bien era pesada, dura y aburrida. Algunos jóvenes cogían sus armas y emigraban en busca de una existencia más llena de aventuras (decían). No pocas veces, la verdadera razón era que les disgustaba tener que deslomarse trabajando la tierra y cuidando los animales. No hacía mucho, el hombre había pensado que era más cómodo traer la caza a casa que ir a buscarla, dando así otro avance. Acechaban y cercaban grupitos de cabras y ovejas, que al tener la manía de seguir siempre al líder, eran fáciles de conducir a los rediles.

Sin embargo la vida en la aldea seguía como siempre.

—Acércame la vasija para que ponga la comida —dijo Lerud'x a su hijo pequeño.

Después de haber cocinado los alimentos directamente sobre el fuego, los depositó en los cuencos y llamó a su marido, Pald'z, para que acudiera a comer. Sobre la tierra blanqueada del suelo de la choza se veían varios de estos recipientes con agua, aceites y pequeños frutos. En varios nichos de la pared, lucida con barro y que nacía de un zócalo de piedras, podía divisarse el resto de las vasijas. En un rincón, una tinaja albergaba una buena cantidad de grano.

Precisamente Pald'z venía de trabajar en la confección de unas cuantas vasijas.

«Es increíble la facilidad con que se rompen estos cacharros» —pensaba, cuando escuchó la llamada de su mujer.»

Había pasado la mañana peleándose, otra vez, con la arcilla. La técnica, aprendida hace algún tiempo mediante contactos con otras tribus, en sí no era muy difícil, pero se necesitaba una cierta gracia. Primero había mezclado la arcilla con arena, ya que eso evitaría que se resquebrajase al secarse. Luego había añadido agua a la mezcla hasta que se convirtió en barro, ni demasiado seco ni demasiado mojado. Hizo unas cuantas bolas que alargó frotándolas con ambas manos sobre una piedra lisa hasta que obtuvo una serie de barras alargadas que se asemejaban vagamente a serpientes. Allanó totalmente otra bola, dándole forma circular. Uniendo las barras, fue levantando una espiral que partía del borde la base redonda, para dejar en medio del extremo superior el hueco de la boca de la futura vasija. Finalizó la figura aplanando con los dedos la espiral de barro, cuidando que no se produjeran fugas ni en las juntas de la base ni entre las uniones de las antiguas barras, que ahora formaban una pared más o menos lisa. La igualó con una piedra plana, para finalmente dibujar con un palito una serie de líneas que formaron un hermoso trazado geométrico.

Después de comer, se dirigió a un agujero en el suelo que llenó de leña, a la que prendió fuego. Al alcanzar las brasas el nivel deseado, puso las vasijas. Cuando se cocieron, las sacó con cuidado de no quemarse y las dejó enfriar.

Con este procedimiento, el hombre por primera vez estaba transformando la materia. Lo que Pald'z introdujo fue una mezcla de arcilla y arena que el fuego convirtió en cerámica. La Humanidad seguía dando pasos hacia adelante. Y cada vez más deprisa, en un movimiento acelerado.

Ruc-Fin-Dol era el jefe de la tribu de Urg, la mejor y más fiera de todas. La leyenda de sus hazañas perduraría más allá de su tiempo, si hacemos caso a lo que afirmaban de ellos mismos.

De una gran destreza en el uso de las armas y una táctica de caza inigualable, los urgitas recorrían el mundo a sus anchas. Si algún grupo disputaba con ellos derechos territoriales sobre la zona donde llegaban, rápidamente se iniciaban negociaciones, en las que después de abiertas varias cabezas de sus litigantes, conseguían amplias concesiones sobre la explotación del área.

Eran fuertes y poderosos, les gustaba su vida, despreciando todo lo que no fuera caza y armas. Sus tiendas eran primitivas y fácilmente desmontables. No conocían la agricultura y no les gustaban los cereales, sólo la fruta y eso cuando estaban de humor. Ni cocinaban la carne ni maldita falta que les hacían las vasijas de cerámica.

No obstante, sus arcos, flechas y lanzas alcanzaban un alto grado de precisión y acabado. Las puntas de flecha, por ejemplo, eran auténticas miniaturas de piedra cuyo diseño hacía que, una vez alcanzado el animal, el proyectil entrara profundamente en la carne causándole una muerte muy rápida.

Un día, oyeron hablar de una región, allá donde se pone el sol, en la que la gente tenía esto y lo otro, que vivían muy bien con abundancia de caza en el mismo campamento ¿? y con los cereales al lado mismo. Les entró la curiosidad y quisieron conocerlo.

En la región de los dos grandes ríos, la gente todavía no tenía desarrollado el concepto de propiedad privada, si bien no existía interferencia entre las zonas de una tribu y otra. De hecho, las mínimas disputas se solucionaban amistosamente. Los coscorriones que se producían, consecuencia de las fricciones, no dejaban de mantener un cierto espíritu deportivo.

En lo que no estaban muy de acuerdo era en las *razzias* que otros grupos «extranjeros» efectuaban de vez en cuando sobre sus animales y reservas de alimentos. En esas ocasiones, inevitablemente, había más que palabras, pues, por muy famélicos que les parecieran los foráneos, si toleraban que se aprovecharan de sus reservas, ellos mismos acabarían pasando hambre.

Hubo un tiempo en que sí los ayudaban, pero aquello acabó por mosquearles. No sólo ponían en peligro sus existencias, sino también experimentaban el sentimiento de que se aprovechaban de ellos:

«¡Qué morro tienen! Estamos trabajando como burros para que otros se lo beneficien.»

La hospitalidad inicial se tornó en animadversión, y ocasionalmente se produjeron enfrentamientos, cuando a los otros no acababa de entrarles en la cabeza que no pudieran tomar parte de esa comida, de la que, precisamente allí, había tanta.

Como medida de precaución ante sus esporádicos ataques (siempre había grupos que el concepto «mío» no entraba en su vocabulario, por lo que tenían que enseñárselo didácticamente), los poblados se reubicaron, caso de permitirlo el terreno, en emplazamientos elevados y por tanto de más difícil acceso. Si esto no era factible, construían barricadas y empalizadas.

La tribu de Urg, fiel a su tradición, no concebía el susodicho concepto de «mío»:

«Lo que hay en el mundo es de todos y nos lo proporciona nuestro dios Zael»
—era su filosofía.

Obviamente, los de la tribu de Pald'z no estaban de acuerdo, en absoluto, con esta mentalidad. Lo que ellos hacían era de ellos. Cuando los urgitas llegaron a la comarca, el choque «cultural» fue inevitable. En una aldea, situada a cinco días de camino de la de Pald'z, se produjo el primer contacto. Sin pedir permiso, ni ocurrírseles, tomaron lo que precisaron.

Los campesinos, pidieron explicaciones, con los palos en la mano, y las recibieron muy cumplidas, por cierto, sobre sus lomos.

Vagando erráticamente por la comarca, los urgitas camparon por sus respetos, siendo cada vez menor la resistencia que se les ofrecía, pues las noticias sobre cómo las gastaban, se extendieron velozmente.

En un par de años parasitaron una amplia zona, cogiéndole tal afición a aquello que incluso acabó por gustarles el trigo tal como se lo preparaban. Nada mejor que la comida y las comodidades que les proporcionaban las aldeas que recorrían.

Los campesinos acabaron por resignarse a su presencia y exigencias. Ya no era sólo la comida, sino que querían las buenas casas, mujeres complacientes (las suyas eran casi tan salvajes como ellos) y que los atendieran en sus caprichos cuando estaban de visita.

Los aldeanos, se justificaban diciendo que podían soportar el coste de sus invitados, pues, en la comarca sobraba para todos, era cuestión, únicamente, de trabajar un poco más.

En realidad, se trataba del hecho de que no podían hacerles frente. (Con los anteriores visitantes no decían lo mismo). Así que ajo y agua. Se echaron sobre sus espaldas esta carga y siguieron como siempre.

Al año siguiente, estando, precisamente, Ruc-Fin-Dol gozando de la hospitalidad de Pald'z, les llegó la noticia que una tribu que venía del Norte, había arrasado una aldea y según parecía, iba en camino de otra.

El instinto de Ruc le hizo saltar como un resorte:

«¡Qué es eso de otra tribu haciéndonos la competencia! ¡Hasta ahí podríamos llegar! Estos se van a comer lo nuestro.»

Nótese el poco tiempo que necesitó para aprender lo de «mío» nuestro buen amigo. «Mío» que podía verse cuestionado por unos arribistas. Así que reunió a los suyos, se subió sobre una gran piedra y les habló:

—Han llegado a mis oídos noticias que un grupo de malnacidos está atacando y robando a «nuestros» campesinos. Hemos de defenderlos y protegerlos de esta agresión. Ellos son amables con nosotros y comparten con nosotros sus alimentos. No podemos permitir que unos forajidos pongan fin a tan buena convivencia.

No había que ser muy inteligente para comprender el mensaje: «Ahí arriba, hay otros como nosotros que pretenden acabar con nuestro chollo.»

—¡Defended conmigo la región! ¡Echemos al invasor! —lanzó un bramido final.

—¡Sí, defendámosla! ¡Destrocemos a los bandidos! — respondieron a coro los urgitas, encendidos con el fuego de la justa indignación.

En ellos, nació una excitación muy parecida a la que sentían cuando se acercaba el momento de la caza. No es que en estos años se aburrieran, pero ya empezaban a echar de menos algo de «marcha».

—Aprestad vuestra armas, coged algo de comida y vámonos — fue su preparación logística.

Los alcanzaron tres días después, no sin antes haber dado un par de rodeos, obligados por la anarquía de las correrías de los intrusos.

A pesar de no haberse conservado ningún documento del plan táctico de combate, se sabe que la victoria de los urgitas fue total. El enemigo, que no se esperaba la acometida, fue diezmado inmisericordemente huyendo maltrecho y dejando sobre el campo de batalla dos muertos.

La primera batalla de la historia fue ganada brillantemente por los «buenos» que celebraron gozosos su victoria... y lo mismo hicieron los campesinos que, si en un primer pensamiento vieron la oportunidad de deshacerse de los urgitas, en una más profunda meditación llegaron a la conclusión de que más vale malo conocido que bueno por conocer. Si no eran éstos serían otros. Así que resignados, sintieron por lo menos, garantizada su seguridad.

Hasta ese día la Humanidad se había visto libre de la guerra. Los enfrentamientos ocasionales que se pudieran haber producido no habían sido llevados a cabo por soldados profesionales, ni su estrategia había sido científica. Ahora sí. Se había dado otro paso (desde luego no hacia adelante).

La imagen del guerrero no aparece hasta este periodo neolítico, ensalzada en pinturas murales y con un manifiesto culto a su figura. Así, los honores dispensados a los caídos en los funerales incluían junto a los restos, sus armas cada vez más perfeccionadas.

La guerra nace asociada a la necesidad de proteger lo producido por el hombre (o su territorio). Esta es la parte positiva de la cara de la moneda. La otra, es que alguien ataca a sus semejantes para arrebatárselo. El resultado final es la aparición de un estrato social que no produce, sino que defiende lo producido, y que por ello tiene acceso al *excedente* (y no a la peor parte).

¿Qué ocurría? ¿Los agricultores estaban pagando gustosamente parte de su *excedente* a los soldados a cambio de su seguridad?

Más bien no. Ni lo hacían contentos, ni voluntariamente. Pensar lo contrario es ser un tanto ingenuo, cuando no, un consumado demagogo. En realidad, los guerreros, como casta, imponían las cláusulas. Quien servía a los otros era el campesinado, que para más *inri*, era considerado inferior.

(Imagino que lo habrán adivinado, pero debo decir que los urgitas no han existido en otro sitio que no fuera mi mente.)

Un muro

No muchos días después de la batalla entre los urgitas y los extranjeros, fueron apareciendo por la aldea de Pald'z pobladores de los emplazamientos arrasados por los invasores.

Desmoralizados y asustados, acampaban como buenamente podían por los alrededores. A quien quisiera oírles, les decían que no pensaban dejar, bajo ningún concepto, la compañía de los guerreros.

Ruc-Fin-Dol habló con muchos de ellos. Sintiéndose en parte generoso después de la victoria y en parte culpable de su desgracia, los trató con amabilidad y los confortó.

—No tengas cuidado. Descansa y repónte. Si te falta algo de comer habla con Sald-Bua, mi lugarteniente —iba diciendo a cada cual con quien se detenía para interesarse por él.

La mayoría no tenían problemas de subsistencia. Además, sería relativamente fácil reponer sus existencias, pues poco se había perdido en los ataques. Lo que no habían podido traer consigo, quedaba a buen resguardo en sus escondrijos originales. Muchos, aparecían con sus animales y cargados hasta los topes de alimentos.

La primera idea que se había formado Ruc-Fin-Dol estaba cambiando en su mente. No era, como pensaba en un principio, cuestión de darles cobijo unos cuantos días y que luego regresaran a sus propias aldeas.

—Si no venís con nosotros, no volveremos. Hemos oído que más grupos andan no muy lejos —escuchaba una y otra vez.

Esa respuesta le hacía poca gracia a Ruc. No era plan ir perdiendo posesiones. Pero tampoco podía protegerlos adecuadamente. Si más tribus rondaban por aquí, para defenderlos debería dividir sus fuerzas. Y no se necesita mucho para comprender que un grupo de cinco o seis hombres, sería fácilmente barrido por una partida de veinte.

Reunido con sus colaboradores más allegados, celebró consejo de guerra. Empezó explicando la actitud de los campesinos.

—Pues si no quieren volver a sus tierras, les obligaremos — saltó Duan-Kell, quien no toleraba que por la tontería del miedo a morir de los agricultores, él pudiera perder parte de sus privilegios.

—Sí, Duan. Coges cuatro hombres, te llevas a los campesinos y te quedas allí, no sea que quieran largarse o que ataque otra cuadrilla —respondió burlón Ruc—. No creo que sea una buena idea ir dividiéndonos —concluyó mirando divertidamente a Duan, ahora muy callado.

—¿Entonces...? —preguntó Sald.

—Quería saber vuestra opinión sobre de la posibilidad de que se queden aquí. Hay tierras más que suficientes y estaríamos todos nosotros juntos, con lo cual será más fácil hacer frente a posibles ataques.

Ruc, como ya habrán comprobado, era un consumado artista manipulando a la gente. Obtuvo de los suyos una aprobación unánime a su idea. Como jefe no la necesitaba, pero sabía que era más fácil conseguir que alguien hiciera algo, si lo convencía que si lo obligaba.

—He estado hablando con Grafd'z, el jefe de campesinos de esta aldea — siguió hablando—, quien me ha sugerido algo muy interesante. Dice que sería muy conveniente alzar un gran muro, pues las noticias que le llegan son que cada vez hay más grupos merodeando y asaltando poblados.

—Y no sólo son otras tribus, sino grupos de muchachuelos de la región, poco inclinados a seguir el trabajo de sus padres. Cuando no consiguen suficientes alimentos o tienen ganas de jarana, irrumpen en una aldea y toman lo que quieren —acabó su exposición con esta puntilla final.

Con el paso de los días, la situación fue tomando forma. Algunos campesinos se establecieron por los alrededores, siempre muy cerca de la aldea. Otros se

instalaron en ella. La población de la comarca se vio incrementada no sólo por estos primeros inmigrantes, sino que paulatinamente fueron llegando familias en busca de un lugar próspero y seguro en el que vivir.

Los rumores de que Aldea-Colina pensaba construir un muro, tuvieron como consecuencia la aparición de Tyi, el albañil. Llegó un buen día, no muy tarde desde que se extendiera la noticia de la construcción de la muralla. Venía acompañado de su familia.

Debía su apodo a su afición a construir casas y cualquier obra que se presentase. En su poblado, no había cabaña en la que no hubiera echado una mano. Su dedicación a la agricultura era más bien escasa, su sustento, frecuentemente, lo conseguía de sus vecinos que encantados por su colaboración le entregaban grano, carne, leche...

Tampoco era infrecuente que acudiera a otros poblados de los que tuviera noticia que fuera a realizarse una edificación. Sus contactos con otros albañiles lo tenían al corriente de las técnicas modernas de construcción. Una, en especial, le entusiasmaba sobremanera, las novedosas casas cuadradas de piedra cuyo diseño contrastaba con las antiguas redondas de barro. En sus ratos de ocio, pasaba horas y horas diseñando en su cabeza paredes, techos y puertas.

—¿Quién es el que manda aquí? —preguntó a uno de los aldeanos.

«Buena pregunta» —se respondió este.

—Teóricamente, nuestro jefe es Grafd'z —contestó ahora ya en voz alta—, pero según para lo que sea, tendrías que hablar con el mandamás de los urgitas.

—Bueno, he escuchado que pretenden construir un gran cerco alrededor del poblado. Soy albañil y quisiera conocer a quien vaya a contratar la obra.

—Ni idea de que vaya a hacerse un muro. Pero si es algo para protegernos de los ataques, vete a hablar con Ruc-Fin-Dol.

Tyi se dirigió hacia donde le indicó el aldeano y tras presentarse a un urgita, pidió audiencia ante su jefe.

En aquel entonces los trámites burocráticos, al no existir papeles, eran extraordinariamente rápidos. Ruc apareció un instante después de ser informado que un albañil estaba a la entrada.

—¿Sabrías construir un muro defensivo? —preguntó sin preámbulos. (Es increíble lo veloces que marchan las cosas cuando a los jefes les interesa algo).

—Conozco un poblado con uno. Hablé con los que lo construyeron y, francamente, considero que lo podría hacer mejor.

—Perfecto. ¿Cuánto tiempo necesitarás para hacerlo?

—¡Puf! —se le escapó un suspiro. Quedó un tiempo sin decir nada y luego pausadamente fue dejando salir las palabras. — Dependerá de lo alto, grueso y largo que lo quieras y de los hombres que puedan ayudarme. En el poblado del que te hablé, estuvieron más de medio año los veinte hombres trabajando en el muro, pero... no era muy grande.

Ruc, de nuevo, oía una respuesta que no le gustaba. Tuvo la misma sensación que cualquiera de nosotros al pedir el presupuesto, en tiempo y dinero, sobre cualquier pequeña reforma que pretendamos hacer en nuestro hogar. Aquel hombre, desde luego, no se mojaba en absoluto.

—¡Escúchame bien! Vamos a construir un muro, contigo o sin ti. No me gustan las vaguedades. Te lo pregunto de nuevo, si es que te interesa el asunto. ¿Cuánto tiempo necesitarás para acabar ese muro?

Tyi, no era la primera vez que escuchaba tales palabras, aunque nunca de un modo tan mal educado.

—Quiero hacer ese muro. Pero ni yo ni nadie puede hacer de adivino. No he visto el terreno. No sé qué longitud tendrá. Ignoro de dónde sacar las piedras y tierra; y tampoco hemos hablado de lo que me corresponderá por hacer este trabajo.

Ruc estaba poco acostumbrado a respuestas tan insolentes. «Pero, ¡qué carajo! este tío dice cosas con mucho sentido común. Aunque ...»

—...¿qué es eso de qué te corresponderá por hacer este trabajo? —finalizó su pensamiento en voz alta.

—¡Claro! Los míos y yo, tendremos que comer mientras estemos construyendo el muro. Además precisaremos una cabaña, cacharros y ropa.

Aquello representó un choque para Ruc. Jamás había oído nada semejante. Permaneció bastante tiempo con la mirada fija en el infinito. Por segunda vez en la misma conversación, la lógica de la situación se le antojó aplastante. «Evidentemente, este hombre no va a estar preocupado en conseguirse su comida o ropas o... y a la vez estar trabando en el muro...»

—¿Te parece, Ruc-Fin, que vea el terreno, calcule lo que precisaré y te diga lo que espero recibir en contraprestación, digamos en dos o tres días?

Así lo acordaron. Ruc-Fin-Dol, se volvió a su cabaña, donde continuó meditando por un tiempo. «¡La de cosas nuevas que están ocurriendo estos días! ¡No sé dónde iremos a parar!»

El pobre Ruc estaba siendo sometido a cambios muy profundos. No sólo había conocido lo de «mío» (definido como «no es tuyo»), sino que alguien ponía en crisis su modo de vida habitual. Hasta entonces las cosas eran muy sencillas: unos trabajan en el campo, con lo que se alimentaban, incluyéndose los urgitas, ¡faltaría más! Es cierto que también hacían otras cosas (como vasijas) y que más de un trueque se realizaba.

Lo que le causaba impacto a Ruc, era que una persona que, primero, no iba a trabajar la tierra, y segundo, que no era uno de sus soldados, fuera a acceder a una parte de los alimentos que se produjeran.

Una nueva clase había aparecido ante Ruc, quien supo ver, después de recuperarse del choque (las costumbres no se cambian de la noche a la mañana), las ventajas que esta situación produciría.

Otra cosa pensó Ruc. Tyi, no iba recibir ni la más mínima porción de la parte que les correspondía a él y a los suyos. Los aldeanos tendrían que producir más, o echar mano a sus reservas, para pagar a Tyi.

Nuestra aldea va haciéndose más compleja. Ya no todos hacen de todo: Los campesinos, quizá los menos diversificados, trabajan en el campo y con los animales, construyen sus chozas, curten sus pieles, hacen sus vasijas...

Los soldados defienden y no hacen nada más... Aunque esto es inexacto. Alguien está empezando a actuar aportando a la sociedad un elemento inmaterial, cuya influencia es simplemente inconmensurable. Este alguien se llama Poder. El elemento que produce, se llama, en plural, Decisiones. Y las Decisiones afectan a toda la sociedad en todos sus ámbitos: político, social, cultural, etc. y por supuesto económico.

Por último, el albañil, que va a realizar algo para la Comunidad y que en pago espera que la misma contribuya a su manutención... y si es posible obtener algo más, mejor que mejor.

Ahora sí, la primera gran Revolución económica de la Humanidad está arrancando.

Por fin Bops'z se había casado. El decano de los solteros había acabado por entrar en el Gran Club. Para ser sinceros, tendríamos que decir que lo habían casado. Una jovencita urgita, Etem, se había encaprichado de él desde el primer día que lo vio. A partir de ese momento el cerco en torno a Bops'z se cerró. Su destino estaba fijado.

Etem, igual de seductora que una boa constrictor aunque no tan delicada, no se anduvo con muchos rodeos con Bops'z y le dijo a las claras lo que pretendía:

—Tú serás mi marido y ¡jojo con las otras mujeres!

He intentado averiguar que es lo que vio Etem en el pobre de Bops'z, pero un velo de silencio se extiende sobre la historia. De todos modos, poco importa. Etem, una vez tomada la decisión, la comunicó a los suyos, quienes, al igual que yo, no comprendieron las razones de aquel enamoramiento.

No es que ya estuviera mal visto el cruce entre dos miembros de castas diferentes (para que tal prejuicio estuviera en vigor sería preciso una sociedad más civilizada), simplemente no les entraba en la cabeza que se quisiera emparejar con un campesino, así que la dejaron que hiciera su real voluntad.

Etem, que ni de lejos aspiraba a ser la mujer de un sencillo agricultor, desde el día de su boda empujó a Bops'z a ser más.

—Me han dicho que en un poblado del Oeste existen unos artesanos que son una auténtica maravilla en el acabado de la piedra. Quiero viajar y conocer lo que se hace por ahí fuera.

La ambición de Etem no era de riquezas, se precisaría todavía una cosa para que ese concepto hiciera aparición en nuestro mundo. Ella quería un cierto prestigio social del que el campesinado estaba en aquellos momentos muy alejado.

La misma mañana que emprendieron el viaje de bodas, costumbre que posteriormente se pondría muy de moda, Tyi se dirigía caminando lentamente hacia la cabaña de Ruc-Fin-Dol. En su cabeza llevaba un montón de apreciaciones nada concretas y ningún cálculo. Cuando concluyó de exponer a Ruc sus previsiones, tirando muy por encima de lo que pensaba para no pillarse los dedos, éste cogió un buen cabreo.

—¿Cómo que por lo menos un año trabajando la mitad de los hombres? —cortó rápido Ruc—. De eso nada. Si alguien tiene la ocurrencia de atacarnos mientras, ¿les decimos que se esperen, que todavía no podemos atenderles?

—Fíjate que el muro es muy largo y tiene que ser grueso y fuerte —contestó con aplomo Tyi—; pero existe una posibilidad. Podemos empezar a hacer un pequeño terraplén con su zanja en los dos o tres lugares menos protegidos y luego ir ampliando el muro hasta hacerlo inexpugnable.

Aquello calmó a Ruc. La idea era buena y el tiempo en el que estarían emplazadas esas defensas mínimas, aceptable. En cuanto a la cantidad de hombres que trabajarían con él en el muro, no se especificó, pues ni el propio Ruc lo tenía claro. Por un lado con más hombres se acabaría antes, pero se desatenderían las faenas normales de la aldea. Llegaron a un compromiso flexible que dependería del número de «voluntarios» que estuvieran libres en cada momento. Una vez resuelto esto pasaron, finalmente, a hablar de las cuestiones económicas.

—Cinco (se quedaron en tres) sacos de trigo por cada luna que trabaje, una cabra cada dos lunas (cada cuatro), una medida de carne cada siete días (cada diez), un sitio, materiales y «voluntarios » que me ayuden a levantar mi propia casa (concedido), tres (algo menos)... —y con unas pocas cosas más quedó cerrado el trato.

Inmediatamente después, Ruc se reunió con Grafd'z para explicarle las cláusulas del contrato que acababa de sellar:

—Me gustaría hablar contigo de tu magnífica idea de construir un muro — empezó dorando la píldora Ruc—...

—... y además piensa que con los tiempos que corren, en cualquier momento puede venir un grupo que arrase «tu» aldea — concluyó su larga y florida explicación.

—De acuerdo —le respondió el débil Grafd'z, quien pese a no ver claro que tuvieran que «pagar» ellos y encima trabajar en la muralla, no se atrevió a contradecir a Ruc. Una vez más deberían producir más cosas para un tercero. Lo que sí le parecía bien, incluso le enorgullecía, era que su idea fuera a llevarse a cabo.

Grafd'z reunió a los suyos y les trasladó su conversación con el jefe de los urgitas.

—De acuerdo, de acuerdo, de acuerdo... —habían ido asintiendo complacidos a la exposición de su jefe (ellos ya habían dicho que «se tendría» que hacer «algo»).

—...¿Cómo? ¿Cuánto me toca dar a mí? —cambió su estado de ánimo en el justo momento que cobraron conciencia de lo que tendrían que pagar cada uno de ellos.

El impuesto acababa de nacer. Desde el principio, nuestro grupo decidía lo que había que hacer y ellos mismos lo hacían. Posteriormente con la llegada de los urgitas, estos se limitaban, de tiempo en tiempo, a tomar lo que precisaban. En aquella última reunión, por el contrario, se había establecido un sistema de reparto de lo que cada uno tendría que aportar para la construcción del muro.

Existía una necesidad común a todos ellos y en común tendrían que soportar su carga. No sólo se requería su trabajo, eso era lo habitual y no les causaba ningún problema, sino que se les estaba pidiendo una parte de sus riquezas y del fruto de su esfuerzo.

Aquella parte era muy pequeña, ya crecería luego, pero aún así les produjo un amargo dolor de corazón (el mismo que siente Ud. cuando al rellenar su declaración de renta le sale «a pagar»).

Los impuestos van a llevarse un pedazo considerable del *excedente* que produce una sociedad, con lo que su influencia sobre el sistema económico va a ser enorme. Pero en este pasaje sólo quiero explicar lo que son y lo que significan.

Existen necesidades generales a toda la sociedad y toda la sociedad paga para que se cubran dichas necesidades. Hasta ahí, perfecto. Una parte del *excedente* sale de quien lo ha producido y llega a otro que se encargará de realizar una serie de tareas para toda la comunidad.

Pero esto es la teoría. En realidad existe un montón de cuestiones sin solucionar. ¿Cuánto debe aportar cada cual? ¿Quién lo decide? ¿Quién aprueba lo que se ha de hacer? ¿Qué realizar primero? ¿En qué zona empezar? ¿...?

La respuesta a estas preguntas sigue discutiéndose año tras año.

Habían dado comienzo las obras de construcción de la muralla. Las partes Este y Sur de la colina eran las de más fácil acceso por lo que Tyi junto con su hijo mayor y cinco aldeanos, entre ellos Pald'z y Wult'z, empezaron por la Sur a excavar una profunda zanja. Iban amontonando la tierra que extraían sobre la parte posterior del foso, con el objeto que los posibles atacantes tuvieran que sortear primero el agujero y luego escalar la pared que iban formando.

El lado Norte y buena parte del Oeste, disponían de unas defensas naturales que precisarían de muy pocos retoques. El terreno era de pendiente muy inclinado que finalizaba en bastantes sitios en rocas. Quedarían acabadas simplemente cubriendo los huecos entre roca y roca, elevando con tierra aquellas más bajas y haciendo más verticales las cuestas mediante el vaciado de las mismas.

Si se decidieron a construir por el Sur era porque por el Este existía una amplia explanada casi libre de obstáculos que permitía una amplia visión de la zona. No obstante esa parte debería ser cubierta inmediatamente se finalizara la Sur.

Las condiciones del terreno no constituían mayor problema. Sus dificultades provenían de sus instrumentos. Varas y cuñas de madera, hachas de piedra que no servían mucho como azadas y capazos para transportar la tierra extraída.

Después del primer día, la mayoría de los útiles quedaron destrozados. Tyi habló con los «voluntarios» y decidieron que Pald'z y Wult'z se dedicarían a reconstruir las herramientas mientras el resto seguía en las obras. El propio Tyi les explicó cómo hacer alguno de los instrumentos para la obra, arados, picas y cuñas de madera más resistentes, qué tipo de piedra usar y cómo tallarla para usarla como azada, etc.

A continuación se dirigió a Grafd'z para exponerle la conveniencia de que otro grupo se dedicara a recoger piedras grandes y pequeñas con las que levantar algunas partes de la muralla que así lo requerían (y para su casa también, aunque esto, claro, se lo calló)

Etem y Bops'z viajaban de poblado en poblado acompañados de un buey cargado de provisiones y piezas de cerámica. Habían enviado un mensaje a un conocido suyo de otra aldea en el que decían que le pensaban efectuar una visita. Asimismo, le rogaban que si tenía algún conocido en otro emplazamiento, le pidiera, como favor, que le comunicara su paso por aquella otra población y si fuera posible los atendiera.

Con este sencillo sistema de comunicación eran maravillosamente recibidos por donde iban. La hospitalidad, sobre todo si se tenían referencias de un conocido, funcionaba admirablemente.

Descansando en las casas de sus anfitriones y agasajados exageradamente, cuando dejaban un poblado acababan con el buey más cargado de provisiones que cuando salieron de Aldea-Colina.

—¡Venga! Llévate este saco con comida, nunca se sabe lo que os hará falta — les ofrecían.

—No, de verdad. No nos cabe más en el buey —era su respuesta.

Con el tiempo aprendieron a entregar ellos mismos un obsequio, alguna pieza de cerámica o algo de comida que no conocieran sus anfitriones. Con ello, no sólo aliviaban al pobre buey, sino que estrechaban más si cabe, sus lazos de amistad.

Pasaban varios días en cada lugar y conocían sus costumbres y maneras de hacer las cosas.

—¿Qué es eso? —preguntó Bops'z a su huésped que estaba golpeando una especie de piedra con otra después de sacarla del horno.

—Lo llamamos cobre —respondió—, y es una piedra prodigiosa, pues cuando está caliente puedes hacerla cambiar de forma, si sabes pegarle adecuadamen...

—¿Y para qué sirve? —continuó preguntando atropelladamente.

—Con ella hacemos puntas de lanza y hachas —volvió a responder—, aunque el uso las deforma y tenemos que volver moldearlas. ¡Mira! ahí tienes varias.

¡Qué maravilla! —exclamó al acercarse para verlas mejor—. Son auténticamente fantásticas. ¡L...! ¿Qué son esos objetos amarillos de la esquina? ¡Me encantan!

—Son adornos de oro —siguió respondiendo el hombre cada vez más complacido—. Se hacen de otra piedra parecida aunque más blanda y por eso más fácil de trabajar. Para hacer armas no son muy útiles, pero sí para adornos. A los hombres y mujeres les encanta.

Bops'z estaba impresionado. De todos los lugares que habían visitado, incluyendo aquél en el que el labrado de la piedra alcanzaba su perfección, éste último era el que más le fascinaba.

Etem fue fácilmente persuadida para que se quedaran con el forjador todo el tiempo que fuera preciso. Allí aprendió a reconocer las piedras, a calentarlas y moldearlas, siempre dirigido por un maestro orgulloso de lo que era capaz de enseñar a su aprendiz.

Cuando Bops'z comprendió que su formación había concluido, dejaron con lástima la aldea, pues el cariño era recíproco. Antes, «tuvieron» que llevarse una buena cantidad de adornos y útiles que el forjador, en prenda de tal afecto, les regaló.

Pese al grado de progreso alcanzado en el tallado y esmerilado de la piedra de sílex («Millones de años de experiencia avalan la calidad de nuestros productos», podría haber rezado su *eslogan* publicitario), algo en el interior de Bops'z le decía que aquella antigua técnica había quedado obsoleta.

Un día de viaje llevaban, cuando por la senda por la que se desplazaban vieron venir un buey y detrás de él un hombre. Habría sido algo de lo más corriente, de no ser porque el hombre no movía los pies. Iba erguido, orgullosamente, sobre un artefacto que el buey arrastraba sin dificultad.

—¡Hola buen hombre! —saludó Etem con clara intención de hacerle detener y entablar conversación—. ¡Qué los dioses te bendigan!

Juzemplabt no se dignó responder. Él, primogénito del gran señor de Urry, no se entretenía con paletos. Pero las dos inauditas hachas que vio al costado del otro buey le hicieron cambiar de idea.

—¿Quiénes sois? —preguntó sin desviar la mirada del objeto de su interés.

—...dea-Colina —acertó a comprender. Su mente seguía en otra dimensión.

—¿Qué es eso? —señaló con el dedo.

Etem, a quien los malos modos le cargaban cantidad (a no ser que fueran los suyos), miró al joven un largo rato sin responder. Aquel silencio hizo desviar la mirada a Juzemplabt hacia Etem. Durante un prolongado lapso se exploraron midiéndose con los ojos.

—Son hachas, señor —respondió Bops'z.

Si Etem hubiera tenido a mano una de las hachas la habría hincado en medio de la mollera de su marido. Pero como no las tenía, simplemente lo fulminó con una instantánea pero intensa mirada. Bops'z ya no abrió la boca. Habría sido incapaz. Sus cuerdas vocales se habían pegado.

Juzemplabt descendió de su plataforma y dirigiéndose a Etem con la mejor de sus sonrisas, dijo:

—Permitid que me presente, soy Juzemplabt hijo del gran señor de Urry, el próximo pueblo que encontraréis —su tono había cambiado. Iba a conseguir esas hachas como fuera. Empezó por las buenas—. He quedado sorprendido al ver las hachas. ¿Podría tocarlas?

Etem, ya más relajada, cambió de actitud asimismo. A ella también le interesaba estar a buenas.

—... ¿y qué es eso sobre lo que venías montado? —preguntó en medio de sus explicaciones acerca de la bondad de las hachas en cuestión.

—Es un carro que va montado sobre estas dos cosas que llamamos ruedas y que el buey, o una persona, puede arrastrar sin apenas esfuerzo. Además de llevar personas, puede ponerse una carga.

Si decimos que en un abrir y cerrar de ojos, cuando ambas partes comprendieron qué era lo que la otra quería, se cerró el trato, no exageraríamos lo más mínimo. Los dos se alejaron rápidamente, pensando que habían hecho el negocio de su vida y temiendo que la otra se arrepintiera.

«¡Vaya, vaya! —se jactaba Juzemplabt mientras seguía su camino sobre los lomos del buey—. En Urry puedo conseguir todos los carros que quiera, pero estas hachas son magníficas.»

—¡Mira que hemos sido listos, Bops'z! —se ufanaba por su parte Etem-. Tú puedes hacer todas las hachas que necesites y este carro nos va a venir de perillas para cargarlo con todo lo que llevamos encima.

Desarraigados

Les daban el nombre de desarraigados, aunque su destierro había sido voluntario. Odiaban el trabajo de la tierra y la sumisión que implicaba. Vivían en pequeños grupos dedicados a la caza y al pillaje. Las cosas raramente les iban bien, pues frecuentemente salían trasquilados cuando se enfrentaban a los habitantes de los poblados de la comarca. Famélicos y desesperados, no daban a la vida humana, incluida la suya, la menor importancia.

Así habría sido indefinidamente de no mediar la aparición de Jigkesh. Alto, fuerte y de grandes ojos oscuros, que imponían respeto cuando se clavaban fijamente en alguien. Había nacido para ser líder y lo sabía. Los que lo seguían lo adoraban. No porque fuera un ser dulce y comprensivo, sino porque era duro, despiadado y justo; les llevaba dónde él quería que fuesen porque sabían

que ese era el lugar donde debían llegar. No había fallado nunca en ninguna de sus acciones.

—Es hora de dejar de vagabundear —había dicho una noche a sus colaboradores más próximos—. Vamos a tomar posesión y gobernar las tierras que precisemos. Y las mejores son las de Aldea- Colina. Antes que acaben su muralla, hemos de echar a los urgitas.

—Dispersad a los hombres —siguió dando órdenes—. Cada uno con su familia que tome caminos diferentes. Dentro siete días, ni uno antes ni uno después, deberán haber llegado al lago de Tres- Ríos. Al octavo, atacaremos.

A lo largo de ese séptimo día fueron llegando los desarraigados. Lo primero que veían, nada más entrar en la zona donde se cobijaban, era las cabezas separadas de los cuerpos de tres hombres.

Un poco más lejos, yacían los cadáveres desnudos de sus mujeres e hijos.

—Jigkesh dijo siete días, ni uno más ni uno menos —se encargaba un hombre de explicar a los recién llegados tan macabra exhibición.

Al amanecer del octavo día, los reunió y explicó su plan de ataque:

—Los urgitas son un desastre. Están gordos y confiados. No montan ningún tipo de guardia. Antes de que acabe el día habremos conquistado Aldea-Colina. Nos acercaremos por el Norte, pero haremos la acometida por el Este. Allí no hay nadie, están todos en el Sur trabajando en su muralla. Una cosa más, matad a los urgitas, pero dejad en paz a los campesinos. No los toquéis si no os atacan, cosa que no creo que hagan. Deben seguir labrando la tierra para nosotros. Hizo una breve pausa, pues había algo que quería remarcar:

—Recordad mis instrucciones. No son broma. Esas tres cabezas así lo atestiguan. No fue por mi capricho, pero nadie no autorizado debía estar aquí antes de tiempo para no dar pie a que se propagase la noticia de nuestra situación.

Ruc-Fin-Dol, en Aldea-Colina, ni estaba gordo ni confiado. De hecho, le preocupaban sobremanera los desarraigados y en sus frecuentes conversaciones con Sald-Bua, el tema salía a relucir. Si bien sus hombres llevaban una vida cómoda y fácil, no era menos cierto que todos los días les hacía realizar prácticas. El motivo por el que Jigkesh pensaba lo contrario era culpa suya. Su engreimiento le llevó a esta conclusión el día que haciéndose pasar por un viajero llegó a Aldea-Colina en calidad de espía.

Quiso la suerte que ese día hubiera marcha. En plena jarana, los urgitas y otras mujeres no estaban dando un espectáculo muy edificante. La razón de la fiesta está olvidado, tampoco necesitaban ninguna gran excusa para montársela, pero lo que sí es cierto, es que se montó una buena.

Jigkesh, sumó rápidamente dos y dos, veintidós, sacando apresuradamente sus conclusiones. Como era el jefe, era el que más sabía. La «verdad» era lo que él había visto y ya no necesitaba ningún consejo: los urgitas eran un desastre.

Desastre fue el que se abatió sobre los desarraigados. Ya no pasarían a la Historia. Un líder fuerte, con ideas claras y con metas concretas, había llevado a los suyos a una hecatombe. No era la primera vez, ni sería la última.

Los urgitas, que ya estaban algo mosqueados por la desaparición de los desarraigados, dirigidos magistralmente por Ruc y Sald-Bua, supieron reaccionar a tiempo ante las primeras voces de alarma. Y como en toda película de acción que se precie, la batalla concluyó con el combate singular entre el «bueno» y el «malo».

El que Ruc, más viejo y menos fuerte que Jigkesh, se hiciera ayudar por un par de sus mejores hombres, fue borrado de los anales de la batalla. No era cosa de sembrar la Historia con pequeñeces.

Sald-Bua se contó entre los que no lo contaron. Sobre el campo de batalla quedaron los cuerpos de los bravos guerreros (los nuestros) y las piltrafas de los del enemigo. Como no resultaban muy estéticos, se pusieron a la tarea de dejarlo bien arregladito, con los nuestros pulcramente guardados bajo tierra (con todos los honores). Estos monumentos erigidos en honor a la barbarie humana es mejor presentarlos idealizados.

Este enfrentamiento tuvo, asimismo, una consecuencia novedosa. Los urgitas y el resto de la comunidad, empezaron a ver a Ruc-Fin-Dol como algo más que un hombre: lo proclamaron Rey.

El título, en sí, dejaba frío a Ruc. Tenía claro quien sería el Rey de haber perdido la contienda. Sin embargo, lo aceptó porque tenía claras ventajas políticas. Sus decisiones serían, a partir de ese momento, «reales» y por tanto casi, casi, divinas. (No faltaba mucho para que los reyes «comprendieran» que ellos y sus descendientes estaban emparentados directamente con las alturas).

La vida en Aldea-Colina siguió. Se aceleró la construcción de la muralla y fueron llegando nuevos inmigrantes.

Regreso

Un buen día, Pald'z, salió precipitadamente de su taller cuando entre un creciente ruido de algarabía, atinó a descifrar que su amigo Bops'z estaba de regreso.

Posiblemente la expresión quedarse alelado nació cuando Pald'z puso aquella cara de estupefacción al ver a la pareja vestida con algo que no eran pieles, adornada con otra cosa que no eran huesos, armada con lo que no era piedra y que venía caminando sin mover los pies ni tocar el suelo.

Por toda la ciudad se corrió el rumor de su entrada majestuosa. En otro tiempo se habría reunido la tribu al completo alrededor del fuego y habría escuchado con un entusiasmo al borde del éxtasis, la narración de las aventuras de su viaje. Como esto ya no era posible, la reunión o mejor reuniones, se celebraron dentro del círculo íntimo de sus amistades.

—... fue estupendo —seguía Etem hablando y hablando a Lerud'x y resto de las mujeres—. Pero, además de las joyas que son cosa aparte, la confección de los vestidos de lana...

—... utilísimo —hablaba simultáneamente Bops'z a los hombres—, el carro es utilísimo. Puedes llevar toda la carga del mundo o puedes ir subido en él sin cansarte,...

—... desde luego con estos trapitos estamos monísimas —risitas contenidas de las mujeres—, vamos a hacer furor. Si quieres una vara de tejido te la cambio por ... (Siento emplear esta trillada frase, pero de verdad se dijo esto por primera vez en la Historia.)

—... las hachas —hizo Bops'z una pausa significativa—, las hachas son poderosísimas. Voy a dedicarme a hacerlas. Cuando tenga alguna, hablaremos, no por nada sois vosotros mis amigos y siempre os trataré mejor que a nadie.

—...¿Os he contado? —y así siguió la velada.

Bops'z y Etem habían hecho algo más que un viaje de bodas. En realidad, ha sido una estupenda excusa para asomarnos, a vuelapluma, a las portentosas mejoras que el hombre iba produciendo: la rueda, el tejido, la forja de metales, que junto a los ya conocidos, agricultura, cerámica, construcción, etc., configuraron el desarrollo de nuestra sociedad.

Pero nunca el desarrollo es meramente técnico, se necesita en paralelo uno político y social. El primero, el nacimiento de la realeza, implicaría un cambio revolucionario desde arriba...

La división del trabajo, revolucionaría la organización social...

El día que murió, de viejo, Pald'z en su modesta casa del centro de Aldea-Colina, reinaba Duan-Kell. Después de la «gloriosa» muerte de Sald-Bua, lugarteniente y brazo derecho de Ruc-Fin- Dol, éste había llamado a Duan para que ocupara el sitio del finado.

Sin ser consciente de su error, pretendió ganarse a la oposición a su reinado mediante este acto. Pero Duan-Kell no era como el callado y eficaz Sald-Bua,

pretendía algo más, especialmente ahora que su predecesor había desaparecido.

Si conocen la manera que el mar va socavando la costa, no creo preciso extenderme como Duan minó el poder de Ruc, sin que éste tuviera la más mínima idea de lo que pasaba a sus pies. Tampoco es ejemplarizante, el modo en que fue derrocado, humillado y muerto. Tan sólo decir que, cuando se levantó por la mañana tuvo la sensación que aquél iba a ser otro día maravilloso. En medio del dolor, físico y moral, que padeció durante su tortura, pensó amargamente en lo mucho que se había equivocado, y no únicamente esa mañana.

El primer acto del Gran Rey Duan-Kell fue el de mandar descuartizar a los hijos de Ruc, a sus familiares e íntimos. Así se juega a este juego.

Lo segundo fue rodearse de sus más allegados entre los que repartió honores, cargos y privilegios (a costa de los que trabajaban, claro). Había nacido la aristocracia.

Las murallas de la ciudad, acabadas largo tiempo, se estaban ampliando. Dos mil almas se hacinaban en la colina, más de la mitad fuera del muro original.

Tyi, se encargó de supervisar la construcción, aunque por su edad no le apetecía involucrarse demasiado en la faena. En verdad, quien dirigía las obras, era su primogénito. Él prefería vivir en su esplendorosa casa de dos pisos, la más imponente de entre las de los plebeyos, en medio de la mejor barriada.

Aquel barrio, se enorgullecía Tyi, era obra suya. Casas cuadradas, de piedra, con «puertas», a las que era fácil adosar nuevas estancias, contrastaban con las de los suburbios, cada día más sucias e insalubres.

Su vecina era la viuda Etem, rica gracias a un nuevo modo de ganarse la vida mediante hábiles trueques con las telas que se hacía importar. Sus hijos se dedicaban al trabajo de forjar los metales.

El Rey, nobles, artesanos, ceramistas, carpinteros, cesteros, tenderos, etcétera, etcétera, poblaban Aldea-Colina, que ya no era una ciudad autosuficiente, pues precisaba del intercambio con los agricultores y ganaderos.

Pongamos punto final a nuestra particular visión de la Prehistoria. Muchas más cosas estaban ocurriendo o a punto de aparecer. Por ahora, es suficiente que tengamos en mente los inverosímiles cambios que se habían producido en esos cinco mil años (- 8.000 a -3.000) y como la sociedad se hace inconcebiblemente compleja.

Hemos visto en este capítulo que parte del género humano deja de ser nómada para convertirse en sedentario. Quizá este cambio se debió a las favorables condiciones climáticas después de la última glaciación. Pero, sobre todo, fue la existencia de unas amplias tierras fértiles, lo que hizo que determinadas tribus pudieran vivir en ellas permanentemente.

Esto trajo consigo una transformación substancial: al dejar de vagar, las mejoras e innovaciones que el hombre creaba no tenían que ser abandonadas cada vez que tenían que mudarse de lugar en pos del alimento. Simultáneamente, podían permitirse el lujo de pensar en la realización de cosas más consistentes: las casas se hacen de piedra, se modifica el entorno para que le proporcione sustento, se confeccionan objetos de cerámica, se trabajan los metales, se construyen poblados fortificados, se organiza socialmente...

El nacimiento de la agricultura fue inevitable. El que viera la luz en cuatro sitios independientes y casi simultáneamente así lo demuestra. Aquella agricultura fue el primer gran generador de *excedente* de la Humanidad. Los agricultores, como hemos visto, producían por encima de lo que necesitaban y ese exceso iba a parar al resto de los estamentos de su sociedad.

¡Cuidado con este punto! La agricultura genera *excedente*, por supuesto, pero no es en absoluto el único «agente» que lo produce. Los fisiócratas, una de las primeras corrientes de pensamiento económico, pensaban de ese modo. Incluso hoy en día me ha sorprendido leer algún artículo en ese mismo sentido.

Ese planteamiento es un error mayúsculo. Allí dónde unos hombres cubren, mediante su trabajo o sus bienes, una necesidad de otros hombres, se puede producir un *excedente*.

A los agricultores podremos, pues, añadir los albañiles, los artesanos, los que prestaban servicios, los que detentan el poder y como veremos, los nuevos estratos sociales con una participación activa en la actividad económica. Todos ellos, repito, todos ellos van a ser generadores de *excedente*.

Con los agricultores no existe discusión. Plantan unos puñados de simiente y recogen kilos y kilos. Una parte la destinarán a su consumo, otra como semilla para la próxima cosecha y la otra constituirá un exceso. En este caso, dicho exceso es físico. Se puede ver, tocar y medir.

¿Y los albañiles? Cada uno de ellos hará, a lo largo de su vida, más viviendas que las que necesita para él. Está produciendo también un exceso físico. Esto también parece evidente. De unos materiales diversos, creará una cosa totalmente diferente que satisfará, a otros miembros de la comunidad, la necesidad concreta de disponer de un habitáculo en el que vivir.

Con los artesanos ocurre lo mismo. Pero ¿y con el Poder? ¿y con los servicios? Confío que los ejemplos de Ruc-Fin-Dol y de Shemi en estos dos primeros capítulos, hayan aportado claridad al asunto. El Poder produce Decisiones que afectan a la vida económica (y no sólo económica) de la

sociedad. La construcción de la muralla afectó irremisiblemente a Aldea-Colina. Shemi, pudo vivir de lo que producían los demás a cambio de un conjunto de habilidades que entretenían (que es una necesidad humana), curaban (también), y digamos, confortaban espiritualmente (por supuesto).

He estado usando en este último comentario dos palabras semejantes, *exceso* y *excedente*. La razón es simple. Un albañil, aparte de construir su propia casa, necesita comida y herramientas para poder seguir viviendo y trabajando. Por tanto, una parte de su exceso lo tendrá que intercambiar por el de los otros. Para expresarlo en números y cambiando de protagonista. Un alfarero habrá construido en un mes, pongamos, 700 tinajas. Necesitará para él 2. Su exceso de producción será de 698. Pero habrá tenido que comer carne y verduras. Habrá intercambiado 350, por alimentos. También habrá tenido que reponer parte de sus herramientas de trabajo, digamos por 98 tinajas. En resumen, este alfarero habrá producido un *excedente* de 250 tinajas.

Eso es lo que dirían los clásicos, y así es si así os parece... si no fuera porque por esa vía vamos a encontrarnos con un callejón sin salida. ¿Y los impuestos qué?, este alfarero habrá tenido que pagarlos, ¿no?

Además estamos hablando de un *excedente* meramente físico, muy facilón. Si nos preguntamos qué excedente genera una Compañía de seguros o una entidad financiera o un peluquero, vamos a tener graves problemas si lo queremos expresar en términos de unidades.

Asimismo, la distinción entre *exceso* y *excedente*, tal y como la hemos descrito, no está totalmente clara. Muchos no estarán de acuerdo con ella, quizá con razón. ¿Por qué el excedente debe ser de 250 tinajas y no de 698? En realidad el alfarero ha producido para la comunidad esas 698, y los demás han realizado un exceso de herramientas, alimentos, etc.

Un lío, ¿no?

Pero no nos compliquemos demasiado la vida. El excedente por difícil que sea de determinar, existe, es real (material o inmaterialmente). Lo importante es que está destinado a cubrir las necesidades de otros. Su definición exacta y su valoración no me preocupan tanto como el conocer cómo funciona y qué consecuencias tiene para el propio sistema económico.

Nos quedaba una pregunta del final del capítulo anterior. ¿Por qué unas tribus habían evolucionado y otras no? La respuesta se encuentra implícita a lo largo de este mismo capítulo. Unas tribus se hicieron sedentarias, conocieron la agricultura y ganadería, desarrollaron técnicas artesanales y comenzaron a trabajar los metales. Este conjunto fue el agente provocador del cambio.

Se habla de revolución neolítica o de revolución agrícola. Y en efecto fue una auténtica revolución. Pero no se trata de la primera gran Revolución económica, sino de su primer paso.

La Revolución económica se produce cuando la sociedad se diversifica en la generación y disfrute del *excedente*. Cada uno satisface a los demás una parte de sus necesidades. Con este radical cambio, la mejora de la productividad es enorme debido a la especialización. Se puede producir más y mejor *excedente*, se pueden satisfacer más necesidades diferentes y cada una de ellas de una manera más efectiva.

Me gustaría que este concepto quedara lo suficientemente resaltado. Nuestra sociedad evolucionó, está evolucionando y continuará evolucionando, porque ha cambiado su estructura inicial de una en la que cada miembro hace de todo para subsistir a otra en la que cada cual sólo realiza una parte y con ello el resultado final alcanzado es escandalosamente mayor, siendo de modo que, progresiva y continuamente va aumentando.

Las tribus nómadas eran grupos muy reducidos, de una a tres docenas de individuos. Los poblados del neolítico ya podían alcanzar unas dos mil personas; pequeñas en comparación con nuestros días, pero descomunales en comparación con los emplazamientos nómadas.

Gracias a la constante mejora en la satisfacción de las necesidades mutuas de los miembros de la sociedad, ésta podía crecer cuantitativamente. Con más personas, se podían atender más y mejor las necesidades, y consecuentemente, podía permitirse constar de más individuos. De este modo se estaba alimentando la espiral del crecimiento.

En suma, ese cambio social en la producción del *excedente*, de modo que cada miembro sólo satisface una necesidad del colectivo al que pertenece, pero eso sí, de una manera cada vez más especializada, constituye la primera gran Revolución económica. Es el motivo que nuestra sociedad haya alcanzado este grado exorbitante de desarrollo y que cuente con varios miles de millones de personas.

Iba a decir «y que alimente a varios miles de millones de personas », pero por desgracia esto no es cierto. Todavía. Sin embargo, es más que factible. Y si alguna meta oculta tiene este libro, es el poder abrir la sesera a más de uno para que comprenda que es posible esta utopía.

CAPÍTULO 3 CIUDAD, ESCRITURA, MERCANCÍAS...

Números

Un sol sin compasión lanzaba plomo fundido sobre la desértica plaza de Villacolina. Las pocas sombras, verticales, daban al panorama de la ciudad una perspectiva casi plana. El reflejo sobre los edificios doblaba la intensidad de la luz del mediodía. Calor y hedor, que se combinaban formando entre ambos una sustancia como dotada de cuerpo propio. Bastaba que se asomara algún irresponsable, para ser golpeado inmisericordemente por aquella mezcla. Sus pupilas, incapaces de ajustarse a tiempo, lo dejarían momentáneamente cegado. Aunque cerrara los ojos, toda la intensidad de la luz permanecería detrás de sus párpados.

En la plaza, los esqueletos del andamiaje de unos toldos reinaban sobre las basuras esparcidas encima de una tierra prensada por millones de pisadas. Sus montadores habían desertado de sus obligaciones para tomarse un ligero almuerzo. Después, dormirían su sopor «a la fresca» mientras el Sol estuviera en lo alto haciendo gala de toda su potencia.

Muy lentamente, el astro fue abandonando su posición de privilegio, para que, al ir inclinándose hacia Occidente, diera lugar a una larga y más benigna tarde. A la misma velocidad fueron apareciendo los montadores que se pusieron cansinamente a erigir sus tenderetes. Mañana mismo tendría lugar el gran mercado, como todos los meses. Campesinos de la comarca que aportarían hortalizas y fruta; artesanos de la ciudad con vasijas, útiles, vestidos de lana, pieles curtidas, piezas de carpintería...; algún que otro saltimbanqui y contadores de historias que darían un fugaz entretenimiento al público; y lo más atrayente, los grandes comerciantes que expondrían exóticas mercancías de los más lejanos lugares.

Villacolina, era una ciudad enorme, un auténtico emporio. Estaba habitada por sumerios, un pueblo originario de Asia Central, aunque existía una buena mezcla con los pobladores originarios. Sus treinta y tantos mil habitantes, la configuraban como una de las principales de aquella comarca mesopotámica. No era extraño, pues, que su mercado gozara de un gran prestigio y a él acudieran cada luna llena compradores y vendedores de todo el mundo conocido y desconocido. Existía, por supuesto, otro mercado semanal de carácter local, como en todas las ciudades. Pero el famoso, el que atraía a la gente, era el que se iba a celebrar mañana.

Cigur, detrás de la ventana del segundo piso de su palacete, miraba la ciudad. Su ciudad. Lo que veía, decididamente no le gustaba. Hoy hacía dos meses que su padre había muerto, dejándole las responsabilidades del trono sobre sus hombros. En esos sesenta días no había tenido tiempo nada más que para ceremonias, puesta al día de los asuntos de gobierno y solucionar los infinitos problemas urgentes que se presentaban a cada instante. Sus días, horas,

minutos y segundos se habían consumido sin haber podido dedicar ni uno de ellos a la puesta en marcha de los importantes proyectos que había soñado realizar siendo príncipe.

La suciedad, el mal estado de las calles, la muralla que sólo cubría la parte primitiva de la ciudad, su palacete y especialmente el ridículamente pequeño templo eran las cosas que más le disgustaban y que estaba ansioso por cambiar.

—Mi señor —interrumpió el curso de sus pensamientos Rismandés, su primer secretario—, ¿me has llamado?

—¿Eh? —tardó un instante en desconectarse para volver la atención hacia su colaborador—. ¡Ah, sí! Toma asiento. ¿Cómo estamos de fondos?

Aquella era una pregunta ritual. Demasiado bien sabía que los gastos siempre se las apañaban para superar con creces los ingresos.

Rismandés sacó una tablilla de arcilla, no porque desconociera el dato, sino porque era una cuestión de prestigio despachar ante su Rey-Dios, el *Ensi*, con números en la mano. No más de sesenta personas en la ciudad sabían aplicar este conocimiento en toda la amplitud de las cuatro reglas (+, -, x, :, /): los escribas de los sacerdotes, algunos de los grandes comerciantes, la mayoría de los altos funcionarios y tres o cuatro locos extravagantes, llamados matemáticos. Estos, que hablaban entre ellos de un modo incomprensible, habían llegado más allá de la multiplicación y la división. Decían no se sabe qué sobre la segunda y tercera potencias y la raíz cuadrada.

«Será cuestión de enterarse —pensó Rismandés—. Saber leer, escribir y calcular siempre me ha ayudado. Ni el Rey ni los más altos cargos del Gobierno ni la mayoría de los ciudadanos más importantes, se defienden muy bien. De hecho, sólo se apañan con las cifras y algo de sumas y restas.»

—No muy bien, mi señor —respondió, por fin, después de levantar sus ojos de las tablillas y fijarlos en los del *Ensi*.

—Es la misma respuesta de siempre, Rismandés —hizo Cigur como si se enfadara; el juego que el primer secretario conocía muy bien, iba a jugarse otra vez—. ¿Es que no eres capaz de darme los fondos que necesito?

«Como ocurría con tu padre, aunque te diera todo el oro y la plata del mundo —pensó pero no habló—, necesitarías más y más para tus sueños.»

Los agricultores eran quienes soportaban, casi en su totalidad, la carga impositiva. Ya lo vimos en el capítulo anterior. En Mesopotamia, las tierras cultivadas se ampliaron gracias a la creación de terrazas regadas artificialmente. Este aumento de cultivos, y consecuentemente, de población

dedicada a las tareas agrícolas tornó la situación harto compleja. Se precisaba un sistema que permitiera controlar y administrar los ingresos tributarios.

La escritura fue la herramienta que hizo posible el desarrollo de dicho sistema. Para darnos idea de la importancia de los garabatos que a lo largo de los siglos hemos puesto sobre piedras, tablillas, maderas, papiros y papeles, bastaría pensar cómo sería nuestra sociedad sin escritura: seguiría prácticamente igual que hace cinco mil años.

¿No? ¿No está de acuerdo? Pues entonces, por ejemplo, explíqueme cómo podríamos apañarnos para contar por encima de unas pocas decenas, o también, cómo sería posible conservar el acervo de conocimientos de generación en generación. (Tendemos a no dar importancia a las cosas fundamentales cuando nos tropezamos con ellas todos los días)

La escritura nació, casi simultáneamente, en Egipto y en Sumeria para satisfacer una necesidad muy concreta, la de dejar constancia de la administración de los templos, sus ingresos y rendimientos.

Posteriormente, en Egipto, se produjo una derivación hacia el registro de una serie de hechos relevantes de los que se quería dejar constancia. Por contra, en Sumeria, se intensificó su carácter contable: transacciones comerciales, contribuciones al templo y al Fisco. Esta practicidad no impidió, sin embargo, que los sumerios nos dejaran por escrito una gran obra, el poema épico de Gilgamesh.

Al margen de esto, no deja de maravillarme, que ya en tan remotos tiempos, hubiera matemáticos que desentrañaran los secretos de la potenciación y de la raíz cuadrada. Es evidente que una parte de la población debió estar liberada de la actividad productiva para poder dedicarse a las Matemáticas.

—Señor —habló volviendo a mirar hacia sus tablillas y bajando el tono de la voz para aplacar ese amago de enfado de su Rey—, los ingresos son cada vez mayores. Por ese lado no te puedes... Perdón, por ese lado te puedes considerar satisfecho. Rismandés había estado a punto de meter la mata. Iba a decir «no te puedes quejar».

«¡Cómo que no puedo quejarme!» —habría sido el corte instantáneo que le habría dado Cigur. Fin del diálogo. Comienzo de la bronca.

En vez de eso, había quitado la partícula NO y había positivado la frase. Cigur sabía muy bien que año tras año, los ingresos habían ido aumentando a costa de murmuraciones cuyo volumen había crecido parejo al «vaciado de los bolsillos» de sus súbditos.

—Lo que precisamos ajustar, mi señor —continuó—, son los gastos. ¿Podría hacerte una sugerencia?

—Adelante —le dio pie Cigur.

La habilidad del primer secretario era increíble. Hasta el momento había podido encauzar la conversación hasta el punto de que estaba en disposición de hacer una sugerencia. Cualquier otro rumbo de la charla habría desembocado en el desastre. Cigur, habría aprovechado cualquier desliz suyo para elevar la voz, cortar e imponer desde su posición de dominio todos sus puntos de vista (alucinaciones, si nos atenemos a las opiniones, dichas en voz baja, de la mayoría de sus servidores, incluido el propio Rismandés).

—Señor, como sabes, la cantidad de fondos siempre es limitada. Aunque tuviésemos tres veces más, continuaría teniendo fin. Incluso, con doce veces el de hoy, al ponernos a contarlo, llegaría un momento en que se acabaría.

»La solución —siguió Rismandés—, no es conseguir más y más recursos, sino emplear los que se tengan de la manera más adecuada. Si gastamos más de los que tenemos, por mucho que estos sean, acabaremos empobrecidos y arruinados.

»Por eso, cuando tengas en mente algún proyecto, te recomiendo que nos consultes y de ese modo poder informarte si tenemos lo suficiente para afrontarlo.

Cigur que no era tonto, había escuchado atentamente aquella lección de Economía. Pero...

—Gracias Rismandés. Lo que has dicho me ha hecho pensar y creo que tienes razón —Cigur observó, en ese punto, cómo el rostro de su secretario se relajaba primero y luego se contraía al escuchar otra partícula negativa que él mismo acababa de pronunciar—, *pero...*

»...pero, hay cosas que deben hacerse y mi decisión es que se hagan. Os necesito a todos vosotros, no para que me digáis lo que no podemos permitirnos hacer, sino para que me ayudéis a hacerlo.

»¡Ven aquí a la ventana y asómate conmigo! —hizo levantar a su secretario y guiándolo con el brazo le mostró la dirección que debía seguir—. ¿Qué ves?

»¡Un desastre! —se respondió Cigur—. Suciedad, polvo, tierra prensada y cuarteada que las pocas lluvias convierten en un barrizal. ¡No son una plaza ni unas calles de las que podamos enorgullecernos!

»¿Dónde está nuestro templo? Allá detrás de la casa de Wulsn, el más rico de la ciudad. ¡Nuestro templo es más pequeño que su mansión!

»¿Y las murallas? Si nos atacan, ¡sólo una tercera parte de la ciudad estará protegida!

»¡Y ese olor, y esa mierda ...!

»¡Qué lejos estamos de la ciudad que nuestro Pueblo merece y nosotros, como gobernantes, hemos de procurarle!

Cigur que se había ido apasionando mientras exponía su soliloquio, se calló bruscamente y cambiando radicalmente de expresión, miró dulcemente a un casi hipnotizado Rismandés. La conclusión iba a caer en tierra abonada.

—Todo eso hay que hacerlo por el bien de la ciudad. Te necesito a ti y necesito la ayuda de todos vosotros para lograrlo. En aquellos momentos, Rismandés, al que, poco a poco, le habían ido haciendo mella las palabras del *Ensi*, ya no tuvo ningún pero que oponerle. Más que eso, estaba firmemente decidido a seguir a su jefe.

—Escucha —continuó el Rey-Dios ahora en un susurro—, anoche tuve una idea. Vamos a empezar por empedrar la plaza y la calle que le da acceso desde la puerta de los leones. Los fondos no serán problema. Has de hacer explicar a los comerciantes que eso va a representar una mejora para ellos. Lo que pagan ahora no es nada, una cantidad simbólica. Si quieren tener mejores condiciones para ellos y para sus clientes deben «contribuir» a pagar los gastos.

—Redáctame el edicto —concluyó Cigur—, y le pondré el sello real.

¿Quién tenía razón?

¿Un soñador Rey, cargado de ilusión por las cosas que deseaba realizar?

¿Un prudente primer secretario que simplemente pedía moderación en los gastos?

Confío poder dejar esclarecida la solución al final de este capítulo.

En otro orden de cosas, el dinero como tal, no existía todavía. El intercambio y el pago se hacían mediante toda una serie de bienes *aceptados por las dos partes*. Los fondos y recursos de los que hablaban Cigur y Rismandés era un conjunto heterogéneo de bienes que constituían la Hacienda Real: oro, plata, cobre, trigo, ganado y cualquier otro con el que se le pagara.

Una acotación. Cuando Cigur está hablando de lo que merece la grandeza de su Pueblo hay que entender lo que, en el trasfondo, este lenguaje grandilocuente significa realmente. Se impone una traducción.

Las aldeas, campos y ciudades que pertenecían a un determinado Pueblo, de facto, pertenecían a su Soberano. Grandeza del Pueblo y del propio Soberano se confundían. Cigur hablaba de su propia grandeza, de la que uno de sus

reflejos, lo constituiría la riqueza de sus posesiones. El bienestar de su gente será algo secundario.

También él o cualquier otro de sus colegas coronados, hablarán en su día, de las campañas gloriosas que su Pueblo deberá acometer para mayor gloria y honor de ... (póngase cualquier palabra esplendorosa que identifique a una comunidad). Pero en realidad, será su aureola y reputación lo que entrará en juego. Quizás, para ellos, las riquezas sólo sean algo secundario, un medio para alcanzar sus encumbradas metas. Pero bueno, sabemos que no todos los que rodean a estos grandes líderes tienen esta mentalidad. La gloria para él, pero para ellos, prebendas, privilegios y engrosamiento de sus fortunas personales.

Mercado

—¡Creedme! No gano nada, sin embargo, como me habéis caído simpáticos... —remataba la venta de unos cuchillos de cobre un comerciante de rasgos marcadamente orientales, haciéndose oír por encima de un fenomenal batiburrillo.

—Se ve que eres una persona de buen gusto —preparaba el terreno otro mercader—, difícilmente encontrarás otras vasijas decoradas con tanto detalle y perfección...

—¡Frutas! ¡Frutas frescas! ¡Los mejores dátiles del desierto! — se oía de fondo el agudo reclamo de un nómada.

—¡Al ladrón! ¡Al ladrón! (En todo buen mercado que se precie, tiene que haber un mocosuelo que sustraiga cualquier cosa y acabe poniendo pies en polvorosa seguido por un indignado vendedor vociferando este estribillo).

—¿Qué hago yo con sesenta veces sesenta docenas de hogazas de pan? —se negaba un tratante de artículos de gran lujo, y precio, a intercambiarlos por un hermoso brazalete de oro—. Si lo quieres, tráeme algo que no se me vaya a estropear en pocos días...

—Te doy tres corderos, dos sacos de avena y mi vestido por tu vaca —ofrecía esperanzado un calvo de orondas mejillas a un escéptico ganadero—. Tres ovejas como las mías valen lo que las cinco que me pides, además de eso, te estoy ofreciendo...

—¡Oíd la más fascinante historia de cuantas hombre alguno haya podido escuchar! —empezaba un narrador el relato sobre las aventuras del Rey Gilgamesh en su búsqueda de la inmortalidad. Mientras, iba señalando con su vara unos dibujos sobre un cuero para facilitar el seguimiento de su historia—. El valiente Enkidu, el más osado de entre los suyos desafió y mató a Huwawa...

—Te doy tres veces sesenta *seke/s* de harina por esa copa — lanzaba su ultimátum un «experimentado» comprador que había recorrido, junto a su mujer, varios puestos comparando precios y calidades. Después de salir de

discutir con el tratante de turno, del que no pretendía comprar todavía, sino sólo información, se enzarzaba con su mujer en una larga conversación. En ella, ambos se ufanaban de su sagacidad y de lo bien que sabían comprar. Ahora que habían tomado su decisión, habían vuelto al puesto que más les convenía

—Tres veces sesenta *seke/s*, ni uno más...

(Por cierto ¿valía la pena perder media mañana para comprar al mejor precio una nimiedad así? Mi opinión es que sí. Para ellos, no es tan importante la compra en sí, como el aspecto lúdico de la misma.)

—¡Cómo que siete gallinas por una brazada de tela! ¡Ladrón! En cualquier otro sitio me piden...—perdía los estribos un campesino quien junto con su mujer se había encaprichado de una tela, igual que las demás pero teñida de verde. Como si de un libro abierto se tratara, el tratante leía en las facciones de su colérico cliente el ansia por conseguirla. Así que, callaba y esperaba. Habitualmente le tocaba hacer una labor de marketing premiosa y obsequiosa con cada uno de sus posibles compradores. Tenía que convencerlos, alabarlos, bajar el precio artificialmente inflado... Mas llevaba una temporada realmente fabulosa. Sus telas teñidas, unas de verde y otras de rojo, se vendían solas. Bastaba ver el brillo de los ojos de sus clientes...

—Como deseas. Puedes comprar a quien más te plazca. Pero mi precio son siete gallinas. —se mostró inflexible el negociante, disfrutando para sus adentros—. Y si no te parece bien, lárgate que debo atender a otros...

—Este anillo de oro pesa un *seke/* y un cuarto y la mitad de un cuarto —decía un orfebre a su comprador, después de haberlo pesado con precisión en su extraordinariamente sensible balanza de brazo—. Yo mismo lo he hecho pensando en un cliente tan distinguido como tú. Es una autentica obra de arte...

Un *seke/* equivalía a 180 granos de trigo, unos 8 gramos y pico. Era una medida de peso, no de dinero. La no existencia de un dinero como tal y por tanto universalmente aceptado, causaba todos esos trastornos que hemos visto. La solución consistía en emplear como referencia un determinado peso de un cierto bien (oro, plata, trigo...). En ese sentido, tal medida de referencia coexistía con otros tipos de valoración tales como piezas de cerámica, cabezas de ganado, brazadas de tela, etc.

Un barullo fue creciendo por el extremo de la plaza que se comunicaba con la puerta de los leones. Asswé, el acróbata, detuvo su actividad para ponerse al corriente de lo que ocurría. El rumor en forma de un comerciante semita, no tardó en llegar a él.

—Los soldados están mostrando unas tablillas con el sello de Cigur por el que se exige a todos los mercaderes el equivalente a un cuarto de *seke/* de plata por cada brazada de longitud de su tenderete —les decía al grupo que se había congregado entorno suyo—. Parece que hay algo de gresca, pues, los muy brutos han dado algún que otro estacazo a los que se negaban a pagar.

La idea que Cigur había trasladado a su primer secretario, «los comerciantes debían contribuir a las mejoras de la plaza del mercado », había llegado a los soldados de manera que, simplemente, alcanzaron a entender que cada comerciante debía pagar un tanto. Tampoco necesitaban, ni les importaba, conocer las razones. A los mercaderes les llegó la orden monda y lironda:

—¡Paga ... —era la cortés solicitud de aportación que se les hacía— ...y calla!
—era la respuesta a la pregunta que indefectiblemente hacían:

—Pero, ¿por qué?

No era, pues, de extrañar que la indignación creciera entre el ánimo de los traficantes. A decir verdad, fue una postura verbal y testimonial, que no una más activa. Los comerciantes acomodados no suelen perder tiempo en el inmemorial deporte de dirimir sus discrepancias a mamporro limpio. Únicamente un vendedor de aperos, novel en los menesteres del Comercio, no acababa de entender aquello de que lo que cuenta, al final, son los beneficios. Su furor por la injusticia no se vio menguado por el rápido cálculo de pérdidas y ganancias al que estaban tan acostumbrados sus colegas más veteranos. Con la sangre subiéndosele a la cabeza y encendiendo su rostro con el rojo de la ira, sacó de debajo de su túnica una daga de un color cobrizo y atacó al soldado que le había estado chuleando el pago de la tasa.

El soldado, más avezado en las artes de la defensa personal que aquel descerebrado aprendiz de comerciante, esquivó la primera embestida y lo derribó sin dificultad. Una vez en el suelo y sin el más mínimo espíritu deportivo, le dio de patadas hasta que le dolió la pierna. Inclinandose sobre la piltrafa resultante le dirigió una salva final de improperios. Cortó, de súbito, el torrente de palabras cuando se fijó en la daga con la que le habían atacado. Altamente atraído por la belleza casi sensual del arma, la recogió del suelo. Inmediatamente, su mano se llenó con una sensación voluptuosa de plenitud y potencia.

«¡Qué cacho de puñal tan c...! —pensó para sus adentros. Al final de la ristra de tacos que constituía su lenguaje habitual, su mente concluyó con un pensamiento exultante—. Con ella en la mano no habrá hijo de mala madre que pueda vencerme.»

Se guardó el arma y ya se disponía a irse cuando recordó el motivo que le había hecho dirigirse a aquel tenderete. Se dio media vuelta y tomó del vendedor de aperos lo que consideró que debería constituir su contribución al Fisco.

—En nombre del *Ensi* de Villacolina tomo estas mercancías en pago a los impuestos establecidos —se dirigió de esta manera formal al hombre inconsciente que yacía en el suelo al que un par de personas estaban tratando de hacer que se restableciera.

La rapidez del forcejeo no había dado lugar a ningún tumulto, pues apenas había habido tiempo para que alguien se diera cuenta. El soldado, echando una mirada en rededor para comprobar que todo estaba en orden, abandonó el lugar satisfecho.

Los funcionarios se encontraban no muy lejos, escribiendo sobre unas tablillas de arcilla aquellos indescifrables símbolos mágicos en forma de puntas de flecha. Llegó donde estaba un escriba y solemnemente hizo relación de la contribución «voluntaria » del vendedor de aperos. Considerando la daga como botín de guerra, no se le pasó por la cabeza la más mínima intención de declararla. (Tampoco declaró un par de piedras de plata que le «sobraron» de la liquidación. «¡No todo iba a tener que ser para el amo!... Y ese vendedor se estará calladito»)

No obstante, decidió que sería conveniente hacer desaparecer cuanto antes las piedras. Él sabía cómo hacerlo en una sola noche.

El esparcimiento de los soldados es bastante simple. Los ratos de ocio que dedican a su formación personal se caracterizan por la realización de experiencias sobre los productos derivados del alcohol, por la investigación con detenimiento de la naturaleza femenina y por el análisis pormenorizado del comportamiento social de grupos en estado de asueto.

No es de extrañar, pues, que después de una noche como aquella, le desaparecieran las piedras de plata, cosa que no lamentó, y la daga, lo que le fastidió bastante. No recordaba en qué momento preciso ocurrió, pero entre una nebulosa de imágenes, le parecía haberla ofrecido al patrón del tugurio. Decidió ir a recuperarla. El puñal era suyo. Algo en su cabeza le decía que le habían timado.

El patrón, ducho en el trato con aquella gente, tenía previstas estas contingencias. Aquel soldado había alardeado de las maravillas de su daga y cuando, borracho, se empeñó en ofrecerla a cambio de más cerveza para todos sus camaradas, accedió de buen grado. Con ella podría obtener substanciales rendimientos.

De buena mañana se dirigió a Bopsez, el metalúrgico. Este, quedó impresionado por las cualidades de la pieza y quiso adquirirla. Como nuestro artesano no era buen comerciante, el posadero obtuvo, después de una rápida negociación, piezas de oro por un valor superior en diez veces a la cerveza que entregó al grupo de juerguistas.

No muy entrada la tarde, el soldado acudió a la taberna, farfullando algo acerca de que le habían estafado. El propietario amablemente esgrimió tres argumentos: que el soldado se había empeñado en cambiarla, que ya la había

vendido y que le encantaría presentarle a los hermanos Tuuins. Este último argumento era el que convencía a más gente. Dos mozos, igualitos de «a más de cinco codos» de alto por uno y medio de ancho atendían las reclamaciones de los consumidores insatisfechos. Así que, nuestro soldado, se dio media vuelta y de él nunca más se supo.

Aparte de los elementos tópicos del comercio, ha aparecido un nuevo tipo de actividad económica, la subterránea. El soldado sisa, distrae o roba algo de plata y un objeto valioso. Esto tiene como consecuencia que un legítimo propietario se vea privado de parte de sus bienes y tenga que realizar un esfuerzo adicional para rehacerlos.

El ladrón dilapida el fruto de su fechoría en alcohol, mujeres y juerga.

Distingamos, una cosa es la «marcha», que en principio no es negativa, incluso puede ser positiva, pues va a permitir a otros sobrevivir (y a algunos, vivir muy bien). El cambio que se establecerá es del tipo «el fruto de mi trabajo por una serie de servicios y bienes que me satisfarán la necesidad de expansionarme». Es lo que en el capítulo anterior he intentado demostrar con la historia de Shemi.

Otra cosa es el mundo subterráneo, en el que se malgastan unos recursos de dudosa procedencia en unos servicios de una no menos dudosa honorabilidad. Así pues, en esta historia, se establece una diferencia sobre la que quiero incidir. La persona que disfruta de unos bienes apropiados indebidamente, no ha hecho ninguna contribución a la creación de los mismos. Accede a una parte de la riqueza mediante robo, extorsión, fraude, etc. La resultante es que, una parte del excedente generado por la sociedad va a ser desviado, en contra de la voluntad de sus propietarios hacia otro tipo de actividad, que, además, permitirá la existencia de un mundo marginal.

La característica económica de este mundo es que vive parasitariamente de lo producido por el resto de la comunidad, sin contribuir, en la misma medida, a la producción del excedente general.

No es de extrañar, por tanto, que se persiga con ahínco a los que se apropian de estos bienes (y a los que se aprovechan de ellos).

Maticemos. El problema, hemos dicho, no reside en que haya alguien satisfaciendo la necesidad de esparcimiento de la gente, sino que se forme un grupo aparte. Éste, va a vivir de la apropiación ilícita de los bienes de otros; produciéndose, como por generación espontánea, un tipo de sociedad, más o menos organizada, que va a delinquir, ayudarse mutuamente y crear los medios de satisfacer necesidades, no del todo confesables, de sus miembros, y por qué no, de los miembros «honrados» con ganas de hacer cosas «no honradas».

No es de extrañar, pues, que no se persiga con la misma intensidad a los que proporcionan actividades «no honradas» a personas «honradas».

Finalmente, hemos visto cómo parte de lo robado ha vuelto al circuito «legal». El artesano no pregunta en ningún momento por la «honradez» de la procedencia de la cosa, pese a tener constancia de la «no honradez» habitual del posadero. Al pagar una buena cantidad por la daga, no sólo cierra el circuito entre ambos tipos de economía, sino que añade fondos a la segunda, con lo que le permite seguir creciendo.

Algo más, nuestro soldado recaudó más lo que debía y de lo que entregó a los escribas. Esto tiene un nombre muy feo en nuestra lengua: corrupción, que también significa putrefacción, que es la actividad principal a la que se dedican los cadáveres. La analogía se me antoja ideal. ¿Qué le ocurre a una sociedad podrida?

Creo que todos conocemos la respuesta. Es más, siguiendo con las analogías, el cuerpo humano sufre, en mayor o menor medida, la acción de una innumerable serie de parásitos, virus, bacterias, etc. En tanto en cuanto se mantengan dentro de unos límites razonables, el problema no pasa a mayores, pero en cuanto empiezan, en plan infección, a extenderse. Está claro, ¿no?

Ustedes pueden pensar que exagero, pero desde siempre hasta hoy en día, países, regímenes e instituciones corruptos han supuesto una pesada carga para la población:

Ayudas de alimentos o medicinas para paliar los efectos de catástrofes que acaban en el mercado negro sin importar que la gente muera.

Cargos de responsabilidad otorgados a enchufados incapaces, en vez de a gente preparada, con lo que se impide que mejoras necesarias sustituyan usanzas, sistemas obsoletos y privilegios establecidos.

Fondos financieros distraídos hacia paraísos fiscales que dejan en la ruina a ahorradores.

Sobornos para conseguir o impedir determinados propósitos que están siempre lejos de ser la mejor opción para la comunidad.

Especulación que hace subir artificialmente el precio de las cosas.

Estraperlo (mercado negro en la España de la postguerra) que obligaba a unos padres casi indigentes debido a la destrucción de la lucha, a hacer desmedidos esfuerzos para poder alimentar a sus hijos, sin importar a los estraperlistas los efectos de la malnutrición sobre la infancia de la época. (Tengo primos mayores afectados como consecuencia de tales carencias). Para mayor disgusto por mi parte, he de comentarles que no sólo se conformaron con aprovecharse de las circunstancias, sino que consiguieron, alargar tan rentable situación durante más de una década.

Bronce

Bopsez había quedado prendado de aquella daga. No sólo de su esbeltez. Su dureza, resistencia y afilados bordes, dejaban a las de cobre completamente desfasadas. Deseaba conocer más acerca de aquella maravilla. De qué material estaba hecha, dónde conseguirlo, cómo moldearlo, a quién preguntar...

Su primera intención había sido fundirla para averiguar todas las preguntas que se le agolpaban en la mente. Pero un principio de prudencia le aconsejó frenar tan insensato impulso. Eso había sido cosa de su juventud cuando destrozó más de cuatro cosas para verles las tripas. El problema radicaba en que una vez satisfecha su curiosidad, raramente comprendía lo que estaba viendo, ni era capaz de reconstruirlo de manera que volviera a ser lo que era antes de despanzurrarlo.

«¡Claro! Hablaré con Paallis —se dijo—, él siempre ha sido muy mañoso en su taller de alfarería y sabe construirse todos los artefactos que precisa. Además, su mujer está muy bien informada de todo lo que pasa en el mundo.»

No tardó ni dos minutos en salir de casa. Por cierto, el horario por el que se regía la ciudad venía impuesto por la lógica del sistema sexagesimal de los sumerios. Dos veces doce horas por día. Horas de sesenta minutos y minutos de sesenta segundos. ¿Les suena? El sistema tiene su encanto y no seré yo quien proponga su cambio después de, aproximadamente, cinco mil años, aunque se pegue de bofetadas con el nuestro, el decimal.

—Mi querido Paallis —dijo después de haber saludado a su amigo que estaba trabajando en el torno de alfarero—, el asunto que me trae a tu casa es que deseo mostrarte una maravilla que ha llegado esta mañana a mis manos. No pienso insultarte pidiéndote que lo trates con la mayor confidencialidad...

—¡Vaya! —se sonrió divertido Paallis mientras se levantaba para limpiarse las manos—. Veamos qué cosa tan extraordinaria tienes que mostrarme para que te andes con tanto misterio. Puedes estar tranquilo que...

—¡Por supuesto, por supuesto! Pero mi excitación cuando lo vi, me hace actuar así. Mira esta daga.

Y diciendo esto mostró el puñal a Paallis. Este lo tomó, e inmediatamente comprendió a su amigo.

«¿Cuándo he oído algo acerca de un nuevo metal?» —se preguntó.

—Me ronda en la cabeza un relato sobre algo que quizá... pero mi mujer, Lerursin, lo recordará mejor...

—Hazla venir sin falta —se precipitó Bopsez, quien, al ver la sonrisa irónica de Paallis, se enmendó—. Si lo crees conveniente, ¡claro!

Bopsez, una vez hubo venido Lerursin, le repitió toda la historia haciendo hincapié en la necesidad de confidencialidad.

—Sí —dijo Lerursin después de una breve pausa—, ¿recuerdas la última vez que nos visitó nuestro amigo Wulstn? No creo que tarde mucho en volver de otro de sus viajes comerciales. Nos contó que le habían hablado de un metal, que no era tal, sino la mezcla de otros dos, el cobre y otro, que no recuerdo, pero que tenía la propiedad de hacerlo más resistente.

En ese punto, la conversación derivó a otros temas, pues estaba claro que deberían esperar a la llegada del comerciante, a no muy tardar, para recabar más noticias del nuevo material.

La edad de bronce había comenzado. No muy lejos de allí, en la propia Sumeria, unos metalúrgicos habían mezclado cobre con un 5 a un 25 por ciento de estaño. Empleando un horno de fundición, a unos 800-900° C., dieron lugar a una aleación, muy resistente a la corrosión, ideal para moldear y para confeccionar armas. El bronce al fundirse, resulta más fluido que el cobre, por lo que se acopla mejor a los moldes. De ese modo, los artesanos sumerios, lograron realizar consumadas obras de arte. Sus estatuillas, pongamos por caso, constituyeron una genuina delicia. En cuanto a las armas, ya sabemos que al ser más resistentes y afiladas, desplazaron a las antiguas de cobre. El bronce, pues, había irrumpido y con la celeridad propia de la época se iba extendiendo.

Bopsez, aguijoneado por aquella daga, ya no dormiría a gusto hasta que fuera capaz de trabajar con aquel material, produciendo cosas igual de hermosas.

Sobre los surcos de la carretera que recorría las ardientes tierras pedregosas del desierto cercanas a Villacolina, una caravana de hombres y animales arrastrando carros, avanzaba lenta pero decididamente. Al frente, un hombre alto de treinta años y de complexión atlética, caminaba elásticamente sin mostrar el más leve asomo de fatiga. Interminables jornadas de viaje habían endurecido sus piernas.

Wulstn, no muy lejos de su destino, iba reflexionado sobre lo que obtendría a su llegada con la venta del cargamento de madera que transportaba.

Villacolina, quizá como muchas ciudades sumerias, carecía de maderas y metales en cantidades suficientes para responder a la demanda de las mismas. Con la irrigación, se convirtieron en fértiles amplias zonas de la comarca, produciendo un amplio excedente agrícola y, consecuentemente, un aumento de la población, que se agrupó en ciudades. Rápidamente se agotaban los escasos recursos naturales. Ello hacía que fuera cada vez más difícil seguir ampliando las ciudades y dar satisfacción a las necesidades crecientes de

vigas, muebles, útiles y, por qué no, de adornos. Por tanto el valor de intercambio de dichos bienes era muy elevado.

Aquello constituía un problema. Una sociedad rica y culta, corría el riesgo de quedarse estancada por falta de esas mercancías. (Es casi imposible resistirse a establecer un paralelismo entre tal situación y los que nos ocurrió, o podía habernos ocurrido, con motivo de la crisis del petróleo del año 1.973).

Los sumerios, conscientes de las necesidades de abastecimiento, crearon una amplia red de carreteras con las que facilitaron el intercambio entre los productos del campo y de la ciudad (y de otras ciudades)

Wulstn, era nieto del primer mercader nativo de Villacolina. Aquel pionero fue el quinto hijo de una familia propietaria de extensos cultivos de trigo. De ella, se sabía que, más allá de las brumas de los primeros anales de la ciudad, se había dedicado prósperamente a la agricultura.

Un buen día, partió en compañía de unos comerciantes occidentales y a lo largo de muchos viajes, entabló sólidas relaciones comerciales con las tierras ricas en madera del Líbano. Su hijo continuó el negocio. Y ahora, Wulstn, lo perfeccionó, pues en los viajes de ida, exportaba cargamentos de grano, de productos de artesanía y piedras preciosas talladas. Estos artículos tenían una buena acogida entre sus clientes extranjeros. La fama, merecida, de los productos sumerios, le reportaba los mismos beneficios que el tráfico de madera. De ese modo, su productividad por viaje era el doble.

Era muy rico y por tanto muy envidiado. Los sacerdotes, cuyo poder lograba eclipsar al del propio Rey, al que paradójicamente, consideraban su Dios, eran los que más inquina le tenían.

Conocía a Cigur, con quien mantenía vínculos dentro de los límites de la más absoluta normalidad. Lo había tratado como príncipe e ignoraba todavía que había accedido al trono. Le había hecho más de un exótico regalo (como acto de relaciones públicas) y algún que otro favor.

Con los sacerdotes, su relación era tensa. No porque hubiera especial animadversión por su parte, él pagaba «religiosamente» sus tributos al templo, sino porque notaba la tensión que producía la envidia en sus rostros. Sus palabras, siempre corteses, dejaban entrever entre líneas una latente amenaza.

Wulstn era consciente del riesgo que representaba tal envidia. En sus no demasiado largos días de existencia había conocido situaciones en las que se habían producido enfrentamientos con los sacerdotes. Desde los más poderosos a los menos, el resultado había sido, en su mayoría, desastroso para los opositores. Por tal razón, había decidido congraciarse con ellos. Afortunadamente, pensaba, conocía desde la infancia a Zemtrep, un prometedor sacerdote.

Pero a eso le encontraría solución más tarde, antes debía dedicarse a vender su mercancía. Lejos quedaban los días en que se la quitaban de las manos. Más caravanas abastecían a la ciudad, con lo que el déficit, se veía paliado en buena parte.

Una idea se le cruzó por la mente. Tenía casi concertada con Tyel, el constructor, la venta de casi la mitad de las vigas. Otra parte, entre uno y dos decimos, debería venderla a los carpinteros, buenos clientes habituales a los que había que cuidar. Pero el resto iba a dedicarlo a otra cosa.

—Con lo que hemos obtenido —despachaba un receloso Rismandés ante Cigur—, no cubrimos los costes del empedrado de la plaza, pero desde luego en cinco meses, sí. En breve podremos dar comienzo a las obras, que durarán entre dos y tres meses. Una parte la iremos pagando con lo que vayamos cobrando y el resto mediante una garantía de pago de la ciudad de Villacolina.

—Perfecto, Rismandés —aprobó Cigur que ya veía empedrada toda la ciudad.

—Esto... mi señor, ¿podemos anunciar a los comerciantes que dentro de cinco meses estarán sufragados los gastos y que ya no les cobraremos el impuesto especial?

—¡Pero, pero, ...! —a Cigur casi le dio un ataque—. ¿De qué lado estás tú? ¿Es que lo que te dije el otro día no te ha hecho reflexionar? No sólo hay que seguir cobrándolos, sino que vas a tener que seguir buscando fondos para dar comienzo a la ampliación de la muralla, y luego —hizo una pausa—, vendrán más cosas que hay que hacer.

—Pero mi señor, los comerciantes se lo tomaron muy a mal. Incluso, algunos amenazaron con no volver más por aquí.

—Seguro que se lo tomaron a mal. Eso era de esperar. Pero ya verás como vuelven y ten por cierto que encontrarán la manera de recuperar con creces el gravamen que les cobramos.

Cigur hacía mención a que los comerciantes trasladarían el impuesto a sus compradores. Con ello, en definitiva, iban a ser los consumidores que acudían a la plaza los que sufragarían, sin ser conscientes, el coste del empedrado. Simplemente notarían que ahora tendrían que pagar más por lo mismo. Consecuentemente, sería el excedente en poder de los compradores el que serviría para la realización de la obra. Paradójicamente, los que tendrían la sensación de estar pagándolo, y por eso mismo, protestarían airadamente, serían los propios comerciantes:

«¡No hay derecho! —dirían repetidamente hasta el fin de los tiempos—. Cada día tenemos que pagar más impuestos. Si siguen así, no sé como podremos seguir con el negocio.»

Barro y paja

Rismandés era un hombre, además de inteligente y preparado, fiel. Cigur así lo apreciaba. Por tal razón, lamentaba las contadas ocasiones en las que se enfadaba con él. Dado su carácter explosivo, tales enfados acababan en estallidos de berridos y frases poco gratificantes para su primer secretario. Y era que la prudencia y conservadurismo de Rismandés lo sacaban de juicio. A veces.

Ésta había sido una de tales ocasiones. Era momento de dar marcha atrás.

—Rismandés —continuó Cigur apaciguando su voz—, eres un gran hombre. Tu sabiduría sólo se ve superada por tu lealtad, primero con mi padre y ahora conmigo. Te tengo en gran valía y estima, pero, hay ocasiones en que mereces que se te ablanden las entendederas con una buena tanda de estacazos.

A Rismandés le dio un ataque de risa. Aquella risotada, franca y prolongada, relajó la reunión.

—A veces tengo la impresión —siguió el monarca—, de que soy el único en esta ciudad al que se le ocurren ideas de dónde sacar fondos.

»Como Rey tengo que velar por la agricultura y la alimentación de nuestro Pueblo, ocuparme de la Administración y de las leyes, de las construcciones y carreteras, de la tropa y de la seguridad. De mis tierras, logramos un buen provecho, con el que atender parte de los gastos.

»Como Dios, el templo y sus rendimientos me pertenecen, aunque los sacerdotes me discuten, cada vez más, cómo emplear esos bienes religiosos.

»Los campesinos libres pagan al templo y a la ciudad su contribución. Pero, desgraciadamente, mis parientes, que cada día que pasa son más ricos y poseen más tierras, están exentos de impuestos...

Rismandés había estado escuchando al *Ensi* y, como en otras muchas ocasiones, se le ocurrió una idea.

—Has descrito perfectamente bien la situación —dio comienzo a su exposición Rismandés—. Y... fíjate en una cosa, ¿de dónde provienen principalmente nuestros ingresos?

»Te lo diré —continuó sin dar tiempo a responder a Cigur, que ahora lo miraba intensamente.

»Del campo —se respondió sin solución de continuidad.

»Y, ¿a dónde van destinados la mayoría de nuestros esfuerzos?

»A la ciudad.

»Si descontamos nuestra aportación al aplanamiento y escalonamiento de tierras cultivables, a las obras de regadío y las carreteras, el resto va íntegro a la ciudad —recalcó—. Somos un pueblo eminentemente agrícola. La mayor parte de nuestra riqueza la producen nuestros campos, y... —haciendo una larga pausa—, creo, señor, que si la ciudad debe mejorarse, la ciudad debe pagar por ello. Se puede decir que esta idea es tuya. El principio en el que se basa es el mismo que en el caso del adoquinado de la plaza. Si ha de ser en su provecho, que contribuyan.

»La muralla que ha de construirse, pues por ahí has dicho que quieres continuar, debe ser sufragada por los ciudadanos.

»¿Cómo? Eso ya es cosa mía. Por cierto, nos vendría francamente bien que volvieran a oírse rumores sobre las belicosas tribus semitas.

Cigur se levantó y abrazó entusiasmado a Rismandés.

—No habrías de morirte nunca —fue la alabanza que atinó a decir—. Adelante. Tenme informado.

Ahí habría acabado la entrevista de no ser porque ambos divisaron en la lejanía la inconfundible caravana de Wulstn acercándose a la ciudad. Se quedaron mirándola unos instantes.

Dos días después Rismandés solicitó audiencia ante Cigur. Venía cargado con varias tablillas de arcilla todavía húmeda que tendió al Soberano.

Cigur las leyó despaciosamente una a una. No decía una palabra, pero de tanto en tanto, asentía con la cabeza. Cuando hubo finalizado, miró aprobatoriamente a Rismandés y tomado su cuño de forma cilíndrica, lo hizo rodar presionando sobre la arcilla. Un dibujo regular quedó impreso al final de cada tablilla.

Los edictos para la contribución a la construcción de la muralla acababan de quedar sancionados.

Por un lado, cada ciudadano, que tuviera una casa dentro de la ciudad pagaría una determinada cantidad según ésta fuera grande o pequeña; eso sí, con las excepciones habituales para los aristócratas.

Por otro, se gravaría la importación de maderas, plomo, cobre, estaño, plata y oro. (Si Wulstn hubiera conocido cómo acudió tal idea a la cabeza de Rismandés, habría escogido, por seguro, otro momento menos inoportuno para efectuar su llegada a la ciudad).

Desconocedor, por el momento, del edicto de Cigur, Wulstn se encontraba en la magnífica casa de Tyel, compartiendo su mesa.

Era una casa de dos pisos hecha con ladrillos de barro.

En una de las pausas de su almuerzo de trabajo, Wulstn se fijó en los ladrillos que formaban las paredes de aquella habitación. No le era desconocido el uso de éstos en vallas, muros y viviendas humildes, y claro, más pequeñas. Pero el barro, por su escasa resistencia, no se le antojaba lo más adecuado para una edificación de aquellas proporciones.

Cuando llegó al nuevo domicilio de Tyel, situado en las afueras de Villacolina, quedó admirado por la regularidad de sus formas. Dos plantas se alzaban en medio de una parcela, ajardinada en la parte frontal. En la de atrás, una pequeña valla medio ocultaba la fealdad de una pequeña zona empleada como secadero, a la intemperie, de los materiales que su dueño usaba en la construcción.

Al entrar en la casa, se dio cuenta de la armonía de las habitaciones, todas ellas rectangulares, de su atrio y de la escalera para subir al segundo piso, pero no cayó en la cuenta del material del que estaban hechas.

Ahora sí, y como le picó la curiosidad, preguntó siguiendo su impávida costumbre de dar un rodeo.

—Mi querido Tyel —puso la cuestión sobre la mesa con el tacto de todo buen comerciante—, estoy maravillado de como una casa tan esplendorosa haya podido ser hecha de ladrillos...

—Y te preguntarás —atajó rápidamente Tyel—, si todo este barro, no va caer, de repente, sobre nuestras cabezas. Puedes estar bien tranquilo que no va a ocurrir.

»Los ladrillos son de adobe. Yo mismo he empezado a fabricarlos. Si lo deseas, luego podrás verlo. Tengo unos cuantos para pruebas en la parte posterior de la casa —explicó con un cierto timbre de orgullo en la voz—. El adobe es mucho más resistente que el barro.

»Mezclamos arcilla húmeda con paja, y la metemos en moldes de madera. Cuando se han secado un tanto, sacamos los ladrillos y los dejamos a sol. En dos o tres años estarán listos para ser usados.

»Es algo sencillo y fácil. Se pueden hacer muchos. Espacio, tenemos todo el que queramos. El único problema es que se necesita mucho tiempo para que se forme el adobe. Por eso tendré que seguir importándolos, como hice para levantar mi casa.

Muy brevemente. La mayor resistencia del adobe, no se debe a que la paja dé una mayor consistencia al barro, sino a la reacción química que se produce entre ambos.

Otra cosa más. Hasta ahora el proceso de manufacturación se ha caracterizado por ser eminentemente artesanal. Con el adobe ya podemos hablar de una auténtica producción en masa. Todo un anticipo de la Revolución industrial.

Regates

Después de la explicación de Tyel reinó el silencio. Sus rostros, hasta el momento relajados por el ambiente distendido que habían dado a la comida, cambiaron ligeramente. Aunque la afabilidad no había desaparecido de ellos, se dejaba entrever el principio de una tensión. Había llegado el momento de hablar de negocios. El protocolo exigía que Tyel, como anfitrión diera el primer paso. Habría sido una descortesía hacer que su invitado se viera obligado a poner el tema sobre el tapete.

—Bueno, bueno... —dijo arrastrando las palabras—. Confío que habrás tenido un provechoso viaje. Ningún contratiempo, ¿verdad?

—No, afortunadamente no hemos sufrido contrariedad alguna —respondió calmadamente Wulsn—. Ha sido largo y duro, eso sí, pero todos los que partimos hemos vuelto sin novedad.

»Y por lo que veo —dirigió cortésmente la conversación al terreno propicio—, tus negocios marchan estupendamente. Me han contado que estás construyendo muchas casas. Me alegro mucho por ti.

—Gracias —correspondió Tyel—. No puedo quejarme.

—Con tanta actividad, me pregunto cómo estarán tus existencias de maderas y vigas —tanteó Wulsn a su huésped de una manera impersonal y desapasionada. No era el momento de ser directo.

—Bastante bien —mintió Tyel calmadamente y sin pestañear—. Últimamente estamos teniendo un buen aprovisionamiento de madera. Aunque eso no quita que esté dispuesto a escuchar una buena oferta.

Wulsn no iba a la cita a ciegas. Conocía las favorables expectativas. La ciudad se estaba ampliando y bastantes de las casas antiguas de la mejor zona de Villacolina estaban a punto de remodelarse. Tyel tenía trabajo más que sobrado. En otras ciudades de la contornada ocurría lo mismo. Por contra, en el otro platillo de la balanza se encontraba la creciente importación de madera y la dificultad, consiguiente, de lograr rápidos negocios.

No tenía ninguna urgencia en vender su mercancía, pero aunque la tuviese seguiría la norma de no demostrarlo. Su abuelo había sido un maestro. Su

padre y él mismo, habían recibido el mismo don. Muy pocos habían sido capaces de descubrir, durante un trato, sus intenciones y debilidades.

—Antes de mi partida, hablamos de la posibilidad de que te quedaras con dos docenas de carros de vigas, siempre y cuando hubiera buenas perspectivas para tu negocio y que llegáramos a un acuerdo.

»No existe por tu parte, ningún compromiso de compra. Pero, como te aseguré, eres el primero al que ofrezco mi mercancía. Aunque nada hubiéramos hablado, mereces esta mínima atención por los muchos años de franca relación y si me permites, de amistad.

Aquello tranquilizó, alarmó y halagó a Tyel. Lo tranquilizó porque no iban a obligarle a hacer algo que no quisiera. Lo alarmó porque su interlocutor le demostraba que tenía compradores alternativos. Y le halagó, pues se le decía que él iba a tener preferencia por la confianza y amistad que le tenía.

—Me adulas —respondió Tyel. Ahora iba a ser su turno de poner los puntos sobre las íes—. Tu madera siempre ha sido de la mejor calidad, y el trato de favor, con el que siempre me has honrado, es algo que no puedo pasar por alto. Nada me gustaría más que poder llegar a un acuerdo satisfactorio para ambas partes.

Wulstn sonrió ampliamente. Como buen fajador, no dejó que su semblante mostrara la traducción que su mente había hecho de las palabras de Tyel.

«¡Vale tío! Hasta hoy, todo fetén. Pero no te lo tengas creído, si quieres que el negocio siga, ya sabes...»

—Estoy convencido de ello —respondió Wulstn—. Siempre hemos cerrado tratos a conveniencia de ambos, ¿no?

»La propuesta que tengo que hacerte es la mejor que voy a ofrecer a nadie —siguió—. Para ti será la misma que la de la partida anterior. Cinco sacos y medio de grano por cada viga de tres brazadas. Ocho y un cuarto por las de cuatro.

—No vamos a ponernos a discutir como vulgares mercachifles —respondió un nada sorprendido Tyel—. Pero, como sin duda sabrás, se están ofreciendo actualmente por cantidades más bajas.

—En efecto así es. Pero se trata de vigas de dos brazadas y tres. Las de cuatro, incluso cuestan más. No hay muchas. Mi trato es por el conjunto. Sales ganando ampliamente.

Siguieron un buen rato en plan mercachifle para matar el gusanillo. Entre regateo y regateo, se aseguraban el uno al otro que no es que fueran trajinantes, pero...

De todos modos la cosa ya estaba clara. Al hacer la oferta dando un «precio» por el conjunto, Tyel obtenía un acuerdo que le favorecía. No era nada fácil obtener las de cuatro brazadas. Aquel diablo de Wulstn sabía lo que se traía entre manos.

—Eres un negociante duro, Tyel —aduló finalmente Wulstn—, y como quiero que nuestra amistad prevalezca sobre el negocio — empleó la retórica comercial al uso—, te dejo en cinco sacos las de tres brazadas. Las de cuatro, ya hemos acordado en dejarlas en ocho y un cuarto.

Tyel miró satisfecho a un Wulstn sonriente. Le estrechó la mano diciendo:

—¡Trato hecho!

La sonrisa de Wulstn daba a su expresión como una sensación de resignación. Pero sus ojos, acerados, lo desmintieron durante un fugaz instante. Tyel tuvo la impresión, momentánea, de que Wulstn se había salido con la suya.

«¡Bah! Imaginaciones mías —desechó tal pensamiento con la misma rapidez con que le vino—. He conseguido un magnífico trato.»

Desafío a que alguien me diga en cuánto habría estado dispuesto Wulstn en dejar las vigas de tres brazadas. Porque, para las de cuatro, tenía muy claro su «precio» (entre comillas otra vez).

Este trato, bastante igualado, parece que haya tenido como ganador a Tyel. Al menos en una parte.

Todos los libros de Marketing dicen que el cliente es el Rey.

Todos los libros de Marketing caen en una simplicidad extrema al tratar este punto. Si bien, considero que en determinadas situaciones tal afirmación es cierta, me gustaría que me respondiesen varias preguntas: ¿Quién tiene la sartén por el mango en una compraventa? ¿Quién tiene más necesidad, el comprador de comprar o el vendedor de vender? ¿Quién sabe cuál es el precio mínimo al que el vendedor estaría dispuesto a bajar? ¿Tiene el comprador alternativas de compra? ¿Quién conoce mejor la situación del mercado? ¿Con cuántas armas cuenta el comprador y con cuántas, el vendedor?

Contestar a estas preguntas no es fácil y tampoco pretendo darles respuesta en estos momentos. Estoy más interesado en que se comprenda previamente lo que es el Comercio. Así, creo, tales respuestas se entenderán mucho mejor. Empecemos por recordar nuestra definición de Economía:

Es la actividad humana tendente a la supervivencia mediante la generación, intercambio y reparto del excedente.

En ella, nos aparece la palabra intercambio en su sentido más amplio, bienes, servicios, trabajo... Este intercambio, aunque pueda ser directo entre los excedentes de dos personas, normalmente, necesita que entre ambos aparezca la figura de un tercero. Un mediador, que se limita a comprar un género lo más barato posible y a venderlo, lo más caro, quedándose en el camino una (buena) parte del excedente.

Pero, claro, esto ya lo sabemos y para decir tal perogrullada no hace falta escribir gran parte de un capítulo...

«La verdad es que he hecho un buen trato —pensaba Tyel. Acababa de despedir ceremoniosamente a Wulstn y sentado de nuevo ante su mesa reflexionaba contento.»

«Le podría haber apretado más en la de tres brazadas, pero necesito las de cuatro y son difíciles de conseguir.»

«El próximo tratante puede tardar en llegar, o puede que pida más o que la madera sea mala, como la de hace tres meses.»

«Además, ¡qué carajo!, no puedo quedarme corto de vigas.»

Mientras Tyel se iba justificando ante sí mismo, Wulstn caminaba hacia su casa. Iba pensando en el negocio que había realizado. Estaba más que satisfecho, como casi siempre. Sabía lo que le habían costado los maderos y el viaje. Su oponente lo ignoraba.

En unas lejanas tierras, unos montañeses medio salvajes, a los que llamaban quibanitas, talaban y limpiaban árboles a golpes de piedra y a mordiscos, si hacía falta. Recibían por cada dos, un saco de trigo. De allí eran los mejores y mayores troncos.

«Lo divertido del caso —seguía pensando—, es que están convencidos de que soy tonto y que me están tomando el pelo.»

«Con la de árboles que hay por zona y lo poco que cuesta cortarlos y pelarlos —se dirían— no nos entra en la cabeza que nos los cambien por tal cantidad de trigo. ¡Están bobos estos comerciantes! »

Al «precio» de origen, Wulstn añadía el gasto del traslado. Gracias a una contabilidad minuciosa, que registraba todas las entradas y salidas, podía conocer que se venía gastando entre un saco y un cuarto y uno y medio por viga en cada viaje. Sumar, restar, multiplicar y dividir eran herramientas poderosísimas para su negocio y nunca se arrepintió de haberlas aprendido.

Pese a la diferencia entre lo que ofrecía y recibía por su género, Wulstn no se sentía culpable. En absoluto.

Como todo hombre que triunfa en los negocios, daba un sentido de trascendencia a su trabajo. Ya no se trataba de ganar más y más,... únicamente. Pensaba que estaba haciendo algo por ayudar a ambas partes. Por descontado, ni por asomo se le ocurría que tal sentido de trascendencia debía llevarle a menguar sus beneficios.

«Estos quibanitas —se decía—, lo más que conocen de la agricultura es el hecho fehaciente de que saben que el trigo no crece en los árboles y, los sumerios si vieran un árbol, no lo reconocerían. »

«Lo que yo hago, les favorece a los dos. Sin mí o sin otros como yo, los unos no comerían pan y los otros tendrían unas pequeñas casas de barro con confortables muebles de piedra.»

Y tenía razón. Completamente. A pesar de los pesares, su oculta vanidad estaba justificada.

Wulstn, en efecto, compraba barato para revender caro. Pero, en el proceso, tres partes habían quedado contentas. *Y las tres, habían acabado con más de lo que tenían al principio.*

Repito, las tres partes (o las cuatro, o las cinco...) acabaron con más de lo que tenían antes del intercambio.

Esto quiere decir que, en contra de la doctrina generalmente aceptada, el comercio genera excedente por sí mismo, puesto que al final de un intercambio, existirá un «valor» mayor (casi siempre).

Este valor no es abstracto, sino real y palpable: En nuestro ejemplo, trigo para los quibanitas, madera para los sumerios y una parte del *excedente* para el que realizó el trabajo de acercar a ambos. Recordemos que a los quibanitas, la madera les sobraba. Para ellos, por tanto, su valor era escaso. Por el contrario, el trigo constituía todo un lujo. Los sumerios, claro, suspiraban por la madera y en cuanto al trigo, tenían más que sobrado pues su agricultura era excedentaria.

El intercambio, pues, no sólo es un elemento necesario del sistema económico como veíamos en la definición. Al igual que la propia producción (agrícola, industrial y de servicios), el comercio es capaz de generar un excedente. Excedente que a la fin y a la postre acabará revirtiendo en la sociedad.

Espero que nadie se haya rasgado las vestiduras, pero comprendo que esta última afirmación provoque a más de un purista, tentaciones de arrojar este libro por el balcón.

—¿Está Ud. pretendiendo afirmar que por el simple hecho de comprar una manzana a un agricultor a 5 dineros y vendérmela por 20, se habrá generado

una riqueza que beneficiará a la comunidad? —me podrán preguntar los mencionados puristas (si aún no han tirado el libro por el balcón, claro).

—Sí —les respondería.

—Y si me voy al campo y le compro la manzana por 10 dineros, ¿no resultará la sociedad más beneficiada al ganar más el agricultor, a mí salirme más barato y desaparecer el intermediario, que no hace nada?

—No, rotundamente no. Además Ud. es un listo. Si lo que pretendía era repartirse con el agricultor el margen del intermediario, el precio debía haber sido de 12 dineros y medio, no 10.

Y, ahora, en serio. Para demostrar que en esta segunda situación, el intercambio directo de productor a consumidor, el excedente generado sería mucho menor, vamos a emplear la reducción al absurdo.

Imaginemos que un colega de Cigur hubiese tenido la brillante idea de prohibir por decreto el comercio. Los tratos tendrían que ser sin intermediarios. Esa sería la ley.

Lo primero es que la comunidad debería ser muy pequeña, puesto que habría de procurarse su sustento de los campos limítrofes. Sería poco práctico tener que desplazarse durante varias jornadas para hacerlo. Por tal motivo, la alimentación sería poco variada. Y de todos modos requeriría muchas horas ir de campo en campo y de granja en granja, buscando vegetales, carne, huevos, y si había un río o un mar cerca, pescado.

El agricultor o el ganadero, tendrían a su vez que dedicar mucho tiempo a atender a todos y cada uno de los ciudadanos que viniesen a comprarle un poco de esto y un poco de aquello.

En cuanto a la industria, al tener que dedicarse sólo a la ciudad, también sería muy reducida. Si quisiera ampliar su mercado, sería necesario dejar de producir para, liando el petate, perder varios días en el viaje. O a la inversa, si una persona precisara comprar un producto que se fabricara lejos, debería renunciar a realizar su actividad normal durante el periodo del trayecto. ¿Nos imaginamos lo que sería tener que ir desde Cádiz a Madrid para comprar una lavadora?

Las comunicaciones serían escasas, con lo que las novedades e ideas tardarían una eternidad en extenderse. Y así, sucesivamente.

Existiría una sociedad menor y más pobre, incluso más atrasada que la de la edad de bronce, en la que gran parte del tiempo la emplearíamos en el trueque y no en la producción de bienes y servicios.

No, el resultado final no sería un mayor beneficio para la sociedad. El comercio hace producir para intercambiar, libera tiempo, permite disponer de bienes que

sin él ni se conocerían, proporciona un medio de vida a una parte considerable de la población... *En suma, crea riqueza.*

Y si ni aún así, he conseguido convencerle, le ruego me responda una pregunta: ¿valía lo mismo un saco de trigo en manos quibanitas que en las de los sumerios?

No obstante, se entiende la «justa» indignación cuando un consumidor se entera a cómo pagó un comerciante la mercancía que le revendió. Quizá por eso, tengan tanto éxito los establecimientos cuya publicidad reza el anzuelo de «precios fábrica», aunque tal mensaje sea falso.

¿De verdad nos creemos que vamos a pagar lo mismo por un par de zapatos que un mayorista que compra miles? ¿De verdad creemos que no nos cobran los diez minutos que el dependiente dedica a atendernos? ¿De verdad pensamos que no estamos pagando la parte proporcional del alquiler de local o de la amortización del mobiliario e instalaciones?

No, ¿verdad? El comercio dispone de una estructura, de un sistema, para facilitar el intercambio. Cuenta con gente preparada, ya sea por el conocimiento que proporciona la experiencia o ya sea el estudio sistemático de técnicas de mercado. Conoce el producto mejor que el comprador y a veces mejor que el propio fabricante. Conoce al cliente, sus gustos y preferencias (incluso sus debilidades). Sabe cómo adaptar física y psíquicamente lo que lleva entre manos a lo que el consumidor desea. Para ello puede innovar o sugerir la innovación (fruto de lo que haya oído a sus clientes). Puede, también, crear necesidades nuevas vía publicidad. Y finalmente, es un experto en el arte de comprar y vender. A ello dedica la mayor parte de su tiempo.

Un consumidor puede llegar a necesitar miles de productos diferentes. Es imposible que sea un experto en todos, ni tan siquiera en una mínima parte. Pero puede estar seguro que habrá un comerciante que sí lo será.

Durante más de tres años fui comprador profesional. Aprendí que aunque apretara, el vendedor siempre tenía la sartén por el mango. Muchas veces, mi única arma era el no comprar y no siempre. Él sabía de su producto mucho más que yo, que aunque, me considerara un especialista en una serie de productos, él lo era sólo de uno o de unos pocos. Y sobre todo, él era el que sabía hasta dónde conceder. Muchas veces nos ufanábamos de las condiciones conseguidas en una negociación. Pero en las contadas ocasiones, por casualidad o descuido, que tuvimos acceso a las interioridades de nuestros vendedores, nos llevamos siempre desagradables sorpresas. Aquel conjunto de aduladores profesionales, que nos juraban y perjuraban que teníamos mejores condiciones que nadie porque éramos compradores muy duros, buenos, experimentados, etc., nos habían llevado al huerto siempre que habían querido.

Con esto último, creo que han podido quedar contestadas las preguntas sobre quién tiene la sartén por el mango. El comerciante, no ha sido nunca una hermanita de la Caridad. Ha intentado sacar el máximo provecho en cada transacción. Su *modus vivendi*, o lo que es igual su modo de ganarse la vida (lo que en este libro llamamos sobrevivir), ha sido, es y será comprar y vender al mejor precio para él. Y este es un aviso que quiero dejar colgado en una pica, no son raras las ocasiones que el comercio abusa de su posición de privilegio, porque puede y porque sabe.

Quedémonos, finalmente, con que el comercio genera excedente para las múltiples partes que intervienen en él y que constituye un medio de supervivencia, pero no olvidemos el aviso.

Información

—¿Cómo tú por aquí? ¡Cuánto honor! —exclamó un socarrón Zemtrep al toparse con su amigo Wultsn.

—¡Hola, Zemo! —le saludó utilizando el cariñoso diminutivo con el que se le dirigía desde que eran niños—. Me gustaría hablar contigo para hacerte una proposición deshonesta.

—Te escucho —dijo Zemtrep sin poder evitar que se le escapara una sonrisa ante la humorada de Wultsn.

—Mira —empezó dejando una amplia pausa—, sabes que mi religiosidad no se ha caracterizado por ser muy elevada. Más bien, por lo contrario. Pero deseo cambiar. Los dioses me han favorecido mucho y creo que es momento de que les corresponda.

Zemtrep permaneció callado ante la nueva pausa de su amigo. Conociéndole como lo conocía, su cerebro no dejaba de preguntarse qué estaría tramando.

—Deseo contribuir a la reconstrucción del templo con una docena de carros cargados de madera —dijo de golpe.

¡Fiuh! —silbó Zemtrep—. Es, es...

A Zemtrep, cosa de lo más inaudita, le fallaron las palabras.

—Necesito que me digas qué debo hacer o con quién debo hablar.

—Descuida, yo me encargaré y me pondré en contacto contigo en breve. A propósito...

La conversación siguió por otros derroteros más banales. Zemtrep, comprendió que lo que buscaba Wultsn era congraciarse con los sacerdotes, con los que existían unas relaciones de lo más frías. Y Wultsn, vio claro que Zemtrep necesitaba ese plazo de tiempo para maniobrar y apuntarse parte del mérito de la donación. ¡Vaya par de joyas!

Aquella noche, Wulsn cenaba con sus amigos Paallis y Bopsez. Por fin se sentía relajado y podía dejar que sus palabras fluyeran libremente. No tenía necesidad de medirlas constantemente para evitar que cualquier error descubriera sus intenciones reales y diera al traste con un buen acuerdo. Además Paallis y Bopsez eran de confianza. Jamás había descubierto en sus rostros la más leve señal de doblez. De vez en cuando, sin embargo, se ponían en plan misterioso, ingenuamente enigmáticos. En esos casos, a Wulsn le entraba un «cachondeo» interior que a duras penas podía reprimir que se le convirtiera en una carcajada.

Por eso, cuando a mitad velada, Bopsez cambió la cara poniéndola de conspirador aficionado, Wulsn se preparó para pasar un buen rato. Aquellas dos inocentes almas se preparaban para descubrirle otro de sus asuntos. ¿Qué rumor sin sentido iban a contarle? ¿Qué oculto secreto iban a revelarles? ¿Qué obscuro negocio se llevaban entre manos?

—Esto, eh... —balbuceó Bopsez—. Tengo una cosa que quisiera enseñarte.

Y diciendo esto, le enseñó la daga. En su excitación, se había olvidado de decirle aquello de que confiaba en su discreción.

—¡Un hermoso cuchillo! —exclamó Wulsn—. ¿Y qué tiene de extraordinario para que me invites a cenar?

La ironía de Wulsn le pasó totalmente desapercibida a Bopsez, él iba a lo suyo.

—Tócala y mírala bien. ¿Es que no la notas diferente?

Wulsn que en su vida había visto el bronce, sólo lo conocía de oídas, seguía sin atinar por dónde iban los tiros.

—Parece más dura de lo normal —dijo después de manosearla un rato. Empezaba a estar intrigado.

—Creemos que está hecha de bronce. Pero, ¡tú mismo nos hablaste de él la última vez que nos vimos! Precisamente Lerursin nos lo recordó.

De súbito la luz se hizo dentro de Wulsn. ¡Vaya si lo recordaba! Aquel material había sido una de tantas piezas de información que se agolpaban en su cerebro. Como comerciante, tenía oportunidad de entrar en contacto con mucha gente. De esos encuentros retenía, además de lo importante para su negocio, cualquier curiosidad, novedad o rareza. En un futuro, podrían servirle o no. Lo habitual era que no, que se limitaran a ser simples temas de conversación con los que distender y amenizar sus muchísimas horas dedicadas a hablar con sus clientes y amigos. Pero siempre había alguno que, antes o después, le reportaba una utilidad concreta.

—Sí, ahora que lo mencionas me viene a la cabeza una charla con un forjador. Quiso venderme... —se cortó—, pero no estuve muy interesado. No era ese mi negocio y aquel hombre no me gustaba. Pero habló y habló, contándome todo acerca...

Wulstn se interrumpió, empezaba a pensar que se había equivocado. El que se estuviera justificando ante sí mismo, así lo demostraba. Aquel hombre, poco fiable, había sido la causa. Había juzgado a la persona y la conclusión la había aplicado al objeto que le ofrecía.

—¿Y qué tiene de extraordinario? —repitió la misma pregunta, pero con un tono muy diferente. De la ironía había pasado a una atención interesada. Quería saber si sus sospechas de haberse equivocado eran ciertas.

—Fíjate —le respondió un vehemente Bopsez—. Como has dicho es más duro, pero también es mucho más afilado. He hecho algunas pruebas con madera, se hunde más, la corta fácilmente y apenas se deforma. Asimismo el mango tiene una mayor definición de dibujo. Es como si se ajustara mejor al molde. Debe ser una maravilla de material.

—Dentro de seis días partiré hacia el Líbano —dijo Wulstn—. Pero antes pasaré por la ciudad dónde hablé con aquel hombre. Si lo deseas, puedes acompañarme. Creo que podremos hacer buenos negocios.

»Sólo pongo una condición. Cuando tratemos con el forjador, serás un comerciante con el que hago sociedad y te estarás callado.

Wulstn había visto el negocio. Primero hablaría con el hombre y le mostraría su intención de comprarle una partida de hachuelas. En segundo lugar, junto con Bopsez, se interesarían por la fabricación de la aleación. Luego le compraría dicha partida. Finalmente Bopsez, que lo estaba deseando, podría establecer su propia fundición. Como amigo, era lo menos que podía hacer por él. Pero, a la vez, él mismo iba a salir beneficiado, pues, en un futuro podría tratar con su amigo en condiciones ventajosas.

La partida que comprara pensaba venderla a los quibanitas, que harían buen uso de ella en la tala de los árboles. Si tenía éxito, cosa que no dudaba, se le abriría un buen mercado.

Anteriormente habíamos visto como el hecho de confeccionar bienes y prestar servicios que satisfacen necesidades de otros hombres generaba un excedente. Ahora, acabamos de incidir en un elemento, del que ya habíamos apuntado algunas líneas, que va a hacer factible que dicho excedente sea mayor. Se trata de un elemento inmaterial, pero terriblemente *real*. Estamos hablando del conocimiento y la información.

Escondido en algún rincón de la mente de Wulstn se encontraba una pieza de información. Conscientemente las iba coleccionando porque en cualquier momento le podían ser útiles.

El conocer en qué lugar del Líbano se encontraban los mejores árboles le significaba una ventaja comparativa que sabía aprovechar. La consecuencia de ello era una mayor rentabilidad para él (y para el conjunto de la sociedad que podía construir mayores casas con mejores maderas). La palabra rentabilidad podemos cambiarla por la de excedente.

El saber las buenas perspectivas de construcción de la ciudad, también le generaron un mayor excedente. No es lo mismo vender una partida de algo que se precisa que de algo que no. En este supuesto la sociedad no se beneficia sino es indirectamente y no siempre. Un «precio» mayor generará también un beneficio mayor para el comerciante. Será preciso, pues, realizar un trabajo adicional para pagar el «sobrepeso». Este excedente, por consiguiente, acabará por convertirse en un mayor capital en manos del mercader. De cómo se emplee ese capital dependerá que la sociedad salga beneficiada o no.

El conocer, por último, algo sobre la existencia del bronce, le iba a permitir ampliar las perspectivas de su negocio y también iba a beneficiar a la sociedad. En este caso, el comercio actúa de la misma manera que los insectos con respecto a las flores, va a ser un agente polinizador.

El conocimiento, la formación y la información, por consiguiente, generan un excedente mayor. Los pueblos más ricos son los que poseen un mayor conocimiento y están más preparados, lo cual constituye la perogrullada número dos. Si lo digo es porque no deja de maravillarme que a escala individual esto no siempre es cierto. Quien no conozca a un auténtico tarugo pero que sepa ganar dinero a espaldas, que levante el dedo.

Dejándonos de sarcasmos, una determinada actividad económica puede realizarse de mil modos diferentes. Dada la naturaleza humana, siempre habrá alguien que encuentre una manera más eficaz. El conocerlo y transmitirlo, vía educación pongamos por caso, será uno de los factores de desarrollo de la comunidad. Del mismo modo, conocer una determinada información, va a poder proporcionar una mayor riqueza. Valgan como ejemplo, perspectivas bursátiles, cambio de los gustos de los consumidores, dónde se está innovando, etc.

El año estaba llegando a su final. Cigur hacía balance de este su primer periodo como Rey. Se encontraba satisfecho. Los síntomas de una floreciente prosperidad eran más que evidentes.

—Lo estamos consiguiendo, Rismandés —se dirigió a su primer secretario—. Nuestra ciudad va a ser la más importante. Necesitamos un empujón más y no habrá quién nos iguale.

—Sí, mi señor —respondió—. Las noticias que nos llegan de todas partes son de lo más halagüeñas. »Los trabajos de empedrado de toda la Villa y de la ampliación de la muralla están atrayendo gente de todas partes —empezó resumiendo. »Se necesitan más víveres y ya se empiezan a extender las zonas de cultivo. »Se están construyendo más casas. »El mercado, tanto el semanal como el mensual, se ven cada vez más concurridos, aunque eso sí, a «precios» más caros. »Todo esto, significa unos mayores ingresos en los fondos de la ciudad, que aunque cortos como siempre —estuvo a punto de que se le escapara un «para todo lo que pretendes»—, no arrojan un déficit excesivamente alto.

El pasaje anterior da respuesta a las preguntas que nos hacíamos en el segundo comentario de este capítulo. De hecho, da la razón a ambos. Un soñador Rey que empuja ilusionadamente a su ciudad hacia adelante y que sin él, las mejoras habrían sido mucho más lentas o no se habrían realizado. Pero también, un prudente primer secretario que, aunque arrastrado por el magnetismo de su señor, trabaja con los pies sobre la tierra y lo modera. El trabajo conjunto de los dos es el que está dando ese resultado tan prometedor. Pero no siempre es así de bonito.

Resumamos este tercer capítulo. Villacolina gozaba ya de una economía de ciudad, mucho más rica que la meramente agrícola. Trabajos más diversificados, artesanales y de servicios, que permitían satisfacer más necesidades de la población, y a su vez, que ésta fuera mayor.

El concepto de supervivencia no era tan manifiestamente evidente. En ningún pasaje hemos visto a los personajes preocupados por ella. Pero no nos engañemos. La supervivencia estaba ahí, enterrada en alguna parte de sus mentes. A la mayor parte de ellos les habría gustado estar tumbados a la bartola y no tener que trabajar. No obstante, una necesidad perentoria les obligaba a hacerlo. Si no contribuían para con los demás, los demás no lo harían para con ellos. Pero la contribución era ya radicalmente distinta a la que se producía en las tribus primitivas ya que era *especializada y tendente a obtener un producto o un servicio para luego intercambiarlo con los demás*. Y esto era válido para todos: Cigur, Rismandés, Wultsn, Paallis, Bopsez, el soldado, los comerciantes, etc...

Quizá no acabemos de ver la conexión entre el trabajo de Wultsn y la supervivencia. Este hombre tenía riquezas más que suficientes para vivir holgadamente y sin embargo seguía comerciando. En realidad, no pocos ricos viven de rentas sin pegar ni golpe. Con un nivel de vida asegurado, no ven la necesidad de doblar el lomo. Sin embargo, no pocos también, siguen y siguen trabajando para aumentar sus riquezas. ¿Por qué?

Porque la supervivencia es algo más compleja cuando rebasa los meros límites de alimentarse, cubrirse y reproducirse. No estoy capacitado para dar una explicación de manual de Psicología, pero es evidente que está muy entroncado con el concepto de «vivir bien»: más y mejores bienes y servicios, prestigio, status, admiración de los demás y una cierta preocupación por sus descendientes.

Aunque no está universalmente aceptada, Abraham Maslow, ha desarrollado una teoría que explica los motivos de actuación de los seres humanos. Según ella, lo primero que buscamos es satisfacer nuestras necesidades básicas inmediatas, respirar, comer y beber. Una vez satisfechas, nos preocupamos de nuestra seguridad, actual y en el futuro. Seguidamente, y de manera progresiva, nos iremos interesando por las de nivel más elevado, como el amor, el prestigio y el reconocimiento sociales, la autorrealización y la curiosidad por conocer el mundo que nos rodea. Encaja bastante con lo que venimos contando, ¿verdad? (Puedo darles mi palabra que no fui conocedor de la teoría de Maslow, hasta después de haber acabado el capítulo octavo de este libro. Ha sido en la revisión del texto, nueve años después de escribirlo, cuando me he decidido a incluirla. De haberla conocido antes, posiblemente me habría apoyado más en ella.)

Pero volviendo a la argumentación anterior, además, ¿no tenemos todos grabado en nuestra mente, después de siglos y siglos de haberlo visto, que los ricos viven más que los pobres? (Esto es cierto, aunque a partir de determinados niveles más riqueza no supone más longevidad, (calidad al margen). Para España, los países escandinavos, Estados Unidos, Alemania, Francia e Italia, la esperanza de vida se sitúa sobre los 75 años. En Nigeria, la India, Sudáfrica e Indonesia, oscila entre los 50 y 55 años. A más a más, dicha esperanza de vida era tres o cuatro años superior en la antigua Alemania Federal que en la República Democrática Alemana).

Hemos desarrollado, asimismo, lo que significó la escritura como un elemento de desarrollo económico. Si bien no tenía, ni tiene, exclusivamente ese fin, constituyó, y constituye, un medio para el control y medida de la actividad económica. Pero también para la conservación y transmisión del conocimiento. Sin ella, repitamos, seguiríamos en la Edad de Piedra.

Relacionados con la mencionada escritura, por su inmaterialidad, han aparecido el conocimiento, la formación y la información. *El conjunto de ellos producen como resultado una mejora en la eficacia en la generación del excedente.*

Hemos ampliado lo que significa de positivo para la economía de una colectividad la entrada del Poder en la misma, cuando se sabe lo que hacer y se hace bien.

Pero, sin duda, el aspecto más novedoso y que más controversia puede causar, es de la discusión de cómo el comercio es un generador de excedente *per se* para la sociedad.

Las ciudades sumerias y todas en general, no son autosuficientes. El comercio permite, entre otras cosas, su abastecimiento. Con ello se faculta la división del trabajo. Campo y ciudad, podrán intercambiar sus bienes y servicios, y en ese intercambio se producirá una mayor riqueza.

Y eso es tan cierto que, muy pronto, el Poder estableció un sistema de gravamen sobre esta actividad. Ya no sería el campesinado el único contribuyente mediante la entrega de una parte de su producción, sino que también parte del excedente generado en cada transacción iría a parar a las arcas del Fisco. (Por descontado que también muy pronto, descubrirá otras fuentes sobre las que establecer impuestos, como, en nuestra historia, el del pago según el tamaño de la vivienda de los ciudadanos).

También hemos tratado el tema de la corrupción, y lo negativo que resulta para la sociedad. En los ejemplos mencionados, siempre aparece el mismo esquema, unos cuantos indeseables se aprovechan de lo generado por otros hasta límites desmedidos, llegando en no pocas ocasiones no sólo a impedir el desarrollo normal de la población sino incluso a causarle sufrimientos y muerte.

Hasta este momento no ha aparecido en la narración propiamente dicha, la palabra dinero, y debo confesar que he tenido que hacer más de un equilibrista para describir situaciones en las que la mencionada palabra se hacía casi imprescindible. En el mismo sentido, la voz «precio» ha ido siempre entrecomillada. La economía monetaria, aún no había aparecido, pero no iba a tardar mucho en imponerse.

La vida en Villacolina, seguía. Diez años habían transcurrido y como siempre, muchas cosas habían cambiado. El dinero era una de ellas.

CAPÍTULO 4 ... Y DINERO

Sekels (pesos)

El eterno sol mesopotámico rozaba con sus rayos las tejas de los edificios que bordeaban la plaza principal de Villacolina. Sobre el empedrado, la actividad comercial se intensificaba por momentos. Dentro de poco, no cabría un alfiler. El ruido de las diez mil personas vociferando, regateando o riendo se dejaba oír por toda la Ciudad.

Sobre su balcón, un Cigur del que habían desaparecido los rasgos juveniles, contemplaba como lo hacía habitualmente, aquel caótico *maremagnum* que se formaba cada dos semanas.

Había sido idea de Rismandés, muerto hacía cuatro años, convocar otro mercado durante la luna nueva. Al principio, la afluencia era escasa, pero poco a poco, fue equiparándose al principal de la luna llena. El motivo que expuso Rismandés, no era, como se podía pensar, el que Villacolina necesitara un mayor aprovisionamiento de aquellas mercancías, sino que con él se conseguiría aumentar la recaudación tributaria.

También se había cambiado el sistema de pago de la contribución. Los soldados ya no iban parada por parada, sino que, a medida que los comerciantes iban entrando a la ciudad, pagaban su cuota a los guardianes que custodiaban la puerta de los leones. Unos escribas registraban y se hacían cargo de las piezas de plata que éstos recogían.

«Las necesidades del Tesoro —le decía constantemente a un Cigur, cada vez más endiosado—, son asfixiantes. Empiezo a desesperar que no te moderes en el gasto. Tenemos que incrementar los ingresos como sea. De momento, se me ocurre...»

Rismandés murió al mes siguiente sin poder ver cómo se celebró el primer mercado de la luna nueva. Una mañana al ir a despertarle, simplemente no respondió. Su mujer le zarandeó durante un buen rato hasta que, poco a poco, fue tomando conciencia que ya nunca más volvería a estar junto a ella.

Se celebraron unas grandes exequias como correspondía a su rango. Toda la corte, con Cigur a la cabeza, asistió al funeral. Se dijeron las pomposas palabras de siempre, se le dio el pésame a la viuda, y se le olvidó. Rismandés no sería historia.

Cigur no lo echaba de menos. Durante sus últimos años le había estado dando la tabarra actuando como un freno a sus planes. Ahora sus consejeros se le amoldaban mejor. Mientras miraba a través del balcón, debajo, la actividad comercial alcanzaba su clímax.

—¿Qué hago yo con sesenta veces sesenta docenas de hogazas de pan? —se negaba un tratante de artículos de gran lujo, y precio, a intercambiarlos por un hermoso brazalete de oro—. Si lo quieres, tráeme tres docenas de sekels en plata.

—Te doy tres corderos, dos sacos de avena y mi vestido por tu vaca —ofrecía esperanzado un calvo de orondas mejillas a un escéptico ganadero—. Tres ovejas como las mías valen lo que las cinco que me pides, además de eso, te estoy ofreciendo...

—No de eso nada —respondió el ganadero—, mi vaca vale sesenta medidas de plata.

—Te doy dos sekels de plata por esa copa —lanzaba su ultimátum un «experimentado» comprador.

—Dos sekels, ni uno más...

—¡Cómo que tres medidas de plata por una brazada de tela! ¡Ladrón! En cualquier otro sitio me piden...—perdía los estribos un campesino quien junto con su mujer se había encaprichado de una tela.

—Este anillo de oro pesa un sekel y un cuarto y la mitad de un cuarto —decía un orfebre a su comprador, después de haberlo pesado con precisión en su extraordinariamente sensible balanza de brazo—. Yo mismo lo he hecho pensando en un cliente tan distinguido como tú. Es una auténtica obra de arte...

El sekel de plata no era una moneda. Faltaban aproximadamente dos mil años para que se acuñaran. Sin embargo, el oro y sobre todo la plata se utilizaban preferentemente como medios de pago que debían ser pesados en cada transacción.

Con la aparición de la «moda» de utilizar un medio indirecto de intercambio, que era aceptado por la generalidad de la gente, las transacciones se facilitaron considerablemente. Basta comparar los ejemplos de este capítulo con sus homólogos del anterior. De tener un sistema en el que todas las mercancías debían valorarse con relación a todas las demás, se pasó a otro en el que cada producto se valoraba en relación con unos pocos, oro, plata, sal...

Al mismo tiempo, este último método era más eficaz, porque en una venta, no siempre interesaba a una de las partes el género que la otra le ofrecía. Por eso, hablamos de un medio indirecto, en el que la mercancía o el servicio «A» se cambia por dinero que, en otro momento, se podrá cambiar por la mercancía o el servicio «B».

Aunque no existían monedas, sí podemos hablar, en realidad, de una economía casi monetaria. El dinero, con muchas de las características que lo

configuran como tal, ya había nacido. Entre una medida de plata o de oro de entonces y una tarjeta de crédito de ahora, no existen muchas diferencias.

El propio concepto de dinero es el mismo en ambos casos. Evolucionan sus funciones, cambian las aplicaciones y el «soporte » (oro, plata, papel moneda...), pero no su razón de ser.

Para demostrar que esta afirmación es cierta, antes habrá que explicar lo que es el dinero, cosa que no es fácil. De ningún modo. Si queremos conseguir que un economista nos odie, simplemente, hágasele esta pregunta: ¿qué es el dinero?

Aunque aparentemente todos pensemos que conocemos la contestación a tal pregunta, cuando intentemos explicarla vamos a empezar a sufrir serios ataques de parálisis cerebral, pues lo abordemos por donde lo abordemos, siempre se nos quedará algún aspecto en el aire o algo no acabará de encajar. Le invito a que pruebe.

La mejor definición que he escuchado es ésta: «El dinero, ¡c...!, es el dinero. Todo el mundo lo sabe.»

Y efectivamente, así es. Lo malo es que no acaba de explicarnos gran cosa. Por eso, hemos de recurrir a una definición que no es tal. Como con múltiples útiles (una cucharilla de café, un zapato, un destornillador...), es más sencillo definirlos no por lo que son, sino en relación para lo que se usan. Es decir sustituimos el concepto, por sus funciones.

Pero ni aun así, las tres funciones que se le atribuyen al dinero están claras del todo. Algún que otro cabo se nos queda sin atar.

Conscientes de esta penuria conceptual a la hora de dar una explicación coherente, los economistas hemos recurrido a varias de esas frases ingeniosas que tanto nos gustan: «El dinero vale porque se acepta» o «El dinero es cualquier cosa que hace de dinero».

Preciosas, ¿verdad? Además se entienden perfectamente. Pero en el fondo no dejan de ser un cántico de sirena ante la incapacidad de dar una respuesta válida a la pregunta que nos hacíamos varias líneas antes.

Un trato

La extensa caravana de Wulstn se dirigía a los montes de los quibanitas con los carros vacíos. Había vendido todo el cargamento de trigo en una ciudad rica en plata, situada algo más al Norte. Obtuvo un excelente precio por sus sacos tal y como sus fuentes de información le habían manifestado. Por ese motivo decidió cambiar sus planes. No se quedaría, como habitualmente hacía, con una parte del trigo para intercambiarlo luego por la madera quibanita, sino que lo vendería todo, cobrando en plata. Con una parte de ella pagaría las vigas a los montañeses.

Wulstn había sido uno de los precursores en utilizar la plata prácticamente para todo lo que hacía relación a sus negocios.

—Mi estimado Wulstn —le dijo un desenfadado colega en uno de sus muchos viajes comerciales—, en esta Ciudad no estás *al loro*. Aquí no nos *enrollamos* hablando de sacos de trigo, de cabezas de ganado o, como en tu caso, de vigas de madera. Lo reducimos todo a medidas de plata, con lo que la cosa resulta de lo más fácil, cómoda y sencilla.

Desde entonces, se había convertido en defensor y propagador del sistema monetario. Muchos como él hacían lo mismo. Dadas sus ventajas, este dinero prehistórico no precisaba de un gran ensalzamiento para imponerse rápidamente.

Si lo pensaba bien, el sistema era soberbio.

«Mato tres pájaros de un flechazo:»

«El primero es que cobro y pago en plata, con lo que me evito manejar una profusión de bienes diferentes, fruto de cada intercambio. Si me ofrecían trigo y lo que quería eran ovejas, tenía que aceptarlo para después volverlo a cambiar buscando a un tercero al que le interesase el trigo. Si no, había que volver a buscar un cuarto o un quinto. Prefiero, la plata, porque sé que todos la aceptan y de muy buen grado.» (a)

«El segundo es que es muchísimo más sencillo aclararnos con los precios. Podemos saber cuánto vale cada cosa sin necesidad de tener que hacer varios cálculos de lo que un cordero vale en términos de sacos de trigo (que tuviese que haber cambiado por mis vigas de madera). Además, llevar las cuentas se ha simplificado formidablemente. Al expresar todo en medidas de plata, sé cuánto gano en una transacción y puedo valorar todo lo que tengo con una sola cifra: trepientos mil sekels de plata, para ser precisos.» (b)

«El tercero es que la plata no se estropea y puedo guardarla, bien sea para emplearla en otros negocios o bien, para el caso de que las cosas me vayan mal y deba recurrir a mis ahorros.» (c)

Estas son, pues, las tres funciones del dinero:

(a) MEDIO DE PAGO

(b) UNIDAD DE MEDIDA

(c) RESERVA DE VALOR

Son muy claras ¿no? Entonces ¿por qué hemos dicho que se nos quedan cabos sin atar?

Muy sencillo, porque hay medios de pago, unidades de medida (de valor) y reservas de valor que no son dinero.

Y también porque hay dinero que no es medio de pago aceptado por todo el mundo, o no es una unidad de medida lo suficientemente exacta, o no es reserva de valor.

Un saco de trigo, una gallina, un anillo de oro, pueden ser medios de pago, como vimos en el capítulo tres, pero estaremos de acuerdo en que no son dinero. Un sekel era una unidad de peso como pueda ser hoy un gramo. Era útil para establecer valores en el intercambio de bienes: 6 sekels (50 gramos) de harina equivalen a uno de levadura, por ejemplo. Pero no era dinero, aunque nos parezca que esté muy próximo a él. 50 gramos de un determinado bien, harina, carne... no pueden ser considerados como dinero. Esto es fácil de comprender, pero ¿a que tenemos dudas si decimos que 50 gramos de oro no son dinero? Es el oro el que puede ser considerado como dinero, no los gramos.

Las acciones, obligaciones, bonos, planes de pensión... son una reserva de valor, entre otras cosas, pero tampoco son dinero.

Una tarjeta de crédito es dinero, eso nadie lo discute hoy en día, pero tiene un campo de acción limitado. No se usa para efectuar pagos de particular a particular. Por otro lado, no todas las empresas que venden al público las aceptan.

El marco alemán de la Postguerra europea del 14 y unas cuantas monedas sudamericanas actuales con elevadísimos índices de inflación, no pueden ser consideradas como una eficaz unidad de medida. En puridad, ninguna moneda podría ser considerada como unidad de medida ya que todas sufren un proceso de encogimiento progresivo. Pero no tenemos otro, y mientras la inflación se mantenga dentro de unos límites razonables, el dinero se puede emplear como unidad de medida en el corto y, puede ser también, en el medio plazo. A largo, causa un total desconcierto, cuando no una cierta hilaridad. Mis hijos alucinan cuando les cuento que una entrada de cine me podía costar unas diez pesetas (hoy rebasa las ochocientas). ¿Cómo se quedarían si les dijera que mi padre me contaba que le costaba dos *perras chicas* (10 céntimos de peseta)?

Por la misma causa, ese marco o esas monedas sudamericanas, no constituyen una reserva de valor. No creo que nadie discuta lo desagradable que resulta ver como se le reducen a uno los ahorros de su vida a la mitad de la mitad cada año. A más abundamiento, históricamente se ha dado el caso de la aparición de un dinero que se consumía y que no se guardaba. No se guardaba porque con el tiempo acababa por estropearse y porque surgió como algo provisional. Se trató de los cigarrillos. Tal situación se dio en los campos de prisioneros aliados en Alemania durante la II Guerra Mundial y en la propia Alemania después de dicha guerra. Simplemente los prisioneros y los guardianes empezaron a entenderse en términos de cigarrillos ya que existía una carencia casi absoluta de Marcos por parte de los prisioneros. En cuanto a

la Alemania de la Postguerra, la gente empleó cigarrillos ya que los Reichmarks nazis valían exactamente lo que su peso en papel.

—Yo te saludo —se dirigió ritualmente Wulsn al jefe de los quibanitas—. ¡Por siempre reine la amistad entre nosotros!

—Y yo...—detuvo bruscamente Khenel su también protocolaria salutación al ver, en la lejanía, los carros del mercader completamente vacíos—. ¿Cómo es que no nos traes trigo? Los árboles ya están cortados. Tu mensajero hace media luna nos vino con instrucciones para preparar la cantidad de siempre...

—No te preocupes —dijo un sonriente Wulsn que se había adelantado a la caravana para iniciar las conversaciones—. El mensajero, efectivamente, te dio mi recado. No se va a deshacer el trato. Voy a «comprarte» las vigas.

Khenel puso una cara expectativa, se fiaba de aquel hombre pero algo no acaba de quedar claro. Wulsn vio llegado el momento de enseñarle una pequeña cantidad de plata que llevaba consigo.

—Mira. Con esto vamos a cerrar el trato.

Khenel vio las «piedras» en la mano de Wulsn, le miró la cara y siguió sin comprender. Su rostro adquirió, entonces, los rasgos de la perplejidad.

»¿Y...? —dijo con la vista sin mover los labios.

Ahora fue el turno de Wulsn en no comprender.

—¡Es plata! ¿Que no la conoces?

—Pues no. Bueno... algo sé. Es un metal, más blando creo, que el que se usa en las hachas que cambiamos, ¿no? ¿Sirve también para hacerlas?

—La plata sirve para todo —dijo rápidamente Wulsn que vio su oportunidad de explicarlo—. Con la plata puedes hacer lo que quieras.

La cara Khenel cambió instantáneamente. Como los demás de su tribu, daba una gran credibilidad a todo lo mágico. Alargó la mano y recogió las pepitas.

—¿Puedo invocar con ellas a los dioses para que nos ayuden a dejar en su lugar a las tribus de los seticios?

Wulsn se quedó de una pieza por un momento. «¿Mande?». Pero enseguida se dio cuenta de su metedura de pata. Él era uno de los que había dejado de lado la magia y la había sustituido por el razonamiento. Pero por todos lados, seguían muy arraigados los mitos y la brujería.

—¡No, no! No tienen ningún poder. Me he explicado fatal. A la plata la llamamos «dinero» y con ella puedes comprar todo lo que se te antoje. Trigo, hachas, cerveza, mujeres, todo lo que un hombre puede desear... —dijo esto último en un susurro.

Volvió a cambiar una vez más la expresión de Khenel. El desencanto hizo que su mano quedara lacia. Las pepitas que sostenía dejaron de tener interés para él. Con un gesto natural y sin provocación, las devolvió a Wulsn.

—Toma. No me interesan —dijo.

—¡Pero si es plata!. Todo el mundo la quiere. Con ella puedes, puedes ... —a Wulsn le faltaron las palabras y repitió otra vez su explicación—, puedes hacer lo que quieras. Que quieras trigo, lo compras. Que quieras hachas, las compras. Que quieras lo que sea, lo tienes.

—Todo eso que dices ya lo tengo. Con la madera y con nuestros animales podemos conseguir todo lo que necesitemos. ¿Para qué queremos la plata?

»Menudo cachondeo se cogerían los seticios si fuéramos a cambiarles sus gallinas por piedrecitas, aunque antes les partiríamos la crisma —dijo esto último bajando la voz, como desechando la más remota posibilidad que sus vecinos se les burlaran.

»Además, eso debe ser una moda de tu tierra. ¿Qué pasa si el próximo año os da por pagar otra vez con comida? ¿Qué hago? ¿Me como las piedras?

Ante esta rotunda negativa, Wulsn se desalentó, porque lo peor del caso era que no encontraba argumentos con que convencer a Khenel. Lo veía tan cerrado de mollera, que comprendió que cualquier esfuerzo sería una pérdida de tiempo.

—Está bien —dijo resignadamente Wulsn—. ¿Y ahora qué? No me queda ni un saco de trigo. Todo lo que traigo es plata, y ya he visto lo mucho que te ha entusiasmado.

»Te propongo que te la quedas como prenda. En mi próximo viaje te traeré dos cargamentos de trigo. Uno por esta partida y el otro por la siguiente.

—No insultes nuestra inteligencia. Las piedras de plata no nos sirven para nada...

Wulsn puso cara de póker al oír estas palabras. Negros nubarrones pasaron por su mente. Iba a enviar a los quibanitas a...

—..., puedes quedártelas. Llévate la madera. No es precisa ninguna prenda. Sé que eres un hombre de palabra. El próximo viaje ya nos la «pagarás», como tú dices.

«¡Jo...! Menos mal que me he estado callado —pensó Wultsn—. A esto se llama ojo clínico. Me venden a crédito y por poco no los envío a «esparragar».

Si bien hemos asistido a una de las primeras ventas a crédito de la Historia, no es eso de lo que vamos a hablar. Ahora ya conocemos algo más del dinero. Sabemos que no es algo mágico, aunque con él se pueda conseguir todo lo que un hombre sea capaz de desear.

El siguiente pasaje acostumbraba a contárnoslo nuestro padre. Está algo cambiado, pero no le importará ya que confío servirá para aclarar el concepto de dinero.

La jarra

Yecad el semita, vagaba perdido por el inmenso desierto. Tres días hacía que se había tenido que internar en él huyendo de los suyos que le mal querían. Un vulgar asunto de faldas había sido el culpable.

«Maldita y mentirosa mujer que me ha puesto en esta situación.»

Bueno, él también había «presionado» lo suyo, pero no había que contarlo todo...

Su tribu no era de las del desierto. Por eso, cuando tenían que desplazarse próximos a él, tomaban rutas conocidas y nunca se aventuraban en las mortales dunas de arena. La noche que huyó, no le persiguieron más que para cubrir el expediente. Ahora, en el tercer día de su huida, sin agua y sin alimentos, pensaba que habría sido mejor que le hubiesen cogido.

Había divisado tres veces en este último día, siempre en la lejanía, inmensos manantiales de agua que le reavivaron la esperanza. En todas las ocasiones, al acercarse, se desvanecían como por ensalmo.

Andando a trompicones, se caía continuamente y cada vez le costaba más levantarse. Por eso cuando, al levantarse de su centésima caída, vio no muy lejos de su errático camino, una pequeña ánfora cerrada, no se quiso hacer ilusiones. Tenía miedo de que sus sentidos le hubieran confundido de nuevo. No quería que la desesperación del desengaño volviera a hacer mella en él.

Se fue acercando despacio. No desaparecía. La esperanza, pese a que se negaba a reconocerlo, se fue apoderando de él. A pocos pasos de la vasija, le siguió pareciendo totalmente real. Sólo le faltaba tocarla y beber el contenido, que (ciertamente) tendría.

Cuando llegó a su altura, se desplomó en el suelo y tomándola, la sostuvo entre sus manos un buen rato. Ya estaba seguro de que no se trataba de ninguna jugarreta de sus ojos. Con dedos ávidos y nerviosos, desprendió torpemente la tela que hacía de tapón y miró en su interior.

—¡Nooo...! —lanzó un dilatado chillido—. ¡Son pepitas de oro!

Había sido la gota que colmaba el vaso. Incapaz de reaccionar, se quedó allí mismo. Ya no se movería. Entre los tormentos de la sed y la angustia de la desesperanza, le laceraba la aguda ironía de que con ese oro podría haber tenido suficiente para vivir holgadamente el resto de sus días.

Mientras un grupo de mujeres lo rodeaban mimándole y dándole de beber, su corazón se paró. Su cerebro, todavía inmerso en un menguante delirio, repetía en un jubiloso estribillo: «Tengo dinero, tengo dinero...». Finalmente se apagó.

Seguimos sabiendo más cosas con respecto al dinero. No se bebe ni se come. Yecad habría preferido, incluso, no haber visto nunca el ánfora. No le sirvió de nada. No, no estoy tomando el pelo a nadie. Estoy siguiendo un camino tortuoso, cosa que reconozco, para poder dar respuesta a la pregunta «qué es el dinero».

La taberna

Cuatro soldados de la guardia personal del *Ensi* entraban en la taberna «Las tres hermanas». Aunque ya no la regentaban aquellas tres «virtuosas» mujeres, el nombre continuaba como un estandarte que rememoraba automáticamente jarana, desvergüenza y un pelín de depravación. Oficialmente era una taberna. Extraoficialmente, también era una casa de alterne que no le hacía muchos remilgos a convertirse en un ocasional lupanar, previo pago, claro está.

En medio de un ambiente cargado por el exceso de gente y la falta de ventilación, los soldados divisaron bastantes mujeres a la espera. Su objetivo no corría peligro. Beberían la fuerte cerveza del tabernero y magrearían a las muchachas mientras les contaban sus vidas y milagros. Alardearían, darían berridos, dirían animaladas, contarían obscenidades y estallarían en risotadas o en lloriqueos. Finalmente intentarían llevárselas al catre, sólo para comprobar que no les quedaba más dinero.

—¡Vamos tía! Después de que me he gastado todo mi dinero contigo ahora me dices que no...

Bueno el resto de la historia nos la conocemos todos. La muchacha que hace una ligera seña y antes de que se monte ningún tumulto, nuestro esquilmado juerguista se ve invitado a abandonar el local. Lo único que podrá variar es si acabará aterrizando de morros o de espalda.

—¡Venga chaval, nos lo vamos a pasar en grande! —se dirigió uno de los soldados al más jovencito. Iba a ser su bautismo de fuego. Los otros tres habían decidido ir a la taberna a pasar un rato y lo habían medio arrastrado con ellos. El novato, al que no le iban esas cosas, tampoco se atrevió a llevarles la

contraria. Corría el riesgo de que se le burlaran desde aquel día en adelante. Los soldados eran así.

—¡Ea! ¡Saca la pasta y elijamos el ganado! No tuvieron tiempo.

El ganado les eligió a ellos.

—¡Hola macizos! ¿Nos invitáis?

Cada uno se emparejó con una muchacha. Al chaval le tocó en turno una moza ni muy joven ni muy mayor. Quizá algo menos vulgar que sus compañeras. Mientras los otros tres se dedicaban a beber, a reír y a meterles mano, ellos dos empezaron una conversación tópica.

«¿Cómo te llamas? ¿Estudias o trabajas? ¿...?»

La charla, poco brillante e interesante languidecía. El muchacho entrevía una notable apatía en la chica. No de la conversación, que ella mantenía con una profesional sonrisa y amabilidad, sino que la indolencia nacía de ella misma. Aquello le intrigó y empezó a dirigir sus preguntas hacia su manera de vivir.

—¿Qué es lo que más te gusta hacer?

—No sé —respondió ella—. Quizá dormir y descansar.

—¿Tienes alguna afición para tus ratos libres?

—Sí, me gusta mucho oír las historias sobre el mítico país de Egipto —contestó dándose aires de mujer culta—. Acudo a la plaza todos los días de mercado a escuchar a los narradores. Me gusta lo que dicen sobre esas gentes del gran río. ¿Sabes? Hay un rey muy rico que ha ordenado la construcción de una gran tumba para él y para los suyos...

Siguieron hablando un poco más sobre aquel país. El soldado se daba cuenta de que, debajo de lo que decía, no había gran cosa. Su conocimiento sobre las tierras del Nilo era muy superficial. Parecía, más bien, como si ese tema de moda fuera uno más de su repertorio con el que rellenar las conversaciones.

No acababa de entender el alma de aquella mujer. Una pregunta le venía a la cabeza una y otra vez y no encontraba el momento oportuno de hacerla.

«¿Por qué te dedicas a esto?»

—¿Qué esperas de la vida? —preguntó tontamente buscando dirigir el diálogo hacia el asunto que le interesaba.

—Sobrevivir.

El soldado se quedó de una pieza. El nunca había pensado sobre sí mismo en esos términos. Le había contestado con esa palabra no sólo a su pregunta,

sino también todas las demás que llevaba en mente. En aquel momento había comprendido a la muchacha.

Siguió un tiempo con ella, sin recordar de qué hablaron, la invitó a un par de bebidas y cuando, confidencialmente el dueño se acercó para dejarle caer si querían estar solos un rato, dijo que no, se levantó y salió pensativo. Andando lentamente, cabizbajo, una completa tristeza le acompañó durante el camino de regreso.

Al contrario de las historias que he descrito, esta última ocurrió realmente. Con pequeños retoques y, evidentemente, 5.000 años más tarde, pero me ocurrió.

Y la respuesta que me dio fue esa única palabra: *sobrevivir*. El mocosuelo que era yo entonces, feliz, sin problemas y con una preparación universitaria, tocó el suelo de una dura realidad. Mi manera de entender la vida, expectativas, sueños, anhelos... estaban terriblemente alejados de los de aquella mujer. ¡Con razón no la entendía!

Pero ella me dio la respuesta al porqué los hombres nos dedicamos a trabajar, incluso en algo que no nos gusta. Empecé, pues, a ver la Economía no como una Ciencia abstracta, de libro, teórica... sino como algo muy concreto, muy *real*.

Bien y aparte de esta explicación ¿a qué viene esta anécdota en medio de una explicación de lo que es el dinero?

Pues a algo muy sencillo. El dinero no compra «cosas», nunca lo ha hecho aunque así nos lo parezca a primera vista. Pero no nos dejemos llevar por lo evidente, sino que ahondemos algo más: las mujeres del club «las tres hermanas» ¿qué vendían a cambio de dinero?

La estatuilla

—¡Wultsn! ¡Qué alegría verte! —exclamó sinceramente Zemtrep al ver a su amigo.

—¿Cómo te va? —saludó el mercader y siguieron con el usual intercambio de novedades sobre sus amistades y cotilleos particulares. Finalmente, entraron en materia.

—¿Alguna contrariedad? —preguntó Wultsn a su amigo, convertido ahora en el segundo de a bordo del Templo. Nadie dudaba que a la muerte de su superior, él se convertiría en el Sumo Sacerdote.

—En absoluto. Antes al contrario. Lo tuyo marcha francamente bien, como siempre. Cada día tienes al viejo más en el bolsillo.

»Sabes que desde que empezaste con la donación de la madera para el templo, Omaz cambió de actitud con respecto a ti. Antes no te podía ver y a la más mínima oportunidad te la habría jugado.

»Ahora, como bien conoces, te defiende ante Cigur. Puedes estar tranquilo que con nosotros no existe ningún problema. Y si aparece, veremos de solucionarlo.

Wulstn escuchó satisfecho. Iba a entregar a gusto la bolsa con piedras de plata que llevaba al cinto. Era uno de sus gastos más rentables. El valor de la amistad interesada no tenía precio. Omaz, el Sumo Sacerdote, entre otras cosas, había intercedido ante Cigur para que se le hiciera un trato de favor en el pago de los impuestos por la importación de madera.

—Me alegra oírlo. A propósito me gustaría que aceptaras esta humilde contribución ... —dijo con una marcada ironía a la vez que le entregaba la bolsa. Zemtrep levantó las cejas, disfrutaba con aquellas humoradas compartidas.

—Una cosa más —añadió Wulstn sacando de entre sus ropas una estatuilla de bronce que representaba la figura de un hombre con los ojos muy abiertos—, cuando yo no esté, desearía que esta efigie me sustituyera en los actos del culto.

Zemtrep asintió con la cabeza y la tomó. No pudo dejar de maravillarse de la belleza de la estatua. Aquella era otra de las costumbres que empezaban a imponerse entre los sumerios. Cuando no podían asistir a las celebraciones religiosas, dejaban en representación imágenes suyas en actitud orante.

Y es que, a pesar de lo visto, Wulstn era una persona creyente. Desde luego, no con el papanatismo de muchos. Era un escéptico sobre la piedad de algunos sacerdotes, los más encumbrados, a los que no dudaba en utilizar. Pero, los otros, los más humildes le producían una genuina admiración. Los había visto sacrificando su vida al servicio del dios de cada ciudad y a los de la Naturaleza, *Anu, Enlil, En, Abu...* dioses del cielo, del aire, del agua y de la vegetación.

El propio Wulstn, tenía el suyo al que solía dirigirse en ocasiones y aunque jamás lo decía a nadie, solía obtener respuestas a sus preguntas, no para sus negocios, eso jamás lo hacía, pues consideraba como algo infame cansarle con asuntos tan despreciables, sino para encontrar el sentido de su propia vida.

La contradicción entre su piedad real y el pago de sobornos para acercar voluntades, la pasaba por alto. Uno puede ser religioso, pero el negocio es el negocio.

Ya sabemos algo más del dinero, también sirve para comprar «voluntades».

Resumiendo estas cuatro últimas historias, el dinero...

... no es algo mágico, aunque con él se pueda conseguir todo lo que un hombre sea capaz de desear.

... no se bebe ni se come... ni se puede hacer absolutamente nada con él a menos que haya una persona, o mejor una sociedad, que nos lo acepte y nos entregue de comer y de beber a cambio.

... no compra «cosas», nunca lo ha hecho. ¿Qué vendían aquellas muchachas de alterne? ¿Su cuerpo? ¿Su compañía? ¿Su tiempo? ¿Un poco de ellas mismas? ¿...?

... también sirve para comprar «voluntades», amigos, influencia...

Entonces ¿qué es el dinero? Desde luego no es algo concreto, ni una mercancía, ni oro, ni plata, ni billetes de banco, ni tarjetas de crédito, ni una anotación en la cuenta corriente de un banco. Por el contrario, el dinero es algo inmaterial, una idea, un concepto, una quimera, si se quiere, que se traduce en una palabra, «*promesa*».

El dinero es, pues, una promesa. Y como tal, tiene su mismo valor. Dependerá de los que la emitan y de los que deban hacer frente a ella.

Y es una promesa sobre el fruto material, pasado, presente o futuro, del trabajo de otros hombres.

Y también sobre sus posesiones.

Y también sobre la disponibilidad de los servicios de los demás.

Es, en suma, *una gran promesa* de que los demás satisfarán «todas» sus necesidades. El dinero, alcanza su significado en cuanto se le relaciona con hombres, no con cosas.

En una transacción en la que intervenga el dinero, se intercambia la satisfacción de unas necesidades por la promesa de satisfacción de otras.

¡Ojo! Aquí, otra vez, no hablamos de cosas que se intercambian sino de satisfacción de necesidades. Veamos la diferencia.

En tanto en cuanto haya toda una serie de personas que acepten mi dinero, puedo delegar mi *supervivencia* en sus manos, en la confianza que me proporcionarán todos los «elementos» para ella. Lo que consigo es cubrir mis necesidades (y, por qué no, también mis caprichos).

¿Hemos dicho «todas»? Bueno en principio sí, con tres condiciones. La primera es que la sociedad o la persona sepa y sea capaz de satisfacer esa

necesidad. La segunda es que quiera. Y la tercera es que la cantidad de dinero que se tenga sea suficiente.

Todo el dinero del mundo es incapaz de curar determinadas enfermedades. Ni ese mismo dinero conseguiría que yo construyese un cohete espacial —del que, como imaginarán, no sabría por dónde empezar—. Tampoco sería la primera vez que una persona se negara a vender sus terrenos a una gran empresa dispuesta a destrozar su paradisiaco entorno construyendo moles de apartamentos (¿a que les suena a película manida?). Se podría decir, también, que no toda la gente está dispuesta a todo por dinero. La tercera es también de Pero Grullo, pues con dos *duros* no me puedo comprar el ordenador de mis sueños.

Bien, creo que estamos en disposición de poder dar respuesta a la pregunta que nos hacíamos:

El dinero es una promesa, expresada en términos cuantitativos, que compromete a los individuos de la sociedad que lo emite y acepta, a satisfacer, dentro de unos límites, determinadas necesidades de su poseedor.

¡Todo eso y nada más que eso! Si sustituimos la palabra determinadas por las de «casi todas», pues en las definiciones hay que ser riguroso, comprenderemos la importancia, trascendencia e influencia que tiene el dinero. Desde luego sirve para pagar, para medir otros bienes y como reserva, pero todo esto no acaba de explicar su razón de ser. La luz se nos hace cuando comprendemos que con el dinero obtenemos casi todo lo que queremos de los demás. De hecho, tenemos constancia de que siempre habrá alguien dispuesto a ello.

Por consiguiente, el dinero no es absolutamente nada si no lo ponemos en relación con otros hombres. En ese sentido, hemos de afirmar que el dinero no constituye riqueza alguna.

—¿Cómo? Pues yo quiero ser «no rico» con varios millones en mi cuenta corriente.

A veces desespero de ser capaz de explicarme.

Veamos: La última Guerra Mundial acaba de empezar y terminar. En 24 horas, la más perfecta organización al servicio de la muerte ha cumplido eficazmente su cometido. El gremio al que servía estaría contento si no fuera porque había dejado de existir.

Ingenios nucleares, armas químicas y biológicas se han encargado de poner fin a la vida de miles de millones de habitantes de la tierra. Sólo unos pocos han sido la excepción. Digamos 20 ó 30 por cada ciudad mediana.

Ud. ha sido un de los pocos afortunados. Después del *shock* inicial se va encontrando con éste y con aquél. Se dan cuenta de que tienen a su disposición todo lo que existe en la ciudad y que van a poder vivir

holgadamente en cuanto solucionen unas cosillas. Tienen comida enlatada para varios años. Los campos podrán producir «salvajemente» lo suficiente para todos sin necesidad de cultivarlos. Los corderos, las perdices y alguna que otra especie más, han resultado inmunes a los virus con los que les han atacado...

Así que Ud. se va a un Banco, lo abre y saca todo el dinero para comprar lo que necesite.

Estúpido ¿no? (El comportamiento, no Ud., claro). En este ejemplo, el dinero, cualquier dinero, carecería de sentido. La riqueza estaría en todo el conjunto de bienes producido por la difunta Civilización, no en el dinero. Además existiría otro tipo de «riqueza» que sería el bagaje de conocimientos de los supervivientes. Pero eso es otro tema.

¿Estamos, por fin, de acuerdo que el dinero, en sí mismo, como «cosa», no es riqueza ni nada? Pero, eso sí, se convierte en uno de los elementos fundamentales de todo sistema económico evolucionado.

La tensión se podía cortar con el filo de un cuchillo. El anciano Omaz escuchaba callado los improperios del *Ensi* cada vez más salido de tono. A su lado Zemtrep, con el rostro grave, dirigía su mirada a una de las esquinas de un ladrillo del suelo. Tanto Omaz como Zemtrep compartían la indignación por lo que estaban oyendo (y por cómo lo estaban oyendo), aunque se guardaban muy mucho de manifestarlo.

Habían dicho que no a la petición de Cigur, cosa que no estaba muy de moda entre sus otros consejeros.

—¡No estoy dispuesto a que me digáis que no! —continuó un encendido Cigur—. ¿Qué os habéis creído?

«No nos hemos creído nada —respondía mentalmente un Zemtrep igual de cabreado que de asustado—. Pero no te vamos a dar nuestro oro para que lo dilapides en tus genialidades.»

Ante su obstinado silencio, Cigur siguió dando rienda suelta a su furor. Entre bronca y bronca...

—Las obras de la muralla están paralizadas, lo mismo que las de alcantarillado y empedrado de la ciudad. He tenido que retrasar el pago a mis soldados. ¡Ahí me gustaría ver vuestros dos lustrosos culos! ¡Explicádoselo!

«No hemos sido nosotros los que lo hemos gastado —siguió respondiéndole para sus adentros procurando no mover ninguna facción de su rostro que le delatase—. Antes, ibas empleando tus dineros poco a poco. Pero últimamente, todo de golpe. Tú decías esto, y los capullos de tu corte perdían el culo en

agachar la cabeza. ¿Qué les importaba? Te tenían contento y ellos se llevaban todo lo que podían.»

—Mi palacio no ha pasado de los cimientos. Y lo que es peor, algunos peones han abandonado la ciudad. Han dejado de creer en más promesas. Otros, según mis noticias, lo harán pronto. ¡Pero eso sí, a vosotros os la suda!

«No, no nos la suda —dijo para sí la tercera respuesta notando que cada vez se le hacía más difícil no responder de viva voz—, porque las aportaciones al Templo ya son menores. Unos se van y los que se quedan tienen menos dinero. Y como, la mayor parte a los que has de pagar, ya no confían en absoluto en ti, lo poco que tienen lo estiran al máximo. No saben cuándo les llegará más.»

—Lo que entra en las arcas del Tesoro, sale antes de darnos cuenta. Tendríais que verlas. Pero, ¿cómo no?, las obras del Templo, de *mi* Templo, marchan francamente bien, y aún así tenéis la poca vergüenza de decirme que no me vais a dar el dinero. ¡Sois unos granujas!

El último insulto hizo romper el mutismo de Omaz. Sin levantar la voz, pausadamente, con claridad y firmeza, salieron de su garganta unas pocas palabras que cortaron las del *Ensi*.

—...debería hacer que os...

—Nada te autoriza a hablarnos de ese modo —dijo el sacerdote.

Un prolongado silencio siguió. Durante el intervalo, se sostuvieron las miradas. En un lado, el fulgor de la ira, en el otro la entereza de una voluntad decidida.

—Tus insultos no van a asustarnos —rompió el tenso silencio sin bajar la mirada—. El tesoro del Templo pertenece a los dioses. No te lo daremos.

—¿Acaso no soy el *Ensi*, vuestro Rey-Dios? Tomaré «mis» bienes cuando quiera. ¡Marchaos!—y con un brusco ademán les indicó la puerta.

Zemtrep estuvo a punto de decir algo pero una mirada de Omaz ahogó sus palabras. Ya fuera, en el corredor, una única frase salió de los labios de Omaz.

—Creo que es momento que nuestro «dios» se reúna con los suyos —lapidó.

Cigur murió poco después en medio de grandes dolores. Su hijo, un niño todavía, fue un títere en manos de los sacerdotes. Éstos, que se deshicieron fácilmente de los anteriores consejeros de Cigur, con una administración más coherente, corrigieron los desaguisados del muerto.

El resultado fue positivo para Villacolina. Pero no nos engañemos, si tal cambio se produjo, no se debió a que hubiera un genuino interés por solucionar los

problemas que se le venían encima a Villacolina, sino porque se atentó contra los intereses creados de una poderosa clase.

Esta es una situación, como bien sabemos, que ha venido repitiéndose a lo largo de la Historia. Unas veces ganaron los unos y en otras ocasiones los otros. A nuestros efectos, poco importa quién resultara vencedor. Lo importante es lo que se hiciera a continuación. Pero bueno, eso nos llevaría a irnos por las ramas.

Si esta historia acaba así es para que sirva de contrapunto al almibarado resultado del capítulo anterior. Cuando se hacen las cosas despacio, con conocimiento y sentido común, la Humanidad puede ir construyendo su futuro paso a paso. Y digo la Humanidad, porque los que hacen prosperar a una sociedad son sus miembros. Los dirigentes, pueden favorecer este desarrollo y mucho, pero en cuanto a crearlo por sí mismos, tengo mis serias dudas. Sí, ya sé que decir esto no es muy científico, pero así es como lo siento. Y ojo, que no estoy planteando cuestiones ideológicas sobre el papel que el estado debe representar en la actividad económica. Nada tan lejos de mí, como meterme en ese berenjenal. Es mucho más simple. Sólo digo que un político, del signo que sea, cuando se pone a dirigir la «Economía», lo suele hacer mal.

En cambio, lo que sí que pueden hacer, y de hecho, han sabido hacerlo muy bien y muchas veces, es arruinarlo. Cigur iba en camino de ello.

(Quizás la solución estribe tan solo, en que sepan lo están haciendo)

Resumamos este capítulo. Hemos estado hablando del dinero desde un punto de vista conceptual, intentando comprender su naturaleza. Al rascar, tomamos conciencia, que debajo del dinero no hay otra cosa que una promesa, pero nada tangible, corpóreo. El dinero, si no fuera dinero, no valdría para nada.

Aprendí en el colegio que el dinero es un activo fiduciario, o lo que es lo mismo, es un artículo de fe.

Sin embargo, aunque parezca que me haya dedicado a echar por los suelos su condición, es todo lo contrario. Cualquiera puede explicarnos la descomunal importancia del dinero. Al ser una promesa, muy en firme, de que puedo acceder a los bienes y servicios de otros hombres para que satisfagan mis necesidades, adquiere un valor *real*: es mi billete para la supervivencia.

Pongamos punto y final a las historias de Villacolina. Ya ha cumplido su papel que, recordemos a fuer de hacernos pesados, ha sido, simplemente, el de servirnos de marco de referencia para los acontecimientos de carácter económico que hemos desarrollado. Villacolina pudo haber sido Ur, Uruk, Lagash... o cualquiera de las primeras ciudades sumerias del Sur de Mesopotamia.

Al igual que su nombre, el del *Ensi* Cigur, el de su secretario Rismandés, el de los quibanitas y los del resto de personajes que nos han acompañado, son totalmente imaginarios.

Continuando en esta línea aclaratoria, se ha exagerado intencionadamente el uso de madera en las construcciones sumerias, pero las necesidades del guión me permiten esta licencia. Sin embargo el tráfico comercial de madera mediante caravanas de carros tirados por bueyes, entre el Líbano y Sumeria, existió realmente.

También se ajustan a la realidad, en la medida que haya sido capaz de describir, el trasfondo del resto de situaciones que se narran.

Debemos añadir que se han condensado en estos dos últimos capítulos acontecimientos que se produjeron a lo largo de unos 300-400 años, allá por lo míticos 3.000 a. de C., en los que arrancó la Historia simultáneamente en Egipto y en Mesopotamia.

Los sumerios eran un pueblo primordialmente agrícola que supieron explotar notablemente las estrechas franjas cultivables en torno al Eufrates y al Tigris. Fueron capaces de crear un amplio *excedente* alimentario que hizo factible el desarrollo de grandes ciudades. Para abastecerlas, fue preciso el establecimiento de un sistema comercial que paliara la falta de autosuficiencia que caracteriza a toda ciudad.

El comercio, pues, nació muy pronto, en cuanto la economía dejó de ser exclusivamente agrícola. Esta es mi justificación para situar las anteriores historias en la época sumeria en vez de en la fenicia o en la griega, más importantes cuantitativamente si se quiere, pero más atrasadas en el tiempo.

También vamos a abandonar a nuestros amigos Pal, Buop, Uilt, Leru... Los habíamos conocido como hombres del *Neardenthal*, luego del *Cromañón*, posteriormente como colonos neolíticos del Creciente Fértil mesopotámico y en último lugar como sumerios. O para ser más precisos, los descendientes de estos últimos, Paallis, Bopsez, Wultsn, Lerursin... convivieron y se mezclaron con dicho pueblo asiático, que llegó no se sabe cuándo a la zona pero que creó la primera gran Civilización de la Historia (empatada en cuánto a tiempo, palmo arriba, palmo abajo, con la egipcia).

Una Civilización que, convendrá mencionar, influyó en los Pueblos de su entorno y en las Culturas que la siguieron, incluida la nuestra.

Una partida de hombres primitivos, preocupados por su supervivencia, ha evolucionado hasta convertirse en una sociedad hartamente compleja. De una comunidad en la que todos tenían que hacer de todo, se ha pasado a otra, organizada y jerarquizada, en la que privaba la división del trabajo, reyes, aristócratas, clero, funcionarios, artesanos, comerciantes, soldados, campesinos y también, por desgracia, esclavos.

En el camino han ido apareciendo la Agricultura, la Artesanía junto a la Construcción (aún no la Industria) y los Servicios, en especial el Comercio, que unido a las innovaciones tecnológicas a la escritura y la transmisión del conocimiento, generaron un *excedente* que fue capaz de cubrir cada vez más eficazmente las necesidades de sus miembros; y todo ello, facilitado por una herramienta mágica llamada dinero. Esta civilización de hace 5.000 años, estaba muchísimo más cercana a la nuestra que la de las diferentes tribus amazónicas de nuestra época.

CAPÍTULO 5 TODOS LOS CAMINOS CONDUCEN A ROMA

Ciudadano

Marco Tulio Léntulo era un ciudadano romano grave y severo en el porte, muy serio y formal en el trato, callado y juicioso en el coloquio, austero en su modo de vivir y exageradamente rígido consigo mismo y con los suyos. Pero sobre todo era aburrido, mortalmente aburrido. Fuera del ámbito de sus obligaciones, se diría que los caracoles eran más jaraneros que él. Trabajador infatigable, labraba sus tierras próximas a Roma tirando de buey. Su familia, descendiente de los primeros pobladores de la ciudad, se dedicaba desde siempre al cultivo de la lenteja, de ahí el nombre de Léntulo. Su primogénito, todavía en el vientre de su madre, seguiría la tradición. Él, como *paterfamilæ*, lo disciplinaría para ello.

En sus cálculos no entraba la posibilidad de que su mujer, pequeña y feúcha, fuera a darle una hija. Con la superpoblación de mujeres que sufría Roma a causa de las guerras, quizá Léntulo se viera obligado a abandonarla en cualquier rincón, donde moriría.

Su vida era muy monótona. De casa al campo a trabajar, y del campo a casa a descansar. Se levantaba con las gallinas y se acostaba con ellas (no sólo metafóricamente). Su vivienda, una choza de barro de una sola puerta sin ventanas, se encontraba dentro de los límites de la empalizada que rodeaba la ciudad. Allí estaba protegido de las correrías de bandidos y de tribus belicosas que, de cuando en cuando, aparecían por la comarca. Como quien dice, su único esparcimiento lo constituía el ancestral deporte de guerrear. Armado con un puñal de hierro y un buen garrote, se presentaba a la batalla sin otra protección que sus ropas de diario. Quedaba aún muy lejos de la imagen del *miles* romano que conocemos: casco con penacho, armadura, escudo, espada corta y sandalias.

Roma era ya una villa enorme de unos treinta o cuarenta mil habitantes. Poco importa la cifra exacta, de todos modos no había nadie que supiera contarlos (con los dedos de la mano es difícil llegar a cifras muy altas). Estaba rodeada de fértiles huertas tenazmente cultivadas por los campesinos romanos, y también de bosques cada vez más exiguos por su empleo para leña. La mayoría de los romanos vivían del trabajo del campo. Se exceptuaban los de origen etrusco, mucho más ricos y cultos, que se dedicaban al comercio y a la floreciente artesanía, especialmente a la de los metales. «Pasaban» de la agricultura y despreciaban a sus conciudadanos sabinos y latinos, a los que consideraban unos completos tarugos. Por supuesto, la simpatía era mutua. Quizá algún que otro etrusco fuera capaz de hacer el censo de la ciudad, pero el amor de los romanos por esta civilización superior, les hizo arrasarla hasta los cimientos, y poco nos ha llegado de su cultura.

Roma, en sus inicios era un poblado como muchos otros de la zona. En él vivían campesinos sabinos y latinos, que constituían el elemento indígena, y etruscos que emigraron de las ricas ciudades del Norte para hacer negocios y allí se quedaron.

Ahora, Roma había crecido a costa de las ciudades hermanas latinas y sabinas a las que derrotaba en constantes refriegas. Pero seguía siendo una ciudad agrícola, en la que la mayoría de sus habitantes vivían del campo y conservaban el poder político. El Rey era uno de los suyos. Sin embargo, las riquezas y la cultura seguían ostentándolas los etruscos. Para comprender el abismo que existía entre ambos se podría mencionar el hecho de que los etruscos ya dominaban los cuidados bucales al extremo de realizar prótesis dentales de hueso o de marfil con puentes de oro. Podríamos añadir que estos «inmigrantes» sabían leer y escribir, incluidas sus mujeres. Éstas estaban totalmente liberadas, eran hermosas, limpias y gustaban ir muy arregladas. En comparación, los romanos eran analfabetos, sus mujeres les estaban absolutamente subyugadas y usaban el agua con la misma falta de asiduidad que los hombres.

Éste era el trasfondo en el que se movía Léntulo. Mientras bajaba a sus tierras por las no pavimentadas calles de Roma, no era consciente de la suciedad de la ciudad. Estaba acostumbrado. Tampoco percibía el mal olor de basuras, orines y *detritus* que se esparcían por doquier al no existir alcantarillas. Era lógico, pues, que fuera incapaz de notar su propio mal olor ni el de sus congéneres. Su única túnica, más o menos blanca, la había hecho su madre. Era una mala imitación de lana de la toga etrusca. Rara vez la lavaba.

—Salve Léntulo —le saludó Severo Antonio Fabio con el que por poco se topa de bruces—. A ti iba a buscarte.

—Salve Fabio —respondió parcamente a su saludo—. Dime.

—Hoy al atardecer hay reunión en el Foro. Tenemos problemas con los latinos de Alba Longa. Haz pasar la voz.

El Foro era una simple plaza donde se reunían los romanos a deliberar sobre sus cosas. Todavía carecía de la magnificencia que alcanzaría con posterioridad.

Aquella iba en camino de ser una reunión más. Se empezó describiendo la afrenta que sus vecinos les habían hecho (parece que fue más fingida o provocada que real). Siguieron encendidas protestas contra los naturales de la ciudad limítrofe. El ambiente se fue caldeando gracias a la habilidad de la minoría etrusca a la que la guerra beneficiaba (venderían armas y si ganaban, extenderían sus zonas de influencia). Hacia el final, ya pocos campesinos romanos, a los que no hacía falta echar mucha leña para que prendiera su ardor guerrero, seguían con su pacifismo inicial. Se decidió, por tanto, hacer la guerra. Esta contienda tuvo como resultado arrasar la ciudad «hermana» de Alba Longa, de la que nunca más se supo.

Reuniones como ésta había habido muchas, y otras más habría en adelante. En una de ellas, y por qué no en la presente, alguien, etrusco casi con seguridad, aprovechando el ambiente eufórico, habló.

—¡Ciudadanos! —hizo una pausa y esperó a que se fueran apagando los cientos de conversaciones simultáneas que se producían a cada mínima interrupción—. ¡Ciudadanos! Hemos de congratularnos por la medida que hemos tomado. ¡Vamos a darles una buena tunda...!

Una cerrada ovación cortó su arenga. Desde luego, éste sí que sabía hablar, no como otros que apenas alcanzaban a balbucear unas incoherentes palabras.

—Pero, ¿no creéis que es el momento de que empecemos a mirarnos el ombligo? —Una pausa para que cada cual desconectara sus pensamientos sobre el asunto anterior y se preguntara por dónde iban a ir los tiros.

»¿Qué os parece nuestra ciudad? ¿Os gusta?

»Sí, ¿verdad? A mí también. Pero, ¿qué pensáis de la basura y la mierda que se amontona por doquier?

»Y, ¿qué opináis de lo que tenemos que hacer cada vez que hemos de cruzar el Tíber?

»Para acabar y no cansaros. ¿No estáis hartos de mosquitos y de pantanos? ¿No imagináis lo que podríamos hacer si los desecáramos?

»¿No estáis conmigo en que tenemos que ponernos a trabajar para dar solución a estos problemas? La respuesta fue automática. ¿Qué otra podrían haber dado? Basándose en preguntas y sin hacer otras afirmaciones que las obvias que nadie iba a discutir, había dirigido la reunión hacia los fines que se había propuesto.

—¡Está acordado! —sancionó finalmente Anco Marcio, Rey democrático de Roma—. En cuanto acabemos con Alba Longa, nos pondremos manos a la obra.

Marco Tulio Léntulo se sintió contento. Las propuestas eran buenas para la ciudad, y además el asunto de solucionar el cruce del Tíber le beneficiaba, pues tenía algunas posesiones al otro lado del río. Tener que mojarse la barriga o vadearlo millas arriba, era un auténtico latazo.

¿Dónde hemos leído algo parecido? Efectivamente, unas páginas atrás narrábamos la historia de Villacolina. Su Rey, Cigur, se hacía preguntas parecidas a las de nuestro actual orador.

Si vuelvo otra vez sobre lo mismo, es porque deseo resaltar el hecho de que Roma, en sus orígenes, estaba más atrasada, en la mayoría de los aspectos, que la civilización Sumeria. Y habían transcurrido unos dos mil años. En una cosa diferían. Las ciudades sumerias, políticamente, eran gobernadas por una serie de monarcas teocráticos y absolutistas. Roma, en cambio, era una monarquía parlamentaria y democrática (a su manera).

Roma nos interesa por dos motivos. Uno es netamente económico. Esa civilización alcanzó el máximo esplendor de la Antigüedad. El otro, situado en el entorno de la actividad económica, fue toda una aportación. No vamos a revelarlos todavía. Es pronto y a mí nunca me han gustado las películas en las que se sabe el resultado nada más empezar.

Roma era, por aquel entonces, una agresiva (y peligrosa) agrupación de campesinos, que no se lo pensaban dos veces a la hora de atacar cuando sus intereses así lo reclamaban. Subdesarrollada en comparación con las colindantes civilizaciones etrusca y griega, iba a empezar a dar los primeros pasos para arreglarse su casa.

El puente

—De ninguna manera. Si los dioses prohíben que empleemos hierro para construir nuestras casas, ¿cómo vamos a utilizarlo para construir el puente? — zanjó la cuestión Anco Marcio con este irrefutable argumento.

Así nació el proyecto del *Pons Sublicius* sobre el Tíber, todo él de madera. El Rey, en ese momento actuando como Pontífice, sacrificó un animal y evidenció que los augurios eran favorables. Se podía empezar.

Un equipo de trabajo de lo más heterogéneo, constituido en su mayoría por ciudadanos romanos contratados *ex profeso*, se puso a la tarea de erigir el puente. Después de cada guerra y entre cosecha y cosecha, quienes no poseían tierras (los no primogénitos y sus descendientes), se dedicaban a realizar las más diversas labores. Se empleaban en la pujante «industria» etrusca, en el comercio o realizaban las mil y una tareas que toda ciudad lleva consigo. Eran la plebe, y su tipo de trabajo era considerado poco digno por la «aristocracia» campesina. Recibieron el nombre de proletarios, porque se suponía que su única contribución a Roma era la de engendrar más romanos (la *prole*).

Asimismo, había campesinos echando una mano en la construcción del puente, especialmente aquéllos que tenían alguna que otra tierra al otro lado del río y que, por tanto, debían dar un rodeo de varias millas romanas (exactamente mil pasos dobles), para cruzar el alejado vado sobre el Tíber. Vadearlo por el Palatino, resultaba emocionante y estimulante, pero poco práctico. Formando parte de este grupo se encontraba, en numerosas ocasiones, Marco Tulio Léntulo, que como conocemos, poseía una parte de su propiedad en el lado equivocado del río.

Finalmente, también trabajaba un grupo de entusiastas voluntarios. *Rara avis* no ha mucho, ya empezaban a hacerse notar. Las constantes victorias romanas habían hecho aumentar el número de esclavos. Entonces, todavía eran tratados bien y casi, casi, considerados como un miembro más de la familia. La continua convivencia y el trabajo en común creaban inevitablemente ciertos lazos afectivos. De hecho, la figura del liberto, esclavo al que se le otorgaba la libertad, no era en absoluto una excepción. Con la llegada de más y más esclavos, su valor decreció y el trato empeoró. Motivados y entusiasmados por las condiciones laborales y las oportunidades de mejora, el trabajo del esclavo era... Pero no nos adelantemos.

Este equipo lo «dirigía» el etrusco que habló en la reunión del Foro. Después de que sus conciudadanos destrozaran Alba Longa, no tuvo ninguna dificultad en hacerse con el encargo del proyecto. Habían empezado talando el bosque. Alguien dijo:

—¡Vayamos a por los árboles!

Y a por los árboles que se fueron. Aunque todos hablaban la misma lengua, no parecía que se entendieran mucho. Acabaron trayendo troncos grandes, pequeños, con ramas, sin ramas, retorcidos..., en fin, para todos los gustos y tamaños. Claro que la falta de entendimiento no debe achacarse a la dificultad del latín (por extraño que parezca, ellos eran capaces de entenderlo), sino a lo terriblemente desorganizados que eran. Peleaban y se lo «montaban » de lo más desordenadamente. Buena parte de sus *deiritus* y basuras iban a parar río arriba, siendo que luego bebían río abajo. Roma fue siempre un auténtico caos urbanístico. Parece imposible que los propios romanos llegaran a ser posteriormente el pueblo más organizado del mundo. Ignoro si eso fue consecuencia del mal ejemplo de su ciudad, que decidieron no repetir el modelo: diseñaban toda nueva villa que fundaban a partir de regla y cartabón.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó alguien al orador que no hacía otra cosa que mirar al río y a los árboles, como esperando que le dieran alguna idea de por dónde empezar. Una cosa es construir frases mediante palabras, y otra, puentes.

Marco Tulio y Severo Antonio, hombres poco teóricos pero con una clara inteligencia práctica, decidieron «pasar» del retórico y ponerse a la faena.

—Vamos a aclararnos con los árboles —habló Marco—. Dejemos a un lado los más gruesos y altos. Una vez bien podados, los emplearemos como postes que anclaremos en el lecho del río lo más profundamente posible.

Buena idea. Pero una cosa es pensarla y otra hacerla. Varios días estuvieron batallando con resultados de lo más desastroso. De no ser porque los romanos carecían de un fino sentido del humor, se habrían reído mucho. Habían empezado por intentar «clavar» un poste en medio del río. Pero claro, la madera flota, y si es muy grande, flota mucho. ¿Se los imaginan en medio de la corriente intentando poner el tronco vertical, y luego haciendo fuerza hacia abajo?

Estaban a punto de abandonar la empresa, y dirigirse al Rey para que contratara a extranjeros que lo construyeran, cuando Severo Antonio, enfurruñado, comentó en voz muy alta.

—Pues yo no me doy por vencido. A lo mejor es que hemos sido muy brutos por empezar por el centro. Vamos a comenzar por lados, donde será más fácil hincar los p... postes.

Más de uno pensó que aunque pusieran los de los lados, al final tendrían que llegar al centro, donde habrían de pasar por las mismas dificultades. Pero ellos eran romanos, y les habían dicho que construyeran aquel condenado puente: iban a intentarlo todas las veces que hiciera falta. Su orgullo les iba en ello.

Empezaron por un lugar en el que apenas había un par de palmos de agua. Poner el tronco vertical en aquel lugar no les supuso el más mínimo problema. Otra cosa bien distinta fue la de hacer el agujero en el que insertar el palo. No sólo costaba un trabajo enorme cada paletada de tierra extraída, sino que el agua se dedicaba a tomarles el pelo, rellenándolo al poco. Lo que tenía que haber sido un cilindro hueco no era otra cosa que un sombrero chino invertido que por mucho que cavaran permanecía siempre de la misma profundidad.

—¡..., ya estoy hasta las narices! —maldijo en latín Severo Antonio—. ¡Clavemos el poste a ver qué pasa!

Pasó lo que tenía que pasar. Una vez plantado, los ojos de todo el mundo reflejaban una certidumbre más allá de toda duda: aquello no iba a aguantar mucho. Y en efecto, no lo hizo. Inclinandose, lentamente pero sin pausa, el tronco se derrumbó, chopando de agua y lodo sus cabezas, troncos y extremidades.

—Un momento —dijo un romano anónimo—. ¿Y si quitamos el agua? Cavaríamos mucho mejor.

—¡Vale listo! —le respondió otro—. ¡Cogemos una escoba y la apartamos!

Una risotada general se elevó entre los trabajadores a los que la pulla no dejó de hacerles gracia.

—¡No! ¡De verdad! —no se dio por vencido el primero—. Podemos hacerlo. Montamos un cajón con troncos pequeños alrededor de donde queramos cavar. Ha de ser como una empalizada para que no entre agua. Luego, la que quede dentro la sacamos a paletadas. Así, creo, podremos ahondar sin problemas.

Aquel hombre no había estudiado ingeniería pero había dado en clavo. La expresión de burla de sus compañeros se tornó en otra no exenta de un cierto respeto; pero sólo por breves momentos, pues enseguida se pusieron a construir un cajón impermeable abierto por los lados de arriba y de abajo.

Lo colocaron clavándolo ligeramente en torno a lo que quedaba del agujero. Empezaron a sacar el agua y taparon simultáneamente con cuñas y trapos desde el exterior y el interior, las grietas por donde se filtraba ésta. Finalmente consiguieron la inversa de una piscina: agua por fuera, pero seco por dentro.

El resto ya fue pan comido. Cavaron el agujero profundamente y colocaron el poste en él. Repitieron la operación varios pasos más al Sur, otra piscina, otro agujero y otro poste. Unieron ambos mediante un par de gruesos travesaños atados con cuerdas y paralelos a la superficie del agua. Aseguraron más la unión, cruzando en aspa otros dos troncos.

Todo ello lo iban realizando a medida que lo iban pensando, sin ningún plan preestablecido. Por lo que, en más de una ocasión, tuvieron que deshacer parte de lo hecho al no cuadrarles muy bien el siguiente paso con el anterior.

A continuación conectaron la orilla con el travesaño horizontal. Emplearon un largo leño para ello. Y comprobaron con desencanto cómo la pendiente estaba inclinada hacia abajo, en vez de estarlo hacia arriba: la orilla estaba más alta que el travesaño.

—¡No pasa nada! —dijo Marco—. Pongamos otro travesaño un poco más arriba. Así quedará más fuerte. ¡No hay mal que por bien no venga!

Así lo hicieron. Finalmente la cosa quedó bien. Dos largos troncos unían en suave pendiente hacia arriba, la orilla con los dos postes. Reforzaron, una vez más, esta unión, clavando en tierra los troncos longitudinales, y cruzando aspas entre ellos y el lecho del río. Una serie contigua de tablones desde tierra hasta los dos postes constituía la incipiente calzada.

En este punto pararon. Contemplaron su obra y se sintieron satisfechos. Les estaba quedando imponente.

—Vamos a hacer lo mismo, pero por el otro lado del río —pensó en voz alta Severo Antonio—.

—Buena idea —respondió Marco Tulio—. Pero antes comprobemos bien la altura de la orilla y el lugar donde poner los postes, no sea que no concuerden y nos toque rehacerlo.

Vieron todo lo que tenían que ver, pensaron todo lo que tenían que pensar, apuntaron todos los pasos que tenían que dar, y repasaron por último todos los puntos para que no se les quedara ninguno cojo. Finalmente, se pusieron a trabajar en el otro lado del río.

Con esto llevaron a la práctica un acto mágico. Claro que ellos no fueron conscientes de ello. Su magia iba por otros derroteros. Estaban muy lejos de pensar que veintisiete siglos más tarde los sacerdotes de la moderna diosa Economía se dedicarían a invocar una serie de conjuros, usando

incomprensibles palabras, como solución a los problemas que se les presentaban:

«Planificación» es la palabra que nombra lo que hicieron. Hay muchas más: «Gestión», «Motivación», «Productividad», «Eficacia », «Calidad»,... Mi preferida es esta última, «Calidad». ¿Hay alguien que sea capaz de decirme qué es eso de calidad? Hago esta pregunta porque una de mis preocupaciones como profesional, fue la de intentar establecer un patrón aséptico de calidad para nuestros consumidores y no hubo manera. Calidad se confundía con confianza, costumbre, presentación, opinión de los demás..., pero no había forma de casar dicho concepto con aspectos concretos del producto. Bueno, me temo que me he ido por las ramas otra vez. Volvamos al comentario.

«Planificación es la solución». En efecto. Pero, ¿qué es eso de planificar?

¿Un complicado ritual que sólo unos pocos son capaces de realizar? Pues no. Nada de eso. Para planificar se precisan únicamente dos cosas: papel y lápiz, y digo lápiz porque habrá que borrar. Una pizca de sentido común tampoco vendrá del todo mal.

Pero no, no voy a dar la receta de cómo planificar. Quizá porque no es única, y porque cada uno puede seguir el método que considere más adecuado. Me conformaré con mencionar que simplemente hay que anotar uno detrás de otro todos los aspectos a tener en cuenta, ordenarlos según una secuencia lógica, acordarse de todo lo que salió mal la otra vez, y por último y muy importante, entregar un borrador del plan a una o varias personas que lo critiquen. Este paso final no tiene por objeto el obtener alabanzas sobre lo bien pensado que está todo, sino abrir la mente y escuchar las buenas aportaciones y agudas correcciones que, sin duda, se propondrán.

Acabaron el extremo de la otra orilla del río más rápidamente y mejor. La experiencia les ahorró un sinfín de errores y rectificaciones. Se adentraron más hacia el centro de la corriente, y colocaron, si bien con más dificultad, otro par de postes verticales, usando la misma técnica de la piscina inversa. Unieron, reforzaron y trenzaron estos postes entre sí y con lo ya construido del puente. Con el armazón ya montado, les fue fácil asentar la calzada. Pasaron al otro lado y repitieron el proceso. Y así siguieron trabajando hasta que pudieron dar por acabado el puente mediante la colocación de la última tabla. Las dos orillas estaban unidas.

Hubo una fiesta y celebraron tan magno acontecimiento. A partir de aquel día, cruzar el Tíber ya no significaba dar un gran rodeo o mojarse emocionantemente la barriga, sino que era algo rápido y simple.

Bueno, ¿y qué? Además, ¿acaso los romanos no podían cruzar el río en barca?

Estoy convencido que éstos, aunque siempre fueron malos marinos, algún tipo de barcaza o balsa tendrían, aunque no he encontrado referencia alguna a ello en los libros que he consultado. No importa; existiera o no, el hecho es que levantaron este primer puente de madera, señal que el sistema anterior para cruzar el Tíber no les acababa de convencer.

Los romanos, pues, habían construido un puente. No es que fuera una maravilla, y desde nuestra perspectiva, un puente es algo de lo más banal. Entonces, ¿a qué tanto «rollo» en la descripción, no necesariamente muy fiel, de la construcción del *Pons Sublicius*?

Quienes cruzamos un puente varias veces al día somos poco conscientes de la ventaja que supone hacerlo. Tendría que ocurrir que dejara de ser transitable, para darnos cuenta de lo mucho que lo echamos en falta. Veamos qué cosas podía haber supuesto para Roma aquel puente.

Cada día un pequeño porcentaje de ciudadanos se veían obligados a desplazarse de la parte occidental del Tíber a la oriental y viceversa. Asimismo, algún que otro cargamento de productos del campo debía cruzarlo para entrar en la ciudad. Por contra, la abrumadora mayoría de personas y mercancías no necesitaba mojarse los pies, iban de la ciudad al campo, o al contrario, sin pasar por el Tíber.

Para los primeros, el rodeo era de cuestión de horas entre la ida y la vuelta. Por poco tráfico relativo que existiera, esto suponía que se debían dedicar bastantes miles de horas diarias al «paseo».

Es muy fácil de calcular y a los economistas este juego nos encanta: Pongamos que sólo un 5% de la población (30.000 ó 40.000 habitantes en total) debiera atravesar diariamente el río y que el rodeo fuera de dos o tres horas entre ir, atravesar y volver (4-6 Km. de ida y otro tanto de vuelta). Con esos datos nada exagerados, y una calculadora, nos saldrían cosas tan divertidas como que los romanos en un año dedicaban a vadear el Tíber entre un millón y dos millones de horas: una cifra apabullante ¿no? Pues, como la carne es débil no puedo dejar de jugar con la magia de los números; si decimos que ese «mogollón» de tiempo representaba alrededor de tan sólo el 0'50% del total de horas posibles, obtenemos una información, aparentemente, bastante diferente: aquel puente, según estos datos relativos, parece que no significara mucho.

¡Cuidado con las cifras y con la manera de presentarlas! De cómo nos las muestren, podemos llegar a inferir conclusiones totalmente opuestas. Es la magia de los números. Un hábil prestidigitador puede engañar nuestros sentidos muy sencillamente.

Regresando al planteamiento, cruzar el *Sublicius* suponía invertir cinco minutos. El ahorro para la sociedad romana fue, por consiguiente, considerable. Pero además, dado que las personas y mercancías ya se podían desplazar de un lado al otro sin problemas, el tráfico a través del Tíber se intensificó, y esto produjo una consecuencia inmediata. Las tierras cultivadas

del otro lado se extendieron, y su valor aumentó. Marco Tulio Léntulo, su amigo Severo Antonio Fabio y unos cuantos más con posesiones más allá del puente, se hicieron más ricos.

Treinta y cinco años habían transcurrido. Marco Tulio era ahora un respetable hombre mayor. Muchas cosas se habían hecho, y muchas otras habían cambiado en su ciudad, en su mayoría para mejor. Lo único que le fastidiaba era el nuevo Rey, Tarquino.

«Un intrigante de primera —opinaba—. Se había hecho con la corona a partir de mítines y de prometer el oro y el moro.»

Era cierto; Lucio Tarquino, medio griego medio etrusco, consiguió hacerse elegir Rey apoyándose en la plebe (y con el soporte moral y material de la minoría etrusca). Su pecado no fue «manigociar » para hacerse con el trono, sino favorecer nepóticamente a los industriales etruscos y enfrentarse a la aristocracia campesina que representaba el Senado.

Léntulo, cegado por la tierra que le tenía, no le atribuía, en absoluto, las múltiples mejoras que se habían producido: Roma empezaba a tener casas y no chozas; algo parecido a un plan urbanístico estaba arrancando; un segundo puente, ahora sí, de piedra, cruzaba el Tíber (para ello habían unido las piedras mediante grandes grapas de hierro una vez se hubo levantado la prohibición religiosa de emplear este material en la construcción); se había desecado el pantano; la empalizada se había convertido en muralla y la *Cloaca Máxima* se encargaba de limpiar la ciudad de detritus y ensuciar el Tíber.

Para Léntulo, que Tarquino fuera una persona que supiera no sólo leer y escribir, sino que también dominara las Artes y las Ciencias, no significaba gran cosa. Para él y para los suyos, lo importante eran el Sol, la lluvia, las tierras y las cosechas.

—Tarquino Prisco, el Rey —murmuraban entre sí los miembros del Senado—, se ha construido un palacio, se ha sentado en un trono, y se ha emperifollado para que los palurdos de la plebe crean que es un dios venido a la tierra.

Y no les faltaba razón. Conocedor de lo mucho que impresionaba a los plebeyos la pompa y el boato, supo utilizarla para que con su admiración, éstos continuaran apoyándole ciegamente.

—¡Hace lo que le da la gana! —les encendía los ánimos cada vez que lo expresaban en voz alta—. «Pasa» olímpicamente del Senado. Guerrea, derrota a los latinos y sabinos, los somete, entra en alianzas con las ciudades etruscas, construye y hace y hace... y...

«...y nosotros no tocamos bola —si se me permite que acabe la frase con lo que realmente pensaban.»

Bien, esto es Política y la consecuencia fue que dos reyes más tarde, los romanos acabaron con la Monarquía. Una persistente campaña propagandística sobre los «males» de la misma, hizo que durante los casi mil años que quedaban de la Roma antigua, ni uno sólo de los dirigentes romanos se atreviera ni siquiera a pensar en ostentar el título de Rex. Aquello fue un tema tabú; el propio Cayo Julio César fue asesinado porque se dijo, infundadamente o no, que quería proclamarse Rey.

Bien, como decíamos, esto es Política. Pero lo que nos interesa aquí, es que Roma comenzó a desarrollar una vasta *Infraestructura*. Éste es uno de los dos elementos que mencionaba antes.

A diferencia de los griegos, los romanos, terriblemente prácticos, se pusieron a construir su Imperio cambiando la configuración de su entorno y adaptándolo a sus necesidades, de una manera y en una proporción jamás vista hasta entonces, y que tardaría en superarse.

«Todos los caminos conducen a Roma» fue una verdad indiscutible. Empezaron por la vía *Apia* y llegaron al último rincón de su mundo. Con enormes dificultades al principio, dada la problemática de la orografía italiana, llegaron a construir 100.000 Km. de carreteras bien pavimentadas con varias capas, que hacían posible una rápida comunicación entre todos los lugares, y especialmente con Roma. Fue un nexo de unión que permitió que hispanos, galos, británicos, italianos, dacios y un interminable número de Pueblos más se sintieran realmente romanos y muy próximos a la Metrópoli. Por supuesto hubo otros factores, tales como su particular manera de entender lo de la *Pax romana*, y como el proceso cultural de romanización e introducción del latín, que llevaron a cabo en la parte occidental de su Imperio. Curiosamente, en la oriental no se produjo tal romanización, sino que los griegos, una vez anexionados, los «infectaron» con su cultura muy superior y siguieron hablando griego, un idioma que daba «prestigio». Pero tal unidad habría sido mucho más frágil, si no imposible, con un sistema inadecuado de comunicaciones.

Si los caminos tenían que sortear un río, construían un puente. De lo bien que lo hacían dan testimonio los que aún hoy siguen en uso para admiración de propios y extraños, y la mía en particular.

Si había que pasar una montaña, hacían serpentear el camino, y si no había más remedio, perforaban un túnel.

Si en la ciudad tenían problemas con el agua, por ejemplo, en la propia Roma donde la del Tíber estaba hecha una porquería, construían un acueducto y traían agua fresca de los manantiales. (A veces, pienso que si los romanos hubieran conocido antes la ley de los vasos comunicantes, se habrían evitado las costosas obras de los acueductos, y con ello nos habrían privado del placer de conocer tan augustas maravillas. Posteriormente realizaron obras de conducción de agua mediante cancerígenas tuberías de plomo).

Inventaron el cemento y eso dio a todas sus edificaciones una mayor facilidad en su construcción y a la vez una mayor robustez. Las enormes bóvedas romanas y los famosos arcos redondeados adquirieron gracias a él, una gran estabilidad.

Sus casas, algunas de varias alturas, albergaban varias familias por piso. De allí nos viene la costumbre de vivir en edificios de varias plantas, cada una subdividida en apartamentos familiares. Buscaban grandes espacios interiores en sus viviendas y diseñaban sus fachadas en plan imponente. Si tenían frío, dotaban a sus mansiones de un sistema de calefacción central.

Construyeron diques, como por ejemplo en Holanda, ¿les suena? En suma, dotaron a su mundo del más completo sistema de *Infraestructuras* de la Antigüedad. Con ellos la Humanidad alcanzó el más alto grado de esplendor (material y en alguna medida, intelectual) jamás conocido hasta entonces.

¿Qué significa esa palabreja? ¿Tiene algo que ver con la de *Estructura Económica*?

Evidentemente. Empecemos por la última. Una estructura es un sistema, y *Estructura Económica* es el sistema, modo o manera que los seres humanos satisfacen mutuamente sus necesidades de cara al objetivo básico de su supervivencia. O sea, cómo se lo montan para seguir tirando. Para aclararlo un poco mejor, si la Economía es un concepto general, la *Estructura Económica* lo es específico: quién, cuándo, dónde, cómo, qué... La sociedad X produce tantos kilos de patatas mediante el % de población, dos veces al año, en las tierras negras de...; fabrica tantos coches de alta tecnología mediante obreros superespecializados y robots mecánicos; ofrece tantos millones de recursos financieros generados por un sistema bancario concentrado y se especializa en el Sector Turístico con una oferta de X plazas hoteleras en la Costa principalmente, cubiertas en un % medio a lo largo de todo el año.

Pero para que todo esto sea posible va a hacer falta «algo». Los campos necesitarán un sistema de regadío, los coches una serie de fábricas, los bancos, edificios y el Turismo, hoteles. Además será preciso disponer de una red de comunicaciones, carreteras, trenes, líneas marítimas y aéreas. También, las ciudades necesitarán un conjunto de «elementos», alcantarillado, asfaltado de calles, edificios públicos (y privados claro)...

Ese «algo» es la *Infraestructura*, que es la palabra técnica para expresar lo que a la pata a la llana llamaríamos «construcciones». Las construcciones permanecen durante largo tiempo, no se consumen cuando se utilizan y aumentan considerablemente las posibilidades de desarrollo de una sociedad.

La partícula *infra* nos da ya una idea de su significado; es algo que está debajo, algo básico, los cimientos, en suma, a partir de los cuales se desarrolla la propia actividad económica. De ahí su descomunal importancia, que injustamente no se ve reconocida en su adecuada medida por la Teoría Económica, quizá porque dicha partícula tiene también una connotación negativa. *Infra*, es asimismo inferior, que necesariamente no es lo mismo que

peor, aunque así nos lo parezca. ¡No la *infravaloremos*! En realidad una sociedad estará más o menos avanzada, será más rica o menos, según sea el nivel de sus *Infraestructuras*.

Nuestros conocidos habían construido, pues, un puente y allí iba a estar para «siempre». Ahora existía una cosa «real» de la que iban a sacar provecho en adelante. Pero bueno, sigamos con nuestra historia. Han pasado varias generaciones y, cómo no, Roma había cambiado...

Pleitos

Julio Tulio Léntulo, distinguido descendiente del Marco Tulio que conocemos, paseaba calmadamente por las abarrotadas calles de Roma. Vestido con su túnica blanca de senador, se dirigía a cumplir con sus obligaciones públicas para con la República. Se había levantado temprano, con el sol, y desayunado frugalmente. Luego había recibido a sus clientes (¡ajo!, cliente para los romanos no significa lo mismo que para nosotros, sino que era una persona que dependía de otra y con la cual tenía establecida una serie de obligaciones). Después de ver los asuntos del día con su administrador, un inestimable esclavo griego, se había dirigido a su «despacho oficial» en el centro.

La ciudad le entusiasmaba, especialmente aquella parte, la del Foro, del Coliseo y del Circo Máximo. Un millón de habitantes la poblaban. Por donde quiera que mirara, veía las manos del hombre dando solución a los problemas que tal volumen de población traía consigo: acueductos, calles adoquinadas, edificios de varias plantas, alcantarillado, el puerto sobre el Tíber, puentes...

No toda la ciudad le causaba ese grado de pasión. La parte vieja y los nuevos arrabales no eran precisamente nada de lo que enorgullecerse. Pero aún así, el conjunto era imponente. Julio era un político, aristócrata poseedor de extensas zonas de cultivo, pero en el fondo su trabajo era la Política. Firme partidario de la participación directa de los ciudadanos en el gobierno y en el ejército, pensaba que Roma era lo que era, gracias a esa mentalidad y al hecho de que la organización social, política y religiosa se asentara en una institución familiar de sólidas bases.

Como magistrado, aquel día debía actuar como Pretor en la fase *in iure*, que significa «ante el magistrado», en la que tendría que decidir si admitía a trámite los pleitos que pretendían entablarse. Tres casos se le presentaban. Dos de ellos eran de lo más corriente (parecía como si a los romanos les encantase meterse en pleitos), pero el tercero parecía complicarse más de lo habitual.

Mientras tomaba asiento hizo pasar a los litigantes de su primer caso. Recordaba la primera vez que se presentaron ante él. El demandante, Aurelio Claudio, había llevado a empujones y, evidentemente por la fuerza, a Junio Craso, el demandado. A esto no había nada que oponer. El único requisito que se exigía, era que Aurelio le hubiera dicho a Junio que debía acudir junto a él ante un magistrado para exigirle el pago de una cantidad en concepto de un perjuicio que le había causado. Si el demandado se negaba a ir, el demandante podía usar la fuerza para obligarle.

Hoy la cosa estaba más tranquila. Los dos habían acudido con sus procuradores. Les dio permiso para hablar y escuchó.

—Yo tenía una vaca —empezó su exposición Aurelio—, grande, hermosa, que me daba una muy buena cantidad de leche todos los días. Sin duda la mejor vaca de toda la comarca, y un buen día ese pedazo de bruto de Junio Craso me la mató...

—Tu vaca me había destrozado mi huer... —empezó a interrumpir Junio, pero Léntulo se lo impidió.

—No hables hasta que no te conceda la palabra. Continúa Aurelio y te conmino a que no ofendas a tu contrincante.

—Poco más. Junio, con la mala idea de perjudicarme mató mi vaca, y después se la comió, porque había entrado en sus tierras. Por eso quiero que me pague el doble de su valor... —...Bueno —dijo después de una breve pausa acordándose del consejo de su jurisconsulto—, por supuesto, descontando los daños que mi vaca pudiera haber hecho.

«Bien dicho —pensó Léntulo—, si reclamas más de lo a que tienes derecho, el juez debe absolver al demandado.»

—Habla Junio.

—Es mentira que yo matara su vaca para perjudicarlo, sino para que me compensara de los destrozos que el animal hizo en mi huerto. Por eso no lo demandé en su día, ya que me creí compensado y, por descontado, no estoy conforme que deba pagarle el valor de su vaca y mucho menos el doble.

—La demanda queda admitida —dijo solemnemente el magistrado— quedáis emplazados para la *litis contestatio* donde se precisará lo que se demanda y se dará lectura formal a la fórmula procesal.

—Que pasen los siguientes.

Entraron dos hombres con cara de circunstancias.

Léntulo, nada más verlos, supo que iba a tener muy fácil solucionar el problema. Dio la palabra al demandado.

—El que hace un año era mi amigo, Tertuliano, me invitó a vivir en su casa de continuo. Así que con una gran alegría por mi parte me trasladé allí con todos mis enseres. Hace menos de un mes nos enfadamos, gran parte por mi culpa, y Tertuliano me echó de su casa. Cuando le pedí que me dejara entrar a retirar mis propiedades, me dijo que él no las había introducido y que en su casa no entraba nadie a llevarse nada. Yo lo que quiero es que me devuelva mis cosas.

—Así es —dijo Tertuliano—. Mi amigo Cornelio me ofendió y por eso le eché de casa. Sus cosas las trajo él y yo no las he tocado. Pero se encuentran en mi propiedad y él no tiene derecho a entrar en ella.

—Cornelio, no puedes reclamar que Tertuliano te devuelva tus cosas —Léntulo se sintió obligado a hacer de hombre bueno—, pero sí, exigir que te pague su valor y si demuestras su mala fe el doble. A ti, Tertuliano, te digo lo mismo, aunque debo avisarte que puedes acabar pagando bastante más de lo que valen sus cosas. ¿Puedo proponeros algo?

Ante su asentimiento continuó.

—¿Por qué no habláis con un amigo común que solucione el problema? Él podría entrar en casa de Tertuliano, recoger sus enseres y devolvérselos.

Aquellos dos eran algo más que amigos. Léntulo lo comprendió enseguida. Estaban ansiosos de encontrar la más mínima excusa para reconciliarse. Y desde luego, la que les proporcionó fue de lo más tonto, pero funcionó.

«Caso resuelto amistosamente —pensó—, pasemos al siguiente.»

El abogado de Valerio Licinio, el demandante, pidió permiso para exponer el caso. Una vez recibido éste, dio comienzo a la lectura de su pliego:

»Resulta que Mario Agerio y yo, Valerio Licinio, recibimos la propiedad compartida de una casa en pago a una deuda que Ticio Gayo, ya muerto, tenía con nosotros.

»Dado que tuve que ausentarme de Roma por algunos años, Mario, obrando por su cuenta, alquiló la casa a Quinto Publio, quien al cabo de algún tiempo hizo reformas en ella con el consentimiento de Mario, extremo que niega éste. Del alquiler que ha cobrado Mario, manifiesto que no he recibido cantidad alguna.

»Las reformas se han hecho de modo que la casa reciba más ventilación en la parte que acordamos le pertenecería a Mario. Se ha cambiado un par de ventanas de sitio y tapiado varias estancias del interior. Para hacernos una composición de lugar sobre lo que a mí me perjudica, convendrá explicar que la parte que a mí me corresponde, está siendo utilizada como porqueriza.

»Además de la reforma, Quinto Publio, otra vez con el consentimiento de Mario, se deshizo de la mayoría de los muebles por considerarlos no de su gusto y los sustituyó por otros de inferior calidad. Conozco fehacientemente que Quinto vendió esos muebles y que parte del dinero de la compra fue pagada a Mario.

»Por todo ello solicito de Mario Agerio, como máximo causante doloso de los perjuicios que he relatado me pague el doble de la cantidad de trescientos mil sestercios.

Ahora era el turno de escuchar a la otra parte. El abogado de Mario tomó la palabra sin apoyarse en ningún escrito.

—Las pretensiones de Valerio Licinio son totalmente injustificadas. En cuanto a lo del alquiler sin conocimiento del demandante, he de decir que, antes de su viaje, existió un acuerdo verbal entre él y mi defendido, para alquilarla.

»Asimismo, hubo que adecentar la casa y pagar los tributos durante todo estos años, y empleando la expresión misma de Valerio, Mario Agerio, no recibió cantidad alguna del demandante para sufragar su parte de los gastos. Es más, cuando se las solicitó, éste se negó en redondo a pagarlas.

»Lo de los muebles de los que hubo que deshacerse, afirmamos que la razón de ello es que estaban completamente roídos por la carcoma y que ignoramos cómo puede decir Valerio que se obtuvo una cantidad por su venta, siendo que acabaron como leña del hogar.

»Finalmente queda el asunto de la reforma. En efecto se hizo, pero sin consentimiento de Mario, por lo que Valerio deberá reclamar ante Quinto Publio y no ante mi defendido.

»Por todo ello, dado que no hubo bajo ningún concepto mala fe por parte del demandado, solicitamos que este litigio se dé por concluido en este punto, se establezca la cantidad que uno debe al otro y que el deudor la liquide al acreedor.

Así estaban las cosas. Léntulo dio por terminada la sesión y los emplazó al acto solemne de la *litis contestatio*.

Dos faenas le quedaban por realizar al magistrado: designar al juez y redactar la fórmula procesal.

Se ha descrito sumariamente la primera parte de un proceso, la denominada *in iure* de la que la *litis contestatio* era el momento culminante del mismo, y con ella se daba fin a dicha fase. No creo conveniente ampliar todas las diferentes posibilidades, vericuetos y circunstancias que podían concurrir en un litigio. Si existe algún masoquista aficionado, le recomiendo se lea cualquier manual sobre Derecho Romano. No quedará defraudado. Quedémonos con lo que nos interesa.

En primer lugar, hablar de derecho romano, es hablar de un derecho privado, de los ciudadanos para los ciudadanos. Sorprende lo poco elaborado que estaba el puramente criminal en comparación con el privado. El primero era primitivo y poco desarrollado. Se limitaba a establecer una serie de castigos ejemplares para actos que atentaban contra la vida comunitaria. Punto. Pero el segundo constituía un completísimo entramado de «leyes» por el que se regían los ciudadanos.

En segundo lugar, la expresión de «leyes» es incorrecta. Las leyes, excepto hacia el final del Imperio, fueron poco importantes. El derecho romano se funda en la *mos*, la costumbre, y no emana de la autoridad política (¡curioso!, ¿no?), sino de los usos del Pueblo, de expertos jurisconsultos, que con sus escritos fueron aportando sus opiniones ante temas concretos, y de la jurisprudencia, en la que ante una situación planteada, el juez se preguntaba qué soluciones habían dado anteriormente otros jueces para problemas similares.

En tercer lugar, el procedimiento procesal era de lo más minucioso, puntilloso y estricto. Los pasos que había que dar, estaban prefijados al detalle, al punto que la omisión, o la incorrección, de uno de ellos podía dar al traste con el proceso.

Y finalmente, en lo que hasta aquí nos concierne, el derecho romano era un derecho fundamentalmente económico. Se centraba en los aspectos de propiedad, herencia, contratos, obligaciones, préstamos,... Por consiguiente, las diferentes actividades económicas que se establecían no eran independientes de ese marco jurídico y a través de él, de la costumbre: la Economía se encontraba influenciada por un algo que no era necesariamente de naturaleza económica (es el mismo caso que comentábamos sobre la primitiva prohibición de utilizar hierro en las construcciones, ellos sabrían porqué).

MARCELUS IUDEX ESTO SI PARET MARIUS AGERIUS VALERIUS LICINIUS
HS DC MILIA DARE OPORTERE
(...)
SI INTER MARIUS AGERIUS VALERIUS LICINIUS NON CONVENIT
(...)
IUDEX MARIUS AGERIUS VALERIUS LICINIUS HS DC MILIA
CONDEMNATO SI NON PARET ABSOLVITIO

[Sea juez Marcelo. Si resulta que Mario Agerio debe dar a Valerio Licinio 600 mil sestercios por no haberle pagado la mitad del alquiler cobrado a Quinto Publio y haberle perjudicado dolosamente en su propiedad por reformas hechas por Quinto Publio y por destruir sus muebles, a no ser que hubiera pacto entre Mario Agerio y Valerio Licinio y que Valerio Licinio no hubiera pagado los tributos o que los muebles estuvieran carcomidos o que Mario Agerio desconociera las intenciones de Quinto Publio de reformar la casa, tú, juez, condena a Mario Agerio en favor de Valerio Licinio en 600 mil sestercios, y si no resulta así, absuélvele.]

Este texto, no era la sentencia, sino la orden bajo la fórmula procesal correcta, con la que Léntulo se dirigió a Marcelo para que actuara de juez en este pleito.

Marcelo no era ningún jurista, sino un ciudadano romano corriente, que tanto Mario como Valerio habían aceptado que actuara como *iudex*. Una vez que había sido nombrado, Marcelo estaba obligado a ejercer esta tarea de una

manera gratuita. Como con él, ocurría con todos los jueces de la República. Por descontado, Marcelo podía asesorarse de expertos para dictar sentencia.

Con esta fórmula procesal había dado comienzo la fase *apud iudicem*, «ante el juez», en la que lo único que se pretendía era determinar quién tenía la «razón» y en consecuencia condenar o absolver al demandado.

—Sí, es cierto que compré unos muebles a Quinto Publio — declaró el testigo ante la pregunta del abogado de Valerio—. Pagué por ellos VII MILIA (7.000) sestercios.

—¿Considera que ese era su precio adecuado? —continuó su interrogatorio.

—Bueno... —tardó en contestar el testigo, como comprador no iba a admitir que había pagado una cantidad ridícula por ellos—, estaban algo usados y con algunos agujeros hechos por la carcoma.

—Repetiré la pregunta de otra forma, ¿cuánto obtuvo por la venta? (Lamento si les suena a Perry Mason)

—Cincuenta y cinco mil sestercios —dijo en un hilillo de voz.

—Tenemos la carta que Mario dirigió al maestro de obras en la que le pedía que se pusiera en contacto con Quinto Publio para iniciar las obras...

(No vamos a seguir con el proceso paso a paso. Marcelo tenía sus conclusiones claras. Así que dictó sentencia condenatoria contra Mario Agerio por 600.000 sestercios, descontando las deudas que Valerio tuviera con él.)

Hemos asistido a la fase final de un proceso romano, la *apud iudicem*, «ante el juez». En ella se dictaba una sentencia que sólo podía ser o bien condenatoria o bien absolutoria. Además si era condenatoria, tenía que ser forzosamente en los términos de la fórmula procesal. El juez no podía salirse de ella. El magistrado ordenaba al juez que decidiera si el demandado era culpable o inocente, y en el primer caso, el condenado «sólo» venía obligado a pagar la cantidad que el mencionado magistrado había establecido. Esa cantidad podía ser fija, «tantos sestercios», o referida a una valoración aún no determinado de una cosa, «el valor de una finca», por ejemplo, pero siempre expresada en dinero.

El sistema no me disgusta en absoluto. El pleito empezaba ante una especie de «juez de instrucción» que determinaba si el proceso seguía adelante o no, y en caso de que fuera que sí, este magistrado establecía exactamente lo que se reclamaba y lo que el demandado alegaba en su defensa. Luego, dicho magistrado, que recordemos era un cargo político, designaba a un ciudadano de a pie que, de acuerdo con ambas partes, actuaría de juez.

Este juez leería la fórmula procesal, se asesoraría, si lo creía conveniente, escucharía a los testigos y vería las pruebas. Luego condenaría o absolvería.

Repitamos, la condena era exclusivamente económica, y para ser más precisos, dineraria. No se decía que se devolviera o reparara «la cosa», sino que se pagara su valor. Por descontado, el demandado siempre podía llegar a un acuerdo, antes de la sentencia, para restituirle el objeto en litigio (si fuese posible, claro).

—Bien, y ¿por qué —se podrá preguntar el lector— esta película hollywoodiense de juicios en un libro de Economía?

Desde luego, mi intención no es dar una completa descripción del mundo del derecho romano, sino que la razón es poder dejar de manifiesto, mediante un ejemplo, que existen factores extraeconómicos que están actuando en torno y sobre el mundo de la Economía. A ese conjunto de factores, como la Costumbre, la Política, el Derecho, ..., los economistas le hemos dado un nombre: *Superestructura*.

En cuanto a la historia de la vaca que sirvió de chivo expiatorio a la inquina que Junio Craso le tenía a su vecino Aurelio, hemos de concluir que le cayó también en suerte a Marcelo dictar sentencia. No en vano Marcelo estaba en la lista de jueces privados del Magistrado Léntulo.

A las pocas palabras de uno y otro, era patente la animadversión mutua que se tenían. E igualmente era evidente que a la primera oportunidad que disponían de chingar al otro, lo hacían. Se tenían entablados varios pleitos entre ellos, por lo que se conocían muy bien los recovecos de los procesos.

No siempre las situaciones estaban claras del todo, pero en este caso, Marcelo no tuvo duda alguna. Junio Craso había obrado de mala fe con la intención de perjudicar a Aurelio, por lo que fue condenado a pagar el doble del valor de la vaca (menos los destrozos que ésta causó).

Superestructura, que es el otro elemento que mencionaba anteriormente, es un marco de referencia, un conjunto de reglas de juego, unos usos, manera y costumbres, y también un modo que una sociedad tiene de entender la vida.

Las relaciones entre los ciudadanos, incluyendo las económicas, dependerán de cómo sea ese marco de referencia: se harán unas cosas y no otras, además siguiendo unas determinadas pautas, en función de tales reglas y, por supuesto, se penalizará a los que se sitúen en fuera de juego.

La *Superestructura* tiene una influencia apabullante sobre la Economía: establece qué debe hacerse, cómo, cuándo, quién, dónde..., en suma, condiciona determinantemente la *Infraestructura* y *Estructura Económicas*.

Veamos algunos ejemplos. El primero puede ser, de nuevo, el del puente de nuestra historia. La prohibición de utilizar hierro en las construcciones trajo como consecuencia que el *Sublucius* se hiciera de madera (*cómo*).

Nuestras creencias religiosas nos proporcionan una serie de días festivos para dedicarlos al culto y al descanso laboral (*cuándo*).

Una ley puede restringir la implantación de algunos tipos de industria en determinadas zonas (*dónde*).

La sociedad patriarcal que ha predominado hasta no hace mucho en el mundo occidental, y de la que todavía existen demasiados vestigios, ha impedido a la mitad de los seres más inteligentes de la comunidad que aportasen su contribución al desarrollo de la misma (*quién*).

Vayámonos por las ramas un tanto. La mitad de los dirigentes, políticos y económicos, de los cuadros intermedios y del personal de base, deberían ser, si no me fallan las cuentas, mujeres. No cabe en cabeza lógica que la mitad de los más «tontos» tenga preferencia en virtud de su sexo, sobre la mitad de las más listas (dicho sea lo de «tontos» con cariño y sin ganas de menospreciar, sino sólo para exagerar y resaltar más la contradicción existente). Si hombres y mujeres son igual de inteligentes, cosa que no me voy a molestar en probar, podremos, en principio, formar dos grupos, el de los «mejores» y el de los «peores». Cada uno de ellos, a su vez, estará compuesto por una mitad de hombres y otra de mujeres. Bajo estas premisas, lo más coherente sería que esa mitad compuesta por los hombres y mujeres más listos, se repartiera la responsabilidad de contribución a la satisfacción de las necesidades de la comunidad.

Pues bien, debido a la mentalidad masculinista, las sociedades han apartado a priori de los puestos clave a mujeres, lo que ha traído consigo una ralentización de su desarrollo. Estoy convencido, por tanto, que las sociedades avanzadas, lo son gracias, entre otras cosas, a la mayor participación de la mujer. No es demagogia barata, hay todavía pocas mujeres «arriba», pero las que hay, son de lo mejor. No en balde han tenido que luchar proporcionalmente más que sus compañeros del sexo opuesto.

Pero existen aún muchos más ejemplos sobre la influencia de la *Superestructura* sobre la *Estructura*. La Política y la Ideología son dos de esos elementos que actúan sobre las reglas del juego. Una Alemania comunista y otra capitalista ~~son~~ fueron un vivo ejemplo.

Resumiendo este capítulo. Hemos visto la descollante importancia que tanto la *Infraestructura* como la *Superestructura* tienen sobre la realidad económica. A menudo han sido infravaloradas, o no se han destacado suficientemente en los tratados de Economía. Por tal motivo, he creído conveniente resaltarlas en su justa medida.

Siempre he pensado que el grado de desarrollo de un Pueblo podía catalogarse a simple vista, mediante una observación directa de su *Infraestructura*, sus carreteras, sus fábricas, su red eléctrica, sus edificios...

«Todos los caminos conducen a Roma». Aquella civilización alcanzó el más alto grado de desarrollo de la Antigüedad. Sus «obras», muchas de las cuales aún perduran para nuestro deleite, les permitieron crear el más vasto Imperio hasta entonces conocido. Los griegos habían aportado la Filosofía y la Teoría, pero Roma, tirando por el camino de en medio, se puso a hacer cosas. Con una mezcla de admiración y condescendencia para con Grecia, los romanos, prácticos donde los haya, se dejaron de historias y arrimaron el hombro.

¿El resultado? Una civilización que duró más de mil años y de la que, casi, casi, se puede decir que todavía hoy «todos los caminos conducen a ella»: sus costumbres, lengua, literatura, cultura, arte (estos dos últimos en menor medida), sentido de la organización de lo político y de lo administrativo, mentalidad y sobre todo, su particular visión del derecho privado, han llegado, al menos en parte, a nuestros días y todavía los podemos reconocer entre nosotros. No sólo, pues, legaron sus *Infraestructuras*, ya poco utilizables, sino que nos han transmitido su concepción de la vida. Por eso, el título de este capítulo puede tomarse como una metáfora: el mundo occidental sigue siendo un mundo «romano» y aunque durante los últimos siglos se ha venido imponiendo la concepción anglosajona, no es menos cierto que en Roma encontraremos el origen del camino de mucho de cuanto hacemos y pensamos.

Lo cerca que está de nosotros los occidentales, nos lo demuestran cosas como nuestra lengua derivada de la latina (de la cual la mismísima inglesa se haya infectada), nuestra mentalidad patriarcal, nuestro modo de entender las relaciones entre las personas, y para no extendernos, nuestra manera de enfocar las cuestiones económicas (propiedad, herencia, contratos, obligaciones, préstamos...) y su correspondiente soporte jurídico.

Podríamos añadir que, empezando por Carlomagno y acabando por Napoleón, ha habido intentos de reinstaurar el antiguo Imperio (el propio Emperador francés no está muy lejos de nosotros en el tiempo). Si nos ponemos en este plan, no podemos olvidarnos del *Sacro Imperio Romano Germánico* (por cierto, nuestro Rey Carlos I de España fue nombrado Emperador de los romanos al heredarlo de su abuelo Maximiliano I de Alemania).

Continuando con toda esta serie de influencias, parece que los últimos césares han sido derrocados precisamente en el siglo XX. El último, el *Sha* de Persia que junto al *Zar* de Rusia y al *Kaiser* alemán, han sido los tres monarcas postreros cuyo título provenía de la corrupción de la palabra latina *Cæsar*.

Los persas sasánidas experimentaron la Política Exterior romana durante el siglo III, en la fase tardía del Imperio. Anduvieron a la greña, y parece que la cosa quedó en tablas. El hecho es que los sasánidas no se expandieron hacia Occidente, y sirvieron a Roma de tapón contra las tribus de Oriente. Bien, pero lo que nos interesa es que su renovado imperio sufrió la influencia romana

primero y la bizantina posteriormente. Para no alargarnos, en el siglo XVI (después de recibir como invitados a los árabes, mongoles y turcos) volvieron a instaurar el imperio sasánida. Un nuevo monarca, ostentó el título de *Sha* de Persia.

En el caso de Rusia, el contacto se estableció a través de la segunda Roma, Bizancio. Como quien dice, los primitivos rusos fueron bajando hacia el imperio bizantino del que quedaron prendados. Y no sólo eso, convertidos a la fe ortodoxa, la Iglesia rusa dependió de los patriarcas grecobizantinos. Cuando cayó Constantinopla, Ivan III, casado con una princesa bizantina, se consideró heredero de su tradición. Este sentimiento se vio reforzado, años más tarde, cuando derrotaron a los mongoles y se deshicieron de ellos. La tercera Roma había nacido.

Católico, apostólico y romano. Así es como nos definimos a nosotros mismos. Nuestra fe, universal, tiene esa impronta romana. Lo lógico sería que hiciéramos referencia a algún lugar geográfico palestino. Pues no, es a Roma a la que mencionamos. Los protestantes y ortodoxos, por los que tengo el máximo respeto y aprecio, pueden creer que no va con ellos tal influencia romana. Se equivocan. Estar en oposición a algo no significa estar exento de su influencia. Si nos pusiéramos a hablar de lo que nos une, descubriríamos que supera con creces a lo que nos separa, pero como lo que nos apasiona es discutir, nos liamos a resaltar lo que nos enfrenta. Nos encanta «convencer» a nuestro contrincante y en ello ponemos todo nuestro entusiasmo. Habría que explicar a más de uno que la frase «abrir la mente» es una metáfora, que no significa que para convencer a los recalcitrantes, haya que usar la cachiporra.

Así pues, Roma marcó no sólo este pequeño mundo latino, sino que influyó, aunque lógicamente en menor grado, en el anglosajón, en el germánico, en el eslavo y en el persa, entre otros.

Somos, pues, herederos de su *Superestructura*, y todavía existen aspectos que, en unos países más que en otros, están influenciando en el cómo entendemos la Economía. De ahí, que no caigamos en el error de pasar superficialmente por los elementos superestructurales. Difícilmente entenderemos *qué* estamos haciendo si no estudiamos *porqué* lo hacemos.

Otro tanto podríamos decir de la *Infraestructura*. Eso que estamos haciendo, saldrá mejor o peor y será más o menos eficazmente hecho, dependiendo de la «calidad» y cuantía de los cimientos de que dispongamos.

Por supuesto que en Roma no todo lo relacionado con la Economía fue de color rosa. Hoy por hoy, difícilmente admitiríamos una sociedad basada en el trabajo de los esclavos. Además, el esclavismo trajo consigo una serie de conflictos a la economía romana. Ya no sólo se trataba que los esclavos no fueran unos entusiastas trabajadores, como habíamos esbozado anteriormente, sino que al ser una mano de obra casi gratuita, desplazaron de sus puestos de trabajo a la plebe. El resultado fue que los romanos tuvieron

que dejar de trabajar, y vivieron del subsidio público: «Pan y circo», era todo lo que pedían.

Otro de los problemas con el que tuvieron que enfrentarse fue que la agricultura italiana acabó arruinada. Agobiada por los impuestos para sufragar las guerras, los subsidios de desempleo, y no pudiendo competir con las importaciones más baratas del resto del Imperio, la península italiana se fue convirtiendo en un poco productivo conjunto de latifundios. Curiosamente había empezado siendo una sociedad agrícola (y guerrera; es no menos chocante que también hacia el final, se hubiera prohibido a los italianos entrar en el ejército).

En este tramo final decayó la magnificencia de su arte y sus obras de *Infraestructura* fueron escasas. La única importante fue, ¡quién lo iba a decir!, que las ciudades recibieron la orden de amurallarse. O sea, *in illo tempore*, no parecía que las cosas les fuesen muy bien...

CAPÍTULO 6 CRISIS

Razzia

Hoy no había «función» en el Circo. Sobre las calles y plazas de Roma, una masa amorfa de gente deambulaba sin otra cosa que hacer que dejar pasar las horas.

Cada cual se lo montaba como podía. Si uno tenía poder e influencias, hacerse más rico no era nada difícil. Chanchullos había por doquier y era «natural» aprovecharlos. Quien no lo hacía, era mirado con recelo y desconfianza.

Si papá era rico, entonces no había problema. Todo consistía en pasárselo bien con lo que le daba, y esperar a que se muriera para heredarlo. Si uno era pobre, tampoco pasaba gran cosa. El Estado proporcionaba una colosal cantidad de subvenciones a los proletarios. (Los proletarios romanos, recordemos, eran los que engendraban la prole, no los trabajadores.)

Si había que complementar los ingresos, siempre insuficientes, se podía recurrir al robo, al atraco, al timo o a la prostitución.

Lo único importante era dar gusto a este cuerpo serrano antes de que se lo comieran los gusanos: ¡Vivamos, que son dos días!

«¿Trabajar? —pondría cara de incompreensión cualquier persona a la que se le formulara esta pregunta tan idiota—. ¿Para qué? ¿No están para eso los esclavos?»

Uno de estos ciudadanos, Aelio Antonino, hijo de papá con posibles, se dirigía a reunirse con sus amigos. Con ellos languidecería de puro aburrimiento, hasta que a alguno se le ocurriera alguna barrabasada. En el camino, recordaba con placer el día de ayer. ¡Se lo había pasado bomba!

Habían acudido al Circo donde se representaba una batalla naval. Dos mini-ejércitos de gladiadores se enfrentaban navegando en pequeños barcos sobre la inundada «cancha de juego». El «juego» consistía en matar al otro para divertir al espectador.

«¡Qué gozada el color del agua tiñéndose de rojo! —seguía pensando—. ¡Qué emocionante los gritos de los heridos, el blandir de las espadas, el desgarrar de las carnes...!»

Al tiempo que caminaba, no se fijó en el cadáver de un recién nacido abandonado en la calle. Por habitual, a nadie llamaba la atención. No existía mucho entusiasmo por encadenarse a una prole de pesados mocosos. Ni siquiera las subvenciones para fomentar la descendencia, otorgadas desde los tiempos del mítico César, conseguían enderezar la situación.

—¿Qué hacemos hoy? —preguntó al llegar a la plaza donde el grupo de veinte mozos estaba reunido.

Dos horas más tarde, después de no hacer nada y hablar poco, a alguien se le ocurrió una genialidad.

—Conozco un lugar que puede ser divertido —dijo el que tuvo la inspiración—. Está algo lejos, pero valdrá la pena.

Se «agenciaron» unos caballos y saliendo de la ciudad, se adentraron en la campiña italiana. Ya anocheceía cuando llegaron a la granja que constituía su destino. Ataron los caballos lejos, y sin hacer ruido se fueron acercando.

La granja estaba pobremente iluminada y cerrada a cal y canto. Pero esto no les detuvo. Saltando la empalizada, irrumpieron en su interior, en el que sorprendieron a sus conmocionados moradores. La resistencia fue débil. Sólo un defensor resultó muerto y un par heridos. De haber estado la granja más cerca de Roma, los campesinos habrían dispuesto de medidas defensivas más estrictas, con gente permanentemente armada incluso, pues estaban hasta las narices de la «marcha» de los jueguistas romanos. El ejército hacía tiempo que había desaparecido del campo, pues estaba concentrado en las *limes* (la frontera) con los bárbaros. Así que cada cual estaba abandonado a sus medios. En cuanto a la Justicia, ineficaz y corrupta, simplemente vegetaba, y no iba a ocuparse de chiquilladas como aquellas.

La «pandilla» se lo estaba pasando en grande. Empezaron por destrozar todo lo que quisieron. Se zamparon y bebieron media granja y por último, hicieron una ordenada cola para violar a las cuatro mujeres que les resultaron apetecibles.

Era ya el alba, cuando satisfechos por el deber cumplido, abandonaron el lugar para regresar a Roma. Mañana sería otro día, y ya se les ocurriría algo que hacer.

Imperator

—¡Soy el Emperador! —dijo un general romano con la espada todavía bañada con la sangre de su antecesor.

—¡*Ave Imperator!* —saludaron los soldados de la guardia pretoriana del fenecido, convertidos automáticamente en los defensores y guardaespaldas del nuevo.

Entre ellos, un joven oficial pensaba lo fácil que le iba a ser, en pocos meses, deshacerse del flamante e imbécil nuevo Emperador. Incluso más de lo que había supuesto hacerlo del de cuerpo presente.

Ignorante del cambio «constitucional» del poder acaecido en Roma, otro general, allá en las *limes* dálmatas, llegaba a la conclusión de que él era el

único que podía poner remedio a todos los males que padecía Roma: él sería su «salvador». Así que en su cabeza empezó a trazar un plan...

(Casi dos de cada tres emperadores romanos acabaron sus vidas de muerte no natural).

Germánicos

Sunerico era un mocetón rubio de veintiséis años, alto, musculoso, de largos cabellos y poblada barba. Tenía la piel bronceada por el fuerte sol mediterráneo. Siempre al aire libre, la blancura de su raza había ido oscureciéndose a medida que los rayos del sol, cada vez más meridional, iban aumentando de potencia.

Venían con sus carros, auténticas casas sobre ruedas, de las tierras del Norte. Desde hacía años el cambio climático las había ido haciendo más frías. Esto, junto al aumento de la población, trajo como consecuencia que fuera difícil encontrar los antaño abundantes árboles frutales y los extensos pastos verdes para el rebaño que traían consigo. Ganado, que constituía la fuente primordial de su dieta básica, carne y leche.

Si hemos de decirlo todo, no podemos ocultar, que a estos movimientos migratorios, los hunos no fueron ajenos del todo, ya que en su loca carrera hacia el Sur de Europa, fueron dando empujoncitos a todo el mundo, incluidos los Pueblos germánicos.

Su tribu, de unas veinte mil personas, pertenecía a la nación goda. Durante años se habían peleado con los romanos, y éstos casi siempre les habían vencido, pero mediante guerras y negociaciones se habían introducido en los confines del Imperio.

Ahora eran amigos y enemigos. Amigos de conveniencia que habían pedido permiso a los romanos para asentarse en el Sur de las Galias, y se lo habían concedido (a regañadientes). Enemigos, porque los unos no se fiaban de los otros. Los godos preferían desplazarse, guerrear e independizarse de los romanos. No iban a estarse mucho tiempo sin dar la vara. Los romanos, que los veían como algo pasajero, se los quitarían con gusto de encima a la menor oportunidad que tuvieran.

Pero Roma no podía. Necesitaba aliarse con el diablo para vencer al diablo. Francos, vándalos, suevos, alamanes, hunos,... asomándose a las fronteras del Imperio y rompiéndolas. Todos ellos buscando tierras en las que vivir. Pero no cualquier tierra, sino las romanas, las más ricas del Mundo, ahora que sus amos estaban débiles.

Si Sunerico fuera una persona dada al pensamiento abstracto y a la ironía, no dejaría de llamarle la atención tal estado de cosas. Bárbaros contra bárbaros para defender a los romanos.

¿Pero dónde estaban los romanos? Cuando sus mayores relataban las gloriosas batallas contra ellos, el buen Sunerico no podía comprender cómo decían que luchaban contra romanos, si en realidad él nunca había visto ninguno en el ejército enemigo. Germanos romanizados y terriblemente leales para con el Imperio, se batían contra otros germanos no romanizados.

«Bueno, si no lo entiendes, no te preocupes, eso es Política —le habían explicado sus mayores para cortar un tema que ni ellos mismos acababan de comprender.»

Pero la cabeza de Sunerico no estaba para tales sutilezas. Lo suyo era defender a su tribu con la fuerza de su brazo, no de su mente. No hablaba latín ni, mucho menos, sabía latines. Era analfabeto sin remisión; los suyos carecían de abecedario.

«¿Para qué queremos todas esas chorradas —se razonaba a sí mismo—, si los cuatro gatos que somos hacemos todo lo que queremos de los romanos? ¿Para qué les sirve tanta sabiduría y tanta cultura, si no son capaces de defenderse ellos mismos?»

Sunerico había entrado en Roma cuando contaba veinte años y durante tres días había recorrido medio alelado sus calles. Saquearon la ciudad, pero también fueron «saqueados» por una fauna romana más ducha en el enfrentamiento barriobajero.

Desde entonces había perdido el respeto casi supersticioso que la palabra Roma le inspiraba. Ahora, los despreciaba. Como resultado del acuerdo entre su Rey Valia, y el Emperador Honorio, podrían repartirse las tierras de los propios romanos a cambio de su ayuda contra los otros bárbaros. Así que empezaron a mantener reuniones con los *potentes* y los pequeños propietarios de la comarca.

El resultado de tales reuniones era siempre parecido: dos tercios de las tierras para los godos y el resto para el antiguo propietario. Si la situación hubiera sido a la inversa, Sunerico no lo habría consentido. Habría preferido morir con la espada defendiendo sus tierras que acceder a un trato tan humillante. Por eso los despreciaba. Para él no había medias tintas. Uno debía luchar y morir por lo suyo, aunque no tuviera la más mínima oportunidad de ganar. (Curiosamente cualquier general romano de antaño habría compartido esta idea).

Tampoco los entendía. No comprendía para qué querían las monedas. Si uno quería una cosa de otro, se la cambiaba y ya está. No hacía falta tanta chapa de metal ni tanta zarandaja. Además, ya ni los propios romanos las querían, a menos que fueran de oro o de plata. (Si al bueno de Sunerico le intentáramos explicar que en aquellos tiempos la inflación alcanzaba unas cuotas inconmensurables, habríamos acabado por convencerle de la locura de los romanos).

En cuanto a su manera de ser, ni en sueños pensaba adoptar ninguna de las depravadas costumbres que habían convertido a los romanos en fatuos y blandengues.

Estaba muy unido a los suyos, y todos ellos tenían una idea muy clara: aunque eran muy pocos en comparación, iban a reinar sobre aquellas tierras, sacarles el máximo provecho posible y «pasar» totalmente de los romanos.

Una sociedad extraña, inculta, atrasada y con una organización totalmente primitiva, iba a insertarse, o mejor, superponerse, a la población del moribundo Imperio de Occidente; un pueblo que no iba a aportar nada nuevo, sólo a aprovecharse de lo existente.

Valentia

La ciudad de *Valentia* languidecía bajo el inestable clima otoñal. Los pocos viandantes, de tanto en tanto, miraban hacia un cielo cubierto de enormes masas de nubes gris-oscuras. Pese a ser mediodía, se diría que estaba anocheciendo. No tardaría en caer la torrencial lluvia de cada otoño. Gotas como puños, en una sucesión ininterrumpida, darían una sensación como de estar contemplando una cascada de agua cayendo desde el cielo.

«¡Quieran los dioses —se decía Vicente— que no volvamos a tener otra maldita inundación!»

Con más de sesenta años a sus espaldas, la melancolía permanente de Vicente Severino Gemino se veía agravada por la tristeza del día. A una edad tan avanzada, era normal que pocos de su generación quedaran vivos. Ni su mujer ni sus amigos estaban ya con él. Esto era ley de vida, y por muy amarga que fuera, uno acababa por aceptarla. Su semilla, su gente, su Pueblo, seguirían adelante, y él podría gozar de los últimos años de su vida contemplando todo aquello que había ayudado a construir. Finalmente, moriría también, pero su vida habría tenido un sentido.

Pero tal idílica situación estaba muy lejos de ser real. Los sueños eran eso, sueños. La dura verdad era otra.

Algo había cambiado en la hermosa ciudad de su juventud, que no había sido muy grande, pero sí importante e influyente en la región. De origen romano, *Valentia*, se había establecido cerca de la desembocadura del río Tyrius. Fue situada estratégicamente entre las poblaciones íberas de Saguntum y Edeta (presumiblemente con la sana intención de vigilarlas y continuar su proceso de romanización. No en balde fueron veteranos del ejército, a los que se les repartió tierras, sus primeros pobladores).

Pero ahora, *Valentia*, parecía un pueblucho medio vacío y sucio. Los más ricos la habían abandonado, para irse a vivir a sus posesiones en el campo. Les siguieron, lógicamente sus sirvientes y empleados. Los excesivos impuestos que había que pagar a la Metrópoli, y la caída en picado del comercio con el resto del Imperio, hizo que estos potentados, que empezaron a recibir

precisamente el nombre de *potentes*, abandonaran sus negocios ciudadanos y se refugiaron en sus haciendas. En un mundo en el que el dinero no lo aceptaba nadie, los valores seguros eran los bienes valiosos y fáciles de transportar, como el oro, la plata, las piedras preciosas..., pero sobre todo, las tierras.

Los hijos de Vicente, al igual que otros muchos jóvenes, habían acabado por irse. El primogénito se fue al campo donde se hizo cargo de las pocas tierras que la familia tenía a unas cuantas millas de la ciudad. Los demás, al no encontrar trabajo, se buscaron la vida como «colonos» de un *potente* que tenía sus posesiones en las inmediaciones de *Saguntum*.

«¡Colonos! —pensó con acritud— ¡Vaya manera de poner palabras bonitas a cosas feas.»

En efecto, desde los tiempos de Diocleciano, el campesinado había sido fijado a la tierra, de manera que ya no podía abandonarla sin permiso de su señor. Con el paso de los años, la situación para los colonos fue empeorando, pues acabaron convirtiéndose en siervos, aunque en teoría eran hombres libres. De hecho, los *potentes* utilizaban colonos y no esclavos, ya que estos últimos eran escasos fuera de Italia y no eran tan «entusiastas» en el trabajo como los «hombres libres».

Con el abandono de la ciudad de toda esta gente, la actividad industrial y comercial decayó más si cabe. Vicente, que era un maestro vidriero, apenas vendía unos pocos frascos a la semana. Lo mismo ocurría con el resto de artesanos, fabricantes de ladrillos, piezas metálicas, cuerdas de esparto, pesas, alfareros, escultores... Quienes lograban sobrevivir, era porque trabajando sin ayudantes, a los que habían ido despidiendo poco a poco, producían y lograban vender lo justo para ir tirando.

Con el comercio con las Galias y África desmantelado y con una población cada vez más escasa, el colapso económico de la ciudad era desmoralizante. Únicamente los días de mercado se animaba la mustia apatía de la villa. Campesinos y ganaderos acudían a *Valentia* a intercambiar sus productos y de paso, compraban, o mejor dicho, trocaban con los comerciantes y artesanos algunas de las cosas que necesitaban.

El dinero apenas se veía. El denario era calderilla y nadie lo quería pues cada año valía mucho menos. Los que disponían de monedas antiguas de oro o plata, las guardaban como oro en paño, y no las utilizaban más que en caso extrema necesidad. Se pagaba en especie, incluyendo sueldos e impuestos.

Vicente sabía leer y escribir. Por eso habían intentado nombrarle magistrado, cosa a la que se había negado. Él no era patricio y tampoco, tonto. Antiguamente, ostentar un cargo público significaba estar en la cumbre, pero ahora representaba hacer el «primo». Debía recaudar la cuota fija de impuestos que Roma marcaba, y si no lo lograba, tenía que complementarlos de su bolsillo. Con los negocios por el suelo y los ricos en el campo, haciéndose los sordos a la hora de pagar, el déficit era como para frenar a

cualquiera. Se comprende, pues, que no hubiera cola para hacerse con el cargo. (Vicente, que no era ningún financiero, no acababa de comprender tal estado de cosas. Ignoraba que los impuestos se fundían rápidamente para pagar, por un lado, a un desmesurado ejército mercenario y, por otro, los elevados subsidios de desempleo en Roma.)

Al llegar a ese punto de sus pensamientos, cayó en la cuenta de que los maestros habían desaparecido también. Ya nadie, prácticamente, enseñaba a los jóvenes a leer y a escribir, ni se impartían lecciones de Artes ni de Ciencias. Pero no sólo eso, sino que tampoco había aprendices para unos oficios a los que nadie veía futuro alguno.

Con un nudo en el estomago, pensó que iban a perderse muchas cosas buenas. Entre ellas, la artesanía del vidrio. Únicamente quedaban otro artífice y él. Cuando murieran, nadie más seguiría fabricándolo.

—¡Maldita sea! —lanzó un juramento en medio del tronar de la tormenta—. ¡Nos van a heredar unos ignorantes palurdos que no sabrán hacer otra cosa que despanzurrar terrones!

—Sí, maldita tormenta —le contestó un vecino que, como Vicente, no tenía otra cosa mejor que hacer que pasar el rato contemplándola.

Vicente sonrió ante el error de su vecino, asintió con la cabeza, y siguió ensimismado pensando en otras cosas que se habían perdido. Ya no había funciones de teatro, ni se leían libros, ni se producían discusiones cultas en el foro, ni se hacían mosaicos, ni había ninguna figura reciente que fuera famosa por su sabiduría, inteligencia, elegancia...

«¡Muertos! —fue lo último que pensó mientras se dirigía a prepararse algo que comer—. ¡Por dentro estamos muertos!»

Potentes

Cneo Bruto Sejano era un *potente*. Acababa de heredar el «título » de su padre, que a su vez lo heredó del suyo.

Su abuelo, según le contaron, se había retirado a sus tierras huyendo de la asfixiante vida de *Tarraco*. Las historias que su padre le narraba a menudo, sobre las maravillas de la vida en aquella ciudad, no acababan de convencerle. Estaba seguro que eran las chocheces de un viejo, repitiendo las vivencias de otro viejo, su abuelo. Estas cosas, nunca pudieron ser tan esplendorosas como se las narraba. Primero, porque el abuelo salió siendo muy joven de *Tarraco*. Segundo, porque su padre jamás puso los pies en aquella ciudad. Y tercero, porque él sí que la había visitado, y no le habían quedado ganas de volver.

«Además —se decía—, si tales cosas existían, ¿cómo es que las han abandonado?»

«¡Lo único importante es la tierra! ¡Todo lo demás son historias de viejos!»

Siendo muy jovencito, su mente ya albergaba estos pensamientos, prácticos y nada teóricos. Así que a nadie extrañará, que no hubiera abierto un libro en su vida (tampoco sabría qué hacer con él) y que hubiera dedicado su juventud a irse de correrías. En más de una ocasión había tenido que empuñar las armas, junto a su inseparable grupo de guerreros, para rechazar las partidas de bandidos que infestaban más y más la comarca.

Mención aparte merecían los *bagaudas*, campesinos que se habían sublevado contra sus duras condiciones de vida. Medio aliados, en un principio, con los godos, se habían enfrentado con las tropas imperiales (germánicas, claro). Ahora, dispersos y fugitivos, seguían causando quebraderos de cabeza a los *potentes* de la región. Máxime, cuando hacía años que por allí no aparecía un soldado romano.

Cneo estaba indignado con ellos, y cuando capturaba alguno, jamás le otorgaba perdón. Constituían una amenaza para él y era totalmente incapaz de comprender su angustia y desesperación.

La otra amenaza la constituía el edicto imperial por el que tendría que repartir sus tierras con los bárbaros. No le hacía gracia, pero no le encontraba alternativa posible. No es que pensara que debía acatar la ley del Emperador, ya que estaba muy lejos de tener un poder real con el que obligarle, sino que era consciente de que no podría hacer nada frente a los godos. Cuando llegara el momento, ya vería. Mientras tanto, Cneo, se había «librado» de pagar los pesados impuestos a Roma. En una movida reunión que mantuvieron varios *potentes*, acordaron montar un sistema de «escaqueo» impositivo. Sin negarse abiertamente, empezaron a aislarse de *Tarraco*, que aún continuaba siendo un centro administrativo y un mercado comarcal.

Posteriormente, dejaron deteriorar (e incluso destruyeron) los medios de comunicación que los enlazaban con el resto del mundo. Las carreteras y el telégrafo de señales, fueron las víctimas de esta decisión.

Luego, bajo la excusa de que los caminos eran muy poco seguros, por la falta de protección militar, dejaron de enviar su correspondiente aportación tributaria. A Cneo le empezaba a hacer gracia eso de evadir su cantidad fija de cada año (que, en teoría, debía remitir, fuera un buen o mal año).

«¡Que vengan a por ella! —se mofaba.»

No estaba dispuesto a seguir pagando por algo que no le aportaba ninguna ventaja. Él tenía que defenderse de las incursiones y quema de cosechas. Debía procurarse todo lo que precisaba. Ni la ciudad ni Roma entera, estaban en condiciones de intercambiar su recolección por las mercancías que le hacían falta. Por tanto, ¿para qué le servía el Imperio?

Era el principio de la autarquía que marcaría la organización socioeconómica de los próximos mil años. Cientos de pequeños «señoríos», poderosos en

comparación con el poder central, primero del Imperio, y luego de los Monarcas, harían y desharían a su antojo dentro de sus límites territoriales.

Cneo Bruto Sejano estaba dispuesto a asumir la responsabilidad histórica que el destino le deparaba: un cacique inculto y pendenciero, rodeado de hombres de armas, iba a dominar la ya casi única fuente de riqueza de aquel mundo agonizante, la tierra. Un rico y complejo sistema económico había cambiado a otro que ya sólo era capaz de producir alimentos y vestidos. Sin comercio, sin minería, sin nuevas obras de infraestructura, sin operaciones financieras, quien poseía agricultura y ganadería, dominaba el mundo.

Por contra, millones de seres humanos, procedentes de las decadentes ciudades o nacidos en el propio agro, iban a permanecer de por vida, anclados como siervos, a la misma tierra. Sumidos en unas condiciones de vida de mera subsistencia, pagarían los platos rotos del hundimiento del Imperio Romano. Sin ningún derecho ni personalidad, trabajarían el campo con la sola esperanza de seguir vivos mañana. Si tenían que vender su libertad al *potente* de turno a cambio de una precaria seguridad, lo harían y punto.

Los Cneos de aquel siglo oscuro iban a ser los únicos grandes beneficiados. ¿Qué les importaba lo que estaba ocurriendo si con unas buenas tierras y un buen ganado, podrían vivir a cuerpo de rey por el resto de sus días? Preferían ser cabeza de ratón que cola de león. La fragmentación del Imperio les interesaba, y en adelante, se opondrían a todo intento de recomponerlo. Sus descendientes del futuro, barones, condes, duques y marqueses, pondrían en un brete en más de una ocasión a los Reyes que intentaran imponer su autoridad sobre aquellos díscolos nobles.

Amanuenses

Lejos del mundanal ruido, unos monjes se dedicaban a reproducir los últimos *best-sellers* del pensamiento cristiano. Jerónimo y Agustín eran los autores preferidos. Los dos eran cultos, estudiosos y sabios. Estaban completamente en línea con el pensamiento teológico cristiano. El primero había escrito *De viris illustribus*, una exposición de la doctrina de los padres de la Iglesia, y también había traducido al latín las Sagradas Escrituras. Pero sin duda, la estrella de su «editorial» era *De civitate dei*, una obra poética, en la que venía a decir que no era Roma la que le preocupaba, sino la otra Ciudad, la divina, en la que habitan las almas de los justos sirviendo al Señor.

En medio de un mundo progresivamente más inculto, obtuso y corrompido, sólo unos pocos autores cristianos estaban en condiciones de aportarle un renovado pensamiento filosófico (evidentemente de un marcado cariz teológico). Su cultura, conocimientos, misticismo y honradez, eran como un bálsamo para la lacerante podredumbre moral e intelectual de la Humanidad de entonces.

Agustín, San Agustín, vamos, introduce la Filosofía griega de un olvidado Platón en la doctrina cristiana: «La sabiduría sólo se alcanza mediante la verdad».

Fue uno de los culpables, si no el mayor, de que siguiera viva la concepción helenística del mundo y de que se recuperaran y conservaran, hasta nuestros días, las obras del conocimiento griego.

Para Occidente, monjes como estos amanuenses, constituirían en los próximos siglos la fuente exclusiva de cultura, y propagarían, además de su fe, el entonces considerado único bagaje científico y filosófico válido: el de la Grecia clásica.

Aunque esto fue toda una bendición para la Humanidad, también encerró un peligro. Dada la cerrazón intelectual que iba a imperar en adelante, quienquiera que se atreviera a sostener ideas contrarias a lo que decían Sócrates, Platón, Aristóteles,... corría el grave riesgo de ser echado a los leones (por desgracia, en más de una ocasión no fue sólo una simple metáfora).

Sin embargo, lo importante, es que los monasterios conservaron y enseñaron, en exclusiva, una cultura grecorromana que, de no haber sido por ellos, podía haberse perdido. Gracias a dicha cultura, la Humanidad, pudo recuperarse más rápidamente cuando fue capaz de salir de aquel calamitoso pozo que representó el Medioevo.

La Caída

—Augustito, has dejado de ser Emperador —le anunció el general Odoacro a Rómulo Augusto, *Augústulo* como lo llamaba la plebe con ese despectivo diminutivo—. Te vas a ir a vivir a Nápoles con una pensión.

La Edad Media había comenzado oficialmente. El Imperio Romano de Occidente había caído. Desde luego no fue como en las películas. Nada de una heroica lucha final a vida o muerte entre peludos bárbaros y romanos de impecable uniforme.

Fue algo simple y poco dramático. El Imperio hacía tiempo que era una cosa nominal. Descompuesto desde dentro paulatinamente durante los últimos 200-250 años, un simple soplido bastó para apearse del trono al último Emperador. (Lo siento, pero no puedo aguantarme las ganas de comentar que precisamente tenía que llamarse como el fundador, Rómulo, y como el primer Emperador, Augusto.)

Lo gracioso del caso es que Odoacro no quería el Imperio para sí. Se sublevó por la falta de pago a sus soldados. Por tanto, ofreció el título al emperador de Oriente, Zenón, quién lo aceptó y a cambio reconoció a Odoacro como Rey de Italia. Luego, el bizantino, cambiaría de opinión y conspiraría para destituir al germánico. No vamos a continuar, porque lo que siguió fue muy largo. Mil años de obscuridad habían empezado.

Todas estas historias, no siguen un orden cronológico y además, para no perder la costumbre, son imaginarias, salvo la última que es rigurosamente cierta, o casi, y se encuentra bien colocada en el tiempo.

He pretendido, sin embargo, dar una visión panorámica, con un trasfondo lo más real posible, de los últimos ciento y pico años del Imperio Romano de Occidente.

En cuanto a las causas que motivaron la Caída de Roma, satisface comprobar cómo cada autor que he consultado aporta las suyas propias. Es lógico, pues, si bien se mira, no existió un motivo único. Existe la creencia generalizada de que fueron los bárbaros quienes dieron al traste con el Imperio Romano. Es difícil de admitir tal cosa hoy en día. Desde el principio, la Ciudad tuvo todos los enemigos que quiso. Los godos, vándalos, francos, alanos, etc. no eran mejores guerreros ni más peligrosos que los etruscos, samnitas, cartagineses, galos.... Evidentemente, es harto simplista dar este motivo como exclusivo de aquella caída. De hecho, si meditamos un tanto, no nos costará mucho llegar a la conclusión de que estos últimos bárbaros habrían sido vencidos sin dificultad por cualquiera de las legiones romanas de unos doscientos años antes.

Las causas, pues, no fueron mayoritariamente externas al Imperio, sino que se encontraban dentro del mismo. Eso es precisamente lo que he querido mostrar con las historias de este capítulo. Hagamos una pequeña excursión hacia atrás para enumerarlas, al menos, las más importantes.

- Roma, *Caput mundi*, estaba podrida ética y económicamente. No producía y se entregaba a malgastar lo que se generaba en el resto del Imperio.
- Los ciudadanos romanos se dedicaban a «vivir». Lo que contaba era el placer por encima de todo y de todos. Si era preciso, se robaba, sobornaba o mataba.
- La clase dirigente romana, fofa y embrutecida, carecía de fuerza real y moral para enfrentarse a los bárbaros de dentro y de fuera. Éstos, incultos, analfabetos y con desprecio a la cultura romana, iban a pasar a reinar sobre los trozos restantes del Imperio. Sólo se salvarían de esta quema, unos pocos romanos, en su mayoría, cristianos, que, entre otras cosas, conservarían el legado de la Antigüedad.
- La cultura iba a dar el más grande paso a atrás que jamás vieran los siglos. (Se me cae el alma a los pies cuando comparo las realizaciones artísticas y monumentales del siglo III y anteriores, con las del V y posteriores.)
- Igual acaeció con las enseñanzas de Artes y Oficios. (Cuando las cosas se ponen feas, esta «cosa» de enseñar es superflua). Iba a costar casi mil años recuperar el terreno perdido.
- Las arcas del Imperio estaban bajo mínimos. Los ingresos, menguantes año tras año, no alcanzaban para pagar al ejército mercenario, a los funcionarios y a la plebe desempleada de Roma. La solución de acuñar más y más moneda, provocó una atolondrada inflación (cosa que era de

cajón), con la consecuencia de que el dinero acabó por perder todo su valor.

- El poder estaba en manos de generales que, en el intermedio de sus campañas con los bárbaros, continuaban guerreando entre sí. El premio en juego era el título de Emperador. Además, a partir de Diocleciano, los Emperadores abandonaron Roma, bastante peligrosa para su salud. Establecieron su sede en cualquier otro lugar más sano.
- El ejército ya no vigilaba los caminos. Entre los bandidos y revueltas internas (especialmente de un mísero campesinado que se rebelaba a tener que permanecer sujeta toda su vida al mismo lugar donde naciera), las vías romanas dejaron de ser seguras.
- La actividad económica, en general era un desastre. Con el dinero convertido en «calderilla» y sin seguridad para el tráfico, el Comercio se vino abajo, desapareció.
- En las ciudades, con la caída del Comercio, la industria artesanal perdió pujanza. Así que paulatinamente, los empleos fueron cayendo y consecuentemente, la ciudad se fue despoblando: sin negocio para los ricos ni trabajo para los pobres, poco porvenir existía en ellas. Además, a los bárbaros les encantaba arrasirlas. Deporte que practicaron especialmente con las situadas en los confines o que coincidían con sus rutas de penetración al Imperio.
- El Imperio empezó a fragmentarse. Al frente de cada trocito se encontraba un cacique local, llamado *potente*. Provenientes en un principio de las ciudades, se instalaron en el campo, único valor real de aquel entonces. Ellos fueron quienes lucharon para independizarse de Roma y no pagarle más tributos.
- El mundo se hizo autárquico, cada colectividad agrícola pasó a fabricarse casi todo lo que necesitaba. Las ciudades, semivacías, sobrevivirían como residencia invernal de potentados, centros religiosos, mercado local y algunas, algo más adelante, como centros administrativos. Nunca desaparecieron del todo. Incluso hubo florecimiento de las mismas durante la época merovingia francesa.

No dudemos, pues, que fueron muchas las causas que provocaron tal desmoronamiento. Unas, las menos importantes, externas. Es el caso de los bárbaros. Otras, internas; y dentro de éstas podemos distinguir las económicas y las éticas. Últimamente se está insistiendo, precisamente, en las económicas en contraposición a lo que nos enseñaron a los estudiantes de mi época (y anteriores): la pérdida de la mítica *virtus* romana.

Sin embargo, es evidente que ambas supusieron las dos caras de la misma moneda: es imposible separar la Economía de los valores, ética y moral de una sociedad, (que recordemos forman una buena parte de la *Superestructura*).

Ya comenté en el capítulo anterior cómo la manera de entender la vida de una comunidad influye en su propia actividad económica. Por tanto, los valores, principios y finalidad que se le den al hombre dentro de dicha sociedad, determinarán su particular sistema económico. En Roma donde, hacia el final,

lo único importante era la riqueza y el placer conseguidos a precio de lo que sea, y con el mínimo esfuerzo, se produjo una fuerte crisis, que contribuyó enormemente a su definitiva caída. Un caos moral, social, político y económico, dio al traste con tan magno Imperio. No era la primera vez que pasaba, ni sería la última. Grandes imperios, podridos desde dentro, empezando por su clase dirigente, se gastan barbaridades en defensa, sus ciudadanos dejan de creer en sus propios valores, etc. ¿El resultado? Se arruinan, se derrumban y acaban reducidos a una mínima expresión: «Érase una vez un lejano conjunto de países llamado Unión Soviética...»

Ésta es una constante que ha venido produciéndose a lo largo de la Historia. Y ya no estamos hablando de pequeñas apuros, sino de batacazos al nivel de civilización.

Como remate a esta primera parte del capítulo me gustaría mencionar que precisamente la Civilización Occidental más longeva ha sido la egipcia, cuyos dos mil quinientos años no se debieron a su poderío militar, político o económico, sino a que, en mi opinión, constituyeron una sociedad justa, integrada y con elevado nivel ético.

Hablemos ahora de otro tipo de problemas, de las llamadas crisis económicas. Se convendrá conmigo que son un juego de niños en comparación con las otras, las globales.

En realidad no creo que existan crisis económicas puras ya que casi todas llevan mezcla de otros componentes. Podría afirmarse que toda crisis económica es el anuncio de que en el seno de la sociedad, algo no marcha: la economía, como efecto del estado de cosas en el que se encuentra una comunidad, puede actuar como termómetro que indique tal situación.

Esta última aseveración no sólo se refiere a las situaciones de crisis coyunturales, sino principalmente a las estructurales.

¡Un momento! Hemos introducido dos conceptos que habrá que aclarar. Una situación coyuntural puede traducirse por un estado de cosas pasajero. Así, cuando decimos que la coyuntura es desfavorable, significamos que las cosas, momentáneamente, no marchan bien. Claro que, casi treinta años oyendo la misma frase, puede inducirnos a pensar que la coyuntura es algo permanentemente malo. Pero no, no es así. Si leemos los periódicos de los últimos años, podremos comprobar cómo la Economía oscila de tiempos malos a otros peores. Por tanto, no es la coyuntura la que está saliéndonos rana. Hemos de empezar a pensar que nos encontramos ante una crisis estructural. Si echamos un vistazo a lo que decíamos en el Capítulo 5 sobre lo que es la *Estructura Económica*, podríamos definir la anterior, como aquella crisis que se produce como consecuencia de lo mal montado que tenemos organizado nuestro sistema económico.

Y, claro, cuando una cosa está mal montada va a estar fallando permanentemente, que es todo lo opuesto a la idea de ocasionalidad que la palabra coyuntura encierra. El concepto de la crisis estructural es terriblemente importante, pues nos estamos jugando la civilización, o cuanto menos va una buena parte de los pilares sobre los que se asienta.

Pues bien, retomando la argumentación anterior, resulta que en una crisis típicamente económica como la de la «Gran Depresión» del 29, aparecen involucrados elementos ideológicos, políticos y sociales, además de los económicos. Desarrollar tal afirmación nos llevaría mucho tiempo. Por eso, les recomiendo que se lean el libro de Galbraith, «El crack del 29» y comprobarán cómo van a ir apareciendo muchos de dichos elementos: la ideología económica «clásica» del *Laissez faire*, que propugnaba la no intervención del Estado; unos ricos muy ricos, que prácticamente efectuaban todo el consumo, incluso en plan de despilfarro; unos pobres muy pobres que apenas consumían por encima de su nivel de subsistencia; un planteamiento que aseguraba que esto era lo mejor para la sociedad; mucho arribista metido a empresario y a especulador, con resultados de unas quiebras tanto por incompetencia como por fraude; pero sobre todo, existía el excesivo afán de enriquecerse como sea.

Otro caso que podemos discutir es el de la difunta Unión Soviética, que, de pasada, citábamos unas pocas líneas antes. ¿Cuáles fueron las causas de su fragmentación y desaparición?: ¿la guerra de las Galaxias?; ¿la profunda crisis económica de una Nación que gastaba enormes sumas en defensa?; ¿una cúpula dirigente desconectada de los problemas del país y que se preocupaba primordialmente de sus prebendas y privilegios?; ¿el escepticismo del Pueblo para con sus dirigentes, consignas e ideología?...

Volvemos a encontrar muchos de los mismos patrones que veíamos para con la Caída del Imperio Romano. Entonces, la pregunta es inmediata: ¿va a ocurrir lo mismo con nuestra sociedad? Paro, inflación, drogas, violencia, escepticismo hacia el sistema, consumismo desenfrenado, afán por la riqueza...

La respuesta no la conozco, ni creo que nadie la sepa. Es más que seguro que dependerá de lo que hagamos en adelante.

Pero, recapitulemos y dejémonos de andarnos por las ramas. Hemos empleado la palabra crisis en una doble vertiente, la *global* y la *económica*. De la primera nos hemos ocupado ya ampliamente. Nos queda, pues, desarrollar la otra. El único problema radica en que las crisis económicas no existen.

¿Cómo?

Imagino que, en este momento, habré vuelto a inducir a confusión a más de un lector. Con el fin de explicarme, he transcrito la próxima historia. Un proveedor la remitió vía fax a un empleado de nuestra empresa. A éste le gustó, la fotocopió y la distribuyó. Ignoro su autor o si formaba parte de algún trabajo, libro o revista; en tal caso sirvan mis disculpas por transcribirla.

La historia es corta pero muy significativa. Después de haberla leído, creo, lograré hacerme explicar mejor.

Crisis

Érase una vez un ciudadano que vivía al lado de una carretera donde vendía bocadillos. Era sordo y, por tanto, no escuchaba la radio. No veía muy bien y, en consecuencia no leía los periódicos. Pero eso sí, vendía buenos bocadillos.

Arrendó un trozo de terreno, levantó un gran letrero en él y pregonaba su mercancía gritando a todo pulmón: «¡Compren deliciosos bocadillos calientes!». Y la gente compraba. Aumentó sus adquisiciones de pan y carne. Compró una parada mayor para poder ocuparse mejor de su comercio, y tanto trabajo tenía que mandó recado a su hijo para que regresara de la Universidad donde estudiaba ciencias mercantiles y le ayudara.

Pero entonces ocurrió algo importante. Su hijo le dijo: «Papá, ¿no escuchas la radio ni lees los periódicos? Estamos atravesando una gran crisis. La situación está francamente mal, no podría estar peor...»

El padre pensó: «Mi hijo estudiaba en la Universidad. Lee los periódicos y escucha la radio. Debe saber lo que se habla.»

Así que compró menos pan y menos carne, desmontó el letrero, dejó el arrendamiento del terreno para eliminar gastos, y ya no pregonaba sus bocadillos. Y sus ventas disminuyeron de día en día.

—Tenías razón, hijo —le dijo al muchacho—. Verdaderamente estamos atravesando una gran crisis.

Ignoro el nombre del autor de esta historia, pero, desde luego, ha dado en el clavo. Cuando empecé a trabajar en mi empresa, ¡cómo no!, eran tiempos difíciles. Varias firmas de nuestra competencia estaban en una situación crítica y cerraron. Nosotros, en aquel entonces, éramos pequeños y luchábamos por crecer. Rumores sobre nuestra firma, lo mal que marchaba el sector y el futuro nada halagüeño del país, existían a mansalva. De haberles hecho caso, habría significado nuestra desmoralización y hundimiento. No había día en que algún proveedor no nos pusiera los pelos de punta sobre las nefastas perspectivas que se venían sobre nuestras cabezas.

Pero nosotros apretábamos los dientes y seguíamos peleando. Además, teníamos un lema: «La crisis no existe» «¡Prohibido hablar de ella!».

Efectivamente, éramos conscientes de que los tiempos eran malos, pero a lo que nos negábamos en redondo era a admitir tal situación como una excusa que justificara nuestros errores cuando las cosas no nos salían bien. Desde entonces, ha habido crisis casi todos los días. El periódico, raramente se

privaba de informármelo: en algún sitio, en algún sector, en alguna parte del país... Pero nosotros seguíamos luchando por salir adelante.

Y es que, crisis ha habido siempre: es una constante, no es la excepción, es la regla. En cualquier momento y en cualquier lugar siempre ha habido (hay y habrá, mientras no sepamos más sobre la Economía), una serie de personas (y colectividades) con problemas económicos. Serán muchas o muchísimas. Lo cierto, es que no serán pocas. Recordemos que estamos en un mundo en el que, según se admite, las tres cuartas partes de sus habitantes pasan hambre.

Entonces, si estoy admitiendo que existe crisis, ¿cómo es que unos pocos párrafos atrás, lo negaba tan rotundamente? Pues, porque lo que no tiene razón de ser es hablar de crisis en el sentido en el que lo hacemos habitualmente: como algo que se produce de tanto en tanto. No, la crisis es permanente. Cuando no es el Sector del Acero, lo es la Agricultura, o el del Automóvil, o el del Pequeño Comercio, o el del electrodoméstico, o el del Petróleo, o el del...

Sectores antes boyantes, de pronto caen en picado. Unas veces porque se vuelven obsoletos. La evolución de la vida y la tecnología los desplazan (las empresas de iluminación por gas, las de manufacturación de carros y diligencias, etc.). Otras veces porque..., pero eso lo veremos más adelante. Solemos hablar de crisis cuando nos toca de cerca, y la olvidamos cuando ocurre en la otra parte del mundo. Además, y esto no deja de irritarme un tanto, tendemos a hablar de ella de una manera bastante alarmista. Como cuando alguien en un teatro grita ¡fuego! y el resultado de la estampida es bastante más desastroso que el que habría provocado el propio incendio.

La crisis económica, repito, no existe en esa acepción. *Lo que existe es una permanente lucha por la supervivencia.* El género humano nunca lo ha tenido fácil, excepto para unos pocos. Angustia, agobios, temor ante el futuro,... han sido las constantes económicas de la Humanidad. Nunca ha existido una vida regalada para la mayoría de la gente. Lo más, si se me permite, ha sido que, en unas pocas sociedades occidentales (y sólo durante los últimos años) una proporción, más o menos elevada de la población ha accedido a unos niveles aceptables de vida. Nos estamos refiriendo, cómo no, al aumento de la llamada clase media. Sin embargo, para llegar allí, nadie les ha regalado nada. Ha sido fruto de su trabajo, generación tras generación.

Hoy, ese nivel de vida no parece que esté claro que se pueda mantener en el futuro. Por eso hablamos de crisis. Pero es que el futuro, jamás ha sido seguro. De ahí, la necesidad de luchar por él, día tras día. Si esperamos que los alimentos nos caigan directamente en la boca, corremos el riesgo de morir de inanición.

Vuelvo a ser consciente de que estoy planteando argumentos filosóficos más que económicos para exponer mi visión de la crisis. Pero las raíces de la Economía y de sus crisis están ancladas dentro del ser humano y de su sociedad. La historia del hombre que vendía bocadillos nos abre los ojos. Mientras trabajaba bien, en medio de la crisis, no tenía dificultades. Cuando le

metieron el miedo en el cuerpo, fue cuando empezaron sus problemas al tomar decisiones erróneas.

—¿Quiere eso decir que la solución a todos los problemas económicos, es algo tan simple como cerrar los ojos ante los malos augurios y los oídos ante los agoreros, y seguir trabajando?

—¡Ojalá fuera algo tan simple! Hay más componentes: en efecto, la Historia nos enseña que siempre han existido épocas de dificultades, de problemas inesperados, de catástrofes, de sequías, de guerras, de epidemias y de hambrunas. A todo esto le podemos añadir que nuestra Estructura Económica queda lejos de ser perfecta: tiene agujeros y lagunas... pero de eso ya hemos dicho que hablaremos más adelante.

Entonces, ¿en qué quedamos? ¿Existe o no existe la crisis económica? La respuesta, y sintiéndolo mucho, debe seguir siendo igual de tortuosa que todo lo expuesto hasta ahora: NO, tener problemas es el estado natural de nuestra Economía (mientras no acabemos de entenderla).

Lo que sí que es cierto es que cuando todo va mal y empieza a derrumbarse, existe una alternativa: o bien, no hacer nada, desmoralizarse y dejarse arrastrar por la corriente de los acontecimientos, o bien, apretar los dientes, pensar qué soluciones se pueden tomar o qué caminos emprender, y apretando de nuevo los dientes, ponerse manos a la obra. Siempre, siempre, hay personas que consiguen estar en una buena situación, a pesar de los pesares.

Rius Altus

La familia de Valeriano, huyendo de Rávena, hasta hacía poco sede del recientemente caído Imperio, había llegado a un determinado lugar de la costa del Adriático. Delante de ellos se encontraba una laguna en la que se alzaban más de un centenar de islotes que, como Valeriano conocía, se hallaban habitados por «buena gente».

A lo largo de los últimos años, exilados de las ciudades de Padua y Aquilea se habían refugiado en aquellos parajes. Hunos, godos, lombardos, y demás hordas de cuya visita valía la pena excusarse, habían aconsejado a los todavía ciudadanos romanos de la contornada que buscasen refugio en aquellas inhóspitas lagunas (máxime si la más sana diversión de los bárbaros consistía en destrozarle la casa a uno y de paso arrasarle la ciudad).

Sin apenas agua potable ni comodidad alguna, como puede suponerse, las condiciones de vida eran muy duras. Lograban subsistir gracias a la pesca y al salazón que intercambiaban por los productos agrícolas de tierra adentro. Los originarios habitantes de la laguna, escasos y pobres, no sólo les habían dado cobijo, sino que les habían enseñado tales artes para ganarse la vida. Los exiliados, por su parte, aportarían al lugar algo no menos valioso: su bagaje de conocimientos.

Valeriano, por los azares de la vida, supo de su existencia, y hacia allí se dirigió con los suyos. Una simple noticia de las escasas que circulaban le bastó. Algo acerca de un sitio, llamado *Rius Altus*, donde se estaba construyendo (¡!) una ciudad resguardada de bandidos y bárbaros. Valeriano, uno de los pocos hombres cultos y preparados que quedaban en Rávena, no acababa de creerse eso de «resguardada». Habitado a una época de cambios constantes, todos a peor, si había algo de lo que dudaba que todavía existiera, era que pudiera haber un lugar seguro. Lo que le movió a la laguna, fue precisamente que estuvieran levantando una ciudad, cosa de lo más insólita ahora que justamente las ciudades estaban siendo destruidas o abandonadas. Aquel espíritu fue el que llamó su atención.

No se equivocó. Cuando años más tarde, los bizantinos conquistaron el sur de Italia, en su intento de reconstruir el Imperio Romano, *Rius Altus* estableció unos estrechos lazos, y no sólo comerciales, con Constantinopla. Dichos lazos constituyeron uno de los elementos clave del desarrollo de la ciudad. Pero eso, Valeriano no podía saberlo. Él se había dirigido hacia la laguna en busca de un algo valioso en lo que aún creía, aunque sabía que era cada vez más escaso. Quizá su origen, una rica familia provinciana cuyas tradiciones no se habían contaminado, le hacían creer en unos valores pasados de moda, y entre ellos, la genuina concepción romana de la organización social, económica y política. Esa concepción, esa cultura, esa manera de entender la vida de la Antigua Roma, no iba a desaparecer en aquel lugar.

En un mundo Occidental, más y más embrutecido, una ciudad, que no pierde nunca la mentalidad romana (y que sigue en contacto con el otro Imperio Romano de Oriente, el bizantino), comercia, crece, sigue comerciando y creciendo, y día a día es más rica y poderosa. Una isla de civilización en medio de un mar de incultura. Su nombre, *Civitas Venetiarum*, Venecia.

Unas pocas líneas antes, dejábamos sin desarrollar un segundo tipo de causas por las que se originan crisis económicas. El primero, recordemos, se producía cuando la evolución de la vida y de la tecnología dejaba atrás ciertas empresas o sectores. Pero, evidentemente, ésta no es la causa única.

¿Por qué se produce la crisis del 29? ¿Cuáles fueron los componentes que hicieron posible la del petróleo? ¿Por qué hemos estado en recesión en los 80, en los 90 a pocos años del fin del siglo XX, y en los primeros del flamante tercer milenio?

Parece como si cada cierto tiempo tuviéramos que afrontar períodos de vacas flacas. ¿Quiere esto decir que cíclicamente debemos enfrentarnos al problema de la crisis?

Por lo visto, así es. Por consiguiente surge una pregunta inmediata: ¿existen los ciclos económicos?

La respuesta a esta pregunta es categórica: sí y no.

Que los ciclos económicos existen, es algo tan evidente que no precisa discusión. Tenemos ciclos diarios, semanales, mensuales, estacionales y anuales, amén de otros más o menos atípicos. Simplemente con levantar los ojos un poco de los libros de texto y mirar la realidad, nos bastaría para comprobarlo.

Diariamente existen unos horarios de oficinas, de trabajo en fábricas, de asistencia al colegio y comerciales que marcan pautas de comportamiento económico. Nadie se asombra de que a las tres de la madrugada, las fábricas, las oficinas, los comercios y los colegios estén en su mayoría en absoluta inactividad.

Prácticamente lo mismo podríamos decir del ciclo semanal. El que el (póngase un porcentaje muy elevado) de la población esté «parada» en domingo no es causa de alarma, ni lo es el cansino ritmo de ventas del principio de semana de algún tipo de comercio (ya llegará el viernes y el sábado).

Mensualmente, existe un fenómeno curioso: bancos y oficinas, despliegan una actividad inusual como consecuencia del cierre del mes. Además, en esos días, la gente acaba de cobrar, lo que significa que los establecimientos comerciales sufrirán un empuje vertical y hacia arriba en sus ventas. Las fábricas, harán un último esfuerzo por alcanzar las cuotas y objetivos del mes...

Si en verano no se venden abrigos, o en invierno, los bañadores están arrinconados, no es síntoma de que la cosa vaya mal. Que los juguetes, o el cava, o el turrón, concentren sus ventas en la época navideña y no mucho en el resto del año, es algo que está asumido. Al igual ocurre con los paraguas y las velas, que se venden con cuentagotas hasta el día que hay tormenta.

Por todo ello, es más que evidente que los ciclos económicos, laborales, productivos, comerciales y muy especialmente los agrícolas y turísticos, existen. De su conocimiento y aprovechamiento la actividad económica podrá ser mucho mejor encauzada. Sirvan de ejemplo la concentración de la fabricación en ciertas épocas, las campañas de Marketing en otras, la previsión de puntas de ocupación, etc.

Lo que ya no está tan claro es que un hada maligna cada cierto tiempo se empeñe en que las cosas se estropeen, o mejor, no es cierto que inevitablemente por el mero transcurso de los años la situación económica deba empeorar. (Sí que es cierto que por el mero transcurso de los meses, vendrá el calor y con ello cambiarán ciertas actividades productivas, agrícolas, comerciales, ...)

Hasta no hace mucho, la teoría de los ciclos se limitaba a constatar que periódicamente la Economía entraba en crisis sin llegar a explicar sus causas. Lo que yo opino, por contra, es que, en efecto, para la inmensa mayoría de las actividades económicas existen ciclos naturales cuya causa es el factor tiempo. Estos ciclos están ahí, no tienen porqué ser considerados malos sino al contrario, puesto que pueden (y deben) ser aprovechados.

Lo que ya no me creo es que la Economía deba padecer inevitablemente crisis periódicamente. No caigamos en el error de pensar que dos y dos son veintidós, por muy atractivo que el razonamiento nos parezca. No es el tiempo el que provoca vacas flacas, aunque así ocurra cada varios años. Entonces, ¿qué razón existe que los relacione? ¿Cada pocos años nos volvemos más torpes, menos preparados o menos trabajadores? ¿Nuestra tecnología o nuestra capacidad productiva sufren espasmos periódicamente? ¿No serán determinadas conjunciones planetarias las culpables?

No, el causante es otro agente.

Banca

Un inmenso gentío se agolpaba vociferante ante la puerta del banco. Las colas habían ido creciendo y deformándose hasta convertirse en una masa informe de personas. En cuanto fuera la hora de apertura, se precipitarían hacia el interior con la vana esperanza de recuperar sus ahorros antes de que el banco se declarara en bancarrota. Los guardias, impotentes ante la avalancha, se habían retirado a un lado. Eran conscientes de que con sus armas, no podían controlar esa «cosa» llamada pánico financiero.

En todos los bancos de todas las ciudades del mundo era lo mismo. Industrias y comercios arruinados, suicidios (aunque se trataba más de un rumor que de una realidad) y, especialmente, miedo.

El Gobierno, firmemente decidido a cortar una inflación demasiado elevada, había decidido de la noche a la mañana, aplicar una política monetaria restrictiva. Desde entonces, la bola había ido creciendo. Los endeudados no pudieron renovar sus créditos y la gente con ahorros, ante la falta general de dinero, acudieron a retirarlo del banco... En cuanto el rumor sobre las dificultades de algunos bancos se extendió a la voz de «¡fuego!», la crisis estalló.

El Gobierno, un tiempo después, no tuvo más remedio que echar marcha atrás y volver a poner en circulación la masa monetaria que había retirado.

Aunque parezca lo contrario, esta historia no es reciente. Tiene poco menos de dos mil años de antigüedad. Tiberio, con el propósito de reducir la enorme inflación causada por el tesoro que su antecesor, Octavio, se trajo de Egipto, tomó la decisión que hemos visto.

Entonces, no fue nuestra hada maligna la causante. Aquella crisis la desencadenó una buena metedura de pata.

Ese es el elemento causal que buscábamos: los errores. Alguien (uno o muchos), en algún lugar, sobre un sector más o menos importante de la Economía, comete un error, se empiezan a desarrollar los acontecimientos y la crisis se desencadena.

Lo malo es que el desconocimiento generalizado de la Economía por parte de los que la dirigen y ejecutan, impide prever las consecuencias de las actuaciones que se lleven a cabo. Empezando por los altos cargos político-económicos, siguiendo por los ejecutivos de las empresas y llegando al resto de personas de la sociedad, todos van a tomar una serie de decisiones y efectuar un conjunto de decisiones de tipo económico. Si mayoritariamente son erróneas, llegará un momento en que la desconocida diosa Economía, pasará factura. (Fijémonos que aquí hay dos de los elementos que configuran la crisis: el no saber lo que llevamos entre manos e, íntimamente relacionado, la posibilidad de realizar actuaciones erróneas sin que el sistema encienda automáticamente toda una serie de lucecitas rojas que nos adviertan de lo que se nos puede venir encima.)

Octavio trae un inmenso tesoro de Egipto. La Economía se alegra y sube el intercambio comercial. Los capitostes romanos y el pueblo empiezan a hacer negocios y a comprar, sin preocuparse de endeudarse demasiado porque perciben que hay «mucho dinero » que se presta fácilmente y a un interés cómodo. Al final, dada la abundancia de dinero y la inflación subsiguiente, se llega a «creer» que existe una ley económica que reza: «Quien no se endeude es que está tonto»: con la propia inflación se pagaba más que sobradamente el interés. Tiberio toma medidas y ya sabemos lo que pasó. Todo el mundo volvió a tomar decisiones sobre la base de otra supuesta ley que dice: «El dinero segurito y en casa». Un gobierno decide jugar con la masa monetaria alegremente, se dispara la inflación, se asusta y decide restringirla. Aparece la recesión. Pero no nos equivoquemos, no es sólo el gobierno quien comete el error, sino la gran mayoría de la sociedad, todos ellos actuando en función de unos intereses, sin ser conscientes de las consecuencias. (Si a los dos elementos anteriores, añadimos la natural tendencia a considerar como leyes económicas válidas las que nos favorecen en el muy corto plazo, habremos encontrado un tercer componente de crisis estructural.)

Hablemos de un problema más reciente. La crisis del petróleo la causó la subida de los precios del mismo en el momento en que todo el conjunto de decisiones de actuación económica, en una parte del mundo, se basaban en unas fuentes energéticas abundantes y baratas. Consecuentemente, aparte del despilfarro, se montó todo un sistema productivo y una filosofía de consumo que partía de lo increíblemente bajo que resultaba el petróleo, en particular, y las materias primas, en general. Las consecuencias las conocemos todos. (Éste, más que un error de algunas personas, constituye un arriesgado planteamiento económico, un error de bulto de la base sobre la que se monta la estructura, que no tiene en cuenta el riesgo que supone depender de un factor único, muy rentable a corto plazo, pero ¿y en el futuro?)

Podríamos seguir con más ejemplos de manual. En los libros aparecen explicados todas las causas que motivaron cada una de las crisis que hemos sufrido, por lo que no insistiré más por esa vía. Pero sí me gustaría continuar con la historia del hombre que vendía buenos bocadillos.

¿Conocen qué hizo a continuación para combatir la crisis? Bajó la calidad de sus bocadillos. ¿Saben que ocurrió luego? Que le volvieron a bajar las ventas.

Y, ¿qué medida tomó? Redujo plantilla. Buenos «bocadilleros» y vendedores se fueron a la calle, con lo que al público se le atendió peor...

¿Quieren que continuemos?

Cuando decimos «error», está dando la impresión de que éste sea único y de bulto. Pero generalmente no es así, sino un conjunto infinito de pequeños errores en cadena que nacen de uno originario, o mejor de una creencia originaria de cómo debe actuarse «correctamente»: los *potentes* vivieron en una sociedad que pensaba que lo único importante era la tierra; los romanos estaban convencidos que era más barato importar los productos agrícolas que producirlos; ha existido siempre la creencia de que cuando las cosas se tuercen es mejor deshacerse de los empleados; se ha creído que...

Supongo que conocen la expresión: «Por un clavo se perdió un reino». Hace referencia a que un pequeño hecho, nimio en sí mismo, llega a tener enormes consecuencias: un clavo hiere la pata de un caballo y su jinete no puede llegar a tiempo a entregar un importante mensaje antes de la batalla, ésta se pierde y el Rey es derrocado. Esta expresión, en Economía, es totalmente aplicable.

Por tanto, pifias y concepciones «iluminadas», son las que producen las crisis meramente económicas. No es el transcurso del tiempo, no es que la Economía lleve en sí misma la crisis que deba aflorar de tanto en tanto. No, no se trata de agentes exógenos. (Habría una excepción: en las sociedades menos evolucionadas económicamente, las catástrofes naturales como terremotos, sequías, inundaciones, etc. al incidir sobre su casi única fuente de recursos, dan lugar a períodos de gran carestía. En cambio en las sociedades más evolucionadas, este tipo de situaciones son mejor soportadas, y raramente provocan una crisis generalizada).

No se trata, pues, de elementos externos aislados, ni mágicos, ni de leyes ocultas e inexorables. Se trata de nosotros mismos, de nuestra falta de conocimientos, de nuestros errores y de nuestras percepciones erróneas de cómo hacer las cosas.

Afortunadamente, el pensamiento económico actual, parece ir en una línea parecida a la hasta aquí expuesta. Y aunque, no se considera al «error» como el elemento primordial de toda crisis económica, sí que se empieza a mirar las tripas del sistema. Se dice que las causas pueden ser combinación de dos tipos de factores, externos, como guerras, etc. e internos, como los malos mecanismos existentes en el sistema. Curiosamente, un mecanismo externo que se cita es la propia Política. En efecto, las decisiones políticas tomadas en función de intereses de lo más variopinto, son determinantes. Creo haberlo demostrado convenientemente. Tal vez, mi única discrepancia radique en el hecho de que no considero a la Política como algo «externo» a la Economía, aunque con esto, tendríamos discusión para rato.

De todos los capítulos que llevamos hasta aquí, éste puede haber sido el más oscuro. Quizá porque la misma palabra crisis se emplea para expresar diferentes ideas. Ignoro si he sido capaz de explicar lo que pretendía. El resumen de lo expuesto se hace, pues, más necesario si cabe, al objeto de clarificar dichas ideas.

Después de dar una rápida visión panorámica a la situación que se vivía en los apasionantes años que precedieron a la caída del Imperio Romano, concluimos cómo la existencia de una crisis *global* fue la causante de la misma. (*Primera idea, la crisis provocada por una sociedad que ha perdido sus valores, su rumbo e ideales: es, sin duda, la más grave.*)

Habría sido pecado dejar pasar la oportunidad de establecer un paralelismo entre aquella sociedad y la nuestra. La pregunta que surgía era: ¿acabaremos nosotros igual que ellos? Y aunque las respuestas no dejen de tener un fuerte componente ideológico o de adivinación, no es menos cierto, que los peligros que encaramos, si no somos de capaces enfrentar la crisis global de nuestra sociedad, acabarán con ella desde dentro, que no desde fuera.

A continuación, desarrollábamos las crisis meramente económicas y demostrábamos una de las conclusiones más importantes, en mi opinión, de este capítulo: que no existen y que no tienen porqué ocurrir.

No existen porque están prohibidas. Pero, bromas a parte, es que estamos hablando de Economía, que recordemos se trata de la constante lucha por la supervivencia y por afianzar un futuro que nunca ha sido fácil. La crisis no se produce de tanto en tanto, siempre hay un sector u otro afectado. Por tanto, no tiene sentido hablar de ella, y mucho menos de la forma tan alarmista con que nos encanta hacerlo. (*Segunda idea, no podemos hablar de crisis cuando nos referimos a la permanente lucha que nuestro empeño en sobrevivir nos plantea.*)

Además, no tienen porqué ocurrir porque sean parte de una de las leyes inexorables del Universo. Antes al contrario, nosotros solitos nos bastamos para provocarlas. (*Tercera idea, los problemas, follones y angustias que nos ocurren, tienen su origen en nosotros mismos: nuestro desconocimiento, nuestros errores, nuestra mala organización, nuestras «decisiones» (incluidas las políticas), nuestra desmoralización, nuestra pesimista percepción del futuro..., sin olvidar, para no ser injustos, alguna que otra desgracia externa.*)

—Y, ¿qué soluciones tomar?

Francamente, no lo sé con exactitud. Aunque intuyo por dónde pueden ir los tiros. Puede que suene a perogrullada, pero si el problema está en nosotros, nosotros somos los que podemos solucionarlo.

—¿Cómo?

—¡Jo! ¡Qué manera de atacar! Pues sigo sin saber la respuesta. Aunque sí que le podría decir que me gustaría tener algo con lo que sueña cualquier

economista, un instrumento conceptual que nos permitiera conocer las futuras consecuencias de lo que estamos haciendo ahora, o pensamos hacer próximamente.

Dicen que soñar no cuesta dinero. Si aún no tenemos clara la base teórica de nuestra Ciencia, suena un poco a cuento de hadas, pensar que podemos llegar a tener esa especie de bola de cristal. (Aquí quedaría muy bien esa frase tan bonita de «era imposible, pero como nadie se lo dijo, lo hicieron».)

Pero, si no queremos tener problemas una y otra vez, aquí y allá, tenemos que empezar a ponernos a estudiar la Economía en serio. Varios miles de millones de seres humanos están lanzados con los ojos vendados pendiente abajo. Qué emocionante, ¿verdad? Yo, por mi parte, prefiero el proverbio chino que dice: «Que los dioses nos libren de los tiempos muy interesantes».

El 23 de agosto del 476 el general germano Odoacro hizo que el Imperio Romano de Occidente dejara de existir. *De facto* lo había hecho doscientos y pico años antes. Esa fecha oficial del inicio de la Edad Media es sólo eso, una fecha oficial, un punto de referencia para poder decir hasta ahí, Roma; después, el caos.

No obstante hay que tener en cuenta que, si bien el modo de vida había ido empeorando a partir del siglo III, hay autores que consideran que la concepción del Mundo seguía siendo la misma que la de la Antigüedad.

En efecto, los bárbaros por muy brutos que nos parezcan hoy en día, no eran tontos. Su objetivo no era destruir Roma, sino disfrutar de sus tierras. El que de paso arrasaran algunas pocas ciudades no deja de ser más que una simple anécdota (excepto para los que les tocó la china, claro). La civilización romana seguía presente, degradada y degradándose, pero seguía. Además, fue empapando a los bárbaros en los aspectos religioso, legal, de organización institucional y, muy importante, en el idioma.

Asimismo, el Imperio de Oriente, pasado algún tiempo, reconquistaría extensos territorios del Norte de África y del Sur de Italia y de España. También podríamos agregar que el antiguo comercio mediterráneo sufrió un proceso de recuperación durante los siglos V a VIII. Marsella, Venecia, Constantinopla, Egipto y el Norte de África, volvieron a intercambiar sus mercancías: papiro, especias, tejidos, vino y aceite.

La organización económica todavía conservaba muchos de los rasgos romanos y aún no había cambiado hacia un sistema plenamente feudal. El feudalismo, cuyo embrión lo constituyó la fijación de los campesinos a la tierra en tiempos de Diocleciano y la aparición de los *potentes* en el dominio de la tierra, no aparecería en todo su «esplendor» hasta después de la caída del Imperio carolingio, allá por el siglo IX. Tampoco lo haría en todas partes, ni tendría la misma intensidad. El feudalismo fue un fenómeno del Occidente europeo, que no arraigó por igual en España, Francia, Italia o en el Norte de Europa.

Como de costumbre nos hemos adelantado demasiado. Antes de todo eso, iba a aparecer un nuevo pueblo que supondría la definitiva muerte de la mencionada concepción del Mundo Antiguo. Un pueblo del que, al igual que el chino, «Occidente» ha olvidado constantemente su contribución a la Historia de la Humanidad. Quizá sea en España donde se le ha dado su real importancia. No en vano los tuvimos de «invitados» durante casi ochocientos años...

Pero antes de seguir con algunos de los acontecimientos que se desarrollaron en la llamada Alta Edad Media, déjenme aclarar algo. Puedo haber dado la impresión de que pienso que el Imperio Romano constituyó un sistema ideal para la Humanidad y que el Mundo habría sido mucho mejor si éste hubiera continuado hasta nuestros días.

En primer lugar, los romanos no fueron hermanitas de la Caridad, ni para con los pueblos vencidos, ni para con sus esclavos ni para con ellos mismos. Al contrario, fueron duros y crueles, y en ello no se diferenciaron mucho con ninguno de los Imperios que han existido. Lo cierto es que fue una civilización superior que desapareció y que hasta casi mil años después, la sociedad europea no alcanzó el nivel cultural y económico de que gozaron aquéllos. De ahí la pena y el lamento que despierta su caída, a pesar de ser una sociedad bastante injusta desde la perspectiva de nuestros días.

En segundo lugar, y sin olvidar que algunos rasgos importantes de la Roma antigua han permanecido hasta nuestros días, es imposible saber lo que habría supuesto para nosotros la permanencia del Imperio. Por un lado, atrae pensar dónde estaríamos ahora si hubiera continuado sin interrupción durante los mil años siguientes el proceso de desarrollo cultural, científico y económico. Y aunque no pudiéramos decir que hoy nos encontraríamos en el mismo estado de desarrollo que el que tendremos, Dios mediante, en el año 3.000, no sería muy aventurado afirmar que éste sería superior al que disfrutamos ahora. Pero por otro lado, de haberse anquilosado el progreso, podríamos encontrarnos en un nivel inferior al que tuvo Roma en su punto culminante. De sobra conocemos civilizaciones que alcanzaron un alto desarrollo y luego se estancaron. Lo que habría pasado, si no hubiera desaparecido el Imperio, nunca lo sabremos.

CAPÍTULO 7 ¿A CUÁNTO EL CUARTO Y MITAD?

Qurtuba

Qurtuba, Córdoba, se extendía en la lejanía ante los ojos de Abú Bakr Musa ibn-Sili. Sabía que las lágrimas no tardarían en salirsele. Siempre que volvía a ver su ciudad natal le ocurría lo mismo. Uno podía admirar las maravillosas capitales de Bagdag, Damasco, Alejandría e incluso, la infiel Constantinopla, pero ninguna tenía parangón con la suya. Bueno, quizá sí, pero a Musa no le importaba no ser objetivo. ¡Qué más daba! Cuando iba o venía de uno de sus largos viajes comerciales, ninguna le producía ese nudo en el estómago ni hacía que se le humedecieran los ojos.

A medida que el paisaje se le hacía más familiar, su corazón se le había ido acelerando. Primero, grandes extensiones dedicadas al cultivo del trigo y del olivo. Luego, próximos a las ciudades, unos huertos cuyo regadío intensivo, permitía no sólo abastecerlas, sino exportar. Como un árabe de su tiempo, Musa comprendía el inmenso valor que suponía el ingente esfuerzo de su pueblo en la construcción de canales, acequias y norias. Gracias a este trabajo, su agricultura había ido evolucionando de la extensiva y de secano, a la intensiva y de regadío. Arroz, azafrán, árboles frutales, como el manzano, el naranjo, el almendro y la higuera. Y también la vid, pese a la prohibición religiosa de beber alcohol, que al parecer, no era escrupulosamente observada. Todo aquello, que Musa conocía tan bien, completaba el rico panorama agrícola de los alrededores de la ciudad de *Qurtuba*, capital oriental de Occidente, en la que medio millón de habitantes, quizá un millón, podían alimentarse sin problemas.

«¡*Qurtuba* mía, cuánto te he echado de menos!» —se decía—. «Esta es la última vez que te volveré a dejar.»

Y lo pensaba convencido. Seis veces, en los veinte y pico de años que llevaba comerciando con sedas y joyas, había salido de Córdoba en largas expediciones de negocios. Y en cinco de ellas había jurado que no se volvería a marchar, que se establecería definitivamente en la Capital del Al-Andalus. Pero después de disfrutar de su ciudad, amigos y familia por unas pocas semanas, se sorprendía planeando un nuevo negocio que, si bien conseguía apartar de su mente las primeras veces, poco a poco se le iba convirtiendo en una obsesión. Los que le conocían, sabían que cuanto más fuerte se empeñara en decir que no pensaba embarcarse en una nueva aventura, era que ya la fiebre de otra se había apoderado de su voluntad.

—Es una ocasión que sería una pena desperdiciar —empezaba a justificar su próximo viaje—. Después, podré retirarme y permanecer para siempre con vosotros.

Y claro, sus amigos, mujeres e hijos, asentían convencidos de que sus palabras eran una simple declaración de buenas intenciones.

Musa, además de comerciante, era un hombre ilustrado. Traficar con aquel tipo de mercancía significaba tratar con la élite de la sociedad, y ésta difícilmente admitía patanes. No es que los árabes, que constituían el escalón más alto del mundo musulmán, tuvieran una muy buena opinión de los comerciantes y trataran con ellos habitualmente. Pero Musa, era algo especial. No sólo había estudiado Derecho, la más popular de todas las carreras, especialmente entre todos aquéllos que pretendían obtener cargos públicos, sino también Medicina, Historia y Matemáticas.

Amante de la literatura, gustaba de disfrutar releendo siempre que podía, un delicioso libro de cuentos cortos, publicado ya hacía unos cuantos años: «Las mil y una noches». Aventuras, fino erotismo, héroes, villanos, magia y un sin fin más de elementos configuraban las divertidas historias, cuyo relato Sherezade interrumpía intencionadamente al ver la luz del amanecer con el fin de seguir viva un día más. Aladino, Simbad, el ladrón de Bagdag y el mítico Califa de Bagdag, Harún Al-Rashid, eran sus principales protagonistas. Este último fue un personaje totalmente real que peleó con los bizantinos, estableció contacto con Carlomagno y, durante su reinado, Bagdag alcanzó su más alto grado de prosperidad. Musa no podía saber que tendrían que pasar nueve siglos antes de que el libro se «redescubriera» en Occidente, donde llegaría a constituir todo un *best-seller*.

Si le hubieran dicho que aquellos ignorantes, palurdos e infieles cristianos iban a ser capaces de apreciar tan delicioso libro, Musa, no se lo habría creído. En efecto, nuestro amigo, los conocía por las referencias de lo que se comentaba de ellos. Allá en el Norte, unos semi-salvajes montañeses que malvivían de unas tierras poco fértiles, que no se lavaban y que no sabían leer ni escribir, contrastaban fuertemente con la desarrollada y culta sociedad musulmana del Sur.

En la vorágine de tan erráticos pensamientos, la mente de Musa, que era un entusiasta aficionado a las Matemáticas, empezó a «alucinar» cuando se le ocurrió pensar cómo podrían aclararse sus vecinos, sin ayudarse de un ábaco, para hacer algo tan simple como una suma de, pongamos por caso, CDLXIX más MCMXXXIX. Por supuesto, ni pensar que con tal sistema, pudieran desarrollar algo semejante a los algoritmos, de los cuales, Musa, se consideraba un experto. El sistema hindú, basado en nueve dígitos era ideal, máxime ahora, que se había descubierto uno nuevo, tan simple y tonto, que nadie se explicaba cómo no se había pensado en él antes. El cero estaba solucionando más de un quebradero de cabeza matemático. (En un futuro no muy lejano, la mal denominada numeración árabe iba a imponerse para toda la Humanidad).

Pero de nuevo, los pensamientos de Musa habían vuelto a cambiar. Había recordado las tardes del verano pasado, cuando se puso a enseñar a sus hijos mayores los secretos de la Geometría. Por centésima vez en la última hora, volvió a pensar en los suyos.

Brevemente. En las postrimerías del primer milenio, la civilización árabe, y en especial el Al-Andalus, constituía una sociedad superdesarrollada. Hasta ahora, además de hablar de su rentable agricultura, hemos dado unas pinceladas del elevado nivel cultural, intelectual y científico que la caracterizaba. En efecto, los árabes asimilaron, en un principio el bagaje de conocimientos helénicos, y luego, lo superaron con creces en ramas como la Alquimia, las Matemáticas y la Medicina. Estando en contacto con Constantinopla y conquistando ciudades que pertenecían a su esfera de influencia, como Alejandría, supieron atraer hacia ellos, buena parte de los estudiosos y sabios bizantinos.

Para darnos cuenta de la diferencia con la subdesarrollada Europa, podríamos hablar de muchas más cosas. Pero hay una que es muy significativa: los cristianos no conocían todavía el papel, un invento chino del siglo II de nuestra era. Se tiene constancia de que el primer molino de papel funcionó en Bagdad hacia el 800 y que llegó a Al-Andalus, 100 años después. Este invento revolucionario, permitía que los libros árabes fueran muchísimo más baratos que los de pergamino que se usaban en el resto del mundo. El papel, aún tardaría unos trescientos años más en ser empleado por los occidentales.

En esta línea argumental, la Biblioteca de *Qurtuba*, contaba con 400.000 volúmenes, gracias a la labor de su anterior Califa, el sabio Al-Hakam. En toda la cristiandad no había algo que se le pareciera ni de lejos, si exceptuamos la cada vez más aislada Bizancio.

Estamos, pues, ante una sociedad culta y desarrollada. De nuevo, ambos conceptos aparecen íntimamente ligados. Partiendo de una buena base agrícola, junto a otros factores que ya conocemos (su comercio, su cultura, etc.), los árabes alcanzan el máximo nivel de todas las civilizaciones del momento.

Tertulia

—... y esta mañana, dando vueltas por la ciudad, me lo he pasado en grande —dijo Musa a sus contertulios. La velada acababa de comenzar.

Había invitado a cenar a varios de sus amigos como siempre hacía a la vuelta de sus viajes. Hablar de los viejos tiempos, cotillear sobre lo que se cocía en las altas esferas del califato andalusí, narrar las peripecias del viaje, comentar las nuevas tendencias literarias, ponerse al día de las novedades técnicas y culturales,... constituían el menú de postres que prolongaría la reunión hasta altas horas de la madrugada.

Musa no sabía qué era mejor, realizar viajes llenos de aventuras, o ponerse a contarlos. La verdad era que aquellas reuniones eran una auténtica delicia que ninguno de sus amigos, cultos, poderosos, ricos e influyentes, querría perderse. Habría, por descontado, otras en el futuro, siempre con Musa de anfitrión, y serían todas ellas muy entretenidas, pero ninguna podría

compararse con la primera después del retorno: la alegría del reencuentro y la frescura de las noticias, elevaban el ambiente de la velada a algo casi mágico.

—No puedo creer que hayas encontrado algo interesante en nuestra provinciana ciudad —ironizó el *cadí* Yusuf—. Con las maravillas que hay en Damasco, Bagdad, Alejandría y con la de cosas fantásticas que siempre nos has contado, ¿cómo puedes haber encontrado «algo» entretenido aquí?

El ataque dialéctico de Yusuf les hizo gracia a todos.

—¡Ah bueno! —respondió de buen humor Musa—. Hasta en un villorrio como éste es posible encontrar algo con que entretenerse... Si se sabe buscar, claro. Lo que ya dudo es que tan ilustres cordobeses como vosotros seáis capaces de disfrutar contemplando las cosas sencillas de la vida.

—¿Quieres decir que te lo has pasado en grande observando las vulgaridades de la vida? —contraatacó Abdala, un afamado arquitecto—. Y lo que es peor, veo por tu expresión que piensas contárnoslo.

—No, lo peor —terció el poeta Abú Yacub— es que como corteses huéspedes que somos, no tenemos otro remedio que escucharte.

—Mi sentido de la hospitalidad —contestó Musa—, jamás me permitiría infligir la más mínima aflicción a mis invitados. Así que no os aburriré con las vivencias y pensamientos de un pobre y viejo mercader.

Apenas se produjo un breve silencio. Abenamar, médico y filósofo, aprovechó el resquicio para meter un poco más de pulla.

—¡Esa sí que es buena! Lo de pobre se hace más evidente a la vuelta de cada uno de tus viajes. Y lo de viejo, como médico personal tuyo, puedo afirmar que tú, tan senil como evidentemente demuestran tus palabras, acabarás enterrándonos a todos.

Las sonrisas se hicieron un poco más amplias. Empezaban a sentirse a gusto. Las inevitables bromas eran parte del ritual. En ello estaban, cuando otra persona hizo acto de presencia en la estancia.

—Veo que os lo pasáis muy bien sin mí —dijo Aixa al entrar. Copista de profesión, su pasión eran las tertulias literarias, culturales o filosóficas. Era asistente regular a las más importantes, donde se la recibía con gusto, pues se apreciaba su inteligencia y preparación. No era la única mujer que participaba en aquel tipo de veladas. En Córdoba eran varias las que estaban igual de preparadas, sino más, que los hombres.

—Mi buena Aixa, ¡qué alegría verte! —dijo Abdala—. Todo parece indicar que nuestro querido Musa se disponía a contarnos una de las nimiedades de la vida...

—¡Bah! No les hagas caso —respondió el anfitrión—. Merecerían que me callara.

Todos se pusieron a protestar educadamente: «¡Oh! ¡Venga! ¡Vamos!...»

—Además —continuó—, creo que después de pensar en ello, es una tontería. No merece la pena que perdamos el tiempo en ello. Es mejor que os cuente otras cosas de mi viaje, muchísimo más interesantes.

—De eso nada —dijo Yusuf, que no quería ser el blanco de los ataques de los demás durante el resto de la velada por haber impedido a Musa contar una de sus historias—, ya has conseguido intrigar a todo el mundo y no vas a callarte...

—La verdad es que —resumió Musa con intención de contar brevemente su vivencia matutina para así pasar a otro tema más apasionante—, he estado media mañana recorriendo el zoco y los bazares, especialmente la *alcaicería*. Lo único que he hecho ha sido observar, desde un punto aséptico, cómo la gente compraba y vendía. Dudo que os interese un asunto como éste. Es, simplemente, algo que me apasiona dada mi profesión.

Musa vio en el rostro de los demás que efectivamente el tema no les interesaba. Pero tampoco podía cortar en ese punto la historia. Se creía en la obligación de justificar, al menos, el porqué había sacado a relucir tan banal asunto.

—Si os he llamado la atención sobre ello, ha sido porque un suceso en la propia *alcaicería* me ha tenido reflexionando el resto de la mañana y ha hecho que me fijara, más si cabe, en las compras y ventas que se estaban produciendo.

»Me gusta perderme en los zocos porque uno siempre puede aprender algo, si es lo suficientemente humilde para reconocer que otros pueden saber más que él. Y esta mañana no ha sido una excepción. He visto un par de trucos nuevos.

»Sin embargo —Musa vio claramente en sus amigos que esperaban que les contara los trucos, cosa que desde luego no pensaba hacer—, el suceso del que os hablo no ha sido ninguno de esos dos.

»Un comerciante de sedas estaba ofreciendo un paño, realmente hermoso, a un cliente. Soy experto en sedas, es mi negocio, pero también lo soy en personas. Me bastó ver los ojos de ambos para comprobar que la cosa estaba cantada. El cliente se moría de ganas por comprar aquel paño y el comerciante, a pesar de su obsequiosa sonrisa, no me ocultaba que iba a hacer presa sobre aquel incauto, desarmado y confiado cliente.

»En efecto. Lo vi venir. Le pidió tres dinares de oro, unas veinte veces más que su precio allá en Bagdag. Estas sedas no son muy comunes todavía en esta parte del Islam, pero sí en Oriente, donde están de moda últimamente. Por cierto, me he traído unas cuantas, y sin la más mínima intención de hacer de vendedor, podría ofrecéros las a un precio de amigo. (Eso es falso doblemente:

Musa no desaprovechaba nunca ninguna ocasión de vender y lo «precio de amigo»... ¿para qué seguir? Les remito al capítulo tercero de este libro.)

»Y claro, me preguntaréis, ¿qué tiene de extraordinario todo eso que nos has contado? —O dicho de otro modo —completó Abdala—, ¡tanta palabrería para esto! —Pues a eso voy. Ya había desistido de contároslo. Pero vosotros mismos sois los que os habéis empeñado.

»El hecho es que el cliente aceptó, no sin antes regatear, quedando el precio final en dos dinares de oro y seis dirhams de plata. Desde entonces, una pregunta no cesa de rondarme por la cabeza: ¿por qué pidió precisamente tres dinares?

»Y claro está, cuando intento responderla, no puedo. Simplemente acuden a mi cabeza más y más preguntas. ¿Cuánto valía realmente ese paño? ¿En qué criterio se basaba el comerciante para fijar ese precio? ¿Por qué...?

»En fin, preguntas que yo como comerciante jamás me había hecho y lo que es más extraño, ignoro por qué no me las he hecho hasta hoy. Para mí era una cuestión bastante clara. Aparentemente. Se trata de sacar siempre el mejor precio, tanto comprando como vendiendo...

—Pues ahora que lo dices —comentó Abenamar después que Musa suspendiera sus palabras. Todos estaban ensimismados intentando encontrar las respuesta a las cuestiones del mercader—... Yo como médico, desconozco los criterios que me llevan a fijar la minuta para con los pacientes que trato. Quizás, lo único sea la costumbre de que tal tratamiento vale tanto.

—Ni yo sé sobre la base de qué pauta científica se establece lo que cobro por el diseño de un edificio —dijo Abdala—, máxime cuando soy el más caro de entre los de mi profesión.

—Pues si a eso vamos, yo como *cadí* —dijo Yusuf—, ignoro por qué mi salario es el que es, y porqué cuando se establece un litigio, determino las cantidades en concepto de multas, indemnizaciones y pagos. Salvo que así lo fije la ley, o la costumbre, lo único que me guía es que la cantidad me parezca razonable. Pero incluso en el primer caso, ¿qué es lo que guía a la ley a decir, en caso de que ocurra esto, páguese lo otro?

Abú Yacub, bastante falto de interés por el rumbo de la reunión, no pudo menos que soltar en medio de una corta risa:

—¡Ja! Pues ya me diréis cuánto vale una de mis poesías.

—¡Vaya! —se apuntó Aixa—. Cuando cobro por la copia de un libro, más o menos, el precio viene fijado por el tiempo que vaya a costarme hacerlo. Pero eso no es del todo cierto. Si el libro ya lo he leído, pido mucho más que si es nuevo para mí, con la esperanza de que no me lo encarguen. Además, si me interesa mucho, pido un precio muy bajo, puesto que no quiero perder la oportunidad de leerlo. Pero aun así, y para añadir más leña al fuego, si tardo un

par de meses en copiar un libro, ¿por qué no cobro lo mismo que Abdala?, suponiendo, por supuesto, que éste tardara esos dos meses en diseñar una casa.

—¡Bueno, bueno! —dijo Musa—, parece que, después de todo, he abierto la caja de Pandora.

Estas misma preguntas, siglos después, volverían a hacérselas los primeros economistas. Constituyen las cuestiones básicas de la Teoría del Valor. Se estará de acuerdo conmigo que encontrar las respuestas correctas a tales preguntas se hace indispensable a la hora de la construcción de una correcta Teoría Económica.

Hasta ahora, sólo dar un aviso. Dada la ignorancia de la Teoría Económica de nuestros contertulios, los términos «Valor» y «Precio » los están empleando como sinónimos. Eso, desde un punto de vista conceptual es bastante incorrecto.

«Valor», económicamente hablando, hace referencia a algo intrínseco, inherente al artículo, invariable y que se mide en unidades diversas. El «Precio», es externo, variable y se mide en dinero. ¿Queda claro? No, ¿verdad? Pues sigamos y no se preocupen demasiado si la cosa empeora. Confíen, que al final se verá más claro.

La reunión había derivado a un punto bastante infrecuente dentro de lo que son los temas comunes de discusión entre los intelectuales y los círculos elitistas.

—Ya el mismísimo Aristóteles —dijo sorprendentemente Abenamar—, se hacía preguntas como éstas. Parecía que no acababa de entender cómo productos de una alta utilidad para la gente, como por ejemplo, el pan, tenían precios bastante más bajos que otros de una utilidad menor, como las joyas.

El que alguien cite a Aristóteles en medio de una discusión intelectual, hace que se agudicen las mentes puesto que nadie quiere demostrar que no está a «nivel». El reto, pues, estaba lanzado.

—La verdad es que Aristóteles no lo tenía fácil —siguió Abenamar—. Si las cosas deben valorarse por su utilidad, los médicos deberíamos ser los hombres más ricos del mundo ya que no hay cosa más preciosa que la salud y la vida.

»De todos modos —continuó—, el griego no estaba muy preocupado por este tema. Cuando hace referencia a este tipo de asuntos, está más por la ética de la Economía que por lo otro...

—Veo que dominas a Aristóteles, pero no nos vayamos por las ramas —cortó Abú Yacub—. Aunque poca poesía hay en lo que discutimos, la verdad es que me ha picado la curiosidad.

—Por lo que decís —reflexionó Aixa—, estamos hablando de dos cosas diferentes al parecer: la utilidad que nos proporciona una cosa y su precio.

—Evidentemente —dijo Musa—. Y lo que se trata es de ver qué relación existe entre ambas.

—¡Eh! Me niego a que llaméis «cosa» a mis poesías.

Rieron de buena gana no bien hubo acabado Abú Yacub de hacer patente su protesta. Pero así les quedó claro que no sólo se trataba de hablar de «cosas» materiales.

—Reflexionemos —dijo Abdala, cuya mente cartesiana no pudo resistir la tentación de desenredar aquella aparente contradicción—. Por lo que parece, las «cosas», dicho sea entre comillas para que Abú Yacub no me muerda, tienen un «Valor». Este valor, podemos decir que es algo propio de la «cosa». En cambio, cuando la compramos o vendemos tiene un precio, que no parece guardar relación con dicho «Valor».

»Además —continuó medio sonriendo —, no conocemos qué es lo que determina que te pidan una exageración de dirhams, que tu ofrezcas una cantidad ridículamente inferior y que al final se acuerde un precio bastante diferente a lo que te propusieron y contrapropusiste.

—¡Muy bien! —exclamó Aixa—. Tenemos tres cuestiones y desconocemos la respuesta a las tres.

—Quizás pueda servir —dijo Musa—, que os comente que, como cualquier comerciante sabe, cuanto más cantidad de un artículo existe, menor es su precio, o mejor, menos se puede pedir, porque menos van a estar dispuesto a ofrecerte por él.

—¡Ajá! —algo vio claro Yusuf—. Cuanto más hay, menos valor tiene... Se inició un conato de abucheos contra el juez, pues con lo que había dicho demostraba que no había entendido gran cosa.

»... ¡Eh! ¡Eh! No os pongáis nerviosos. Ya sé que hemos distinguido entre el valor y el precio de un artículo. Lo que iba a decir, si me hubierais dejado, es que cuanto más hay, menos valor tiene... en la cabeza del comprador y del vendedor. O dicho de otro modo, menos se aprecia...

—No —replicó Abenamar—. Te estás liando. El «Valor» es algo intrínseco del producto, con independencia de que lo apreciemos más o menos.

—Creo que estamos yendo por buen camino —dijo Aixa—. Hay dos cosas que me vienen a la mente y quizá nos ayuden.

»La primera, es de una historia de «Las mil y una noches». Le preguntaron a un emir cuánto estaría dispuesto a pagar por un vaso de agua si estando en el desierto careciera de ella. La respuesta del emir fue: «la mitad de mi reino». A continuación le preguntaron, cuánto estaría, de nuevo, dispuesto a pagar a un médico, si ese agua quedara estancada en su cuerpo y no pudiera volver a salir de una manera natural. Su respuesta fue: «la otra mitad». La historia acaba con una moraleja sobre las respuestas del emir, pero que no viene a cuento sobre lo que estamos discutiendo.

»La segunda, es una pregunta que os hago a todos vosotros. ¿Cuánto pagaríais por uno de los libros que ya poseéis y, se supone, habéis leído?

—¿Y bien? —la invitó Abdala a seguir.

—Pues que las cosas tienen, para una misma persona, una utilidad diferente según qué circunstancias. ¡Elemental querido Abdala!

Todos quedaron en silencio asimilando una verdad tan evidente.

—Aun así —siguió Musa sus pensamientos es voz alta—, no hemos acabado de determinar cuál es la relación entre utilidad, «Valor» y precio.

—Pues yo creo que ya lo tengo claro —dijo Abenamar—. Las cosas tienen un valor, y además éste es fijo e inmutable. Aunque aún no hemos llegado a aclararnos cómo calcularlo. Otra cosa diferente es que, según personas y circunstancias, esa cosa tenga una mayor o menor utilidad, real o imaginaria. Y esa utilidad real o imaginaria, será mayor o menor cuanto menor o mayor sea la cantidad disponible de ella.

—No he entendido nada de lo que has dicho —dijo Abú Yacub—. Me lo repitas.

—¡Sí hombre! —se metió por medio Yusuf—. ¡A ver si te lo explico con un ejemplo! Si estás muy hambriento y te ofrecen la única manzana que queda de comida, podrías llegar a pagar por ella un precio muy alto, porque muy alta sería la satisfacción que esa fruta te proporcionaría.

»Pero aún sigues hambriento, y por casualidad aparece una segunda manzana. Tu barriga sigue reclamando alimento, aunque no con la misma furia que hace un momento. Si bien sigues dispuesto a pagarla cara, te lo pensarás dos veces antes de decidirte a dar lo mismo que antes, porque esa segunda manzana ya no te va a proporcionar la misma satisfacción que la primera. Ya no la aprecias tanto. Así que la compras a un precio más bajo, ya que te has puesto cabezón y el vendedor se da cuenta que no va a poder sacarte lo mismo que antes.

»El hambre, menguada aunque no lo suficiente, sigue reclamando. El granuja del vendedor saca una tercera manzana. El precio, por supuesto será más bajo, porque la satisfacción que te proporcionará esa tercera, será menor. Y así sucesivamente.»

—Con lo cual —dijo Abú Yacub para demostrar que sí que lo había entendido—, si el vendedor hubiera mostrado todas las manzanas a la vez, el comprador habría hecho una ponderación mental del lote, y no una a una.

»Si hay abundancia de manzanas —siguió— apenas les doy importancia, en cambio si no hay casi, las sobrevaloró. ¿Os dais cuenta que siendo una manzana siempre una manzana, la voy a apreciar de una manera diferente según circunstancias?

»Por lo que —concluyó el poeta, cuyas musas le inspiraban aquella noche ideas muy diferentes a la poesía—, *el precio por unidad que estará dispuesto a pagar, dependerá de la utilidad que le proporcione la última manzana que piense comprar.*

—En resumen —siguió Aixa—, cuantas más manzanas compres y te comas más satisfecho te vas a quedar en total, eso es innegable, pero menos vas a valorar cada una ellas. Y como menos las valoras, menos querrás pagar...

—Por tanto —remató Abú Yacub—, cuando existe una cantidad determinada de manzanas a la venta, acaba resultando que el precio lo determina la satisfacción que ofrece esa dichosa última unidad.

En realidad habían ido mucho más lejos al resumir con esas frases la solución a la paradoja de la utilidad. A esta conclusión, en verdad, se llegaría unos mil años después:

Se trata de la teoría de la Utilidad Marginal Decreciente. Con el ejemplo de las manzanas fue como me la enseñaron en la Facultad. Y con ese ejemplo, la entendí. Nada descubro hasta el momento, de no ser el hecho que, con este planteamiento, damos cerrojazo a unos doscientos años de darnos tortazos contra un muro para llegar a establecer una teoría sobre el precio de las cosas, aunque no de su «Valor».

En ella lo que se establece es que, para un individuo en particular, se equipara la utilidad de un producto con el precio que está dispuesto a pagar por él. (Para ser purista debería haber escrito utilidad marginal en la frase anterior, pero así como la he dejado queda más clara).

Es así de simple y sencillo, pues, pago según considero que va a serme de utilidad. Y la utilidad es muy subjetiva y caprichosa:

Comprar productos exóticos, por escasos, nos proporciona una gran satisfacción. Cuando dejan de ser raros, «pues como que» dejan de llamarnos la atención. Si recuerdan, hace algunos años, se introdujo en España el Kiwi, fruta importada de las antípodas. Fue un éxito y alcanzó precios muy elevados. No era un postre para diario, por ello en las pocas ocasiones en que aparecía en la mesa, constituía un motivo de fiesta. Al cabo de unos años, se cultivó en nuestro país. Era posible, pues, tomarlo con más frecuencia. ¿Lo seguimos

apreciando igual, o más bien se ha convertido en algo común? ¿Nos proporciona la misma ilusión, o más bien una cierta indiferencia?

La teoría de la Utilidad Marginal, pues, es algo ante lo cual cabe realmente quitarse el sombrero, pues es de lo mejorcito y de ella emanan modernos planteamientos sobre la Oferta y la Demanda, en los que no entraremos, pues son de manual. Expresada, de esta manera, mi más profunda admiración por esta teoría, debo decir que, no obstante, alguno de los aspectos de la misma no acaban de «encajar».

—No estoy de acuerdo con vosotros —dijo Musa, una vez que todos alabaran la incidental aportación de Abú Yacub. Con la cabeza algo baja, y el semblante pensativo, siguió un rato en silencio.

Yusuf creyó haber entendido la razón de la disconformidad del mercader, por eso le dijo:

—Se ve a las claras que esta idea que entre todos hemos ido sacando, tiene un problema de orden práctico. ¿Cómo nos ponemos a medir la utilidad de esa última manzana para todos y cada uno de los hombres que vayan a comprarla?

—No, no se trata de eso lo que me preocupa, sino que hay algo que hemos pasado por alto. Y que conste que lo que decís es bastante cierto. El problema está en otro lado y no caigo en cuál.

Ahora fue el turno de todos de no comprender nada.

—¿En qué quedamos? ¿Estás de acuerdo con nosotros o no lo estás? —le preguntaron.

—Las dos cosas.

—La más elemental de las leyes de la lógica nos dice que una cosa no puede ser ella misma y su contraria. Así que te rogamos que te expliques —pidió Abenamar.

—No intento burlarme de vosotros —respondió Musa—. Pero es que todo lo que hemos dicho no cesa de darme vueltas en la cabeza; es como si quedase un cabo suelto y eso impidiese que las ideas se asentasen de una maldita vez.

»Vayamos por partes. No me preocupa que nuestro planteamiento sea difícil de poner en práctica. Esa no es una razón que invalide nuestra teoría. Las cosas son lo que son, independientemente de la facilidad, simplicidad y capacidad de los instrumentos materiales e intelectuales que dispongamos para comprenderlas, desarrollarlas o hacerlas.

»No, lo que no me cuadra son dos tipos de cosas que habéis comentado. La primera, es eso de que, ante una cantidad dada de producto, el precio se determina en función de la satisfacción que produce la última unidad comprada.

»La segunda, es que seguimos sin determinar el «Valor» fijo e inmutable de la cosa.

»Todos conocemos que, para determinados productos, los dirigentes establecen precios políticos, pues así lo consideran oportuno para el buen gobierno del Estado. Algo similar podríamos decir de los gremios, que fijan «arbitrariamente» un precio para sus productos y servicios. Este caso es el que me hace decir que ni estoy de acuerdo ni en desacuerdo con vosotros.

—¡Claro! —se le hizo la luz Aixa—. Según lo que hemos dicho, las personas están dispuestas a comprar una determinada cantidad de manzanas hasta que la última les proporcione una satisfacción que deberá ser, por lo menos igual, a la del dinero que deben entregar por ella.

»Y esto significa —continuó Aixa—, que el vendedor deberá subir o bajar su precio a un nivel en el que pueda vender todas sus manzanas.

»Pero cuando se establece un precio «político» o «fijado», ya no es la satisfacción del cliente junto a la cantidad existente la que determina el precio, sino que es al revés, será dicho precio el que determine cuanta cantidad estaremos dispuestos a comprar en función de la satisfacción que vayamos a obtener por la última unidad —concluyó Musa que acababa de caer en la cuenta de aquello que no le encajaba.

—Me he perdido —dijo Abdala, que mientras hablaba Aixa, había dejado que su mente divagara con peras, naranjas y manzanas—. ¿Puedes repetirlo?

—Mejor lo verás con un ejemplo —intervino Musa.

»Imaginemos que ni gobernantes ni gremios intervienen y se deja actuar libremente al mercado. Pues bien, supongamos que en un determinado momento, hay, digamos, mil manzanas a la venta, y como consecuencia de ello se establece un precio de un dirham por unidad.

»A este precio, para una cantidad determinada, en ese momento y en ese lugar —repetimos una vez más—, la satisfacción que proporciona la última unidad comprada por cada cliente se equipara a la utilidad del dinero que está dispuesto a pagar por ellas.

»Pero, por descontado que no todos pagarán una cifra idéntica, ni comprarán la misma cantidad de manzanas, ni regatearán con la misma intensidad, ni les gustarán lo mismo... Pero al final del día, podremos decir que se ha producido un precio promedio.

»Ahora bien, supongamos que el gremio ha decidido que el precio por manzana sea de dos dirhams. En ese caso, no sólo es que no lleguen a

venderse las mil unidades, puesto que muchos pensarán: a un dirham, a mí me convenía comprar seis manzanas, pero a dos dirhams, con cuatro me planto, ya que así se equipara de mi dinero con la satisfacción que me producen. (Si hacen la multiplicación, comprobarán que no les cuadra, pero es que la utilidad es subjetiva, no aritmética)

—¿Realmente pensáis que alguien actúa de ese modo cuando va de compras?
—preguntó Abú Yacub.

—Conscientemente, no, desde luego —respondió Musa—. Pero en el fondo de nuestra mente, actuamos de un modo no muy diferente.

»Veamos el caso contrario. En él, lo que se producirá será la situación inversa: si el Gobierno baja el precio de las manzanas a medio dirham, se comprarán más manzanas, pues por la misma cantidad de dinero, o incluso menos, vamos a obtener una mayor satisfacción. Si antes a un dirham por manzana comprábamos seis, ahora a medio, podremos comprar, digamos ocho, y por ellas tan sólo tendremos que pagar cuatro dirhams.

»Por tanto, cuando se fija «desde arriba» el precio de un artículo, nuestra teoría de la utilidad menguante, curiosamente, seguirá funcionando, aunque a la inversa de lo que decíamos, ya que lo que ocurrirá es que, dado un precio, compraremos una cantidad u otra en función de nuestra percepción de su utilidad.

»Incluso esta excepción tendría su propia excepción. Y es que hay productos que se pongan al precio que se pongan, dentro de unos límites, todo sea dicho, la gente los compra en la misma cantidad, o casi, ya que no tienen otro remedio que hacerlo. Si doblamos el precio del pan, el consumo del mismo apenas bajará a menos que se encuentre otra cosa con el que substituirlo. (Nota: he puesto la palabra pan por lo que significaba en aquel periodo. Es lo que ocurre hoy con la gasolina, que por mucho que suba de precio, su consumo se resiste a bajar. Cuando ocurre esto, decimos que el producto tiene una *demanda inelástica* con respecto al precio. Si quisiéramos liarla más podríamos hablar de productos cuya demanda sube cuando sube su precio, especialmente cuando se confía que siga subiendo en un futuro. Me estoy refiriendo a los productos con los que se puede «especular», cuyo ejemplo más representativo serían las acciones. También podríamos citar que en algunos casos, el oro, la plata, los diamantes, los terrenos, los inmuebles, etc., pueden comportarse de esta especial manera).

Quedaron unos momentos silenciosos, asimilando la nueva vertiente que acababan de descubrir sobre «su» teoría.

—Nos queda la segunda causa de mi disconformidad —dijo Musa cuando creyó oportuno romper con la línea de pensamientos en la que los había enfrascado durante el último rato—. Aunque después de lo que hemos estado diciendo ya no sé si estaba de acuerdo, en desacuerdo o ni lo uno ni lo otro.

»Y es que con nuestro planteamiento —siguió después de observar sus sonrisas—, no acertamos a definir algo que antes nos ha comentado Abdala: el «Valor» cierto, fijo e inalterable de una cosa.

—Es que —expuso Abú Yacub—, si fuerais poetas en vez de hombres prácticos podríais entender mucho mejor el alma de vuestros semejantes y lo que las cosas son, pero sobre todo, lo que representan para ellos.

»Las cosas no tienen ningún valor por sí mismas, ni tan siquiera se les puede atribuir una «tasación» universal con la que todos estemos de acuerdo.

»Las cosas, entre ellas mis poesías, tienen un «Valor» en función del hombre, no por ellas mismas. Tus sedas, Musa, no valdrían nada si no hubiera hombres sobre la Tierra. Ni los libros, ni las casas, ni mi poesía...

»Y si es el hombre la medida de las cosas, permítase esta licencia poética, esta medida no puede por menos que ser diferente. Que en un determinado tiempo y lugar, una comunidad de hombres asigne un precio más o menos fijo a las cosas, no debe hacernos pensar que las cosas «valen» algo por sí mismas, y ni mucho menos, que ese precio pueda ser considerado como algo universal.

»Tú, Musa, como mercader nos has dicho que viste el «Valor» de un paño de seda en los ojos de un cliente y cómo el vendedor lo «leyó» en ellos. ¿Acaso crees que lo que había en esos ojos se puede llegar a interpretar mediante algoritmos? ¿Por qué crees que ni Aristóteles ni nadie ha conseguido esclarecer el misterio?

—Yo, Musa, mercader y amigo vuestro, declaro que esta es la primera vez en mi vida, y la última, que voy a pensar en este asunto. La verdad es que me lo he pasado francamente bien, aunque no parece que hayamos llegado a ninguna parte...

—Ves Musa, cómo sí que hay algo interesante en nuestra provinciana ciudad —se desdijo Yusuf—. Y antes al contrario, yo que también me lo he pasado francamente bien, creo que sí que hemos llegado a alguna parte...

—Bien, bien —cortó Aixa—, creo que antes de volver a ponernos a discutir sobre lo mismo, me gustaría que nuestro anfitrión nos contara las nuevas sobre Bagdag. ¿Es cierto que en palacio...?

Musa faltó a su palabra. Antes de su próximo viaje volvieron a enzarzarse varias veces con el mismo asunto.

Es más que probable que reuniones sobre esta cuestión tuvieran lugar en cualquier momento de la Historia. El mismísimo Aristóteles ya se hacía preguntas sobre esta paradoja. Pero no será, en realidad, hasta los relativamente recientes años en los que la Economía empieza a tratarse como

una Ciencia, que el misterio de la Teoría del Valor alcance a verse elevado a la categoría de «materia económica a resolver científicamente».

No es casual que ése fuese uno de los primeros temas al que intentaran dar explicación. Ni tampoco lo es, que hasta hoy en día no haya estado claro.

Recuerdo que en mis tiempos de estudiante, este asunto llegó a fascinarme, gracias a mi profesor, Ernest Lluch, que tuvo la habilidad de sembrar en nosotros «la funesta manía de pensar». Lamento profundamente su asesinato a manos de terroristas etarras. Su amor por la verdad, calidez humana, actitud dialogante, principios democráticos y honradez personal, de nada le sirvieron ante la barbarie. Si tan solo sus asesinos hubieran asistido a unas pocas de sus clases, habrían sido incapaces siquiera de tocarlo.

De él tengo grabado en mi mente que un día en clase citó que dos economistas clásicos, y siento mucho no recordar sus nombres, que eran buenos amigos pero que tenían profundas discrepancias teóricas, llegado un momento en el que la discusión se hizo especialmente tensa, uno le dijo al otro: «No estoy de acuerdo en absoluto con lo que Ud. dice, pero defenderé con mi vida el derecho que tiene Ud. a decirlo». Ernest Lluch, suscribía ese pensamiento como propio.

Recuerdo, asimismo, que el desencanto que me produjo llegar a saber que aún no se le había dado solución, me llevó a mirar con una cierta suspicacia y desconfianza algunos de los planteamientos teóricos de esta, siga opinando, apasionante Ciencia.

Confío que de mis palabras no se infiera que pretendo situarme por encima de los conocimientos actuales de esta Disciplina. Sería ridículo. De hecho no estaría aquí escribiendo todo esto, si otros no se hubieran quemado el cerebro intentando dar soluciones.

Es el momento de expresar mi admiración por Piero Sraffa. Consiguió hacer que «disfrutara», durante todo un curso, debanándome los sesos, con un «librito» suyo, de sólo 120 páginas, llamado «Producción de mercancías por medio de mercancías». Recuerdo haber escrito de él, en el examen, que nuestro buen hombre había estado intentando descubrir la «piedra filosofal» de la Teoría del Valor. Hoy en día sé que no pudo encontrarla. Se pasó sesenta años para escribirlo (un compañero mío dijo que eso era totalmente falso, que sólo empleó dos años en escribirlo, y que los otros cincuenta y ocho, los dedicó a resumirlo). No voy a citarlo en mi relación bibliográfica, pues me siento incapaz, hoy por hoy, de volver a releerlo, estudiarlo y analizarlo. Si lo comento aquí es porque, fue la otra persona que me sirvió de acicate para que continuara volviendo una y otra vez a pensar en la «Teoría del Valor».

El fallo de las soluciones planteadas al problema del «Valor», exceptuando la Teoría de la Utilidad Marginal, que además no se centra en él sino en el precio, estaba, como creo haber demostrado a lo largo de la tertulia de Musa, en ser demasiado cartesianos, en pensar demasiado en la «cosa» y demasiado poco en el hombre.

Es como si la cuadrículada mente occidental no pudiera admitir la incoherencia existente entre «Valor» y precio. Las cosas, según esa forma de pensar, deben tener un orden, una medida fija y universal: metros, kilos, litros, color, sabor, etc. y «Valor». Quizá una mente más oriental pudiera encontrar una solución diferente a este enigma. Los occidentales andamos preocupadísimos por el precio «real» de las cosas. Apenas permitimos el regateo en nuestras transacciones cotidianas. El cliente compra o no compra, en función del precio (y de otras variables) y punto. En cambio en Oriente, o en otro tipo de sociedades no occidentales, el regateo se impone, tal vez porque ellos mismos tienen claro que el precio no es más que un acuerdo entre el comprador y vendedor expresado en dinero (que recordemos, tampoco sabemos muy bien lo que vale). Cada uno tratará de obtener el mejor provecho de la operación, y en ese momento lo que actuará será la «Ley de la Utilidad Marginal Decreciente».

Por ese motivo he creído conveniente situar tan irreal discusión en una tertulia árabe. Ellos amaban la Ciencia y los desafíos intelectuales, pero también tenían una mentalidad oriental. Podría haber sido una mezcla explosiva que, por qué no, hubiera permitido dar solución a tan complicado asunto.

Despedida

Musa había vuelto a emprender un nuevo viaje. No aguardó ni cuatro meses de inactividad. El rabo de lagartija que llevaba en el cuerpo lo había impelido hacia más aventuras.

Dos noches atrás había celebrado una cena de despedida con sus amigos. Inevitablemente el tema del precio de las «cosas» había salido a colación.

En un momento de la velada, el propio Musa había planteado una nueva objeción a lo que ellos llamaban utilidad menguante (y que nosotros mucho más precisos, llamamos Utilidad Marginal Decreciente. Lo de «marginal» es un adjetivo que colocamos los economistas para indicar que es precisamente lo que «está en el margen», lo que determina el precio).

—Imaginemos que durante un periodo, existe, aproximadamente, la misma cantidad de bienes. Si nuestra proposición sobre la utilidad menguante fuera completamente válida, los precios serían, más o menos, estables.

—Más bien —terció Aixa—, lo que se deduciría de nuestra teoría sería lo contrario, que con el curso de los años, los productos tendrían que bajar puesto que producen cada vez menos gozo.

»Habría una excepción, claro, y es que de repente la cantidad disponible del producto bajara dramáticamente o que se produjera un cambio en la moda, o en los gustos, y aumentara nuestra apreciación de éste; vamos, que nos pusiéramos a pedirlo como locos.

—Gran verdad hay en lo que en primer lugar decías —aduló Abú Yacub utilizando su particular retórica—. A todos nos pasa. Recuerdo que me hizo una

gran ilusión comprar mi primer caballo. El siguiente, menos. Y ahora, el último, apenas...

—Sí, y nos pasa con todas las cosas, o casi —siguió Musa—. Y lo más seguro es que tuvieras que pagar más por ese caballo que por el primero.

—Pues así ha sido, y en cambio, aquél fue mejor que éste.

—Entonces, esto da al traste con nuestra teoría —dijo Abenamar.

—No del todo, no del todo —respondió Musa parodiando la retórica de Abu Yacub—. Hay mucha verdad en nuestro planteamiento. Sólo que no toda. Hay otros componentes.

»Pensemos en lo que en realidad son los precios. Según lo que hemos dicho, son el resultado de una negociación en la que intervienen por un lado los factores «psicológicos» que hemos comentado, pero además están, por el otro, la habilidad de cada una de las partes y la fuerza que puedan llegar a tener.

»Si, como es evidente, los precios son cada vez más elevados, eso quiere decir que, transacción a transacción, la fuerza y habilidad de una parte se imponen a las de la otra.

—Y ya sabemos qué parte de las dos es la que se va llevando el gato al agua. ¿No, Musa? —apuntilló Aixa.

Musa, aguantando el golpe, reflexionó por unos instantes y se dispuso a responder...

Evidentemente, Musa, jamás empleó las palabras «factores psicológicos», sino una expresión equivalente. Importa poco.

Una cosa es cierta: desde que el mundo es mundo, los precios de las cosas, en general, han seguido una tendencia creciente. ¡Ojo!, no en términos reales, sino monetarios. (Como los economistas necesitábamos comparar los precios de las cosas en dos momentos diferentes, tuvimos que inventarnos el concepto de *precios constantes*. Es simplemente, quitarles los efectos de la inflación. Si nuestra manzana costaba un dirham un año, y un dirham y medio diez años más tarde, pero el coste de la vida — precios y salarios—, había subido un cincuenta por ciento durante ese mismo periodo, podríamos decir que a *precios constantes* la manzana seguía valiendo lo mismo, ya que ésta había subido lo mismo que el coste de la vida.)

Pero volviendo a la cuestión anterior, ¿por qué suben los precios?

Creo que Musa nos lo ha explicado con su última deducción. Con ella obtenemos otra causa por lo que la teoría de la Utilidad Marginal Decreciente no acaba de explicarnos completamente la realidad. Si lo hiciera al cien por

cien, los precios serían estables, pues tenderían al equilibrio (siempre y cuando no se produjeran los supuestos que mencionaba Aixa: una cantidad disponible distinta o un cambio en los gustos).

Por supuesto sufrirían alteraciones ocasionales o estacionales hacia arriba y hacia abajo, pero a largo plazo, estas variaciones se compensarían. Más aún, dada la productividad creciente actual, deberían tender a bajar. En cambio la verdad se muestra de manera muy diferente: la inflación es una constante dentro de nuestra realidad económica.

Lo cual sólo se explica de un modo: cada una de las partes intenta sacar la mayor tajada posible. Y en esa pugna hay un ganador a los puntos..., al menos en apariencia.

Mi opinión acerca de las causas de la inflación no se centra exclusivamente en el simple monetarismo, como en capítulos anteriores pudiera haber parecido. El monetarismo es una teoría que explica que cuando hay exceso de moneda — como cuando el Banco Emisor de un país se dedica a fabricar billetes a troche y moche— se produce una inflación de precios. Lo cual es cierto. Totalmente. A lo largo de la Historia, gobernantes asfixiados por su incapacidad de hacer frente a los gastos producidos por sus sueños megalómanos, o simplemente por su inutilidad para administrar decentemente, se han dedicado a «quebrar» y desvalorizar la moneda.

(En un determinado momento, sirva de ejemplo, las autoridades romanas, decidieron falsificar una de cada ocho monedas, haciéndola de metal en vez de plata.)

Pero lo que ya no es cierto, es que el exceso de dinero sea la causa única de la inflación. Sino que es más bien una consecuencia de esa lucha, de ese regateo, que antes mencionábamos. Si la expresión «mayor tajada», la cambiamos por *excedente* podremos decir que *la inflación es el resultado de la lucha por la apropiación del excedente*.

El que haya más dinero en circulación, hará posible que suban los precios, pero no será la causa de su subida. La causa estará en las peticiones de mayores precios por parte de los vendedores (la Oferta). No confundamos las causas de un hecho, con las condiciones necesarias para que éste se produzca.

Si admitimos este planteamiento, y sobre todo el hecho de que hay un «ganador» que consigue precios más altos de una manera progresiva, llegamos a otra conclusión. Se ha venido diciendo, también, que la inflación la causa el exceso de Demanda. Esto choca de frente con lo que estamos afirmando. La Demanda no provoca la inflación, salvo puntual y aisladamente. Es la posición de dominio de la otra parte, la Oferta, la que la ocasiona. Por tanto, se comprenderá que discrepe abiertamente de la Política Económica tendente a reducir la subida de precios mediante actuaciones restrictivas al consumo. ¿No les parece algo maquiavélico dedicarse a hacer la vida

imposible a los compradores para que así los vendedores no suban los precios? Y además de maquiavélico, no es muy coherente.

Habíamos dejado la reunión el momento que Aixa decía: «Y ya sabemos qué parte es la que se va llevando el gato al agua. ¿No, Musa?»

—Casi te diría que tienes razón, Aixa —respondió Musa—. Pero lo que ocurre es que yo veo que nuestra gente tiene cada día más cosas. Es más rica. Aunque las cosas le cuesten más monedas que antes, no por eso compran menos productos. ¡Claro!, porque también ellos tienen más monedas.

—¡Oh no, por favor no! —exclamó Yusuf—. En cuanto parece que tenemos algo claro, a alguien se le ocurre otra cosa para amargarnos la existencia. ¿Os dais cuenta de lo que supone la última afirmación de Musa?

»Si hay más monedas, la utilidad de la última de ellas será menor que si hubiera menos. Por lo que nuestra teoría inicial, sí que se cumple, ya que al tener más dinero lo apreciamos menos y por tanto estamos dispuestos a pagar más por las cosas...

—Con lo que —intervino Musa ansioso de quitarse la espina que Aixa había clavado sobre los de su profesión—, no queda claro quién es el que acaba ganando, puesto que aunque la gente acabe pagando más, también compra más, porque tiene más.

¿Se dan cuenta del berenjenal en el que nos hemos metido?

Si recordamos el tercer capítulo en el que hablábamos sobre el Comercio y todo lo que hemos dicho en éste, más de uno llegará a pensar que no hago otra cosa que contradecirme. ¿No decíamos que el vendedor siempre tiene la sartén por el mango? ¿No es él, quien por su preparación se lleva la mejor tajada?

En efecto así es para la mayoría de las transacciones. De hecho no podemos decir que al Comercio las cosas le hayan ido mal a lo largo de su dilatada carrera. Ni mucho menos. Pero es que también, una sociedad al ir evolucionando, se ha ido haciendo más rica, capaz de producir e intercambiar más cosas, a precios progresivamente más altos. Aunque sólo aparentemente, porque a *precios constantes* los artículos no suelen ser más caros. Más bien es al contrario. En una sociedad poco rica, la mayor parte del presupuesto familiar se dedica a la alimentación. Cuando va desarrollándose una comunidad, los precios de la comida suben y mucho, pero sin embargo, la proporción de dicho presupuesto familiar que se dedica a servir la mesa es sensiblemente más bajo.

Expliquémoslo con monedas. En un momento dado, nuestra familia ganaba 100 doblones al mes y dedicaba 75 a comida, pues éramos muy pobres en un país muy pobre. Pero veinticinco años más tarde, las cosas habían mejorado mucho. Ahora ganamos 1000 doblones, y nos gastamos 450 en alimentos.

Analizar estas cantidades nos puede llevar a conclusiones erróneas. Tan falso es pensar que ahora la comida es más cara, como creer que los vendedores de alimentos son los que han salido perjudicados.

Parece, pues, que nos encontramos ante una cierta contradicción. Pero no nos preocupemos, ya que es sólo aparente. Lo que puede provocarnos esta confusión es el hecho de que estemos acostumbrados a pensar en términos de que unos ganan y otros pierden. Y esto no es así. Cuando una sociedad evoluciona económicamente, *todos* ganan. Hay que pensar en términos del «pastel» y de su tamaño creciente.

La inflación actúa como un velo que dificulta hacernos una clara idea de cuánto iba antes a cada una de las partes (no sólo compradores y vendedores) y cuánto va ahora.

Sigamos suponiendo cosas. En esos 25 años, no es descabellado pensar que la sociedad ha duplicado su nivel de producción.

Nuestra familia podía adquirir antes con esos 100 doblones, digamos, 400 porciones de excedente. Ahora con los 1000, puede conseguir 800.

Por tanto, en nuestro ejemplo, al principio, comprábamos 300 porciones de comida ($=400 \times 75 / 100$). Ahora son 360 ($=800 \times 450 / 1000$).

En realidad ocurre así. A medida que somos más ricos, comemos mejor. Y al ser éste un fenómeno generalizado, tanto vendedores como compradores ganan pues hay más necesidades satisfechas.

Si con lo dicho he conseguido explicarme, es el momento de seguir. Pues bien, en este contexto, ¿importa mucho que los precios sean cada vez más altos? ¿Tiene mucho sentido la obsesión por combatir la inflación al precio que sea?

Particularmente, no he considerado la inflación como ese algo demoníaco que economistas y gobernantes se han empeñado en combatir. Evidentemente es un problema, eso no lo niego, y si la inflación es muy gorda el problema es muy gordo. Pero dentro de ciertos límites, pienso que hacemos más mal que bien cuando la combatimos. Es como si quisiéramos matar moscas a cañonazos, máxime cuando apuntamos el cañón hacia las moscas consumidoras en vez de aplicar un inteligente insecticida sobre las moscas que realmente la provocan. (Les recuerdo que, en mi opinión, la inflación provocada por la Demanda sólo se produce puntual y esporádicamente.)

Cuando se realiza un planteamiento herético como éste, se corre el riesgo de ser rechazado de un modo fulminante. Pero, rogaría que nos desprendiéramos

de los estereotipos al uso y que pensáramos en los términos que venimos apuntando a lo largo del presente capítulo.

Nuestra primera reacción puede ser pensar: «¿Cómo es posible que no considere a la inflación como un problema grave de nuestro sistema económico?».

La respuesta, a la gallega, es simple: «¿Ud. qué prefiere, que hablemos de cuántas porciones de pastel le van a corresponder, o que hablemos de cuántos doblones de más va a tener que pagar por el mismo trozo de pastel que antes?» (Suponiendo, claro está, que la inflación no pase de unos límites razonables.)

Llegados a este punto, podríamos preguntarnos cuál es la forma de actuar de los que poseen la fuerza en el mercado. Para explicarla, pensemos que sólo es una de las partes es profesional: la que conoce el producto y la idiosincrasia de sus clientes. Ya no se trata exclusivamente de una experiencia de 4.000 años (?), sino que se están empezando a conocer y a desarrollar modernas técnicas de Psicología aplicada. ¿Recuerdan?

Lo primero que sabe el vendedor es que el cliente ignora el «precio justo» de la mayoría de los productos (sólo conoce unos pocos; de los demás simplemente tiene una idea aproximada, e incluso de muchos otros, bastante equivocada).

Otro aspecto, es que muchos artículos no son exactamente iguales entre sí, lo que dificulta realizar comparaciones (no existen dos trozos de carne iguales, ni dos manzanas, ni son iguales dos modelos similares de coche de fabricantes diferentes, ni dos pisos con los mismos metros cuadrados ...)

Quien sí que conoce el precio de mercado es el que *ofrece* el producto. Es su negocio y lo vive. Realiza contactos con unos y otros, sabe esto y lo otro, se pone al día...

Bien pues, supongamos que los precios de una determinada gama de productos llevan más o menos estables durante un tiempo. Llegará un momento en el que la Oferta, cuando vea una oportunidad, intentará conseguir algo más, simplemente pidiéndolo. Le podrá salir mal (como en raras ocasiones ha ocurrido), así que no tendrá más remedio que plegar velas y volver a la situación anterior, quedando a la espera de una nueva oportunidad. Pero lo normal es que acierte.

Si el precio del producto es conocido, y la subida no es exagerada, el tema se saldará con algunas cuantas protestas, pero se le acabará aceptando el nuevo precio. (Por ejemplo, una barra de pan que costaba 25 céntimos de maravedí, ahora se piden 27.)

En cambio, si el precio no se conoce muy bien, el cliente, suele asesorarse o investigar por su cuenta. Luego comprará o no, en función de que dicho precio le parezca «adecuado». (Sea el caso de pedir por un piso 121.000 maravedíes ó 122.500).

En ambos casos, la Ley de la Utilidad Marginal Decreciente no acaba de funcionar de un modo muy «fino» y ajustado al milímetro. No tiene porqué hacerlo: la percepción de utilidad es subjetiva, y la mente del comprador difícilmente percibe una diferencia significativa para esos 2 céntimos o para esos 1.500 maravedíes. Y eso el vendedor (la Oferta, en general), lo sabe. Esperará más o menos, pero al final verá su oportunidad, y la aprovechará.

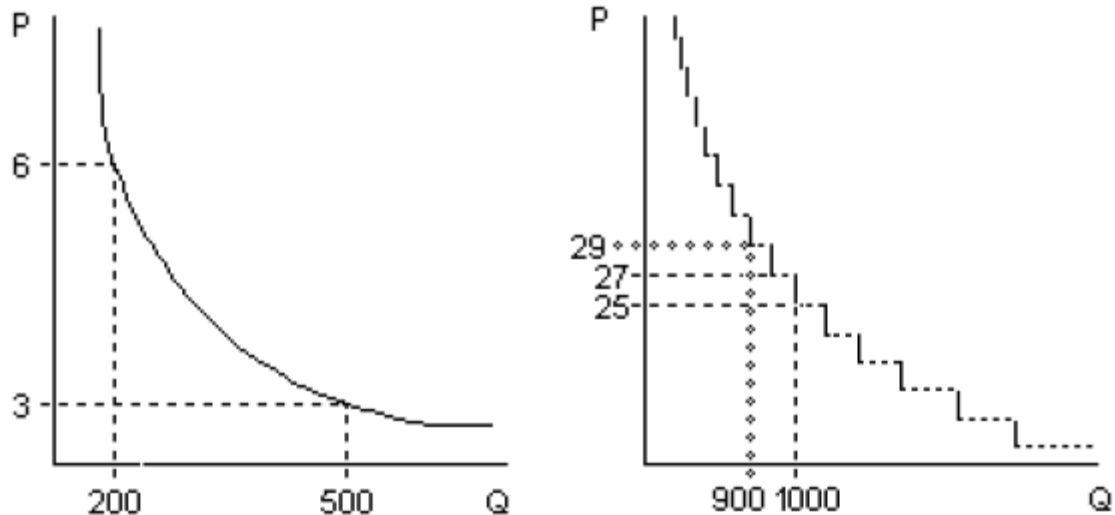
Así pues, los compradores irán aceptando, poco a poco, esos nuevos precios como «normales». Al vendedor (la Oferta), salvo necesidad imperiosa, no se le pasará por la mente bajar sus precios a los niveles anteriores. Por consiguiente, una vez «aceptados », los precios ya no bajarán más que en contadas ocasiones. (Esta verdad universal tiene una excepción en los productos estacionales o de campaña. Sin embargo pese a que oscilan, a largo plazo, mantienen una tendencia creciente.)

No existe, por contra, un mecanismo permanente que contrarreste la posición de fuerza de los que imponen los precios (a veces el Gobierno en algunos países para algunos productos de primera necesidad, pero acaban siendo ineficaces). Y al no existir, los precios suben, y se estabilizan en un nivel superior, que en un futuro volverá a ser rebasado.

Si admitimos que el consumidor no aprecia como significativos pequeños cambios en el precio, esto implica que podríamos decir que todo producto es *inelástico* dentro de ciertos límites: nadie deja de comprar un pan por 2 céntimos más.

Al ser los artículos inelásticos para intervalos pequeños de precio y al «aceptar» el consumidor al cabo de un tiempo, su nuevo nivel, lo que se produce, de hecho, es un desplazamiento: el límite máximo que de lo que estaríamos dispuestos a pagar se ha convertido en su nivel normal. En un futuro volverá a mostrar nuevas inelasticidades y por tanto facultará nuevas subidas.

En los gráficos que vienen a continuación se muestra lo anterior de un modo sencillo. La Demanda «oficial» de los economistas ortodoxos se representa a la izquierda. A la derecha se muestra mi particular visión de la misma.



La curva clásica de Demanda, izquierda, nos muestra que para un precio determinado (6 reales de vellón) los clientes van a pedir una cantidad concreta (200 poesías). En cambio, a 3 reales, las poesías que demandarán serán 500. Por tanto la cantidad es inversamente proporcional al precio; a medida que este último suba o baje, la Demanda le llevará la contraria.

Pasemos a la figura de la derecha y retomemos el ejemplo de las barras de pan: antes se vendían mil de manzanas a 25, pero cuando se pusieron a 27, se siguió vendiendo lo mismo porque esa variación no influía en el comprador. Así pues, la curva de Demanda tendría una forma de escalera, porque para que las cantidades demandadas varíen, son precisos saltos significativos en los precios. El pan debería subir hasta los 28-29 céntimos para que se redujera a 900 la cantidad pedida.

Pero pasados algunos meses o años, 27 se considerará como el precio normal, así que cuando si se ponga a 29, volverá a no dársele importancia y se seguirá vendiendo la misma cantidad de mil barras de pan. Entonces, en cada una de estas subidas nuestra escalera cambiará: el escalón de precios que suponía la venta de 1000 unidades ya no será el mismo (25 a 27 céntimos), sino uno que estará por encima (27-29), y así una y otra vez.

Antes he dicho que *todos* ganan cuando una sociedad evoluciona; se podrá estar en desacuerdo, pues la realidad demuestra que, incluso en las más desarrolladas, siempre hay pobres. Desgraciadamente. Lo que ocurre es que los pobres de las sociedades ricas pasan miserias y hambre, y los pobres de las sociedades pobres, se mueren de hambre.

¿A cuánto el cuarto y mitad? ¿Por qué este título? En los mercados españoles tradicionales existe la costumbre de dar los precios por cuartos de kilo (quizá así resulten menos escandalosos). A mí siempre me había hecho gracia eso de «póngame cuarta y mitad». Pensé que una expresión muy de nuestro mercado,

se adaptaba mucho mejor a lo que pretendía desarrollar en lo tocante al «Valor» de las cosas.

A propósito, recuerdo a mi madre, que cuando le indicaban el precio, decía automáticamente: «¡Venga! ¿Cuánto me quitas?». Luego, el vendedor ponía cara de pena y respondía, «Bueno, pero sólo por ser Ud...». Hoy, resultaría imposible que lo hiciera en un supermercado o en un gran almacén.

Y sin embargo, estas grandes empresas de venta masiva, no andan muy lejos del viejo sistema del regateo. Su política de ofertas y promociones es, de alguna manera, una sofisticación moderna del mismo. Por supuesto, tienen otras armas, Marketing, Merchandising, Publicidad, etc. En realidad, al actuar de ese modo rompen, de nuevo, el planteamiento de la Utilidad Marginal Decreciente, (que no creo deba volver a repetir). Una investigación, bajo el prisma de la Teoría Económica, de la influencia del Marketing y la Publicidad sobre el comportamiento del consumidor y sus consecuencias en la Oferta y la Demanda, así como sobre el precio resultante, sería un desafío mas que conveniente:

Partiendo de la realidad de que las cosas carecen de «Valor», de la Teoría de la Utilidad Marginal Decreciente, con todas las alteraciones que hemos comentado y de los fenómenos de venta masiva actuales, podríamos llegar a mejorar la comprensión sobre el comportamiento de los precios.

Iniciemos, como es habitual, el resumen del presente capítulo. La descripción del mundo árabe de la época de Musa, además de ser una excusa para acercarnos a la «Teoría del Valor», nos lleva una vez más a mostrar los pilares de una sociedad desarrollada. Y entre ellos, hay uno del que no me canso de resaltar: la formación científica, técnica, cultural...

La Economía de hecho, como ya va haciéndose cada vez más patente, es algo humano. La calidad de ese elemento humano determinará la «calidad» de la Economía de una sociedad.

En cuanto al problema de la determinación del «Valor», ese auténtico quebradero de cabeza para los economistas, sólo puede dársele una solución coherente si admitimos que no existe como algo intrínseco, sino que es algo subjetivo y por consiguiente diferente para cada persona. Por tanto no cabe hablar de «Valor» sino de precio.

Y la mejor teoría que lo explica es la de la Utilidad Marginal Decreciente: «Para una cantidad determinada de género, el precio de un artículo lo determina la utilidad (o satisfacción) de la última unidad comprada». No obstante, existen algunos conceptos que esta ley no consigue abarcar o atinar:

1. Cuando los precios se fijan fuera de la actuación normal del mercado.
2. No explica el «Valor» de las cosas.
3. La existencia de inflación permanente pone en tela de juicio esta Teoría, cuando lo lógico sería que los precios fueran estables.

4. Finalmente, al ser el dinero una mercancía más, con su propia carga de utilidad subjetiva, hace que el modelo se complique.

Del primer punto decir que el hecho de que se fijen fuera de la actuación normal del mercado, no constituye un gran problema, ya que la ley sigue funcionando por el otro lado.

Del segundo, no nos preocupa que no explique el «Valor» de las cosas desde el momento que admitimos que éste no existe. Pero sí que depende de una estimación subjetiva de la utilidad de las mismas. ¡Ojo, ojo! No estamos diciendo que depende de una evaluación subjetiva del producto, sino de la satisfacción subjetiva que esperamos obtener de él. Y éste, curiosamente es uno de los principios básicos del Marketing, que explota la Publicidad tanto cuanto puede: «No se venden productos —peras, patatas, electrodomésticos, coches, pisos, etc.— sino la satisfacción que esos productos representan». Y la satisfacción que un producto puede llegar a proporcionar cubre una amplísima gama de aspectos, en su inmensa mayoría de carácter psicológico: desde el mero hecho de comprar el producto, de poseerlo, pasando por la sonrisa amable y aduladora del vendedor y llegando al disfrute que su uso o consumo nos va a proporcionar, sin olvidarnos de la envidia que vamos a causar a los demás. ¡Qué poco intervienen los factores racionales en un acto de compra y qué fácil lo tiene el Marketing simplemente asociando a un producto las promesas de felicidad, salud, sexo, prestigio, etc..., que nos va a otorgar!

Del tercer punto, lo lógico sería que los precios fueran estables. Éste quizá es el principal fallo de la Teoría de la Utilidad Marginal Decreciente, ya que no tiene en cuenta las relaciones de fuerza dentro de la Oferta y la Demanda, y de cómo en su intento de llevarse el gato al agua mediante el viejo truco de pedir más por lo mismo, se acaba generando inflación. Y dentro de ese contexto, existe una de las partes, o varias, que pugnan por obtener el mayor y mejor trozo de la tarta. Cosa que provoca que pase lo que pasa con los precios. Así pues, la Teoría de la Utilidad, habría que restringirla a periodos concretos de intercambio y decir que, a largo plazo, el factor de la lucha por obtener el máximo *excedente* genera un proceso de aumento de precios. La explicación del mecanismo que la produce, se encuentra en el hecho de que un consumidor no asigna un importe fijo e inmutable a los productos, lo que permite que se produzcan pequeñas y constantes subidas de precios por parte de la Oferta.

—¿Y los salarios? ¿Por qué no habla de ellos como copartícipes de la inflación? —me preguntarán.

—En primer lugar —responderé— porque estamos hablando de los precios y del «Valor» de las cosas, no de los salarios. Y si con esta excusa no tragan, no me quedará otro remedio que decir, que pese a la doctrina generalmente aceptada de nuestras doctas autoridades económicas, la inflación no la genera el que paga lo que le piden por una cosa, sino el que pide cada vez más por ella. Es una cuestión de lógica. Nadie pagaría más que antes por una cosa de *motu* propio. Es por lo que decía que no creo mucho en la inflación de Demanda. De todos modos, no queda otro remedio que admitir que los

aumentos salariales, al poner más dinero en circulación acaban generado inflación. Pero no por los propios aumentos, sino debido al mecanismo que explicábamos unas pocas líneas arriba, máxime cuando el que paga lo que le piden, no tiene una percepción muy afinada de la utilidad y precio normal de las cosas. Diferenciamos, de nuevo, causas de las cosas y condiciones necesarias.

Y finalmente del cuarto punto, la estimación subjetiva del dinero, complica las cosas. Cuando la cantidad de dinero aumenta, lógicamente, tendemos a apreciar menos cada unidad monetaria (lo que pensamos que vale el día de hoy, una Peseta, un Franco, una Libra, un Dólar o un Euro difiere bastante de lo que pensábamos que valía años atrás). Luego ya no sólo se trata de que la satisfacción que un producto nos proporciona, se iguale con la del dinero que hemos de dar por él: también hemos de asignar un valor (ahora ya sin comillas) al dinero que hemos de entregar. En una palabra, tenemos una vara (unidad de medida) que es de goma, que con el paso del tiempo se encoge, por lo que cuando queremos determinar qué trozo de tela estamos dispuestos a conseguir hoy por la vara, necesitaremos reajustar mentalmente nuestra particular valoración de la mencionada vara. Por descontado, esto no invalida la Teoría de la Utilidad en sí misma, simplemente la complica.

Y dónde nos lleva todo esto. Quizás a un punto que no hace mucho hemos mencionado, el de plantearnos a la luz de la Teoría Económica la problemática del «Valor» subjetivo de las cosas y de sus precios, teniendo en muy en cuenta los factores psicológicos y de lucha por la apropiación del excedente que intervienen, así como los trucos que se emplean (y hoy más que nunca).

Cambiamos, pues, de enfoque y pongámonos a estudiar qué pasa con los precios cuando una marca ha conseguido hacerse un hueco en la mente de la gente (la C-cola la conoce todo el mundo, pero casi nadie a la T-cola).

O cuando una campaña ha convencido a sus clientes sobre la «diferencia» de su producto (los vaqueros L, hechos en Sabadell, son los auténticos, esa es su diferencia sobre los tejanos J, también hechos en Sabadell, en la misma fábrica, pero con otra etiqueta).

O lo que representan ciertos distintivos adosados (por qué un restaurante consigue por la preparación de sus platos cobrar cinco veces más por manjares igual de nutritivos que otro que no tiene a la puerta los cinco tenedores).

O lo que ocurre cuando a un artículo le ponemos una palabra mágica: «oferta» o «de rebajas» (aunque cueste prácticamente lo mismo).

O los efectos del Merchandising (que dependiendo de cosas tan peregrinas como su diseño, color y situación dentro de un establecimiento provocan, reacciones diferentes sobre el comprador en el sentido de no hacer preciso bajar los precios para vender más).

Podríamos poner infinitos ejemplos más. Pero creo que no son necesarios. Lo necesario es bajar a la arena y que nos pongamos a reelaborar nuestra teoría

analizando lo que en verdad está ocurriendo en el mundo real. Esto constituye un campo de investigación enorme, que ya lo están estudiando las propias empresas, por su propio provecho, evidentemente.

Es preciso pues, corregir y ampliar los supuestos en los que se desenvuelve esta Teoría, que es muy válida como punto de partida. Excede, desgraciadamente, de las posibilidades de este libro, puesto que habría que analizar cómo se percibe la utilidad que cada producto proporciona, necesidad a necesidad y por grupos de compradores homogéneos...

Por lo tanto, opino que la Teoría Económica no debe quedarse atrás estancada en la búsqueda de un valor universal. La derivación hacia una Teoría del Precio, sería un buen comienzo.

Bien, punto y seguido. Un poco más al Norte están ocurriendo otras cosas. Veámoslas.

CAPÍTULO 8 MEDIOEVO

Frontera del Duero

—¡Coged todo lo que podáis y largaos! —iban avisando varios jinetes en su huida—. Almanzor está a menos de una jornada.

—¡Ea Elvira, Date prisa! —gritaba un asustado Lope por lo que se decía sobre las tropas del caudillo árabe— ¿No sabes lo que le hacen los moros a las mujeres?

En realidad, su mujer no tenía nada que temer en ese sentido. No muy vieja en años, el estado en ruinas de su cuerpo la protegía, mejor que nada, del ancestral deporte de los soldados para con las vencidas.

Aunque su alimentación había mejorado un tanto desde que se habían establecido como repobladores en la ribera sur del Duero, las carencias nutricionales de su juventud, la dureza de la vida que llevaban y el apego a conservar durante el mayor tiempo posible la roña que sin dificultad acumulaba, la habían ajado y avejentado prematuramente.

—Pero, pero... —sollozaba la buena de Elvira—, después de lo que hemos tenido que sufrir, ahora que las cosas empezaban a irnos bien, nos tenemos que largar porque el moro...

No pudo concluir. Se detuvo un instante, y lanzando un suspiro continuó con los apresurados preparativos para la marcha.

No ha muchos años, la familia de Lope, de tres miembros en aquel entonces, se había apuntado voluntaria a repoblar aquellas tierras recién conquistadas a los sarracenos.

Antes de seguir, sé que es políticamente incorrecto usar la palabra «moro», queda mejor decir «mogrebí». Pero la primera es la que coloquialmente empleamos. El problema no está en la palabra sino en el tono con el que la usamos. Personalmente tengo un gran respeto por los musulmanes, ¿lo han notado en el capítulo anterior?

Volviendo a la historia. La política de los reyes astur-leoneses durante aquellos últimos ciento y pico años, había sido la de favorecer mediante privilegios, la colonización de los territorios arrebatados a los árabes, una vez que habían establecido un sistema de defensa para dichas tierras. El principio en el que se basaban, era muy simple. Se llamaba de *presura*. Según éste, las tierras que no eran de nadie, pertenecían al Rey, que las asignaba en ventajosas condiciones a los colonos. Muchos de éstos, pese a los riesgos que suponía

tener que vivir en la frontera, preferían desplazarse y así huir de una tierra muy dura y de unos amos, no menos duros.

A Lope le importaba muy poco que el otro gran beneficiario fuera la propia Monarquía. En efecto, el Reino astur-leonés era pobre de solemnidad y además, su población era realmente escasa. Encerrados y acorralados, al principio, en unas montañas poco fértiles, su economía se basaba fundamentalmente en la ganadería.

Hacia la mitad del siglo VIII, el primer Rey astur, Alfonso I, se había dedicado a realizar incursiones sobre las tierras del valle del Duero que se encontraban pobladas por los bereberes. Su propósito era defensivo: empujar a los musulmanes lo más lejos posible de su frontera. Sólo tomó algunas plazas, las más fáciles de defender, dado que no tenía ni recursos ni hombres para hacer otra cosa. Gracias a esta política y a los follones internos de sus enemigos en aquella época, el Duero, quedó despoblado.

Tuvieron que pasar unos cien años, para que reyes como Ordoño II y Alfonso III, empezaran a repoblarlo. Con ello se conseguían dos cosas: aumentar la riqueza del Reino, al ampliar y diversificar su base económica y, asimismo, extender las tierras sobre las que el monarca tenía una influencia directa.

La tarea no resultó fácil. Es imposible que cuatro gatos rellenen rápidamente un territorio amplio. Máxime, cuando problemas como sequía, plagas de langostas y enfermedades, incluyendo la peste, hacían mella sobre un país «subdesarrollado» con una población mal alimentada.

Los árabes también padecieron los mismos problemas, pero por contra, dado el grado de desarrollo de su sociedad, los soportaron mucho mejor. Pudieron importar alimentos del resto del mundo y en caso de plaga, los más ricos, emigrar a lugares no contaminados. Los cristianos, para su desgracia, vieron cómo se les moría gran parte de la gente, tanto en las zonas recién repobladas como en las más antiguas.

En capítulos anteriores ya hemos hablado de la idea de que las catástrofes se soportan «mejor» en las sociedades ricas que en las pobres. La Historia de este periodo, nos lo corrobora. Pero, y más importante, este hecho consolida la correspondencia entre Economía y supervivencia que dábamos en la definición. Es algo así como si dijéramos, cuanta más riqueza, más posibilidades existen de supervivencia. Creo que esta idea está bastante arraigada en nuestro subconsciente, lo cual, entre otros componentes de orden psicológico o material, pueden explicar ese afán por la búsqueda de la riqueza que ha caracterizado al género humano durante los últimos siete u ocho mil años.

Ahora que conocemos parte del marco histórico en el que se desenvolvía la familia Lope, sigamos con nuestra historia allá en las postrimerías del primer milenio.

—¡Acaba de recoger y vámonos! —le apremió Lope—. Ni que tuviéramos tantas cosas que llevarnos.

Mucho, mucho, que llevarse, no tenían. Una escasa vajilla de cuencos, escudillas y tazones de madera o de barro cocido, algunas ropas de abrigo de lana o de lino, unos pocos taburetes, los pequeños útiles y aperos de labranza, los animales (un par de lechones, una cabra y un buey), y todas las provisiones.

—¡El buey ya está atado al carro y he escondido los aperos más grandes! ¡Venga mujer, vente ya!

La res constituía la más preciosa de sus posesiones. Le había costado un dineral, pese a que era un buey viejo y de segunda mano. Los cuatro sueldos que había tenido que pagar por él, lo habían casi asfixiado en aquel último año. Y es que el dinero apenas se veía, por lo que comprar y vender cosas, era algo complicado.

Sus apuros financieros no impedían al bueno de Lope soñar con la compra de un caballo, modelo deportivo, o un mulo, 4x4, todo terreno. El que costaran entre treinta y cincuenta sueldos, le traía sin cuidado. Cuando uno sueña, puede permitirse el lujo de pensar en lo mejor.

—¿Qué pasará ahora? —se preguntaba Elvira subida en la frontal del carro, mientras echaban un último vistazo a sus tierras.

—No te preocupes, el moro acabará por irse —respondió para tranquilizarla su marido—. Ya verás cómo no tendremos que estar mucho tiempo fuera.

—Yo no quiero volver a nuestro pueblo —dijo lloriqueando la mujer.

Arriba, en su población natal, la vida los había tratado bastante mal. Habían sido siervos. En una economía, cuya agricultura proporcionaba manzanas, peras, castañas, higos y nueces, y en la que el trigo era escaso, los miembros menos favorecidos del pueblo las pasaban moradas para poder seguir adelante.

Elvira había tenido ya cinco hijos, que había ido viendo morir de pura debilidad. Malnutrida la madre, malnutridos los hijos, a la mínima que pillaban se les iban, sus defensas eran muy débiles para hacer frente a las enfermedades.

La desvinculación del Rey para los repobladores de las, entonces, recién conquistadas tierras, fue para la familia de Lope como una puerta abierta a la esperanza. El niño con el que bajaron, el único que había sobrevivido en el pueblo, iba haciéndose cada vez más robusto. Además, ahora tenía un hermanito, realmente rollizo. Me gustaría poder decir eso de «rollizo y sonrosado», pero es imposible hacerlo sin faltar gravemente a la verdad. Su madre tenía grabada dos ideas fijas en la mente: que los niños (y los adultos) debían comer todo lo que pudieran, y que el agua era seriamente dañina para la salud de los críos (y de la de los mayores).

Una pequeña acotación. Nací dos años después de que finalizaran en España los dieciséis años de racionamiento consecuencia de la Guerra Civil de 1936. Digo esto, porque recuerdo que una de las mayores obsesiones de mi madre durante mi infancia, y la de mis hermanos, fue que comiéramos y mucho. Para ella, el mejor índice de salud, era que estuviéramos «gorditos».

Cuarenta años después, aquella idea constituye una auténtica herejía alimentaria, de la que ella misma abjura. Mis padres siguen, de hecho, una dieta nutricional establecida por un médico. Pues bien, cada día que pasa, estoy más agradecido a mi madre por su obsesión para con la comida. Estoy firmemente convencido que los niños gordos viven más...

No es por llevar la contraria. Generaciones y generaciones de madres, se han desvivido por alimentar todo lo que pudieran a sus hijos, porque veían cómo morían los que no comían, y sobrevivían, la mayoría de los que lo hacían. Esto es real. En un mundo en el que la constante es el hambre, lo primero es comer todo lo que se pueda. En esta situación, hablar de dieta equilibrada suena a chiste.

Por supuesto, estoy a favor de una nutrición adecuada. Me encuentro en la edad típica de vigilar el colesterol y quemar grasas haciendo el ridículo, vistiéndome de corto para dar patadas a un balón o raquetazos a una bola.

Lo único que pretendo decir es que lo más importante es lo primero, alimentarse. Luego vendrá hablar de la «calidad» de esa alimentación. Para decirlo con números. Si comemos mucho y mal, podemos llegar a los 40-50 años. Si nos cuidamos (no sólo nutricionalmente), a casi los 80. Pero si apenas comemos, tendremos grandes posibilidades de no pasar de la infancia. Si usted fuera una madre africana de un país arrasado por la sequía y la guerra, y que no supiera si mañana podrían seguir comiendo, ¿se preocuparía por si la comida que les va a dar tiene exceso de grasas? Es por eso que digo que estoy tremendamente agradecido a mi madre por su obsesión de alimentarme.

El hecho de que Elvira y Lope supieran que al vivir en la frontera, en cualquier momento podía pasar lo que les estaba sucediendo ahora, no consolaba en absoluto a la buena mujer. Odiaba su pueblo natal, aunque en realidad, lo que odiaba era lo que éste le suponía: una vida dura y gris, trabajando para un amo rodeado de bellos y lujosos artículos que mandaba traer de muy lejos, mientras que ella apenas podía comprar en un mercado, sólo abastecido de productos de los campos de la contornada. Era pura utopía pensar en cosas como vestidos, chucherías o, cualquier otro producto elaborado por esos maestros artesanos, de los que oía hablar, pero cuyas obras jamás había visto.

Se decía que, en su día, el amo había comprado un maravilloso artefacto llamado reloj que servía para medir el tiempo, aunque las malas lenguas afirmaban que el dichoso aparato fallaba bastante.

«¡No sé dónde vamos a ir a parar con todas estas brujerías del demonio!» — había pensado Elvira. (El hombre llevaba casi mil años intentando medir el tiempo mediante aparatos. Hacia el año 850, un sacerdote inventó un reloj de pesas que sólo tenía un pequeño defecto: la pesa, a medida que iba deslizándose hacia abajo, cobraba velocidad debido, evidentemente, a la fuerza de la gravedad. Dada la tendencia de este reloj a correr cada vez más aprisa, había que corregir periódicamente la hora. Este pequeño inconveniente fue subsanado unos cuatrocientos y pico años después dando paso a los relojes de tictac, en los que una pieza, llamada escape, frenaba regularmente el avance.)

Elvira, con una sacudida de cabeza, desechó aquellos pensamientos que tan poco venían al cuento.

—¡Vámonos Lope! ¡Que sea lo que Dios quiera! —dijo, signo mitad de resignación y mitad de esperanza.

Para la familia de Lope, aquéllos iban a ser cuatro de los peores meses de su vida. Como millones de seres humanos, que huyendo de la batalla se arrastran por los caminos empujando sus pertenencias, avanzaban hacia las tierras altas con el corazón encogido por el miedo y la incertidumbre. Lo peor, lo que les pesaba como una losa, era que no sabían cómo encontrarían sus tierras y su casa a la vuelta. Si volvían.

No voy a detenerme en narrar las peripecias de tan angustioso viaje. Pienso que con el de Palb, Buop y resto de *neardenthales* es suficiente. Sin embargo, hay un libro, absolutamente bueno, que describe, hacia el principio del mismo, una situación algo semejante. Una familia medieval inglesa debe peregrinar en pleno invierno británico, durmiendo a la intemperie y con escasas provisiones, en busca de algún trabajo con el que subsistir. Tom Builder, el padre de esta familia, es un maestro albañil que debido a una serie de acontecimientos carece de los fondos suficientes para pasar el invierno, que como todos, apenas hay actividad en el ramo de la Construcción. Su meta es poder llegar a la primavera, en la que la renaciente actividad, alejará sus problemas económicos (de «supervivencia» bajo esas circunstancias).

Este libro es una novela corta, de unas mil páginas, que disfruté una a una, y lamenté que se acabarían. Por encima de aventuras, problemas situaciones límite, «buenos» y «malos», que constituyen la salsa de todo *best-seller* que se precie, el libro nos introduce en el *medievo* inglés, haciéndonoslo vivir con los propios personajes de la novela. Especialmente, me estoy refiriendo a la primera parte del libro, en la que domina el mencionado aspecto de la «supervivencia», a la que, precisamente, como estoy intentado demostrar desde el principio, la Economía se encuentra íntimamente ligada.

Antes de rasgarnos las vestiduras al leer el título del libro y el nombre del autor, pensemos que puede haber gente mucho más próxima a la propia realidad del hombre y su vida, que nosotros, encerrados en nuestros palacios de cristal y

bibliotecas, dedicándonos al estudio científico de un ente abstracto llamado Economía.

Creo, por contra, que la Economía es lo menos parecido a algo abstracto: es algo muy real e íntimamente asociado con el hombre.

Así que novelistas como Ken Follet, que son capaces de entrar a describir la naturaleza del hombre, lo que pasa por su mente y sus «buenas» o «malas» acciones e intenciones, pueden ser capaces de recrear en una novela como «Los pilares de la tierra», aspectos de la Economía que difícilmente vamos a encontrar en nuestros científicos, y por qué no decirlo, plomizos libros.

Bien, bajando de nuevo de las ramas por las que habitualmente me meto, cuatro meses habían pasado, y la familia de Lope, más famélica que nunca, contemplaba horrorizada lo que la *aceifa* (expedición guerrera contra las zonas cristianas) de Almanzor había supuesto para sus tierras y su casa.

—¡Dios mío! —exclamó Elvira estallando en sollozos a la vista de aquella desolación.

Los críos se unieron, por simpatía, al llanto de su madre. Lope tampoco fue capaz de detener las lágrimas que hacía tiempo pugnaban por salirse de los ojos.

No iban a acabar ahí sus problemas. Aún sin tiempo para reponerse de la conmoción, vieron venir un grupo de cinco jinetes.

A llegar junto a ellos, el guerrero que indudablemente ostentaba el mando, se les dirigió de no muy buenos modos.

—¿Quiénes sois? ¿Qué hacéis aquí en las tierras del conde?

—¿Cómo...? —exclamaron perplejos los Lope—. Debéis estar en un error, caballero. Éstas son nuestras tierras.

Aquellas palabras, las mismas que desde hacía días oía el guerrero, no le inmutaron. Miró en silencio durante un tiempo a los campesinos, y cuando respondió, no hubo emoción en su voz.

—Ya no. Recoged lo vuestro y seguidnos.

—Pero, pero... —la mirada del soldado cortó en seco su intento de protesta. Más abatidos que nunca, se pusieron en camino detrás de los cinco jinetes.

A la caída de la tarde llegaron a una especie de campamento. Una vez allí, los acompañantes les hicieron señas para que se detuvieran y aguardaran.

Desorientados y sin saber qué hacer ni qué decir, esperaron largo rato hasta que un hombre de porte orgulloso se les acercó. Se levantaron.

—Soy Pedro de Santyago, secretario del señor conde D. Alfonso. Me dicen que estabais en las tierras de mi señor y que afirmabais que eran vuestras.

—Así es, señor. Son nuestras porque el Rey nos las dio —dijo Elvira, asintiendo enérgicamente con la cabeza a la vez que le salían aquellas impulsivas palabras.

El secretario fulminó con la mirada a Lope. Un secretario condal no dialogaba con campesinos, y mucho menos atendía sus exigencias. Lo que ya se salía de castaño oscuro, era que una vulgar mujer osara dirigirle la palabra. Así que, una vez que vio en los ojos de Lope el efecto de temor deseado, le dijo con rudeza:

—Cuando se está ante un hombre de alcurnia hay que respetarlo, y hablar sólo si pregunta. Enseña a los tuyos a comportarse con mesura —hizo una nueva pausa en la que el temor se acrecentó en el rostro de Lope e hizo que le cambiara la cara a Elvira. Ya seguro de su sumisión, continuó.

»Estas tierras ya no son vuestras. Las abandonasteis. El Rey se las ha dado para su defensa a nuestro conde.

El corazón de Lope (y el de Elvira), latió más aprisa que nunca. Un nudo se le formó en el pecho produciéndole una presión casi insoportable. De sus músculos se apoderó una especie de hormigueo que hizo que sus piernas le fallaran. Medio tambaleándose, tuvo que apoyar una de sus manos en un asidero del carro para evitar caerse.

Elvira, de una pieza, ya no se atrevía al lanzar las miles de preguntas que se agolpaban en su cabeza.

—No obstante —continuó Pedro de Santyago, completamente seguro del resultado de la entrevista—, la generosidad del conde ha querido otorgar a los anteriores campesinos, el poder trabajar para él la tierra, según los usos y fueros del reino.

Aceptaron. ¿Qué otra cosa podían hacer?

Aquí termina lo que vamos a contar sobre Elvira y Lope. Salieron de la miseria de su vida en las montañas y acabaron como «siervos» de un conde. Fue un hecho que a medida que la frontera con los musulmanes iba bajando hacia el Sur, los «señores» se fueron apoderando de las concesiones que el Rey había otorgado a los colonos.

Por supuesto, no fue ésta la única manera de conseguir arrebatar territorios a sus anteriores propietarios, los campesinos. Poco nos importa el método que

utilizasen; pero el resultado fue que, también en la España cristiana, se fue imponiendo el modelo feudal de Economía, que en Europa, llevaba casi dos siglos de «moda».

Vuelve a ser buen momento para recapitular.

Si recordamos las páginas finales del capítulo dedicado a la crisis, comentábamos el hecho de que los bárbaros en realidad no acabaron con el modelo económico romano. De hecho, éste no desapareció en Bizancio. En otros lugares, especialmente costeros, logró renacer posteriormente gracias al restablecimiento del comercio marítimo. Mencionábamos el caso de Venecia. Sin embargo, el más importante foco lo constituyó la Francia merovingia, y especialmente su ciudad portuaria, Marsella.

El Mediterráneo, de nuevo, volvía a ser la autopista que unía el Mundo de aquel entonces. Incluso, hacia el final de esta época, Carlomagno consiguió reinstaurar el Imperio Romano, siendo coronado en la ciudad de Roma como Emperador por el Papa León III. Era el día de Navidad del año 800 (nuestra historia de Elvira y Lope es casi unos doscientos años posterior).

El Imperio Carolingio se empezó a desmoronar apenas nacido. Después de la muerte del segundo Emperador, Ludovico Pío, sus tres hijos se repartieron el Imperio de mutuo acuerdo, para luego pelearse entre ellos (de mutuo desacuerdo). Pero lo que nos interesa es que con la desaparición real, más que formal, de dicho Imperio, el modelo económico de la Antigüedad se vino abajo definitivamente, siendo substituido por el feudalismo como «nuevo » sistema político-económico-social.

No conviene caer en el error de pensar que la pelea de gallos de estos tres, fue la que provocó el nacimiento de la sociedad feudal en Europa; quizá fuera únicamente la gota que colmara el vaso. Tendremos que remontarnos unos años atrás para descubrir que entre las causas reales de la caída del Imperio carolingio, ¡qué curioso!, se encuentran las económicas. Carlomagno fue un guerrero y un mecenas de las Artes y las Ciencias, pero económicamente fue un desastre. No tenía dinero ni para pagar a sus funcionarios, que poco a poco se lo fueron montando para quedarse con los impuestos, que en buena ley, pertenecían al Estado.

Además, Carlomagno se encontró con un problema heredado, y es que los árabes habían cerrado el Mediterráneo, con lo que la renaciente actividad comercial del Sur de Francia, había caído en barrena. Por tal motivo, la única fuente de riqueza que restaba era la agricultura.

La situación fue deteriorándose progresivamente durante los siguientes años, con lo que el panorama distó de ser halagüeño. Desaparecido el poder del Estado, la vida en Europa se hizo muy difícil e insegura. Amplios territorios casi despoblados en los que las incursiones de rapiña de bandoleros y normandos, hacían que fueran asolados continua y fácilmente. Miseria e incierta existencia.

Por segunda vez en la Historia, el caos se había adueñado de aquella región. Así que, paulatinamente, los débiles fueron pidiendo protección a los fuertes a cambio de su sumisión y vasallaje. La sociedad feudal había nacido y se extendería de los siglos IX al XIII (palmo arriba, palmo abajo). Modelo de sociedad que, repitiendo lo dicho el capítulo quinto, no fue homogéneo para todos los países y regiones europeas.

De nuevo, la Historia sólo nos sirve de marco de referencia. El feudalismo es, en el fondo, una repetición 500 años más tarde, de lo ocurrido con la caída del Imperio Romano y la aparición de los *potentes*: destrucción del poder central, imperio de la fuerza bruta, señores con toda clase de privilegios y riquezas, campesinos fijados a la tierra como siervos, pérdida de influencia de las ciudades, desaparición del comercio (excepto el local), escasa circulación monetaria... En suma, un duplicado exacto de lo ocurrido a partir del siglo III, esto es, una economía doméstica sin mercados. ¡Todo un contraste con la rica sociedad musulmana del Sur!

Pero es que el feudalismo es también la historia de un fracaso de una parte de la Humanidad que, muy bien, podría no haberse producido. Constituyó un fenómeno anormal, como Henri Pirenne afirma en su obra «Las ciudades de la Edad Media». Para demostrarlo hace una comparación entre dos sociedades que existieron en la misma época y que diferían bastante entre sí.

Varegos

Los bizantinos le habían quemado los bigotes, y no metafóricamente. Su labio superior había sido lamido por una llamarada, de la que una sustancia pegajosa, se le adhirió justo debajo de la nariz y allí siguió ardiendo, incluso después de que se arrojara al agua preso de un agudo e intenso dolor. Había tenido suerte, fue uno de los mejor librados de su barcaza.

«Maldito fuego griego —pensaba Oleg cuando veía las cicatrices de su labio y nariz. Su bigote ya no existiría nunca más. En su lugar sólo había una desagradable piel lampiña, arrugada y multicolor. »

Ocurrió muchos años atrás, cuando Oleg, era todavía un joven y valiente guerrero que se había embarcado en la flotilla de Kiev, en el año 941. No recordaba muy bien las causas de aquella guerra. Pero sí, la facilidad con la que los bizantinos les derrotaron una vez más.

Los varegos, pueblo original al que pertenecía Oleg procedían de Escandinavia. Habían bajado navegando por los ríos Dvina, Nieman y Vístula, sometiendo a los pueblos eslavos, formando colonias (más bien plazas fortificadas llamadas *gorods*) para finalmente fundirse con los indígenas. Fueron éstos últimos quienes les llamaron *russ*, que significa remeros (otros piensan que proviene de la palabra griega *rhos*). Luego, siguieron bajando por el Volga y el Dniéper, dónde se establecieron en Kiev.

Fue inevitable que se toparan con los bizantinos. E inevitable fue que desearan, una vez deslumbrados por su esplendor, apoderarse de sus posesiones. La Historia se repetía por milésima vez. Un pueblo «bárbaro» (en el sentido de incivilizado), acostumbrado a guerrear y a conquistar, quiso hacerse por la fuerza con lo de otro. Pero esa vez, allá en mitad de los años 800, le salió mal. Como mal les salió también casi cien años después, en la expedición en la que participó Oleg. El Imperio bizantino era un hueso duro de roer. Su capital, de un millón de habitantes, era la más fuerte, culta y próspera de la cristiandad.

El resultado fue que los rusos acabaron siendo dominados por los bizantinos, aunque no de la forma habitual, sino cultural, artística, social, administrativa, económica y religiosamente. Las palabras que mejor lo definirían serían las de plenamente influenciados.

Visto que no podían hacerse con ellos, los rusos acabaron comerciando, que es otra manera de acceder a la riqueza de los otros, sólo que mucho más civilizada. Y no pararon ahí, sino que establecieron contactos comerciales con los mismos árabes.

Así pues, restañadas las heridas de la última guerra (unos cuantos muertos no deben impedir que el negocio se detenga), los rusos siguieron comerciando con pieles, miel (un producto de un gran éxito) y esclavos (desgraciadamente, también).

Ahora Oleg, entraba frecuentemente para realizar sus negocios en Constantinopla, en la que existía, digamos, todo un barrio ruso. Y rusos había por doquier, incluido en el propio ejército.

Bizancio le apasionaba y mareaba. Gente por todas partes, atareada en ir de aquí para allá, haciendo un millar de cosas diferentes que apenas entendía. Artesanos, comerciantes, estudiantes, profesionales,... viviendo y trabajando de una manera frenética. Una ciudad, en suma, superproductiva en la que Oleg tenía su pequeño nicho.

Si existe una manera apropiada de definir lo que pensaban los bizantinos de Oleg, al igual que de todos los suyos, bastaría decir que los tachaban de nuevos ricos. Mucha «pasta», pero bastante primitivos, de rudas maneras, y sin sentido de la buena compostura. Además, existía la cuestión de las creencias religiosas. Aunque recién convertidos o en camino de convertirse al cristianismo, su paganismo no había desaparecido del todo. Finalmente, había entre ellos otro abismo, se encontraban saliendo del analfabetismo (de hecho, tomaron una adaptación del alfabeto griego, ya que ellos no disponían de ninguno; fue obra de San Cirilo, evangelizador de los eslavos; de ahí la denominación de alfabeto cirílico). Pero eso sí, eran ricos. Muy ricos. Eran los amos de buena parte de la Rusia y Ucrania actuales. Y lo divertido del caso era que no estaban interesados en lo más mínimo, en eso de «poseer» la tierra.

Oleg no «dirigía» sus tierras. Tan siquiera era consciente de que fueran suyas. Simplemente quería sus productos. Y con ellos se hacía rico. Era un guerrero

que ocupaba un territorio; de él obtenía sus frutos y los comercializaba. Esto hacía que Oleg se abriera al mundo, en vez de permanecer encerrado en sus tierras como sus «iguales» los señores feudales occidentales. Su vida era el intercambio, y la suya era una sociedad comercial que no, una agrícola.

Kiev, Bizancio y Bagdad eran su segundo hogar. El primero, el *gorod* en el que nació, era como los muchos otros que existían por el país. Su nombre poco importa. Apenas vivía en él.

De todas estas ciudades, Bizancio, la ciudad que lo derrotó por las armas, ahora le abría los brazos. Porque le interesaba, por descontado. Pero a Oleg le daba igual que lo miraran con aires de superioridad. Su educación y modales, no eran lo suficientemente refinados como para entender las sutilezas de la *Jet-Set* bizantina. Le bastaba ser él mismo, como él quería ser y que le dejaran hacer negocios con ellos. Y eso sí, sabía hacerlos.

De Oleg nada más diremos. Su breve aparición en este libro es culpa del mencionado Henri Pirenne. A gente como esta, deberían prohibirle escribir libros tan buenos como «Las ciudades de la Edad Media». Cuando habla de que el feudalismo fue un fenómeno anormal lo hace mediante contraste: un Occidente aislado, autárquico y agrícola, debido a la desaparición del tráfico comercial (gracias a los árabes y a las otras circunstancias que mencionábamos antes), frente a una naciente Rusia, abierta, ciudadana y comercial.

Es tan cierto, que algún tiempo después, cuando Rusia no pudo seguir comerciando con árabes y bizantinos debido a la invasión de otro pueblo bárbaro, la sociedad rusa caminó hacia el feudalismo.

Los patzinak o pechenegos, un pueblo mongol nómada, se establecieron en el Norte del mar Negro, cortando las vías comerciales rusas hacia Constantinopla y Bagdad.

La producción rusa, al no poder seguir vendiéndose en el exterior, decayó y al igual que en Occidente, tan sólo tendió a cubrir las necesidades indispensables del feudo.

Una sociedad es más rica cuantas más necesidades de sus miembros es capaz de satisfacer. El feudalismo, es pues a la luz de este planteamiento, un fracaso. Algo que ocurrió no porque se deseara, sino como consecuencia de factores externos e internos.

Cuando exponíamos nuestra teoría sobre la crisis, apuntábamos cómo precisamente eran los factores internos los principales causantes de la misma. Lo ocurrido con el feudalismo tanto en Occidente como en Rusia, parece que nos lleve a pensar lo contrario (invasiones árabes, normandas,...). Y en cierto

modo es verdad. Pero sólo parcialmente, ya que no podemos decir que ni la Europa carolingia ni Rusia, fueran un modelo de Estado fuerte y cohesionado interiormente que proporcionara a sus miembros las bases adecuadas para el desarrollo normal de la actividad económica. Las circunstancias externas aceleraron su «evolución» hacia una sociedad localista y encerrada en sí misma. En Bizancio y en el Islam, la situación era diferente: en una misma época y en un mismo lugar (el Mediterráneo), ¿cómo es posible que a unos les vaya tan bien y a otros tan mal?

Pues bien, dando la vuelta a la línea argumental, curiosamente cuando Rusia se encontraba de camino hacia el feudalismo, en el otro lado de Europa empezaron a ocurrir acontecimientos magníficos. Las próximas siete historias cortas, pretenden que nos hagamos una idea de ellos.

Siete historias

1ª

Asomado a las almenas de la muralla, el obispo Adalbert contemplaba desde hacía rato, cómo el enemigo se retiraba llevándose a los heridos. Se sentía aliviado. Su «ciudad», su sede episcopal, se había salvado de aquellos malditos normandos.

«¡Que Dios me perdone —se dijo— por pensar esto.»

—Manda llamar a fray Damien —ordenó a un soldado.

Fray Damien, su secretario, no tardó apenas en presentarse ante el obispo. La sede, situada cerca de la costa Norte de Francia, tampoco era tan grande.

—¿Mandasteis llamar, Vuestra Ilustrísima? —preguntó a la vez que se inclinaba para besarle el anillo. La veneración que profesaba por aquel hombre se había convertido, gracias a la victoria de hoy, en una agradecida admiración. No en balde, los normandos eran el Terror con mayúsculas.

—Hemos tenido suerte esta vez, mi buen Damien —empezó diciendo el obispo—. Dime cómo se encuentra nuestra gente.

—Yo no hablaría de suerte, Vuestra Ilustrísima —contestó—. Las señales de alerta que ordenasteis, funcionaron muy bien. Los campesinos de la diócesis pudieron refugiarse a tiempo dentro de la sede; y las murallas, que no hace ni dos años, hicisteis reparar y fortalecer, han resistido admirablemente.

—Irás al infierno por adulator —cortó con una media sonrisa—. No se trata de que me hables de lo maravilloso que soy. Eso atenta contra la virtud de la humildad. Y a fe mía que se me hacía difícil evitar que el pecado de orgullo me invadiera a medida que te escuchaba. Te he llamado para otra cosa, para que

me informes cómo está la situación de los nuestros y cuál es el estado de la sede en general.

—Por lo que he visto, la gente está muy contenta y rayana a la euforia. Aunque, lamentablemente, hemos tenido varios muertos, casi todos campesinos. Iban desprotegidos y no saben luchar como los soldados. De éstos, creo que no ha muerto ninguno.

»La lucha ha sido muy desigual. Los nuestros estaban prevenidos; arriba en la muralla y detrás de las almenas, desde donde pudieron arrojar todo tipo de proyectiles a los normandos. Algunos de éstos lograron situar varias escaleras en la muralla por donde empezaron a trepar. Pero los nuestros consiguieron rechazarlos, echando abajo alguna de ellas y matando a los pocos que entraron. Precisamente en esas refriegas es donde más heridos y muertos hemos tenido. Por pocos que fueran los que escalaron la muralla, nos hicieron daño, pues esos malditos peleaban como demonios.

—Modera tu ardoroso lenguaje —interrumpió aquella crónica guerrera—. Encárgate de que reciban sepultura, tanto los unos como los otros. Preocúpate de los heridos y mira qué podemos hacer por ellos. Y una última cosa, prepárame cuanto antes un informe de todos los daños que ha sufrido la muralla y la propia sede. Hay que ponerse a repararlos ya.

Bajando de la muralla, el obispo se encontró con el capitán de sus soldados. Lo felicitó por el valor y la eficacia que habían demostrado sus hombres. Bendijo a aquel bruto mocetón, que emocionado se arrodillaba, y después de interesarse por el estado de los heridos, en realidad, ya atendidos por los monjes que entendían de curas, se dirigió a visitar su sede.

En los rostros de su gente, campesinos refugiados, artesanos, estudiantes, servidores, soldados, clero..., se denotaba el cariño que le profesaban. Vio alegría, vio alivio, vio admiración y vio el afecto, y por qué no decirlo, el amor que le tenían. Algunos, también, lo demostraban en voz alta dándole vivas. Su orgullo y humildad luchaban entre sí. Y era evidente quién de los dos iba ganando. Pidió, otra vez, perdón al Señor por ello y siguió caminando.

Se detenía a menudo para preguntar cómo estaban. Lo mismo, cuando alguna cosa fuera de lo normal llamaba su atención. Por tal motivo se detuvo al pie de la escalinata de entrada a la catedral, donde varios heridos eran atendidos por sus familiares y por monjes. Allí vio a un muchacho alto y fornido tendido en el suelo con la mitad de la cara abierta por un hacha vikinga. Apenas respiraba. Una mujer mayor, su madre sin duda, sollozaba espasmódicamente. El monje que lo atendía, al observar que el obispo miraba al herido, hizo una señal con la cabeza, un imperceptible movimiento horizontal de izquierda a derecha. Entonces el obispo lloró. Subió los escalones y entró en la catedral para orar a solas.

Mientras los labios pronunciaban sus oraciones, su mente daba gracias a Dios por lo de hoy y también por lo bien que les iban las cosas. Buenas cosechas, favorecidas por las abundantes lluvias. Su gente, y principalmente los

campesinos ya no pasaban penurias. El mercado de productos del campo estaba cada semana más animado, lo que, además, proporcionaba buenos ingresos a la sede. Era consciente que en comparación con lo que ocurría en otros lados, los suyos gozaban de una vida y de unos privilegios muy elevados. ¡Qué así continuara!

Su sede no era una ciudad propiamente dicha, apenas si existían entonces. Toda ella giraba en torno a una organización que estaba encaminada a los servicios de la diócesis. Aunque en caso de necesidad, como hemos visto, estas sedes actuaban como fortalezas.

Por lo general todas ellas, y la de Adalbert en particular, gozaban de una administración benigna y beneficiosa para sus miembros, desde el campesinado a los hombres libres que la habitaban, tanto en la propia sede como en la diócesis. Adalbert no podía saber que con el tiempo, sedes como aquellas llegarían a convertirse en auténticas ciudades. Y para ello, ya no faltaba mucho tiempo.

2ª

Renaud des Champeaux era conde. Macizo y fortachón, las cicatrices de su rostro denotaban las muchas lides que había tenido que afrontar en su no muy dilatada existencia. Y la verdad es que estaba más que hartos. Harto de saqueadores —fueran piratas normandos, otros señores vecinos o bandoleros—, hartos de refriegas, hartos de desórdenes en su condado, hartos de injusticias y hartos de no tener nunca un duro. Así que había tomado una decisión: iba a sentar la cabeza y poner un poco de orden en su vida y en sus tierras.

Su ímpetu juvenil, que le exigió una vida plena de aventuras, había ido cambiando hacia una personalidad más reflexiva y responsable. Antes despreciaba a sus siervos de la gleba. Le disgustaba su villanía, consideraba como una vileza sus exigencias de una mayor seguridad y unas mejores condiciones de vida. Había ahorcado sin miramientos a los cabecillas que osaron plantarle cara. Y no una única vez.

Pero ahora, algo había cambiado en su interior. No es que se hubiera reblandecido. Volvería a aplicar las mismas medidas si fuera necesario. Era algo en su interior. Había tomado conciencia de su responsabilidad. Aquellas tierras, aquellos hombres, estaban íntimamente ligadas a él. De él dependían y si él les fallaba... Y sin embargo, tampoco era eso lo que le producía la desazón.

«Déjate de pensar tonterías y ponte a hacer lo que tienes que hacer —se dijo cortando el rumbo de unos pensamientos cuya solución se le escapaba.»

(Podríamos aclarárselo diciéndole que su fuerte personalidad de líder había evolucionado de una juvenil «conquistemos el mundo» a otra más madura de «construyamos nuestro mundo».)

Su vida había cambiado desde entonces. Ya no fastidiaba a sus vecinos ni se peleaba con ellos por los eternos problemas de lindes, competencias y derechos. Antes bien, los visitaba o los invitaba a visitarle, negociaba y acababa consiguiendo un pacto satisfactorio para ambas partes.

Recorría más a menudo sus tierras, veía sus problemas y tomaba decisiones sobre el terreno. Mandaba construir una pequeña presa aquí, un molino de agua allá. Dio orden de que se aplicara el sistema de barbecho que había observado, y del que se había informado, en el viaje que tuvo que hacer para renovar, ante el nuevo Rey, su vasallaje a la Corona. Era una cuestión protocolaria más que nada, ya que los lazos de vasallaje entre el Rey y los señores feudales eran bastante débiles.

Incluso se empeñó en aprender a leer y a escribir, lo que causó una honda impresión (y preocupación) entre sus guerreros más allegados. Renaud, que notó inmediatamente su recelo, montó una justa «deportiva», en la que aporreó sin miramientos a sus hombres. Éstos, baldados y magullados, se fueron felices a dormir después de comprobar que su señor seguía igual de bruto que siempre.

Como el sistema de barbecho empezó a funcionarle francamente bien, su interés por toda nueva técnica agrícola se avivó. Viajó durante un tiempo y copió, en plan japonés, todo lo que le pareció interesante.

«Por todos lados se están haciendo cosas nuevas — reflexionaba—. No pienso quedarme atrás.»

Se trajo herreros y artesanos que dedicó a confeccionar herraduras y arados con ruedas, colleras rígidas para el tiro de los animales. Todo ello sin pagar ni un duro en *royalties*.

Sin embargo su mayor preocupación era la defensa de sus tierras y el orden interno.

Mandó construir, a tal efecto, nuevos *burgos* que eran castillos defensivos situados estratégicamente. (Para hacernos una idea más exacta de lo que eran y el papel que representaban habría que decir que eran lo mismo que los «fuertes» de las películas del Oeste, una empalizada de madera o adobe en cuyo interior se encontraba un destacamento militar. Quizá la única diferencia con los *burgos* fueran sus muros de piedra y su castillo.)

Aquellos *burgos*, no eran ciudades como no lo fueron los «fuertes », sino un puesto defensivo militar y en el que, en caso de alarma, la población civil podía refugiarse (lo mismo que en las películas). Renaud no podía saber que con el tiempo, *burgos* como aquellos llegarían a convertirse en auténticas ciudades. Y para ello, ya no faltaba mucho tiempo.

Las dos naves se habían embestido cual dos carneros en celo. Incluso el «crashhh» que se oyó cuando entraron en contacto sonó parecido. Garfios que volaban, lanzazos, flechazos, hombres saltando al abordaje, cuchilladas, dentelladas, sangre, cuerpos arrojados por la borda, patadas, puñetazos, hachazos, estocadas...

Finalmente unos se rindieron y fueron hechos prisioneros, se podía obtener un buen rescate por ellos. Los otros, contentos por la victoria, por seguir con vida y por el botín, se dedicaron a saquear la nave veneciana.

El capitán del barco genovés les dejaba hacer. Luego ya harían partes. Umberto, pues ése era su nombre, no era pirata, sino capitán de un navío mercante. Tampoco la nave veneciana era pirata, sino también mercante.

El que ambas fueran armadas hasta los dientes no debe confundirnos. Perteneían a dos honradas y pacíficas empresas mercantiles que aplicaban modernas técnicas comerciales para hacerse con una posición de predominio en el mercado.

Umberto había empezado como simple marinero, cosa rara entre los de su condición. Poco menos que escapando de la tutela de sus padres, se había alistado voluntario en la expedición que iba a llevar provisiones y material a los cruzados que estaban a punto de asaltar Jerusalén.

Pese a su juventud, sus padres no pudieron evitar que se enrolara. Tampoco estaría bien visto. Así que, encomendaron el cuidado de su hijo a su amigo Maese Rinaldo, uno de los comerciantes que también se habían apuntado (con el fin de vigilar de cerca su negocio, todo sea dicho).

Después de una travesía normal arribaron a Jaffa (actualmente Tel-Aviv o Yafo —según quien la pronuncie—), donde Umberto, emocionado ante la vista de los caballeros y sus estandartes blasonados por la cruz, quiso unirse a la huestes de Godofredo de Bouillon.

Maese Rinaldo, que se lo olía, tuvo unos razonamientos con Umberto. Las suaves, mesuradas y sensatas palabras de Maese Rinaldo, difícilmente convencerían a ningún muchacho de abandonar sus sueños de aventura y gloria. Pero sus ojos, sí.

Umberto apenas habló como no fuera para asentir repetidamente: «Sí, sire. Sí, sire...». Su mirada no pudo despegarse de la de Maese Rinaldo, ni su mente apartarse de sus cadenciosas palabras.

Umberto siguió de marinero y no pudo entrar triunfante en la liberación de la Ciudad Santa. Y sin embargo Maese Rinaldo no le dijo nada que no le hubieran dicho sus padres. Fue cuestión de esa fuerte autoridad que emana de los hombres acostumbrados a mandar, y que el propio Umberto adquirió para, luego, ir mejorándola y acrecentándola con el paso de los años.

Por cierto, nunca supo si tomó la decisión acertada: la gloria del triunfo en la lucha por unos ideales o la riqueza del triunfo en los negocios. Honrado consigo mismo como era, jamás se atrevió a darse una respuesta a esta pregunta.

Lo bien cierto es que a raíz de la expedición genovesa a Jaffa y de la posterior veneciana, de ciento veinte naves, con destino a Haifa, el Mediterráneo volvió a abrirse para la Europa Meridional. Los musulmanes dejaron de dominarlo para siempre.

Y también es cierto que a partir de esa primera cruzada, Venecia, Génova y Pisa rivalizarían entre sí, incluso por las armas, para conseguir la mayor porción del comercio marítimo.

Pasarían los años y los reinos latinos de Oriente, incluido el de Jerusalén, fueron cayendo y volviendo a manos sarracenas. Los efectos políticos de las cruzadas acabaron por desvanecerse. En cambio la reapertura del Mediterráneo tuvo una beneficiosa y perdurable consecuencia para los cristianos. (No, desde luego que no, para los musulmanes.)

4ª

¡Libre! Era un campesino libre. Guillaume no lo habría dicho así, pues no entendía muy bien lo que quería decir. Lo que sí que sabía era que iba a poder trabajar unas tierras que le había encomendado su nuevo señor (o ¿ya no había que llamarle de ese modo?) y que podría largarse de allí cuando quisiera. O sea, vamos... si las cosas no le salían bien. Pero, ¿por qué iban a salir mal?

De todos modos, aunque no acabara de encajar en sus esquemas mentales, la idea le gustaba. Su padre tendría que vivir siempre en el mismo sitio. Era un siervo de la gleba. Si quisiera marcharse tendría que atreverse a pedir permiso al señor marqués. ¡Bueno!, mejor ni pensarlo. Aunque bien mirado, ¿para que iba a querer su padre abandonar las tierras que cultivaba?

Desde pequeño, Guillaume recordaba que la vida les había tratado bien. Algún que otro año apurado a causa de la mala cosecha, pero en general, siempre fue buena y abundante. Por lo demás, su padre, Médard, en vista de que vendía sin dificultad sus excedentes (lo que le sobraba después de entregar al señor marqués lo pactado y apartar lo necesario para la próxima siembra y para su sustento), había hablado con el amo con el fin de pedirle permiso para roturar unas tierras que, llenas de rastrojos, estaban situadas al pie de la colina que delimitaba su parcela. El marqués dio el visto bueno encantado (le tocaba su cuota de lo que allí se produjera).

Guillaume rememoró el mucho tiempo que costó a su familia preparar aquellas tierras para el cultivo. Pero aún así fue hermoso. Es una sensación difícil de

explicar para quien no sea campesino lo que significa moldear nuevas tierras para cultivarlas.

Siete hermanos seguían vivos. Tan solo dos murieron, un bebé que unas fiebres se llevaron y una pequeña que se ahogó. Eran muchas bocas que alimentar y sin embargo sus padres lo lograron.

No obstante, Médard, que había estado haciendo cálculos, los reunió un día y les habló. Ciertamente fue de una forma poco coherente. Médard no era un hombre de fácil palabra ni de largos discursos, pero sí de firmes determinaciones. Así que no las reproduciremos, contentémonos con saber que les comunicó que el mayoral y el segundo se quedarían, pues habría tierra para ellos y para sus futuras familias. Las tres chicas, también, pues ya había apalabrado su matrimonio. Pero los dos pequeños tendrían que buscarse la vida por ellos mismos.

Guillaume, que se encontraba dentro de esta última categoría, tuvo que recoger sus bártulos y las pocas monedas que su padre le dio, y, junto con su hermano pequeño, abandonar el techo familiar. No hubo problema por parte del señor marqués. Una vez asegurado que continuarían los dos mayores, el que se le fueran los otros dos no pareció preocuparle, puesto que la natalidad era abundante, la gente sana y si hiciera falta, siempre podría recurrir a los muchos que aparecían constantemente preguntando por algún trabajo que hacer. La verdad es que había brazos por doquier. Y aunque tuviera que roturar nuevas tierras, la mano de obra no sería ningún problema. Se volvió por tanto más liberal con el tema de la servidumbre y no le hacía ascos a contratar a algún que otro campesino libre.

Quizá Guillaume hubiera podido quedarse, pero ni se le ocurrió. Partió con su hermano y al cabo de seis meses de recorrer mundo, y hacer pequeños trabajos, encontraron un sitio que les gustó. Fue en una pequeña ciudad. Él se enamoró de la tierra y de una muchacha (quizá el orden sea el inverso), llamada Turenne. Su hermano lo hizo de la milicia. Deslumbrado por los soldados y por las palabras llenas de promesas de aventuras del reclutador, se alistó como hombre de armas.

Ahora era un campesino libre. Su futuro sería feliz. Ocuparía un terreno que el señor del lugar le asignaría. Pediría prestado algo de dinero, (que empezaba a circular con cierta alegría). Cultivaría. Se construiría una casa en la ciudad, donde después de la boda con Turenne, se instalaría a vivir con ella. Vendería bien sus cosechas y empezaría a tener dinero y a manejarlo. Tendría muchos hijos. Y finalmente, un día decidiría comprar la tierra que trabajaba.

Y no sería una excepción. Muchos otros como él harían lo mismo. Liberada de la servidumbre y del hambre gracias a la bonanza, la sociedad feudal empezaba a cambiar.

Marie (la) *Posadera* era todavía una mujer atractiva. Figura garbosa, de proporciones abundantes, pero en su justa medida, piernas largas, caderas amplias y redondeadas, cintura casi plana y busto que llenaba su blusa blanca, rebasándola por arriba en cuanto se movía o se agachaba (para delicia de sus parroquianos). Rubia, lo que disimulaba las canas que sus cuarenta y pocos años le producían, de piel rojiza y ojos azules. Conjunto que delataba sus orígenes nórdicos. Además era «fina». Una mujer de armas tomar.

Se había quedado viuda antes de los treinta. Su marido, Guy, murió a causa del vino. Pero no se equivoquen. Fue al descargar tres enormes toneles que le vendieron. Al aflojar las cuerdas que los sujetaban al carro, uno de los dos de abajo se deslizó hacia donde estaba Guy, quien, en vez de saltar de lado tan rápido como pudiese, apoyó sus manos en el tonel que se le venía encima, con vana la esperanza de evitar tan sensible pérdida. El tonel ni se inmutó, y siguió deslizándose poquito a poquito hasta que cayó al suelo, justo encima de las piernas del posadero. Pero no le mató. Lo hizo el tercer tonel, el de arriba, que siguiendo el mismo derrotero que su predecesor, aplastó su cabeza en un rebote, para seguir incontenible calle abajo.

Marie tuvo, a partir de entonces, que hacer tres cosas, acabar de criar a sus hijos, hacerse cargo de la posada y cuidarse de sus clientes, lo que conseguía gracias a su buen tamaño, agilidad en el verbo y rapidez de manos. Dos frases mordaces de ella cortaban cualquier intento de aproximación de los incautos que no la conocían, a quienes su recién descubierta viudez, les daba pie a pensar quién sabe qué cosas. Si el intento de aproximación incluía expediciones manuales, entonces la respuesta pasaba de las palabras a los hechos. Hubo una vez un bruto, de los que iban de aldea en aldea vendiendo lo que pudieran, que había intentado alcanzar sus pechos justo en el momento en que Marie se agachaba para servirle un estofado. Acabó con el caldero como sombrero y con la cara escaldada. En otra ocasión, un apuesto y gallardo petimetre, perdió varios dientes a consecuencia del golpe que la posadera le propinó con la pierna de cordero que el irresistible galán había pedido de cena.

Pero estos gajes del oficio no perjudicaban la marcha de su negocio. Antes al contrario le daban una buena imagen, no desprovista de un cierto morbo.

Marie tenía su posada en *Bourg-Neuf* que estaba situado a un tiro de piedra del castillo (o burgo como se llamaba entonces). Con él compartía el río que las bañaba. Desde tiempos inmemoriales (ya los romanos estuvieron en aquel mismo sitio) había sido una zona de tránsito. Por allí pasaban ejércitos invasores o defensores, bandidos y en tiempos de paz, mercancías que se hacían acompañar de sus propietarios. No era de extrañar que en un sitio tan frecuentado y de tan fácil acceso como aquella comarca, se buscara un emplazamiento defensivo, fuera contra invasores o bandidos. Pero también se necesitaba para los viajeros un lugar seguro de descanso, donde permanecer reponiendo fuerzas por algún breve tiempo.

Y claro, el castillo era pequeño y estaba ocupado (y no parece que sus moradores estuvieran dispuestos a hacer sitio a los mercaderes). Así que, éstos construyeron, en el mismo lado del río y un poco más abajo del burgo, una empalizada. En ella podían reposar, y dejar su género, en una especie almacén provisional. Marie no conoció aquella valla, pero sí había oído contar a su madre cómo ésta fue cambiada por una auténtica muralla de piedra. Y es que el negocio marchaba. Mucha gente pasaba por allí, de Norte a Sur y de Este a Oeste. Así que algunos, como los padres de Marie, se quedaron en *Bourg-Neuf* y empezaron a atender a los transeúntes: comida, posada, collas de carga y descarga, herrerías, talleres de confección y reparación de ruedas y carros, ropas, etc. El almacenaje, asimismo, tomó nuevas orientaciones. Ya no sólo era de paso, sino que algunos locales sirvieron como punto de aprovisionamiento para la propia comarca.

A pesar de la proximidad del castillo, *Bourg-Neuf* se había visto amenazada en varias ocasiones por hordas de bandidos, para los que la empalizada era una mera cuestión de trámite. Así que hubo que construir la muralla y con ella, *Bourg-Neuf* pudo considerarse una verdadera ciudad. Así lo reclamó y así se le concedió (escudo de armas incluido). Y es que los tiempos, todavía eran peligrosos.

Los clientes de Marie procedían de todos lados. Conocía lombardos, flamencos, francos, germanos, normandos (en son de paz)... Todos ellos con una característica en común: viajaban en grupos fuertemente armados (las *hermandades* o *compañías* latinas, o bien las *hansas* germánicas). A Marie le contaban cómo se asociaban tanto en la compra del género como en su defensa durante el viaje, para finalmente repartirse sus ganancias.

Las confianzas de cuánto llegaban a ganar, escandalizaba a la buena mujer. Ella que era honrada y pedía por su comida y posada precios justos, como así exigía la Iglesia, pensaba que aquellos facinerosos irían todos al infierno. En una ocasión soltó toda una serie de improperios cuando se enteró por un comerciante flamenco, cuánto costaban en origen aquellos paños que días atrás, compró encaprichada a un compatriota del confidente.

Y lo cierto era que, a pesar de los peligros del viaje, las posibilidades de ganancia eran enormes. Cuanto más lejos del lugar donde se producía el artículo, se pudiera vender, más precio se podía obtener. A Marie, que estaba acostumbrada al dinero del más variopinto origen, veneciano, carolingio, flamenco, árabe o bizantino (estas dos últimas eran las monedas-patrón del mundo medieval) le habían llegado a pagar con monedas rarísimas como las rusas. ¡La de vueltas que estaban dando hombres, género y dinero! ¡Qué contraste con lo que ocurría en vida de sus padres y abuelos! Unos aventureros (incluso algunos de ellos, como bien conocía Marie, habían dado comienzo a su capital como desarraigados, proscritos y bandoleros) estaban cambiando poco a poco, pero día a día, el mundo que conocía Marie: su *Bourg-Neuf*, su ciudad. Pero también el Mundo con mayúsculas: sus ciudades, sus campos, su concepción de los negocios y de cómo vivir la vida...

Pero ¿qué no podía esperarse de unos tiempos como éstos? ¿Acaso no estaba viendo Marie, cómo sentados en la misma mesa dos hombres, uno veneciano y otro flamenco, estaban charlando animadamente? ¿Qué no estarían trajinando y discutiendo estos dos? ¿Y aquellos otros cuatro del rincón, compartiendo sus experiencias y consejos?... Marie no podía saber que con el tiempo, *Bourg-Neuf* acabaría por engullir al viejo burgo, al castillo. Y para ello ya no faltaba mucho tiempo.

6ª

La comitiva de ciudadanos fue en procesión, nunca mejor dicho, a la Catedral. Deseaban exponer a su pastor espiritual la necesidad de construir una iglesia, pues con sólo un local de culto, pequeño y alejado, los servicios no daban abasto para cubrir las necesidades de toda la población.

En su presencia, insistieron en lo de «toda» la población. Ellos no por vivir en la parte nueva, tenían menos derecho que los que moraban en la vieja. Además, tenían dinero. Más que los otros.

El obispo se sorprendió de la excitación y vehemencia con que hablaron, cuando en realidad, lo que venían a pedir, le parecía magnífico. Así que los tranquilizó, y les dijo que se pondría en ello.

En efecto, no mucho tiempo después, se aprobaron los planos y dieron comienzo las obras. El dinero, aparte del que suministró el obispo, fue aportado más que generosamente por la ciudadanía, gracias a su fervor (y según se decía, al deseo de los comerciantes de hacerse perdonar sus continuas transgresiones a la doctrina de la Iglesia sobre la obligación de pedir un «precio justo»).

Así que fueron apareciendo canteros, albañiles, carpinteros, herreros... Más gente significó más necesidades a cubrir: tenían que comer, vivir en algún sitio (alquilado o hacerse la casa), alguna ropa necesitarían... Hubo, pues, más actividad económica, lo que benefició a la villa en su conjunto.

Acabada la iglesia, algunos de los que allí aparecieron, allí se quedaron (siempre había otras obras que hacer en la ciudad). Otros se marcharon (siempre había otros lugares donde construir catedrales e iglesias).

Y poco a poco, en la Europa cristiana occidental, fueron alzándose esas maravillas arquitectónicas; románicas primero, y góticas acto seguido, que todavía hoy, nos dejan con la boca abierta (a mí, por lo menos).

Bien, no voy a extenderme más en esta mini-historia. Es muchísimo mejor que lean el citado libro de Ken Follet: «Los pilares de la tierra», en el que se expone de una manera clara y amena lo que va sucediendo, paso a paso, en una población que comienza a edificar su catedral; y cómo contribuye dicha construcción a aumentar la riqueza de una comunidad. Estoy más que

convencido que, sumergidos en la vida y aventuras de sus personajes, podremos entender mucho mejor alguno de los aspectos de la «Economía Real», la que, día a día, se desenvuelve ante nuestros ojos. (Por cierto, ése era el título original de este libro, pero familiares y amigos a los que se lo comenté, coincidieron unánimemente en que era un plomo de título, así que lo cambié por otro más marketiniano.)

Finalmente, puede que esta cortísima historia les suene a algo ya leído. Efectivamente, hemos tocado el tema en el capítulo «Ciudad, escritura y mercancías...». Si insisto, es porque quiero resaltar una idea: unos hombres se ponen a «construir» (o a hacer, o ...) una cosa y de repente, un algo que parece más bien un gasto, relanza la actividad económica de una colectividad en conjunto.

7ª

Luca (el) *Joven* llevaba tres meses en la Universidad de Bolonia y se sentía obnubilado (un poco antes no se le habría ocurrido usar una expresión tan cursi, pero cuando uno se encontraba en un ambiente selecto de por sí, debía emplear un vocabulario más al uso). Bueno, decíamos que Luca después de su primer trimestre en Bolonia, seguía alelado.

La riqueza intelectual, la profundidad de los pensamientos, la cantidad de conocimientos, la abundancia de libros, la elocuencia de los profesores, el nivel de las conversaciones..., deslumbraban a un Luca que, si bien era amante del estudio y de los libros, jamás llegó a pensar que una universidad fuera así.

Precisamente, fue ese amor el culpable de que ahora estuviera en Bolonia. Siendo un mozuelo, los que más peso tenían dentro de su villa decidieron que sería conveniente establecer un centro donde enseñar a sus hijos a leer, a escribir y llevar cuentas. Pensaban imitar las escuelas básicas que empezaban a ser habituales en muchas ciudades. (Aquellas primeros centros laicos no proporcionaban ningún Master en Economía, ¡pero qué papel desempeñaron!)

Entre los que más movieron el cotarro para conseguir su establecimiento, estaba el propio padre de Luca, también llamado Luca y por eso apodado el *Viejo*, quien consideraba que tales enseñanzas básicas serían una poderosa arma en manos de su hijo cuando tuviera que hacerse cargo de los negocios de la familia. (No estaba dispuesto a que volviera a ocurrirle a su hijo Luca lo mismo que a él: perder más de una buena oportunidad, salir timado o meterse en algún mal lío, por no saber entender los cuatro garabatos que «el otro» le presentaba para que «firmara».)

El propio padre de Luca, en compañía un par de representantes de los demás gremios de la comunidad, fue quien se encargó de la contratación del maestro, un milanés de aspecto distante y seco.

Este hecho, junto al carácter laico de la escuela próxima a inaugurar, trajo consigo una cierta tirantez con el deán, que se arregló con una solución de compromiso: el maestro enseñaría las letras y los números, pero los padres estarían encantados (¡de verdad!) que la Iglesia proporcionara en la escuela, una formación religiosa a sus hijos.

Al cabo de un tiempo de iniciadas las clases, Luca *Joven* tomó cariño al maestro, pues si bien con los demás niños aplicaba la tradicional política dura de enseñanza, («la letra con sangre entra»), con él se portaba siempre de un modo afable e incluso lisonjero. El maestro, después de las primeras semanas, había visto que tenía madera. En toda su vida nunca había conocido a un muchacho que aprendiera tanto y tan rápido. Pronto se convirtió en el primero de la clase.

Un día se presentó en casa de Luca *Viejo*.

—Vuestro hijo —le dijo después de los saludos y plácemes de rigor— tiene muy buena cabeza para las letras y los números. Todo lo que tenía que enseñarle, ya lo ha aprendido.

Ni que decir de la alegría y del orgullo que estas palabras le causaron. Nada mejor para un padre que le hablen bien de su hijo. Pero, «¿qué debía hacer? —se preguntó—. ¡Ya está! Hablaré con el deán.»

Ni corto ni perezoso, se dirigió aquel mismo día a la iglesia. El deán, escuchó con interés al padre de Luca.

—Estoy de acuerdo con el maestro —respondió—. También yo me he dado cuenta. Había pensado hablar con los monjes para que le dejaran leer alguno de los libros que poseen. Creo que será una buena idea para el chico, y ya que venís a hablarme de las posibilidades de vuestro hijo me ahorráis tener que ir a pedirlo permiso.

Así lo acordaron. El deán pensaba que sería muy aconsejable «fichar» para la iglesia una buena cabeza. Al padre no le disgustaba, en modo alguno, esta posibilidad. El único discrepante fue el propio muchacho, que aunque piadoso, no le iba el sacerdocio.

No importó. El deán, empero, dialogó con los monjes para que le permitieran tener acceso a libros que fueran adecuados para Luca *Joven*. Éstos aceptaron de buena gana. Simplemente pusieron un requisito, que trabajara como copista en la pequeña biblioteca; no había muchos que supieran escribir. La condición era justa, y las partes estuvieron de acuerdo.

Pasaron unos pocos años. Luca *Joven* fue prosperando intelectualmente a pasos agigantados para deleite de cuantos tenían la oportunidad de discutir con él sobre artes y filosofía. Llegó, pues, un momento en el que hubo que decidir qué haría a continuación.

Padre, deán y obispo, su último mentor, llegaron a la conclusión de que lo mejor sería enviarle a estudiar a la universidad de Bolonia. Y aquí lo tenemos ahora, en una universidad que contaba con facultades de Medicina, Filosofía (supeditada a la Teología), Derecho y Artes. (Según se decía, había sido fundada por los míticos romanos poco antes de la caída de su Imperio.)

Luca *Joven* escogió Artes, que era un paso previo para Derecho y Medicina, aunque se apuntó también a Filosofía para matar el gusanillo de su afición. Pronto comprobó con desagrado, que era demasiado; y más para un novato. Por mucha cabeza que se tuviera, nadie era capaz de adquirir todo el conocimiento humano. Aquella sobrecarga instantánea que se le vino encima al llegar, fue otra de las causas de su estado de desconcierto inicial.

Por descontado, fue adquiriendo experiencia y acabó no sólo superándolo, sino que se adaptó a las mil maravillas a aquel ambiente, logrando, en primer lugar, un hermoso diploma de bachiller en Artes y, luego, de licenciado en Derecho. No hizo el «Master» (magisterio) ni el doctorado. Llegó un día en que se dio cuenta que se había pasado toda su vida entre libros y que ya estaba bien. Tenía que hacer muchas otras cosas en su vida.

Ese fue el paso de Luca *Joven* por una universidad, que casi cien años después llegaría a contar con ¡doce mil alumnos! (Y eso que estamos hablando de un mundo en el que dominaba el analfabetismo; de una cultura en la que imperaba la espada; en la que el desarrollo matemático se veía seriamente obstaculizado por un absurdo sistema numérico, aunque ya un loco se había empeñado en que todo el mundo usara la numeración «arábiga»; y que, como quien dice, por no haber, no se había inventado ni la pólvora. Miento, los chinos ya hacían sus pinitos desde principios del siglo X. Causa una cierta desazón comprobar la rapidez con que se extendió el uso de la misma, en comparación con lo que tardó en adoptarse la numeración «árabe». De hecho, hoy en día, todos los países conocen el uso de la pólvora, pero sigue sin existir un alfabeto universal).

Retomemos el hilo y no nos pongamos pesimistas. En aquella brumosa era, había renacido la práctica del estudio. Muy poquitos años faltaban para que surgieran las figuras de Alberto Magno y Tomás de Aquino. Merecerá la pena que hablemos, al menos, del primero.

San Alberto Magno, elevado a los altares en este siglo, fue una figura clave para el desarrollo de la institución académica. Dominaba el latín, griego y árabe, sabía de astronomía, teología, filosofía, física, mecánica y química (había estudiado libros prohibidos de árabes y judíos). Se le llamaba, y no sin razón, *doctor universalis*, que podríamos traducirlo por *el que más sabe de todo*. Su apodo, Magno, significa grande: Alejandro Magno, Carlomagno y Alberto Magno. Está bien variar por una vez, y dar el apodo de Grande a un sabio en vez de a un conquistador.

Fue un aristotélico, (a la sazón prohibido por entonces y recuperado gracias a él y a su discípulo, Tomás de Aquino), que sentó las bases del estudio científico. Propugnó el empleo de la razón y de la experimentación para

explicar las causas naturales: ¡ya estaba bien de tanto misterio, oscurantismo y mito! Representó, pues, una auténtica innovación revolucionaria en el modo que debía seguir cualquier aproximación a una realidad a estudiar.

No es de extrañar, pues, que levantara más de una polvareda y más de una agria controversia al enfrentarse a los sistemas «tradicionales » de conocimiento.

A partir de ambas figuras, Europa va a comenzar a dar paso a la razón como medio de explicar las causas naturales. Después de varios siglos en los que la sociedad occidental nada había aportado al fondo de conocimientos de la Humanidad, incluso había perdido muchos, iba a comenzar a recuperarlos y a ampliarlos; y así, hasta ahora.

Siete historias imaginarias que, como es habitual, han intentado proporcionarnos una visión de lo que ocurría durante el periodo en el que el feudalismo se encontraba en su punto culminante. Precisamente, cuando peor era la situación, empiezan a aparecer toda una serie de indicios que nos muestran cómo la recuperación había dado comienzo.

Si comparamos estas historias con las del capítulo dedicado a la crisis, vemos cómo son exactamente las contrarias:

- Del despoblamiento de las ciudades, pasamos a la creación de nuevos embriones (burgos, sedes eclesiásticas y recintos comerciales), y al repoblamiento de las antiguas.
- De la inseguridad general, a una organización feudal, que eso sí, proporcionó la protección necesaria para poder empezar de cero.
- De una mentalidad de rapiña y conquista por parte de los poderosos, a un asentamiento tendente a la organización interna y una mayor justicia para con los siervos.
- De la desaparición del comercio, excepto el agrícola de ámbito local, a su vasta difusión: Flandes, Venecia, Génova, Pisa, Francia, Bizancio, Rusia... (Mediterráneo incluido).
- De un mundo encerrado en sí mismo, a uno de comunicación e intercambio de ideas y técnicas.
- De un dinero exiguo y de un sistema de trueque, a una creciente acuñación y a una economía monetaria.
- De una única fuente de riqueza, la tierra, a una mayor diversificación de la misma con el florecimiento de la artesanía, los servicios y la industria. Gracias al comercio se abandonó la autarquía, en la que cada comunidad se producía lo mínimo necesario; se empezó a intercambiar lo producido en diferentes y, muchas veces, alejadas zonas.
- De una población escasa y de unas tierras de cultivo que jamás se ampliaban, a un crecimiento inusitado de la natalidad y, como consecuencia, un aumento de la demanda de alimentos, lo que implicó una expansión de los cultivos y una mejora de los sistemas tradicionales de laboreo.

- De una división social de señores, clérigos y siervos, a la aparición unos pocos, al principio, hombres libres: agricultores establecidos en las nuevas ciudades y burgueses, comerciantes o artesanos.
- De una época en la que erigir cualquier construcción era raro y de un aspecto más bien burdo, a una en que hubo urgencia por edificar de todo, y en especial esas portentosas catedrales románicas y góticas.
- □ Del abandono y olvido de la aplicación de las ciencias, conocimientos y técnicas, a su recuperación, creación e implantación.
- Finalmente, y más importante, de una sociedad que no sabía leer ni escribir, salvo el clero, a otra en que se empiezan a dar clases elementales y acaban por nacer las primeras universidades «modernas».

Ignoro si ustedes comparten conmigo mi manía por la cuestión de saber leer y escribir. Quizá, al ser tan «normal» entre nosotros, nos lleve a quitarle toda su importancia. Me gustaría ser capaz de transmitirles cómo lo entiendo. Saber leer es poseer una llave. La llave del cofre del Tesoro más grande jamás reunido: la totalidad de los conocimientos acumulados de la Humanidad. Poseer dicha llave nos permite tener acceso a todos ellos. Saber escribir, no menos importante, nos pone en disposición de acrecentar esa bolsa de sabiduría.

Tesoro

Guillaume se moría. Su vida, larga y provechosa, tocaba a su fin. Pero aún le quedaba una cosa por hacer. Mandó reunir en torno a su lecho a su mujer Turenne y a sus numerosos hijos.

—Escuchadme —dijo con una débil voz—. En nuestras tierras hay escondido un tesoro. Dentro de poco, cuando me haya ido, será vuestro. Encontradlo.

Ni que decir tiene que después del funeral, sus hijos se pusieron como locos a buscarlo. Ni un palmo de tierra quedó sin remover.

—No os preocupéis. Ya aparecerá —les decía siempre Turenne cuando, desmoralizados por una búsqueda infructuosa, le hacían la misma pregunta: «¿Dónde está?»

La cosecha siguiente fue la más grande que las tierras de la familia de Guillaume produjera nunca. Una mañana, Turenne, haciéndose seguir de los suyos, salió de la casa y con paso vacilante se dirigió hacia los campos.

—Ahí tenéis vuestro tesoro —les dijo señalando la cosecha con la mano—. A eso se refería vuestro padre. Ni a oro, ni a joyas. El verdadero tesoro, estaba escondido dentro de la tierra. Con trabajarlo como lo habéis hecho, aunque esperabais obtener otra cosa diferente, tendréis asegurado vuestro futuro.



La moraleja de esta conocida fábula es evidente: unos hombres, azuzados por el señuelo de un tesoro, se ponen a trabajar duramente, y aunque no lo hallan, obtienen el verdadero premio, el fruto de su trabajo.

Es imposible evitar establecer un paralelismo entre el Tesoro de la Sabiduría y esta fábula. El Tesoro existe, está escrito. Para encontrarlo sólo se precisan dos cosas: *saber leer y la voluntad de ponerse frente a un libro.*

Después de este nuevo paréntesis, que hace referencia a mi obsesión por uno de los factores clave del *Desarrollo* y del que se habla con la boca pequeña en los libros de Economía, continuemos.

Estábamos diciendo que, de unos tiempos amargos y difíciles, pasábamos a unos prósperos, en los que incluso la meteorología pareció estar de lado de la Humanidad. (Por descontado, hubo también desastres, tales como malas rachas con las cosechas, pestes y guerras. Pero ya nunca volverían a provocar un estado de cosas tan crítico como el que dio paso al nacimiento del feudalismo.)

Y claro, la pregunta que nos surge de inmediato es ¿por qué?, ¿por qué de repente, la situación empieza a mejorar? Cuando peor estábamos y más negro se nos hacía el panorama, aparecen los primeros síntomas de un cambio esperanzador.

Hasta ahora hemos dado una descripción de lo que ocurría, de algunos hechos, de sus causas, de sus efectos y de sus consecuencias inmediatas. Pero no de sus causas primarias, no del motivo fundamental que provocó tal recuperación.

Hay una cuestión clave que, si somos capaces de interpretarla correctamente, puede darnos una pista. Se trata del hecho de que, de súbito, comienza a verse gente por todos lados. Ese acontecimiento me ha dado mucho que pensar, obligándome a releer mis libros de consulta en busca de una explicación. Pretendía comprobar si coincidían con la única razón que, según mi punto de vista, lo podía aclarar. Desgraciadamente, en ellos se proporciona una visión muy descriptiva y de causas inmediatas, pero no de lo que se barruntaba dentro de aquellas mentes que constituían la sociedad feudal del siglo XI y siguientes.

Antes de dar la respuesta, creo que tendremos que volver a repasar lo que es la Economía, que recordemos, es una forma particular de afrontar la *supervivencia*.

Cuando se piensa que ésta se encuentra en juego, se recurre a sus niveles más básicos, eliminando lo «superfluo» y aplicando la política del «sálvese quien pueda». Dejamos de comprar, dejamos de recibir servicios, guardamos el dinero, abandonamos nuestro hogar, arrinconamos la enseñanza..., en fin todo lo que ya hemos visto hasta la saciedad. Cada cual se encierra en su guarida o huye, e intenta afrontar los malos momentos, procurando, cuanto menos, seguir vivo (y junto a él, los suyos).

Pero cuando se opina que, aunque estemos mal, el futuro va a ser algo mejor, se sube un escalón (un nivel), en lo que consideramos debe ser nuestra vida (que en nuestro libro, denominamos *supervivencia*). De esa manera, salimos de nuestra madriguera, dejamos de huir como locos, y nos ponemos a construir nuestro futuro, haciendo más y más cosas.

La explicación que se da a la abundante natalidad del siglo XI, es la mejora de las cosechas producidas por el buen tiempo. Pero ésta es una justificación banal puesto que, ¿qué es lo que provocó que hubiera más cosechas? ¿Los hados? Volvemos a liarnos con causas y efectos, condiciones necesarias y suficientes.

Hubo más cosechas gracias a que la Humanidad creyó que el futuro sería mejor a poco que se pusiera a trabajar para alcanzar unas mejores condiciones de vida. Para ello fueron precisas unas condiciones mínimas, que hemos visto, que proporcionarían ese rayo de esperanza.

Pero es que no sólo hubo más cosechas, hubo una mayor actividad económica en general, debida a la misma causa. El resultado fue una sociedad que produjo más, que intercambió más y que satisfizo recíprocamente más necesidades.

El aumento de población, de cosechas y de actividad económica, no aconteció de un día para otro, aunque desde la perspectiva de casi mil años después, así nos lo parezca. Empezó como un pequeño grano de arena, que apenas se distinguía. Al año siguiente, se hizo más grande, pero sólo un poquito más. Esto animó a la gente. Por consiguiente, se estuvo más optimista, y como el grano, cada año, siguió creciendo un tanto, llegó un momento en el que se vivió una auténtica euforia.

Esta es mi particular visión del *Desarrollo Económico*: hombres y mujeres que, día a día, labran trabajando duramente, un futuro siempre incierto, pero que por lo menos presenta expectativas de mejora; hombres que llegado un momento, son capaces de producir para los demás y de ese modo satisfacer más necesidades del conjunto; y hombres que, finalmente, son más cultos y preparados, lo que les permite mejorar continuamente sus procesos económicos, y no menos importante, llevar un mejor modo de vida. Pero eso sí, paso a paso, poco a poco. Por eso es tan difícil de detectar esa causa primaria, porque no es única ni es espectacular, sino que es la suma casi infinita de muchos pequeños aciertos. Es lo mismo que decíamos de la crisis, pero todo al contrario. Nada de grandes ideas, nada de grandes soluciones.

Hemos visto demasiados fracasos durante este siglo, cuando se han intentado planes de desarrollo a lo «grande» o desde «arriba », como para no darnos cuenta que *el Desarrollo es una cuestión de hombres y mujeres, de sus expectativas, de sus ganas, de su voluntad y de su preparación que, poco a poco, y con grandes y pequeños aciertos, también fracasos, ponen la siguiente piedra en el edificio que está levantando la Humanidad*. Lo acaecido a partir del

año mil, parece que así lo demuestra. (Crisis, por contra, consiste en el lento deterioro de dicho edificio por abulia, desgana, desconocimiento, rapiña, descontrol, corrupción... Cuando llega el mazo, parece que la edificación, que tanto costó levantar, se cae de repente. Pues no, ninguna obra sólida cae al primer golpe, a menos que ya esté corroída.)

Olvidémonos, pues, de una planificación estructurada de sectores productivos, o de la implantación de mega polos de desarrollo, o de una potenciación estratégica..., como la solución a la salida del subdesarrollo en el Tercer Mundo.

Si de verdad estamos comprometidos con la idea de la desaparición de la eterna plaga del hambre y de que la Humanidad en conjunto adquiera un nivel de subsistencia digno, pensemos en qué nos hemos equivocado hasta ahora, y reflexionemos cuál es la única salida que queda.

Nuestro error, con toda la buena intención que se quiera, ha sido pensar que el Primer Mundo puede ayudar al Tercero. No, eso no ha ocurrido, ni ocurrirá. La Historia no funciona así. Si los países subdesarrollados quieren prosperar, deben pensar en qué pueden ayudarse a ellos mismos y a nosotros. No estoy jugando otra vez con las palabras, ni estoy haciendo gala de ninguna clase de cinismo. Lo digo muy convencido. La clave de la salida del pozo en el que se encuentran, se halla en ellos mismos. En su gente.

Y, en ese punto, sí que hay algo en lo que podemos ayudarles. Nosotros disponemos de los conocimientos necesarios. Es el arma más poderosa del Mundo y, lo curioso del caso es que no nos hemos negado nunca a compartirlos. Simplemente no pueden acceder a ellos, porque los símbolos, que la revelan son incomprensibles para la mayoría de ellos. Bastaría dar unos pocos pasos. El primero sería enseñarles a leer. El segundo, a estudiar lo básico. El tercero, seguir enseñándoles...

Salvo excepciones provocadas por situaciones atípicas, no existen comunidades prosperas en el que el conjunto de su población sea ignorante de solemnidad, ni lo contrario, una comunidad pobre con gente superpreparada. En el fondo no es más que una escalera en la que cada sociedad ocupa un peldaño, arriba, en medio o abajo, según el grado de preparación de su población.

Pues bien, a medida que los países pobres se encuentren más formados, empezarán a pensar, y a dar sus propias soluciones a sus propios problemas (sus soluciones, no las nuestras). Llegará inevitablemente un momento en el futuro en el que serán capaces de satisfacer algunas de nuestras propias necesidades mejor que nosotros mismos, con lo cual, las podremos intercambiar por aquéllas en las que nosotros seamos más eficaces. De ese modo, todos seremos más ricos.

¿Y seremos felices y comeremos perdices? Sé que suena a final de cuento de hadas y efectivamente, saber leer y escribir, repito, no es más que el primer paso. Un paso que acelerará su proceso de *Desarrollo*.

Por lo que respecta a que los terceros países nos ayuden a nosotros como vía de ayudarse a ellos mismos, diría a los escépticos que esto ya ha ocurrido o está ocurriendo, o al menos en una parte.

Hubo una vez un país feudal llamado Japón, hoy en día nuevo rico gracias a que ha sido capaz de producir para Occidente (y desde luego, para él mismo) toda clase de artefactos de una manera tan eficaz que sus clientes occidentales han podido ver cubiertas una serie insospechada de necesidades que sin ellos habría sido terriblemente más costoso poder cubrir. Pasos muy parecidos están dando países vecinos suyos. (O mucho más cerca, qué me dicen de lo que representó el turismo para el caso español.)

Si esos países no hubieran desarrollado tan eficazmente sectores como la electrónica o la automoción, ¿creen ustedes que los occidentales podríamos llegar a tener tan cubiertas ese tipo de necesidades? Estoy más que seguro que no. Hoy, una radio de mediana calidad, puede llegar a costar el equivalente a dos o tres días de trabajo. ¿Cuánto costaría si nos lo produjéramos nosotros? ¿Y un televisor, y un ordenador personal, y...?

Pues bien, ¿recuerdan lo que hicieron los japoneses? Vinieron a aprender de nosotros.

Ahora ambas partes estamos mejor. Y podría ser incluso más bonito, si Japón no se empeñara en negarse a aceptar lo que nosotros podemos ofrecerle. Pero ya llegará el día.

De nuevo veo caras de incredulidad. ¿Acaso Japón, y el resto de países orientales, no están haciendo que Occidente sea más pobre ya que están quitándonos puestos de trabajo?

Desgraciadamente, pensar así está de moda hoy en día. Creemos que la riqueza la generan los puestos de trabajo. Cerremos pues, nuestras fronteras. Hagámonos nosotros mismos todo lo que necesitemos. Es más, si una máquina, resta puestos de trabajo, destruyámosla. No estudiemos, porque esto hace que la gente adquiera la funesta manía de pensar y con ello seremos más productivos y tendremos menos trabajo.

Una vez leí un anuncio en el que se veía una retroescavadora haciendo un agujero para la cimentación de un edificio. Uno de los espectadores decía:

«Cuando veo esas máquinas no puedo dejar de pensar en a cuántos hombres, con picos y palas, ha quitado el trabajo.»

Un segundo espectador respondía:

«Ni yo, en cuántos hombres podrían trabajar con las manos, si no hubiera picos ni palas.»

No ¿verdad? Por ahí no van los tiros. Con una Edad Media tenemos bastante Occidente para dar respuesta a la mayor productividad oriental de unos

sectores específicos, debe pensar en lo que puede llegar a generar más rentablemente que ellos, para intercambiarlo. Intercambiar la satisfacción de más necesidades, no de menos.

Quedaría un punto a tener en cuenta. Asistí, de estudiante, a un conferencia de un científico español que trabajaba en la mejora de técnicas agrícolas. Habló entusiasmado de sus progresos, y de cómo con la aplicación de lo que ya se sabía, podía darse solución al Hambre del Mundo. Concluyó con una frase que se me quedó grabada a sangre y fuego:

«... porque la solución al Hambre se encuentra en la Ciencia, no en los políticos, que ya han demostrado su incapacidad para lograrlo. »

Aquel conferenciante se equivocaba. Mas de treinta años después, las cosas siguen igual y la Ciencia no ha dado de comer a los hambrientos. Pero ojo, no porque no sepa, no porque todavía seamos incapaces de hacerlo (en Europa sobran alimentos por un tubo). No, si no lo hemos arreglado aún es por dos motivos:

- No existe la voluntad real de darle solución (ahí doy la razón al conferenciante cuando hablaba de la Política. En Economía, a cualquier nivel, los intereses propios son lo primero, aunque con ello, acabemos perjudicados).
- Teniendo los medios y los conocimientos, somos incapaces de ver la solución que tenemos ante nuestras narices: «No le des un pescado a un hambriento, enséñale a pescar». Es lo que dice un proverbio archiconocido (y no aplicado), al que yo añadiría: «Y enséñale a hacerse la caña de pescar, y cómo encontrar los mejores sitios de pesca, y a leer los libros que tratan de la manera mejorar las técnicas de pesca, y dile que si saca buenos peces se los cambiarás por buenos filetes de carne...»

Es, por consiguiente, una cuestión de querer hacerlo. Los pobres pasan hambre, no porque no quede otro remedio, no porque, como así han sido siempre las cosas, así deben seguir. No porque carezcamos de capacidad. En absoluto. Existe una solución fácil y que no implica ningún gran sacrificio por nuestra parte, aunque sea todo lo lenta que se quiera.

Resumamos, como es de ley, el presente capítulo. Empezábamos con la descripción de una particular forma de camino hacia el feudalismo, la española, quizá bastante atípica con lo ocurrido en el resto de Europa.

El sistema económico feudal se caracterizó por estar bajo mínimos, en plan *supervivencia*, que contrastaba fuertemente con la opulencia y actividad de otros pueblos de la misma época. En especial con lo que ocurría en el mundo árabe.

Lo expuesto sobre este particular régimen, no aporta conceptos nuevos a los que ya hemos ido introduciendo en nuestro libro. Simplemente reafirma algunas conclusiones a las que llegábamos en capítulos anteriores. De ellas, la que se nos hace más evidente, es el hecho de que una sociedad en la que el origen de la riqueza es único, o casi único, es más pobre que otra en la que las riquezas fluyen desde múltiples fuentes. Eso, dicho así, es otra perogrullada, pero nos sirve de base argumental para reafirmar el principio de que cuantas menos necesidades seamos capaces de satisfacer, menos posibilidades de supervivencia habrá, y para menos gente.

En este sentido, la sociedad medieval constituye la historia de un fracaso de la Humanidad, que no tuvo porqué ocurrir necesariamente. Y, si hacemos tal afirmación es porque en otras sociedades del momento la organización era totalmente diferente, árabes, rusos, bizantinos...

Pero tampoco tuvo porqué ocurrir, puesto que no era una situación deseada. La prueba es que cuando mejoraron las condiciones dentro de la propia sociedad feudal, surgieron los agentes que la desmantelarían, para ir hacia un modo de vida más libre y próspero.

Los agentes surgidos, fueron dos: Hombre y Mujer. Ambos causa y ambos efecto de la actividad económica. De ellos nace y ellos reciben sus frutos. De ellos depende la cantidad y calidad de lo que nazca y reciban.

El resultado fue un paulatino salir del subdesarrollo, siguiendo un modelo clásico que ya nos conocemos muy bien: ampliación de la producción agrícola, crecimiento de las ciudades, intercambio comercial, etc., etc., etc. *y mayor grado de conocimientos.*

Pues bien, ya conocido el camino del desarrollo, los pasos que hay que dar, y los efectos y consecuencias que provocará cada uno de ellos, sólo nos queda contestar una pregunta ¿por qué?, ¿por qué un pueblo evoluciona y sale del subdesarrollo?

Vemos cómo la respuesta no es única, sino como diría un castizo, es un «mogollón» de acontecimientos encaminados a conseguir la *supervivencia*; no mediante un «sálvese quien pueda» o un «yo me lo guiso, yo me lo como», sino mediante un intercambio recíproco de la satisfacción de necesidades. Con este planteamiento, hemos vuelto a las conclusiones que obteníamos en el capítulo segundo. La Historia nos demuestra que siempre que sucede igual, ocurre lo mismo.

Con lo que corroboramos como el *Desarrollo* es lento, acumulativo, al que cada sociedad impone su ritmo. O mejor, según la moral, la capacidad y la voluntad de los miembros de esa sociedad, dicho ritmo será más o menos vivo.

Sin haber pretendido dar un tratado sobre el *Desarrollo* de los pueblos, he intentado mostrar, al menos, cuál es la vía que creo más adecuada para empezar a caminar, evitando volver caer en los mismos errores.

¿Y con ello habremos solucionado el problema del Hambre y del Subdesarrollo?

Mañana no, por descontado. Pasado tampoco. Al tercer día, puede que la cosa empiece a ser algo mejor... Recordemos que ya hay pueblos que están viviendo su tercer, cuarto, quinto día...

Se acabaría el mundo medieval, aparecería el Renacimiento y a la vez que éste, vería la luz una nueva forma de entender la Economía: el Mercantilismo. Pero tranquilos, no pienso dedicarle el próximo capítulo. Ya hemos hablado demasiado del Comercio. Aunque muchos tratados sobre la Historia Económica suelen arrancar de ese momento histórico, su estudio no aportaría mucho más a lo que pretendo desarrollar en este libro. No digo que los siglos XV a XVIII no fueran una época interesante desde el punto de vista económico. Lo fueron (en medio de ellos tuvo lugar el pequeño suceso de América y la importación a Europa de metales preciosos donde produjo todo un desmadre en precios). Y además, en ese periodo, asimismo, empezaría a desarrollarse un incipiente Pensamiento Económico, embrión de nuestra Ciencia actual.

Pues bien, como el Mercantilismo no fue sino un modo particular de entender el Comercio, tendente a asegurar sus mercados al precio que fuera, y como existe una abundante literatura de aquella época, opino que hemos de dar un salto, e irnos precisamente al tiempo en el que se considera que el Mercantilismo fenece (¿?). Una segunda revolución se huele en el ambiente.

CAPÍTULO 9

LA FÁBRICA

Abuelo

Se llamaba Jack, su nombre no podía ser otro. Había disfrutado de la vida todo lo que un hombre de su condición podía saborear. Primogénito de una familia de siete, de los cuales todos menos el tercero habían llegado a la madurez.

Su abuelo y su padre, también se habían llamado Jack. Su hijo y su nieto, de igual forma habían seguido la tradición.

Jack, el abuelo, había tenido unas pocas tierras repartidas entre varias parcelas separadas. Así les ocurría al resto de pequeños propietarios de aquella aldea situada en Suffolk, al Este de Inglaterra. Desde el principio las cosas empezaron a irle bien (lo mismo podíamos decir de sus vecinos). Una afortunada racha de buenas cosechas, que por demás fueron bien vendidas hicieron que la familia de Jack viviera si no con lujos, sí con holgura.

No muy lejos de allí, al norte, en Norfolk, un atípico Lord llevaba ya algún tiempo experimentando en sus posesiones nuevas técnicas, como la rotación de cultivos, el drenaje y abono de los campos y el empleo de útiles de labranza mejorados. Las novedades no tardaron en ser copiadas y el abuelo Jack no escapó a esta boga.

La verdad es que empezaban a ser buenos tiempos. Escocia e Inglaterra se habían unido a principios de siglo, la armada británica dominaba los mares desplazando la preeminencia holandesa, allanando, así, el camino para su marina mercante. Tampoco eran infrecuentes las noticias del apresamiento de algún galeón español que contribuía estupendamente al tesoro británico, y por supuesto a los propios corsarios ingleses, quienes recibidos «con todos los honores» por las autoridades, percibirían su parte del botín.

El abuelo Jack no tenía todas esas cosas en la cabeza, pero experimentaba su influencia benefactora.

—¡Vamos viejo Jack! —le decía un parroquiano pesimista en la taberna donde habitualmente se reunían—, la cosa no tiene sentido. Cada vez cosechamos más y más. ¿Cuándo empezarán los precios a irse por los suelos?

Jack quedó un momento en silencio. La pregunta le produjo una cierta desazón, pero sólo momentáneamente.

—No te preocupes viejo amigo —respondió—. Las cosas están yendo demasiado bien como para ir pensando en malos augurios. Mi mujer está

esperando nuestro quinto hijo, y al igual que me pasa a mí, en todos lados están naciendo niños y niños.

»No es como en tiempos de nuestros padres —continuó—, ni como nos los contaban. La gente ahora es más optimista, está más contenta. Nacen más niños. Se come más.

»¡Deja de ser agorero! Abre los ojos y mira lo que está pasando a tu alrededor.

En efecto estamos metidos en la Gran Bretaña de la Revolución Industrial. Bueno un poquito antes, y como ven estamos hablando de Agricultura. ¡Lógico! Hemos vuelto a dar un salto grande en el tiempo como advertíamos al final del capítulo anterior, y nos encontramos en una situación tal que la población inglesa empieza a crecer: nacen más niños, que como estaban mejor alimentados morían menos. Por cierto, y haciéndonos de nuevo la perpetua pregunta, ¿qué fue antes el huevo o la gallina?: ¿había más gente porque las cosas —la Economía—, iban bien?, o ¿las cosas iban bien porque había más gente? Un pensador económico británico, Malthus, escribió a finales del XVIII un ensayo sobre el crecimiento de la población y los alimentos. Venía a decir que existe una tendencia a que el número de personas aumente más deprisa que la producción de alimentos necesarios para alimentarlas. Independientemente de que estemos o no de acuerdo con él, si lo cito es porque nos da una pista de lo que estaba pasando por aquel entonces en cuanto a la demografía.

Pero bien, sigamos. Esta historia les habrá sonado familiar, con otros personajes y en otras épocas, pero es la misma que la aparecida en otros capítulos. Fíjense que como ya comentábamos en ellos, ya no sólo se trataba que las cosas les fueran bien, sino que había perspectivas de que continuaría la racha. Y es que en Economía las expectativas juegan un papel primordial.

Quedémonos por ahora, simplemente, con la idea de la interrelación entre población y desarrollo agrícola.

Padre

Jack padre, fue atípicamente el quinto vástago. El porqué había recibido el nombre de Jack nos lo explica el hecho de que su hermano mayor había muerto de unas fiebres traicioneras siendo un bebé. El abuelo Jack, quiso que su nombre permaneciera en uno de sus hijos, así que una vez pasado un tiempo prudencial, volvieron a poner el nombre de Jack a un hermoso bebé, venido al mundo once años después del primero.

No tenía derecho a heredar las tierras. Por cierto, Jack oía rumores de que en otras partes de Inglaterra se estaban aprobando unas leyes de cercamiento de terrenos que tenían muy preocupados y enfadados a muchos del pueblo.

Jack no entendía lo de las «vallas». Tampoco le preocupaba. Lo suyo no iba a ser el campo, ni por derecho, ni porque le gustara.

Un buen día, oyó conversar a un hombre en una taberna. Se jactaba, a viva voz, ante un grupo de parroquianos de lo mucho que ganaba haciendo que unas mujeres, allá en su pueblo, hilaran y tejieran telas.

Jack no quiso dejar escapar la oportunidad. Dotado de un agudo instinto, supo relacionar el hecho de que cada vez había más gente, lo había oído a más de un agorero muy influenciado por las ideas al uso, y también era consciente de que la gente vestía mejor. Bastaba ver y oír a los viejos y compararlo con lo que decían y hacían los más jóvenes. No compartía el pesimismo de algunos pocos hacia el futuro. Más bien pensaba que era una oportunidad.

Así que sin dudar se puso en camino hacia el pueblo que había mencionado aquel hombre. «¡Bendito fuera!». Allí, con ojos y oídos muy abiertos fue descubriendo secretillos y más lugares donde se estaba haciendo lo mismo. No dudó, pues, peregrinar de sitio en sitio, haciendo pequeños trabajos para poder pagarse la estancia y a la vez aprender más cosas de aquel negocio.

Una cosa se le resistía, averiguar quién compraba las telas y dónde. Fue cuestión de tiempo y suerte.

¡Eureka!, volvió a ver a su hombre. Apareció dispuesto, según anunció sin necesidad de megafonía alguna, a hacer noche en la posada donde Jack se alojaba. En ella, solía pasar la velada escuchando por si se mencionaba algo que pudiera interesarle.

No bien Jack hubo escuchado aquello, tomó una rápida decisión, se levantó y se dirigió a la barra.

—Prepáreme la cuenta —dijo Jack al posadero—, pues mañana temprano debo partir a mi pueblo.

Desde luego, no tenía tal intención, sino que levantándose antes que nadie se las ingenió para seguir a su «reclamo» y averiguar quiénes eran sus contactos.

Una vez descubierto uno de ellos en una ciudad no muy lejana, el resto fue fácil. Ya sabía qué, quién y dónde. Sólo precisaba establecer contacto. Esperó discretamente a unos metros de la puerta del almacén por donde había entrado el sujeto y dejó pasar el tiempo hasta que lo vio salir. Seguidamente se coló en el local y preguntó por el propietario. El intermediario de las telas lo recibió bien al enterarse de su propósito y le comentó que cualquier partida de buena calidad, insistió, le sería bien aceptada.

—Precios a convenir según calidad, ¡por supuesto!

No obstante, los precios aproximados que le propuso, no acabaron de cuadrarle con lo que había oído comentar. Dejó una señal de alerta en su mente para la próxima vez que hablara con él. Novato como era, no sabía si es

que la gente cuando hablaba de lo que le pagaban por sus telas exageraba, o si el intermediario quería timarle.

«Posiblemente ambas cosas —pensó.»

Volvió a su pueblo y convenció a su madre, algunas tías y conocidas para que le hicieran algunas piezas. Con las telas a cuestras, muy oportunamente, se enteró por el camino que había otro intermediario en otra ciudad.

Sin dudarlo se puso también en contacto con él, y se decidió por el primero, puesto que le mereció menos desconfianza. Aún así se fue algo mosqueado por lo que cobró porque las telas que le vendió eran francamente de primera.

—Sí, ¡hijo! —le dijeron, —pero el color no es el que más gusta en estos momentos.

Ya en su pueblo, pagó la parte acordada a las mujeres, que se lo comieron a besos y abrazos y volvió a pedirles que hicieran más, aunque con otras tonalidades.

Es un hecho cierto que durante un tiempo, en algunas zonas, una parte del campesinado se dedicó de una manera artesanal a hilar o tejer lana, algodón o lino.

En un principio, como un complemento a los ingresos del campo. Pero después, se invirtieron los términos. En algunos pueblos, la mayoría de la gente se dedicaba a las telas.

Sigue siendo curioso que la llamada Revolución Industrial, uno de cuyos sectores principales fue el textil, arrancara de un modo artesanal.

Por cierto, recuerdo que en la España de los años 60-70, se pusieron de moda las «tricotosas», pensadas para que desde el hogar se hicieran prendas.

El negocio de Jack padre, no pudo pasar a Jack hijo a pesar de su primogenitura. No es que se peleara con su padre, simplemente fue que los tiempos estaban cambiando. Y el negocio familiar había estado yendo de mal en peor.

Todo empezó cuando a alguien se le ocurrió inventar una máquina manual que tejía más rápido. Jack padre no se dio por aludido y decidió que su negocio iba a seguir igual que desde siempre.

Pero claro, toda solución crea sus propios problemas. Como hemos dicho, al tejerse más rápido, hizo falta más hilo, con la consecuencia que hubo escasez del mismo. A Jack padre esto le sentó fatal, pues los precios del hilo subían y él

no se decidía a compensarlos con la mayor productividad que significaría emplear las máquinas tejedoras.

Había, pues, que dar una solución al problema que produjo la primera solución. Así, se inventaron las *mulas* automáticas que permitieron hilar muchísimo más rápido. Con lo que los problemas aparecieron del lado de los tejidos, incapaces de absorber tanto hilo.

Aquello supuso un alivio momentáneo para Jack padre. Los precios del hilo bajaron, y con ello sus costes, pero por contra ya no se vendía tan rentablemente como antes ya que los precios no eran como al principio.

Pero los inventos no podían quedarse quietos. Hubo que dar una solución al problema suscitado por la segunda solución que daba respuesta al primer problema. Así pues, se hacía necesaria una tejedora automática y, por supuesto, se inventó.

El padre de Jack no supo ver que el futuro se decantaba por la mecanización. Otros sí. Invirtiendo en costosas instalaciones e equipamientos. Atraieron hacia sí trabajadores contratados, capaces de producir a precios más ventajosos.

Si mal no recuerdo, cuando estudiaba la Revolución Industrial, daba la sensación que los inventos en la industria textil produjeron el desarrollo inglés de aquella época. Pero a mí me da la impresión que era al revés. El progreso británico generó una mayor necesidad de prendas lo que incentivó y promovió mejorar la fabricación de las mismas. Con posterioridad, efectivamente, esas mejoras revertieron en el propio desarrollo, pero no fueron su causa.

Para verlo de una manera más sencilla podemos dar un ejemplo por el método de la reducción al absurdo.

Imaginemos una barbaridad. Sea el caso de que a los ingleses *in illo tempore* les diera por ponerse a fabricar menhires, y no contentos con ello, se empeñaran en mejorar constantemente su proceso de elaboración. Pues bien, coincidirán conmigo que ni esa producción ni esa mejora en la productividad, habrían significado algo en el desarrollo del que estamos comentando.

A lo largo de este capítulo lo desarrollaré algo mejor. (Supongo que si han podido soportarme a lo largo de todas las páginas que llevan leídas ya se habrán acostumbrado a mi forma anárquica de escribir.)

Hijo

Viendo Jack hijo, pues, lo que se avecindaba, decidió independizarse. No en vano desde niño ayudaba a su padre y fue dándose cuenta del poco futuro que tenían a menos que compraran las carísimas máquinas infernales y contrataran

gente. Su padre siempre había echado pestes ante tal posibilidad, con lo que ni se le ocurrió mencionarlo.

Se despidió, pues, de los suyos siendo aún adolescente, recogió sus pertenencias y algo de dinero y se dirigió a la ciudad, donde se embarcó como grumete en un barco mercante. (No vamos a contar cómo lo engancharon, perdón enrolaron, pero la verdad es que el primer día de su llegada a la población lograron engatusarlo con las maravillosas aventuras y amores que disfruta el marinero.)

Amores sí hubo, pero en las lúgubres tabernas de los puertos donde fondeaban. Aventuras, menos, como no sea la monótona y pesada tarea a bordo y el pasarlas moradas en cada temporal.

—¡No te preocupes, hijo! —le vociferaron los marineros más curtidos durante su primer temporal—. El barco está asegurado por Lloyd's.

Estuvo «lenteja» para pillar la guasa. La verdad fue que cuando se lo dijeron, se tranquilizó estúpidamente. Luego fue dándole vueltas a cómo era posible asegurar que un barco no se hundiera. Hasta que oyendo esto de aquí y de allá acabó comprendiendo lo fácilmente que le habían tomado el pelo.

La verdad es que aprendió bien la lección. En adelante mantuvo los sentidos en alerta, se fue enterando de cosas, a la par que llegaba a la convicción de que aquella vida no le iba en absoluto. Decidió que al término de su enganche se escaparía tierra adentro, no sea que lo volvieran «convencer» como a otros muchos de la tripulación.

De las cosas que Jack se enteraba estaba el hecho de que los ingleses estaban traficando en casi todo el mundo gracias a su habilidad comercial, naval y militar. (El orden posiblemente fuera al revés).

«Así que —descubrió—, estamos vendiendo ropa en todos lados.»

Lo que Jack no llegó nunca a enterarse era que la Lloyd's había tejido también una red de espías, o mejor informantes, que hacían llegar a la central de Londres toda clase de reseñas. Gracias ellas, la aseguradora podía establecer mejor que nadie los riesgos de cada ruta, y en consecuencia, ofrecer las mejores primas.

Jack tampoco supo descubrir la relación entre las ropas, los mercados donde las servían, la marina de guerra que velaba por ellos y la Lloyd's que hacía que los riesgos no los sufriera el capital, sino solamente los marineros. (Perdón por este ápice demagogo, pero tengo una duda, ¿estaban también asegurados los marineros para que en caso de naufragio sus familiares recibieran alguna compensación?)

Abandonada que fue su vida de marinero, encontró trabajo en la construcción de un canal. Más bien fue al contrario, ya que el trabajo lo buscó a él. De nuevo fue reclutado, pues por entonces se estaban abriendo canales por todas partes.

—No deja de tener su gracia —pensó—, voy a andar siempre metido en el negocio de la navegación.

Aquel trabajo no contribuyó mucho a desarrollar su intelecto, más bien sus músculos. Si bien al principio sintió una cierta curiosidad de saber porqué se construía, al poco, el tedio y el cansancio acabaron con sus ganas de investigar.

Sólo esperaba la llegada del día de la paga, y pasar luego el mejor rato posible. Y de verdad que disfrutaba a lo grande. Su juventud, fuerza y el dinero del sueldo lo hacían irresistible. El lunes siguiente, ya casi sin ningún penique, volvía a la rutina diaria.

Pasó el tiempo, y el canal se acabó, y con él, el trabajo. No obstante no le habría dado siquiera tiempo de inscribirse en la oficina del paro (perdón, de empleo).

Volvieron a contratarlo de nuevo para un trabajo intelectual. Había que construir una carretera por cuenta del Gobierno.

—¡Bueno! ¡Lo que haga falta!

El trabajo era igual que el otro al aire libre, aunque no había que cavar tan hondo. Ni que decir tiene que su rutina de vida no cambió. Bueno, no cambió hasta el día en que se pasó. Todos sabemos lo perjudicial para la salud que puede ser liarse con la mujer de un compañero, y en medio de una borrachera proclamarlo a lo cuatro vientos.

Así que decidió dejar Inglaterra y emigrar a Gales.

«Buena gente estos galeses, a pesar de su modo infernal de hablar el inglés — se decía.»

El trabajo volvió a encontrarlo a él rápidamente. Le metieron en una mina de carbón.

A los dos días ya había decidido que esperaría hasta la primera paga, y se largaría enseguida de allí. Aunque no fue eso lo que le ocurrió. Con más de treinta «tacos», se quedó de piedra por primera vez en su vida al ver a una muchacha, menuda, pálida, de ojos verdes y pelo castaño, que cuando le sonrió hizo que un ataque de parálisis se adueñara de su cuerpo, afectándole especialmente en el habla.

Apuesto que conocen el resto de la historia. En efecto, se quedó, la cortejó, se casaron, él sentó la cabeza y ella se quedó embarazada.

Sin embargo no hubo suerte con ese embarazo ni con los siguientes. Por fin, uno pareció que llegaría a buen término. Pero la madre no logró sobrevivir al parto.

Jack cuidó del niño unos años, hasta que siendo lo suficientemente mayor, pudo dejarlo con la familia de su mujer. Con cerca de cuarenta años, liberado de la carga familiar, estaba decidido a volver a su vida de trotamundos y abandonar por fin el infernal trabajo de las minas.

Jack, en sus múltiples faenas como peón, siguió sin ser consciente de la importancia que su trabajo significaba de cara al desarrollo de su país. Es habitual. Estando como estamos inmersos en el día a día, no solemos echar la vista atrás para comparar cómo estábamos antes y ahora. Si tiene la fortuna de vivir en un país del Primer Mundo, dé una mirada retrospectiva a cómo era el nivel de vida de hace unos 25 años, y al de ahora. Quizá viendo un telefilm de los años 70-80, se asombre de lo mucho que ha evolucionado el nivel de vida.

Al igual que la Roma de las infraestructuras, los canales y carreteras inglesas significaron un gran paso adelante para la movilidad de personas y ejércitos, pero especialmente de mercancías. Fíjense qué casualidad, tanto romanos como ingleses construyeron sus carreteras con fines militares y como elemento de unión rápida entre las diversas partes de su territorio.

El resultado fue que el transporte se hizo más rápido y se abarató. Telas, hilo, carbón, hierro y resto de productos se movían por las redes de comunicación acercando materias primas y materiales a las fábricas, y productos finales a los compradores.

Eso es obvio. Pero a veces es preciso resaltar lo obvio: con el sistema de comunicaciones de la Inglaterra de la primera mitad del siglo XVIII, habría sido prácticamente imposible un desarrollo tan acelerado.

Jack, volvió a vagar de un empleo a otro. No era difícil encontrarlos. Un día le ofrecieron la oportunidad de trabajar en una pequeña fábrica de hierro.

No sabemos muy bien por qué Jack aceptó, pero el hecho es que lo hizo. Más extraño aún fue que le gustara aquello.

El patrón era una buena persona que pagaba según la costumbre, trataba bien a su gente e incluso se preocupaba por ella. Jack sintió una fuerte simpatía por aquel hombre. Pensaba que el trato que les dispensaba no se debía única y exclusivamente a que no era fácil encontrar mano de obra, sino que lo hacía por ser de un natural bondadoso.

«¡Pero bueno, Jack! —se decía—, tú que siempre has presumido de tu independencia y libertad, ¿te encierras entre estas cuatro paredes?»

No pasó mucho tiempo sin que el patrón se fijara en él. Hablaron y el patrón escuchó admirado las múltiples aventuras de Jack. Decididamente le gustaba aquel hombre.

Poco después, le ofreció desempeñar pequeñas tareas de responsabilidad mandando grupitos de peones. Jack no le defraudó, pues sabiendo mucho de lo que pasaba por la mente de sus compañeros, supo dirigirlos bien. Mientras la fábrica iba prosperando.

Les prometo que no estoy escribiendo esta historia bajo el influjo de ningún alucinógeno. Es cierto que esto pasaba del modo que lo estoy contando (más o menos). En la segunda mitad del siglo XVIII, Inglaterra seguía siendo un país predominantemente agrícola. Los trabajadores de las otras ramas eran ocasionales y no permanecían mucho en una misma ocupación. Los patronos solían tratar bien a su gente, e incluso se preocupaban por ellos. La situación laboral de la época, todavía no se había convertido en lo que sería más adelante. Pero, no corramos tanto.

Cuando mejor le iban las cosas a Jack, el patrón sufrió de repente un ataque que le imposibilitó seguir dirigiendo la fábrica, pues quedó con medio cuerpo paralizado y un habla apenas entendible.

Su hijo, más seco que un palo y con aire de superioridad muy británica, se hizo cargo del negocio, con grave disgusto de Jack y de todos los demás operarios.

Y las cosas empezaron a cambiar para mal. El nuevo patrón había estudiado en la ciudad y seguido con un interés creciente los debates suscitados a raíz del nuevo pensamiento económico. Ni decir tiene que abrazó con entusiasmo la naciente teoría liberal:

«Por el bien de Inglaterra —se decía absolutamente convencido—, nosotros los elegidos, hemos de tener la facultad de conducir nuestros negocios con entera libertad. De esa manera el país prosperará. ¡Hay que dejar que la «mano invisible» que dirige la Economía actúe!»

Imbuido en esa mentalidad patriótica, con la superioridad que su fortuna y educación le proporcionaba, y más que nada, con la seguridad de tener razón, se dispuso a dirigir la fábrica.

Desmontó las obsoletas técnicas de fabricación de su padre, construyendo un alto horno en el que se empleaba coque, instaló máquinas de vapor que aceleraron la corriente de aire necesaria y, por descontado, empezó a apretar a los trabajadores «reajustando» los salarios a su nivel «natural» y aumentando la jornada de trabajo.

Estaba claro que los trabajadores, esa chusma, eran simples manos y músculos, perfectamente sacrificables en aras de la mayor riqueza del país.

Sin embargo, el nuevo amo, mantuvo un trato deferente con Jack, pues, no se sabe por qué razón, le tenía una cierta simpatía. El sentimiento no era recíproco pues Jack pensaba que aquel joven era un auténtico c...

No obstante, no quería renunciar al trato de favor y la posibilidad de seguir manteniendo su buena vida, aunque desde que llegó el nuevo patrono se hubiera venido reduciendo el tiempo que podía disfrutar de su libertad fuera de la fábrica.

No fue de extrañar que Jack fuera cambiando de un líder nato, respetado y apreciado por su gente, a un capataz, mera caja de resonancia de la voz de su amo.

Los trabajadores comenzaron a mirarlo mal, y él en justa contraposición los trató con mano dura, acercándose de esa manera al modo de pensar del Jefe.

—¡Pandilla de vagos! —Les apostrofaba.

Quedaban lejos los días en los que él era uno más de ellos. Además acabó por perderles el respeto, al ver la facilidad con que «tragaban» lo que les hacían pasar.

Fueron transcurriendo los años, y mientras la situación de los obreros se deterioraba en todas partes, su particular nivel de vida no se resentía, a no ser por los achaques de la edad que día a día se empeñaban en mermar su capacidad de dedicarse a los excesos habituales.

Habíamos empezado la historia de Jack diciendo: «Había disfrutado de la vida todo lo que un hombre de su condición podía saborear», y así lo recordaba él. Echaba la vista atrás con agrado, y no se preocupaba del futuro. ¡Ya reventaría cuando le tocara!

De su hijo poco sabía. Algunas escasas cartas que raramente contestaba. Supo que había entrado a trabajar en la mina algo después de cumplir los once años.

»Ya es todo un hombre —se dijo cuando se enteró. Ahora mientras se cambiaba las ropas del trabajo, volvió a recordar a su hijo, pero sólo por breves instantes. Su mente, ajena totalmente al drama de la explotación que sufrirían su hijo, su nieto y las siguientes generaciones de trabajadores, se relamió ante la pinta de sidra con la que iba a dar comienzo su noche de asueto.

La industria del hierro fue otro de los grandes motores del desarrollo inglés. Impulsados por la necesidad de competir con el hierro escandinavo, los ingleses consiguieron mejorar el proceso haciéndolo sensiblemente más

barato, con lo que lograron otro efecto de bola de nieve. Por su precio, no sólo lo exportaban con más facilidad, sino que también se fue empleando como sustituto de otros materiales como la madera y en la construcción. Esa mayor producción redundaba en unos mejores precios y consecuentemente en una mayor demanda.

Hay otro aspecto a destacar, pues jugaría un papel fundamental en los acontecimientos futuros. Me refiero a un elemento *superestructural*: a la nueva línea de pensamiento económico liberal.

Ya hemos visto en el capítulo de Roma cómo la ideología de una sociedad, condiciona su vida económica. Pues bien, este efecto se acentuó con el liberalismo. Sus seguidores estaban firmemente convencidos de sus teorías y que seguirlas era lo mejor para la nación.

No será una sorpresa si menciono que el liberalismo pretendía que existiera una total libertad de actuación y decisión para los agentes económicos: «*Laissez faire, laissez passer*» (Dejad hacer, dejad pasar): si se deja que cada individuo busque maximizar su ganancia, sin que se le pongan impedimentos, se logrará el máximo beneficio para el conjunto de la sociedad. De ese modo, la Economía guiada como por una «mano invisible» funcionará óptimamente.

Lo que sí puede sorprender, es si digo que tal postura era progresista en aquel entonces, especialmente si la vemos como una reacción ante las rigideces económicas, gremiales, privilegios y corrupción de las eras medieval y absolutista. Pero también es cierto que la libertad que buscaban favorecía especialmente a los de su clase social.

La jugada les salió bien y durante bastante tiempo. Así pues, no era de extrañar que paulatinamente estuvieran más convencidos de tener razón y fueran incapaces no sólo de ver dónde estaba el fallo, sino siquiera de pensar que pudiera haberlo.

Si, de pronto, notaron una racha extraordinariamente favorable, fue muy fácil caer en la creencia de que era consecuencia del modo como se estaban haciendo las cosas. Por tanto cuando se elaboró una teoría que explicara los porqués y los cómo, se tendió inevitablemente a ejemplarizar aquel modo liberal de actuación.

Pero es que en la Economía inglesa de aquel período se daban unas circunstancias muy especiales: aquélla era una Economía que estaba muy ligada a su naciente Imperio y que gozaba de la supremacía tecnológica, militar y comercial. Con las espaldas bien cubiertas, sus redes bien extendidas y con todo el género vendido —y más si lo hubiera—, el rápido desarrollo de que disfrutaban estaba más que asegurado. Digamos, en suma, que jugaban con ventaja.

Hagamos un alto y reflexionemos. Veamos si soy capaz de hacerles ver donde está el dichoso fallo. La Economía no es la Ciencia para hacer buenos negocios mediante el sabio aprovechamiento de las oportunidades. Al

contrario, es debería ser la Ciencia para que los seres humanos logren satisfacer sus necesidades mediante... (no me hagan repetir la definición)

Así pues, el pensamiento de la época se basaba en una situación muy particular, que de ningún modo es extensible a otros períodos y sociedades.

Pero claro, si se cree que lo que hay que buscar es la riqueza de la nación — «su» nación—, y que tal riqueza es precisamente la que disfruta su clase dirigente, indudablemente esta filosofía económica les iba como anillo al dedo. Incluso más, pues era precisamente la justificación teórica que les daría la coartada para el cambio de la clase aristocrática por la capitalista. (De hecho, y con toda la razón del mundo, acusaban a los nobles de su no contribución al crecimiento de la riqueza. Sus gastos suntuarios eran vistos, con aquella mentalidad puritana y capitalista, como un despilfarro intolerable.)

Si me lo permiten, casi me atrevería a decirles que dentro de lo contradictorio que puede ser el género humano, aquellos duros y puritanos empresarios, estaban seguros de que hacían el bien. Más que su lucro personal, iban en pos de una meta más elevada: el crecimiento de sus empresas que sería la contribución que aportarían a sus conciudadanos y, posteriormente, les legarían. Su objetivo no era el de una vida regalada, sino el de la prosperidad de su nación.

Fíjense que, por tanto, las claves de su pensamiento estaban en el modelo de sociedad que pretendían (bastante alejado del que propongo en este libro).

Con este modelo en la cabeza, opinaban que se debía pagar a los trabajadores los salarios que marcara la ley de la oferta y la demanda, pues era lo «natural». Les importaba más bien nada, que con la abundancia de mano de obra, los jornales bajaran al nivel de mera subsistencia.

Para establecer las cosas en su justa medida hay que decir que esta insensibilidad no fue algo que inventara el pensamiento liberal. Por desgracia, desde siempre el trabajo «duro» lo habían realizado gente de la llamada baja condición: esclavos, siervos de la gleba, parias... Es pues, una constante del género humano actuar con esa crueldad.

(No se escandalicen, pues nosotros mismos nos comportamos con esa misma insensibilidad, ya que sin preocuparnos demasiado o haciéndonos los locos, estamos adquiriendo productos fabricados en el Tercer Mundo por niños o por trabajadores pagados con salarios de hambre. No digan que no lo saben.)

Pero pagar salarios de hambre es un mal negocio.

—Pues , según lo que se ha explicado, parece que es exactamente lo contrario—me enmendarán.

—En efecto, lo parece. Y así sería si lo que buscamos es una colectividad en la que sólo unos cuantos privilegiados posean la mayor parte de los recursos económicos. Y éste era precisamente el fallo que no vieron en aquel tiempo.

Una sociedad es más avanzada cuanto más necesidades de sus ciudadanos es capaz de satisfacer. Dense cuenta de la importancia de esta afirmación, puesto que, por si no habían caído en ello, las necesidades del ser humano son infinitas.

Modelos de sociedad en la que la mayoría de sus individuos se encuentran al nivel de subsistencia, además de engendrar en su seno un potencial explosivo, producen poco excedente, y además con sus habituales reglas de reparto desequilibrado, se favorece poco el crecimiento del mismo.

Para comprender esta última afirmación, volvamos a utilizar el viejo truco de plantear una situación extrema. Si no se pagara al trabajador más que el mínimo imprescindible para no morir, el mercado interior existente sería exiguo. Conocemos que hay países donde un obrero puede llegar a cobrar perfectamente la centésima parte del sueldo de uno de un país desarrollado. Imagínese a Ud. en su lugar. ¿Qué necesidades podría Ud. satisfacerse con esa cantidad? No sé si les habrá ocurrido, pero a mí me entra una desazón amarga, cuando veo documentales sobre otros países en los que se nos muestra su nivel de vida, sus mercados o sus posesiones. Esa población, que tan siquiera es capaz de satisfacer sus necesidades básicas, ¿cómo va a poder satisfacer las de los demás? Sin recursos, ¿qué bienes y servicios van a demandar al mercado? Y sin mercado, ¿quién se va a poner a producirlos?

Volviendo a la época de la Inglaterra de estas historias. A los capitalistas ingleses no les preocupaba tal situación pues, como ya hemos comentado, habían conquistado los mercados de ultramar.

Quizá una pregunta nos lo esclarezca definitivamente: ¿No creen ustedes que el desarrollo inglés habría sido mejor y más rápido si los trabajadores ingleses hubieran tenido algo más de «dinerito» en el bolsillo?

Es posible que si hubieran tratado a sus trabajadores como personas, tal y como empezaron a hacer al principio (recuerden las historias absolutamente inventadas que les he contado), no sólo habrían vivido todos mejor, sino que habrían llegado más lejos.

Siempre he creído que si se trata a un trabajador como a una cosa, éste contribuirá a la «causa» empresarial con el mismo entusiasmo con el que cooperan un pico o una pala.

En los inicios de la Revolución Industrial, los trabajadores ingleses, salvo la oposición a la introducción de maquinaria que suponía, según creían, pérdida de puestos de trabajo, no se revelaron más que ocasionalmente contra este abuso. Tengamos en cuenta que al principio iban de trabajo en trabajo sin grandes problemas. Pero luego las cosas cambiaron. Con la gradual abundancia de mano de obra, su preocupación y su miedo eran quedarse sin trabajo, que no ponerse a pedir aumentos de sueldo.

Tuvo que llegar la mitad del siglo XIX para que se abrieran paso planteamientos alternativos. Afortunadamente.

La aparición de la lucha sindical (y me niego a entrar en otros planteamientos de tipo político), iba a suponer para los obreros, además de unas condiciones de trabajo más humanas, entrar en posesión de una mayor parte del excedente. Ese excedente, por poco que fuera al principio, se fue poniendo, en su forma dineraria, a disposición del mercado, demandando la satisfacción de unas pocas más necesidades o mejorando las ya satisfechas. Consecuentemente, el mercado fue creciendo, y por tanto, se hacía preciso que más trabajadores produjeran ese aumento de la demanda. Esos nuevos obreros, fueron obteniendo asimismo su pequeño excedente, que iba a parar a disposición del mercado... ¿Me siguen?

Iba a concluir diciendo que al actuar de esa forma, el sindicalismo lo que conseguía era mejorar el sistema capitalista. Pero es falso por ser incompleto. Lo que se mejora, y además exponencialmente, es la propia sociedad. Porque además de lo explicado en el párrafo de arriba, se producía el fenómeno de que el trabajador reclamara gradualmente una mayor proporción del pastel. Costumbre ésta, que sigue hoy.

Hagamos una pequeña acotación relacionada con este tema del reparto. Según hemos dicho, las sociedades más avanzadas son las que sus ciudadanos gozan de una mayor poder adquisitivo. Entonces, en nuestro tiempo, cuando Gobierno y Patronal se empeñan en moderar el crecimiento salarial, ¿están haciendo un flaco servicio al país?

La respuesta, y siempre en mi opinión, dependerá de otras circunstancias.

En primer lugar hay que tener en cuenta la inflación. Si los salarios crecen por debajo de ésta, se pierde poder adquisitivo y el mercado interior se resiente, como ya hemos comentado.

En segundo, hay que contemplar el hecho de que los incrementos salariales pueden quedar convertidos en agua de borrajas al no verse respaldados por un crecimiento real de la Economía. Aparecerá más dinero en circulación, produciéndose, de ese modo, un efecto de ilusión monetaria. Ciertamente los trabajadores cobrarán más, pero no serán más ricos.

Y en tercer lugar, hay que pensar en términos de generación del *excedente*. Es evidente que si éste crece, los aumentos de salarios son más que benéficos para el conjunto de la sociedad.

Teniendo claro que lo importante es que la tarta sea cada vez mayor y que cada uno de los agentes económicos debe obtener pedazos más grandes, entonces, ¿cuánto deben crecer los salarios? Ahí está la gracia del asunto. La solución no es matemática, pero no es muy descabellado afirmar que el crecimiento de los salarios debe ser parejo al de la tarta más que al de la inflación, como es costumbre en nuestros días.

Quizá, si estos mismos agentes económicos conocieran y tuvieran en mente a la hora de la negociación las implicaciones que mencionábamos líneas arriba, el acuerdo sería más sencillo y provechoso para el conjunto de la sociedad.

Han pasado casi nueve años desde que escribí las tres primeras líneas de este capítulo. Ha tenido que pasar ese tiempo para que mi conciencia lograra hacerme seguir.

Se puede decir que he tenido una excusa inteligente con la que he logrado justificarme durante tantos años: no tenía claro qué era eso de la Revolución Industrial.

No lo entendí en mis tiempos de estudiante y seguía sin entenderlo cuando le daba vueltas a la cabeza para ver cómo tenía que acabar este libro.

No dejen que les engañe. Si había algo que tenía permanentemente claro era lo que quería, y sigo queriendo, decir con mi libro. Pero la Revolución Industrial ha conseguido frenarme.

La cosa empezó en la Facultad cuando nos explicaron la Revolución Industrial inglesa, poniéndola a caldo, por supuesto, e incidiendo machaconamente en sus aspectos negativos. Ahora, eso sí, todo el mundo daba por sentado que haberla, húbola.

La verdad es que me quedé un tanto despagado y desorientado. Confieso que me limité a estudiar esa parte según mandan los cánones del estudiante que se enfrenta algo que no entiende: se «empolla» y ya está.

Pues bien, me pasé esos años, pero a ratos y además muy espaciados, leyendo mis manuales de la Facultad y argumentando conmigo mismo planteamientos a favor y en contra. De todos modos el balance era abrumadoramente en contra.

—¿A favor y en contra de qué?—, me preguntarán.

—Pues no tanto de si existió, como si de en realidad fue una auténtica Revolución.

—¿Sabe que tiene una especial habilidad para ser obscuro cuando quiere decir algo?—, me espetarán

—La verdad es que sí. En realidad es algo bastante menos complicado.

»Fíjense que hay un capítulo denominado la primera gran Revolución. Es evidente que la Revolución Industrial iba ser una parte más dentro del libro y que iba a ser titulada como la segunda gran Revolución. De hecho, al final del capítulo anterior dejo entreverlo.

»¡Lógico! ¿No?

Ahora lo tengo más claro. Esa segunda revolución está todavía por venir. Será, o más bien, deberá ser la revolución del conocimiento, y en el próximo y último capítulo espero dejarla expuesta. Pero no nos adelantemos.

Pues bien, ¿por qué no considero que el desarrollo industrial de la Inglaterra de aquella época fuera una revolución económica?

La respuesta les parecerá oscura, pero es importante que logre explicarme: Hubo, en efecto un desarrollo económico, que se sustentó en muchos pilares y no en uno sólo. Fue como una pequeña bola de nieve que rodaba pendiente abajo y que a medida que bajaba, iba engordando más y más. Y no sólo de nieve sino de todo lo que iba encontrando a su paso. Fue un desarrollo agrícola, demográfico, social, comercial, financiero, cultural, militar, de los transportes, de los seguros y por supuesto, también industrial.

En una palabra estaban implicados todos factores que constituyen lo que es la Economía: generación, reparto e intercambio del excedente.

Tengan en cuenta que una sociedad que crezca a un ritmo cercano al 3% anual, cada 25 años doblará su nivel de riqueza. La Inglaterra de la segunda mitad del siglo XVIII estuvo creciendo a un ritmo del 3'5% primero y al 7% después. Y ese aumento de riqueza afectó a todos los sectores, aunque no de una manera igualitaria.

Pensar que un único elemento, como el industrial, es el que va a provocar por sí el desarrollo es un error. Un error que se ha cometido muchas veces al intentar exportar al Tercer Mundo las soluciones industrializadoras del Primer Mundo. Es lo que he intentado demostrar, de la manera más ácida posible, con el ejemplo de los menhires. Recuerden que cuando hablábamos de la primera gran Revolución, ya se habían producido con anterioridad mejoras técnicas, desde el hacha de sílex hasta la rueda.

No obstante, el desarrollo industrial de la última parte del siglo XX en el Extremo Oriente puede parecer que se empeñe en contradecir lo que acabo de decir.

Pero piensen un momento. ¿Sólo ha habido industrialización? ¿No han cambiado más cosas? ¿No podemos decir cosas parecidas a lo que comentábamos de Inglaterra?

Para finalizar, si me acusan Uds., que he sido muy simplista con la explicación de la Revolución Industrial inglesa y que se me quedan muchas cosas en el tintero, les diré que tienen razón, pero está hecho con toda intención.

No habría sido difícil llenar páginas y páginas hablando de dicha Revolución, pues existe una profusa documentación.

No iban por ahí mis propósitos, ya que mi preocupación era la de aclararme yo mismo en primer lugar, y luego intentar explicar si la llamada Revolución Industrial era un modelo eficaz para el desarrollo de una sociedad. ¿Es válida la receta de hagamos fábricas y paguemos sueldos bajos? ¿Con esa fórmula magistral garantizamos el progreso del país?

Pues, parece ser que no. (La Unión Soviética apostó por esta vía, en cambio Suiza no.)

No sé si se habrán dado cuenta que mi intención es desmitificar la Revolución Industrial. De hecho vuelvo a dar una vuelta más de tornillo a los razonamientos con los que les he venido machacando a lo largo del libro: nunca se trata de factores únicos, por importantes o espectaculares que parezcan.

Por eso me he empeñado en incidir en los otros aspectos relevantes que se produjeron simultáneamente a la industrialización. Fue, al principio, un desarrollo compuesto de múltiples elementos, favorecido, también hay que decirlo, por la posición de dominio que gozaba Inglaterra.

Y como los dioses deslumbran a los que quieren perder, los ofuscaron con las maravillas que los hombres habían creado, impidiéndoles, así ver, que había defectos importantes.

En resumidas cuentas, y para que puedan acusarme con toda razón de simplificar las cosas, hubo una vez un país al que los asuntos empezaron a irle de perlas. Tan bien les iban, que se pusieron a pensar y llegaron a la conclusión que la libertad para el capital era lo mejor para la nación. Y así se lo dijeron a todo el mundo. Pero empezaron a tener problemas, aparecían crisis periódicamente, y los trabajadores se empeñaron en no comprender que debían trabajar, engendrar y cobrar lo justo, para que la «mano invisible» favoreciera a toda la sociedad. (Entiéndase justo como mínimo, no como equitativo).

Por cierto, modernas investigaciones han demostrado que la «mano invisible» que dirige la Economía tiene Parkinson.

CAPÍTULO 10

HOY. ¿MAÑANA...?

Germán

«Bzzz.»

Una mano, saliendo de entre las sábanas, tanteó la mesilla hasta que encontró el aparato que buscaba. Deslizándose hacia arriba, pulsó un enorme botón. El sonido cesó. Desplazándose ligeramente, volvió a pulsar otro botón bastante más pequeño. Alguien empezó a hablar. La mano se retiró velozmente para volverse a colocar dentro del calor de las sábanas.

La conciencia de Germán se puso en modo de «espera». Estaba programada para no atender los anuncios, las malas noticias de todos los días ni las viejas noticias habituales. Sólo salía de este estado de semi-hibernación cuando algo gordo ocurría.

Fueron pasando los minutos y Germán cada vez más consciente, se aferraba a los momentos finales de deleite dentro de la cama. Le encantaba haraganear hasta el último instante.

«... y ahora la actualidad deportiva por...»

Esa era la señal. Lentamente empezó a levantarse, mientras escuchaba. Al notar el primer ramalazo de frío, se puso rápidamente el albornoz y se dirigió al cuarto de baño contiguo, dejando la puerta entreabierta para seguir escuchando la radio. La parte izquierda de la cama, hacía rato que estaba vacía. Su mujer saltaba al primer sonido del despertador, del de ella.

«Es curioso —pensó Germán mientras se enjabonaba la cara—, nunca oigo su despertador, ni tampoco el mío durante los fines de semana». Curioso en efecto. Su programación interior para despertarse se había ido perfeccionando con el paso de los años.

No había acabado de afeitarse cuando terminó el mini-espacio deportivo dando paso a la interminable serie de anuncios acostumbrada. Al fin, cuando ya casi Germán estaba dispuesto a abandonar el aseo, volvió a empezar el noticiario: «Siempre que pasa igual, sucede lo mismo», pensó que se podría haber subtulado el habitual resumen.

«La espectacular baja de la Bolsa de Tokio va a suponer...

»El acuerdo patronal sindicatos se encuentra lejos de cuajar. La amenaza de huelga, pues, planea sobre el sector...

»El Gobierno se plantea atrasar la edad de jubilación, como paliativo a la negra perspectiva de la insuficiencia de fondos.

»El Sr. Xson, experto en cuestiones económico-financieras, vaticina una fuerte alza de los tipos de interés a corto plazo.

»El Sr. Zson, experto asimismo ..., pronostica que la Economía Nacional no se recuperará en tanto no se flexibilice la política de contratación y se frenen los salarios.

»El déficit público, ha sobrepasado con creces los límites razonables.

»Cinco muertos en accidente de tráfico. Un joven conductor adelantó en un cambio de rasante, provocando...

»Las tropas rebeldes han rodeado el palacio...

»Se sigue sin noticias sobre la niña ... secuestrada hace ahora dos semanas.

»La Unión Europea presiona a nuestro país para que amplíe las cuotas de importación. Por otro lado, los estados miembros escandinavos pretenden reducir las capturas de pescado del resto de la Comunidad.

»La caída en picado de las ventas de automóviles, va a suponer un reajuste de plantillas de la industria. Los sindicatos...

Germán había acabado de vestirse. Estaba de un humor de perros. Todos los días lo mismo. Ya de por sí se levantaba de mal aire, y desde luego en nada contribuía a mejorarlo la insidiosa voz del locutor. Éste era un especialista en hurgar en las llagas, y Germán empezaba a no tragarle.

La misma mano volvió a pulsar otro botón del aparato y la voz quedó cortada en medio de una de sus tradicionales filípicas. Abrió la puerta del cuarto y se dirigió a la cocina donde le aguardaba el café con leche que constituía su desayuno. Pasó por el comedor donde se produjo el acostumbrado intercambio de gruñidos matutinos con sus hijos, que siguieron absortos en la contemplación de los dibujos de la tele.

—Buenos días. Es tarde. Que se preparen los niños. Acuérdate de...— se dirigió a su mujer y sin acabar la frase se puso a beber su vaso, que caliente como estaba, le tocó cambiar de recipiente. Aún así, tuvo que beberlo desastrosamente lento en comparación con su plusmarca mundial de «beberse el desayuno».

Su mujer que había salido un instante a urgir a los niños, volvió y dijo algo así como: «Ya están listos». A continuación enchufó la radio de la cocina...

«Después del récord de visitantes del año pasado, la cifra prevista de turistas para este año es francamente inmejorable.

»La recuperación económica es un hecho según afirmó Yson, que explicó que la cifra de parados había disminuido por tercera vez consecutiva...

»Los beneficios del sector de la... han crecido en un 7'5% sobre el ejercicio anterior, incluyéndose las empresas nacionalizadas del mismo, que han conseguido eliminar prácticamente sus pérdidas...

»Se prevé que en las próximas horas las temperaturas...

—¡Vamos!, ¡vamos! —dijo mientras pensaba: «Con cambiar de emisora parece que vivamos en un país diferente.»

Se metieron en el ascensor y permanecieron en silencio, con la vista dirigida a ninguna parte, hasta que llegaron al sótano, destinado a garaje. Subieron al coche, y lo primero que hizo Germán, fue encender la radio. La filípica apocalíptica continuaba, quizá un poco más vehemente de lo habitual, pues, un par de expertos acababan de machacar una futura medida económica. Durante todo el trayecto al «cole», el locutor siguió dale que te pego.

Al mirar por el retrovisor, antes de efectuar una maniobra, vio a los niños que permanecían atrás callados, sin muchas ganas de pelearse entre ellos. Le vino de repente una pregunta sobre lo que podrían estar pensando de lo que estaban oyendo. Pero en sus caras no aparecía el menor atisbo de preocupación ni de interés. Pasaban bastante.

«Mejor así —pensó—, porque ya me estoy poniendo de los nervios. Oyendo a esta gente, uno acaba convencido de que el país se va a la porra, si es que no lo está ya.»

Llegaron a las inmediaciones del «cole», y detuvo el coche en el lugar habitual, se abrió la puerta de la derecha y los niños bajaron, gruñendo una especie de adiós, que fue contestado por otro sonido de la misma especie, al que añadió un «tened cuidado al cruzar... »

En el momento que arrancaba, el locutor se puso a rematar la faena, pero Germán no le dejó. Pulsó un botón y una melódica música de los años 60 inundó el interior del automóvil.

—No tienen ni idea —medio chilló—, ni los unos, ni los otros.

«¡Ni estamos tan mal, ni tan bien, sino todo lo contrario! — siguió pensando a grito pelado para sus adentros—. ¡Ojalá, por lo menos supieran de qué están hablando!»

Luego, ya más relajado, se puso a pensar en lo que tendría que hacer una vez que llegara al despacho. Le quedaba por perfilar los últimos flecos al proyecto que llevaba entre manos desde hacía un par de meses. Antes de una semana, dentro del plazo señalado, podría presentarlo. Estaba convencido de que iba a causar sensación. Aceleró el vehículo, pues le entraron ganas de llegar cuanto antes para ponerse manos a la obra.

Los agoreros de cada mañana habían vaticinado todos los males que se les venían encima, pero, ahora, Germán no estaba dispuesto a que le amargaran el día. ¡Qué narices! ¿Qué iba a hacer si no? ¿Meterse entre las sábanas y no salir de la cama? ¿Vivir permanentemente con la angustia de la certidumbre de lo inevitable?

No, él no era de esos. No bajaba los brazos en señal de rendición de buenas a primeras. «Entonces —reflexionó—, ¿por qué presto oídos a toda esa retahíla cada día?»

De lo que hemos expuesto a lo largo del presente libro, poco va a poder aplicarse para solucionar los males que nuestro buen Germán escucha cada mañana.

Supongo que Uds. ya se lo iban recelando, pues, ninguna receta mágica, infalible y universal he descubierto en estas páginas. Porque, y de ello estoy seguro, no la hay.

Y a poco que reflexionen, Uds. mismos caerán en la cuenta de que así es. Si alguien les asegura un futuro maravilloso en el que su supervivencia económica estará garantizada, no le crean. Estamos, aún, muy lejos de ello.

De esta última afirmación, se desprende implícitamente que creo que tal posibilidad, si bien lejana, es factible. Sin embargo, la búsqueda de nuestra piedra filosofal debe ir en dirección opuesta al modo de pensar contenido en las noticias económicas que Germán oye en la radio, lee en los periódicos o ve en la tele.

De hecho, está un poco harto, ya que él no lo ve como se lo pintan. Ni los problemas ni sus soluciones están en las fluctuaciones de la bolsa, ni en la subida de los precios o de los tipos de interés, ni que existan sectores en apuros. Ni tan siquiera en la tasa de paro. Tampoco piensa que la situación esté como para tirar cohetes, porque aunque en su pequeño mundo las cosas le ruedan bien, es consciente de que penden de un hilo. (Más adelante, espero, comprenderemos mejor las inquietudes de nuestro personaje.)

Germán, pues, se cabrea porque piensa que lo intentan manipular. Según qué medio, las noticias tendrán un color u otro en función de a quién puedan beneficiar, y quizá más destacable, a quién puedan perjudicar.

Pero, por encima de todo, lo que le irrita especialmente, es la «alegría» y poco rigor con el que se enfocan problemas, análisis, opiniones y soluciones. Está firmemente convencido de la ignorancia de estos «expertos». A él no le convencer con sus voces seguras, sus argumentos elaborados ni su porte y presencia ante las cámaras.

Uche Ikpeba

Uche aguardaba en la acera, junto con tres de sus compatriotas, a que llegara la furgoneta que pasaría a recogerles. Mientras esperaba, miró distraídamente el coche que había parado cerca de él. Bajaron dos niñas y un niño, que rápidamente se dirigieron hacia los portales de un colegio. Sus ojos se fijaron en el edificio, desviándose del coche de Germán, que ahora arrancaba al cambiar el semáforo. Permaneció mirándolo durante un tiempo, hasta que el sonido de unos neumáticos al parar le sacaron de su ensimismamiento.

—¡Pepe y los demás, venga, subid!— les llamaron desde la desvencijada furgoneta antes que ésta se detuviera. Y es que cuando uno se llama Uche Ikpeba rebautizarse como *Pepe* era obligado en un país como éste. Fue cuestión de su capataz, quien cortando por lo sano cuando los nombres se le atravesaban, asignaba pepes, juanes, pacos o similares con graciosa generosidad.

Ya subidos en el vehículo, Uche cayó en la cuenta de que hoy precisamente hacía tres años que había llegado a esta chocante ciudad habitada por gente desconcertante.

Allá en su tierra, también había una ciudad como ésta. Bueno, para no decir mentiras, sólo una pequeña parte del centro, se le parecía. Del resto, mejor no hablar. Chabolas y chamizos, algunas construcciones de adobe, calles sin asfaltar, sin alcantarillas ni agua corriente, y ni mucho menos electricidad. Las más humildes casas de aquí eran palacios comparados con las de allí. Es verdad que *Pepe* había visto también chabolas aquí, y eso le desconcertaba profundamente. ¿Cómo era posible?

Uche no entendía en absoluto que las hubiera en aquella ciudad, máxime cuando él mismo disfrutaba, junto con sus otros tres paisanos, de un piso que, destartalado y todo, era infinitamente mejor que cualquiera de las viviendas en las que nunca había habitado.

Y es que precisamente la certeza de que aquella gente blanca del Norte era muy rica —según se decía en su tierra comían tres veces al día—, le había impulsado a emigrar desde su país del África Negra a la búsqueda de unas mejores condiciones de vida.

Bueno, eso es lo que todos pensaban y decían. Aunque él esperaba encontrar algo más. En ello estaba meditando cuando llegaron a su destino, una obra de ampliación de una carretera comarcal no muy lejana de la ciudad, y por tanto muy concurrida.

—Hoy te toca la parte norte de la carretera —le dijo el capataz. La verdad es que a *Pepe* no le importaba la pinta que hacía con su chaquetilla amarillo-fosforito, debajo de un casco verde-marchito y la señal de STOP en rojo que portaba en la mano. A esto habría que añadir su rostro definitivamente negro.

Tampoco le importaba su trabajo de levantar todo el día la dichosa señal y darle la vuelta coordinadamente con su compañero de la parte sur.

—¡Hala vete «pa'llá» y no olvides ponerte crema para el sol! — le bromeó el capataz con una amable sonrisa. (¡Otra frase políticamente incorrecta! Pero lo que Uds. no saben es que aquel capataz era «buena gente». Nunca ofendía a sus trabajadores pese a las animaladas que era capaz de decirles.)

La jornada era larga y el trabajo monótono, pero tenía la ventaja de que le dejaba tiempo para recordar y meditar. Y ahora era el turno de cavilar sobre su otro trabajo, al que se dedicaba durante los fines de semana. Cargado con un par de enormes bolsas y una mochila, recorría la zona de la ciudad que tenía asignada, y disfrutaba de lo lindo vendiendo, charlando, regateando, haciendo clientes y conociendo gente. Top-manta, gafas y relojes de «marca », ropa pija con logos de pega y baratijas eran el género de mayor demanda. Y por supuesto, admitía pedidos para la próxima semana, tomando nota en un libretilla, en la que con mucha dificultad anotaba, más mal que bien, lo que le pedían. Con los caracteres que había aprendido en su infancia hacía lo que podía. El resto lo fiaba a la memoria.

Hacía pocos meses que había encontrado el trabajo en la obra. Y había sido una suerte, pues la empresa falta de mano de obra, le había facilitado la tramitación de los tan deseados «papeles». El cambio de trabajo supuso una bendición. La faena a destajo en el campo y el miedo a que le pillaran sin documentos, quedaron atrás. Incluso tenía buena parte de las tardes libres. Pero esto acabó cuando se enteró de que en la parroquia de su barrio, el cura junto a un grupo de jóvenes voluntarios, había montado unas clases para inmigrantes.

El sacerdote le cayó bien. Hablaron y se enteró que había estado unos años en Sudamérica donde, siempre dentro de sus creencias, había tomado conciencia de las injusticias que veía. Ahora de vuelta, en un barrio obrero cada día más poblado de inmigrantes, seguía su labor pastoral y no dudaba en denunciar cuanto abuso se cometía. Explicaba a sus feligreses lo que sabía de las mafias que exprimían a los que introducían en el país, el cicatero pago por el trabajo de los ilegales, o las ocasiones en que incluso se negaban a pagarles. Y aquello iba calando entre los que lo escuchaban. También procuraba integrar a los extranjeros dentro de la comunidad parroquial, y no sólo en las celebraciones religiosas. En verdad era reconfortante verlos reunidos junto a los nativos en torno a una mesa, sea compartiendo la tradicional cena de «sobaquillo », sea hablando de cualquier tema o proyecto.

Uche también le contó su vida. Había nacido en un poblado, que de muy joven tuvo que abandonar, junto a su familia, porque guerrilleros y soldados se dejaban caer con regular alternancia. Mediante amenazas y cuando no surtían efecto, brutalidades, les esquilaban lo poco que poseían, no siendo raro tampoco que desfogaran sus ánimos encendidos con las mujeres.

Si la vida en la aldea era dura, en la ciudad donde llegaron, no fue mejor. Había caciques para casi cada cosa, y era de rigor mostrarse respetuoso con ellos a

la par que contribuir con las «propinas » establecidas por la casucha, por los trabajos que su padre podía conseguir, por el puesto de venta de tubérculos de su madre, por la fuente de agua... Aquellos vampiros los sangraban gota a gota, día a día. ¡Ay de aquél que se negara a ser su cliente! En el negocio de extorsión y expoliación, toda la clientela es forzosa.

Afortunadamente, la escuela a la que iba era gratis. Aunque decir escuela era mucho suponer. Una O.N.G. enviaba jóvenes idealistas, a quienes dotaba con un billete de ida, otro de vuelta y unos pocos dólares, para que permanecieran durante seis meses enseñando en un antiguo almacén a los niños de aquel barrio.

Y a fe mía que no lo tenían fácil: la pertinaz falta de medios, las dificultades con el idioma y dialectos, las distintas edades y conocimientos y la falta de continuidad en la asistencia a las lecciones, dificultaban un aprovechamiento adecuado de las clases.

Éste fue el caso de Uche, quien pese a estar dotado de una aguda inteligencia, no pudo sacar todo el provecho a los casi dos años y medio en los que logró asistir a la escuela. Uno de sus maestros, barbudo, melencólico y con gafas redondas —o sea, la viva imagen del «progre»— no se cansaba de machacarles con una frase que le caló hondo:

—Se es más hombre por saber más, no por tener más músculos —deduzcan Uds. que muchas niñas no iban a aquellas aulas.

Abandonó con pena sus estudios, pues tuvo que ponerse a trabajar para ayudar a su familia. Pero permaneció en él un gusanillo, que se fue convirtiendo en sana obsesión por aprender. Su natural optimismo desde siempre, le decía que él también estudiaría algún día. Y ahora, ese día ya había llegado.

«Bueno, he dado el primer paso. Yo también iré a un colegio como el de esta mañana —se dijo mientras daba la vuelta a la señal de STOP—. ¿En qué estaba pensando? ¡Ah, sí!, le contaba mi vida al cura.»

El resto de su infancia fue dura y no tuvo que detallarla, porque el sacerdote ya la conocía. Era la misma asquerosa y vieja historia de la explotación infantil de siempre.

Ya hecho un mozo, tomó la decisión de salir de allí como lo estaban haciendo un buen número de sus conocidos. Cuando se reunían entre ellos no había otro tema de conversación: de la difícilmente asequible tierra del Norte, de las conversaciones telefónicas con los afortunados que habían logrado alcanzarlas, de los que no lo habían conseguido, de los peligros, de lo que había que hacer y con quien hablar para llegar... Y así un día tras otro.

Un buen día, pues, se vio atravesando el desierto, metido en un camión descubierto, repleto de hombres jóvenes como él y con sus bultos y garrafas de agua colgando de los laterales del vehículo. Lo que había tenido que pagar,

una barbaridad que toda su familia había ido reuniendo, era la mitad. El resto ya lo pagaría en no muy cómodos plazos cuando llegara a la tierra de promisión.

Pepe no sabía decir cuándo pasó más miedo, si en aquel camión estropeándose cada dos por tres en medio de la nada o en la oscuridad de la noche en el mar mientras la patera avanzaba a duras penas ola arriba, ola abajo.

Poco más le quedaba que contar al cura como no fuera sus dos largos años trabajando en el campo, en los que una buena parte de sus ganancias iban a parar a manos del contacto encargado cobrar su deuda. Otro poco lo enviaba a los suyos, allá en África, quienes empezaron a tener la vida algo más fácil, no mucho, pero sí que les reportaba un cierto respiro.

«Por cierto —se acordó—, esta noche tengo que llamarles desde el locutorio. Mi hermano tiene prisas por venirse, pero voy a seguir intentando convencerlo de que espere un poco, pues estoy viendo la posibilidad de traerlo más o menos legalmente. Espero que no tenga que pasar lo que yo.»

»No quiero ni pensar que sus huesos puedan quedarse tirados en el desierto o que se ahogue en el mar. Con uno de los dos que se juegue la piel es suficiente. Quizá el otro no tenga tanta suerte.

Pepe es la típica persona que cae bien a todo el mundo, racistas al margen: jovial, optimista, buena gente, currante... que desde unas condiciones de vida de escaso porvenir, se lo juega todo a una carta.

Muchos como *Pepe* se han arriesgado, y los vemos cómo poco a poco van ganando terreno. Otros se han dejado la vida por el camino. Imagínense en qué condiciones deben estar viviendo como para exponerse de ese modo, incluso vendiéndose a mafias para que les fíen los dineros de un pasaje.

Como es habitual, la historia de Uche está inventada, aunque no es falsa en absoluto, a partir de rasgos simples que buscan mostrar la constante de la *supervivencia* una vez más. Pero, junto con la narración de Germán, pretendo dar pie a la última conclusión de este libro. Para ello, cambiaremos el método un tanto: vamos a imaginar la vida de *Pepe* dentro de unos años. Confío en no caer en el error de hacer Economía-Ficción. Sigamos, pues, adelante.

Años después

Uche cumplía años. Cuarenta. Ninguno de sus abuelos los había alcanzado, aunque aquello empezaba a cambiar. Su padre de casi sesenta, seguía vivo, algo achacoso, pero muy vivo.

Sentado a la mesa de su despacho, consultaba la agenda del día, más por placer que porque necesitara recordar las principales tareas de la jornada. A lápiz y en rojo, destacando del resto de anotaciones de grafito, había dos apuntes sobre el papel *autorecicable*: *Cumpleaños y Recoger Licenciatura de Económicas*.

Aquella hoja, no pensaba reciclarla. Iba a plastificarla y conservarla. La separó de la agenda y la guardó en un sobre. Luego, mecánicamente, como hacía cada mañana, cogió la página del día de ayer y la pasó por la ranura borradora del ordenador. Así, quedaría limpia para volver a imprimir otro día o escribir a lápiz las notas y citas imprevistas.

Por el visor de *teleconf*, su secretaria le pasó aviso que tenía un *solicita* desde el extranjero. Era de sus padres. Sonriendo y lleno de gozo, pulsó la tecla verde de imagen y sonido.

—Hola papá. Hola mamá —dijo al verlos—. ¿Cómo vais?

—Vetustos, arcaicos y caducos, pero aguantando —le contestaron de buen humor.

Uche se quedó un instante desconcertado. Siempre le ocurría cuando sus padres le hablaban utilizando un lenguaje tan diferente al que él conocía de su infancia. Pero es que ellos también habían progresado. A poco que, gracias a las aportaciones de sus hijos, las cosas les fueron yendo bien, se propusieron estar a la altura de Uche y sus hermanos. Con grandes esfuerzos se pusieron a aprender. En vez de dedicar sus ratos de descanso a holgazanear, se conjuraron para estudiar, leer libros y seguir todos los días, al menos durante una hora el canal internacional de «Aburrida Enseñanza ».

«Es increíble el éxito del canal pese al nombre que le endilgó el chungón de su --- y aún es peor el de sus programas de más audiencia: «La letra con sangre entra», «Matemáticas diabólicas», «Idioma para masoquistas»...

—...mos felicitarte por tu cumpleaños, hijo —oyó decir a sus padres, cortando sus erráticos pensamientos justo en el momento en el que cavilaba que aquellos programas debían ser realmente un disfrute para enganchar así a tanta gente—. También nos hemos enterado que te dan hoy el diploma de tu licenciatura. No sabes lo orgullosos que nos sentimos.

—Gracias, es una alegría escucharos. Supongo que mi secretaria es el pajarito que os ha contado lo del diploma. Tengo ganas de poder enseñároslo. Os enviaré una *digimagen* en cuanto lo tenga. Os lo merecéis pues sois casi tan culpables como yo de que me vayan endilgar ese trozo de *papiro*.

»Y... ¿Cómo os van las cosas por ahí? —preguntó como de un modo casual haciendo una significativa pausa. La pregunta no era inocente en absoluto: había acordado con sus padres un sistema de claves basadas en metáforas y mucha imaginación, con las que se enteraría de la salud pormenorizada de sus progenitores, lo que habían hecho o dicho sus vecinos, las trastadas del perro,

recuerdos de un amigo... Uche las iría traduciendo mentalmente. Luego, grabada la conversación las repasaría.

Habían preferido este sistema, pues pese a que existía la posibilidad de blindar la transmisión, esto habría mosqueado a los escuchas del Gobierno, quienes habrían ido a husmear a casa de sus padres por si pudiera estar cociéndose algo por allí. Y es que Uche había empezado a jugar discretamente con paisanos suyos que hacían política de oposición en el exilio.

Así pues, era mucho mejor que sus comunicaciones fueran aburridamente iguales a las miles que se producían entre los emigrantes y sus familias.

No vamos a transcribir las palabras textuales, sino únicamente el texto descodificado de los que le dijeron sus padres: «Poco a poco las cosas van mejorando, aunque no con la rapidez que nos gustaría. El Gobierno cada día que pasa tiene que transigir y hacer pequeñas concesiones para cambiar su imagen ante el mundo.»

»Si este Gobierno tiene miedo a alguien es, precisamente, a estas O.N.G. que luego influyen en la opinión mundial. No es que una dictadura sea muy popular entre estas organizaciones, pero lo que les resulta intolerable es que se salten a la torera los principales derechos humanos.

»Y es que, si se monta algo gordo, los países importantes y los grandes grupos de interés que apoyan discretamente a estos gobiernos antidemocráticos, los muy hipócritas, dejan de respaldarlos, al menos durante un tiempo hasta que se calman las aguas y se corrigen los desmanes.

»Nos dejamos para el final la mejor noticia: Nduka Embe ha vuelto al país con una autorización gubernamental que la «Organización Libertad de Expresión» consiguió arrancarles después de duras presiones. Si consintieron fue, quizás, porque Nduka es uno de los menos famosos opositores, pero lo que no saben es que es el más preparado de ellos.

»Desde luego, no está confirmada oficialmente su presencia, ni mucho menos han dicho nada sobre su llegada, pero está en boca de todo el mundo y muchos ya lo han visto. Aunque aparenta no hablar con nadie, corren rumores que en unas pocas ocasiones ha logrado engañar a los *polis* y mantener conversaciones secretas con algunas personas. No se ha filtrado ni quiénes son ni de qué hablan.

Después de aquella última nueva, empezaron a despedirse. Proceso que les llevó varios minutos como era de rigor entre su gente. Una vez se hubo apagado el monitor, Uche meditó sobre lo que habían hablado.

Desde luego, conocía el objetivo que buscaban aquellas conversaciones, y aunque no le habían facilitado por razones obvias el nombre de las personas con las que Nduka se entrevistaba, no había que ser muy liso para adivinarlas.

Nduka había ido a tender los primeros hilos de la telaraña de la oposición dentro del país. Buscaba afiliar e iniciar a los cabecillas que mandarían la futura quinta columna. Ésta tendría un planteamiento alejado de toda violencia, centrado sobre todo en crear círculos de poder y situar poquito a poco, a las personas adecuadas en puntos cada vez más influyentes.

Lógicamente al Gobierno no se le había dicho nada de esto, sino que al señor Embe, además de visitar a sus padres después de una ausencia de casi seis años, le gustaría hablar extraoficialmente con el Ministro de Educación para transmitirle una serie de propuestas de varias organizaciones en las que se «sugería» la conveniencia de cambiar algunos textos en los manuales de Enseñanza Infantil. Lo de hablar extraoficialmente era un eufemismo cortés y lo de «sugerir» cambios en los manuales de texto, nos da idea del peso de tales organizaciones.

La petición era lo suficientemente molesta y humillante para el Gobierno como para pensar que hubiera, además, otras intenciones. Así pues, la vigilancia era discreta, no todo lo obsesiva que podría haber sido de esgrimir otros motivos.

«La partida de ajedrez ha empezado con una sutil jugada que a medio plazo — se admiró Uche—, le va a hacer mucho daño al Gobierno.»

Hizo una breve pausa y se puso seguidamente a atacar la pila de papeles de su derecha, mientras empezaban a entrarle las llamadas, telefónicas normales o de *teleconf*. Comenzaba habitualmente la jornada despachando las tareas corrientes de aquella empresa dedicada a comercializar «Productos de alta calidad a precios más que atractivos», como rezaba la frase en letras de oro debajo del logo, también en oro, de la compañía. Quedaban lejos los tiempos de las baratijas de baja calidad y el pirateo. Lo que sí que continuaba era la política de precios económicos, que, a medida que la clientela fue haciéndose más consciente de que la calidad no tenía nada que ver con la tontería del «pijismo», fue ganando terreno a la prepotencia de las marcas.

Hábiles campañas de empresas similares a aquélla en la que trabajaba Uche, utilizaban el llamado *marketing barato* destinado a demostrar que no se derrochaba en lujos superfluos y explicaban la filosofía de este tipo de productos. La más famosa era:

«No vendemos apariencias al precio más alto que Ud. pueda pagar, sino firme calidad al más bajo que somos capaces de dar.»

Aquella campaña iba justo por debajo de la línea de flotación de la política comercial de las marcas más encumbradas.

Varios días después de su cumpleaños, Uche recibía una llamada anónima en su móvil particular. Extrañado pulsó el botón de descolgar.

—¿Diga?

—¡Hola Uche! Soy Nduka, ¿cómo te va? —escuchó desconcertado. Y como quiera que tardase unos instantes en responder, la voz al otro lado del teléfono continuó—. No te extrañes, ya he vuelto. Tu número me lo ha facilitado un amigo común.

—¿? —Emitió Uche como aclarándose la garganta—. Perdona, me has sorprendido. ¿Cómo te va?

—¡Bien, gracias! Oye, te llamaba porque me gustaría invitarte a comer o a cenar y hablar de los viejos tiempos. ¿Cómo tienes tu agenda?

—Este jueves por la noche me iría bien —respondió mientras comprobaba sus citas.

—¡Perfecto! ¿Qué te parece si vamos al Aleixandre? ¿A las ocho y media?—, propuso, enzarzándose a continuación a una corta despedida protocolaria.

Uche no salía de su asombro. Si bien conocía personalmente a Nduka, apenas había habido relación entre ellos. Aquella familiaridad con la que se le dirigió yendo directamente al grano, sin los habituales rodeos y sin una explicación más amplia de los motivos de la reunión, le intrigaron. Era verdad que el teléfono no era lo más adecuado para explayarse, y el modo campechano de hablarle tendía a indicar que se trataba de una cena de viejos amigos. Lo de «los viejos tiempos», era evidentemente para desorientar. Pero, ¿a quién?, y además, ¿qué sentido tenía ponerse a despistar en este país?

«Bien —se dijo—, veremos que nos depara la cena.»

Uche llegó al Aleixandre unos minutos antes de la hora y se pidió una cerveza para hacer tiempo mientras esperaba. No tuvo que aguardar mucho, apenas había acabado de dar el segundo trago cuando lo vio llegar.

—¡Hola Uche! Perdona el tono tan informal del otro día — empezó a decir con una cálida sonrisa mientras le estrechaba la mano con energía—, pero hay que ser un poco neurótico para establecer contacto con la gente. Aunque es escasamente probable que alguien nos «copie» por el móvil.

»Al final —continuó—, no he conseguido mesa aquí. Tengo el coche aparcado cerca. Vamos a otro restaurante.

—De acuerdo —le dijo Uche mirándole a los ojos. El local estaba bastante vacío como era habitual durante los días de entre semana. La manía por la seguridad seguía, y Uche empezó a sentir un cosquilleo de preocupación.

—Sé lo que piensas, pero no tienes motivo para asustarte. Es mi modo normal de hacer las cosas —se anticipó a sus objeciones, aunque sabía que la aprensión por todo este secretismo no le iba a desaparecer.

»Por tu cara veo que no acabas de creerte que no haya peligro alguno —le dijo una vez en el coche—. Pero es cierto, llevo moviéndome así desde hace años. De ese modo consigo que tan siquiera sospechen de mí.

»De hecho, el Gobierno de nuestro país me tiene catalogado como no activista. Por eso, cuando la «Organización Libertad de Expresión» fue proponiéndoles nombres para hacer de interlocutor, las fueron rechazando, hasta que obviamente, al dejar caer el mío, aceptaron no sin cierto alivio. Se habían tragado el anzuelo.

Callaron un tanto mientras Uche se quedaba a la expectativa meditando sobre lo que le había dicho Nduka. «Bien, veremos qué pretende —concluyó.»

Llegaron, al fin, a un discreto restaurante que Uche no conocía. Allí en un rincón reservado se sentaron para cenar. Nduka no esperó a que les sirvieran los entrantes para empezar a disparar.

—Supongo que te preguntarás por qué te he pedido que nos reuniéramos. No tardarás en saberlo. Por cierto, estuvo muy bien que me siguieras la corriente al teléfono y no me preguntaras nada al respecto.

—Me quedé tan sorprendido que apenas reaccioné —se justificó Uche sonriendo ante el halago—. De todos modos, la manera que tuviste de pedirlo tampoco me dio mucho pie.

—Bien —continuó Nduka—, pero antes te lo contaré todo desde el principio. Una parte ya la conoces, o al menos la sospechas. Fuimos nosotros los que provocamos que los de la «Organización Libertad de Expresión» hicieran la petición sobre la modificación de los textos. Ellos accedieron encantados. Buscábamos una excusa, como ya imaginas, para establecer contacto con personas afines en el interior, que actuaran como avanzadilla...

—En efecto. Lo sé —le interrumpió Uche sin ánimo de cortarle, sino para abreviar trámites y que se dirigiera a la parte interesante que desconocía.

—Pues bien —sonrió Nduka—, efectivamente ése era nuestro objetivo principal. Pero también teníamos esperanza de hablar de tapadillo con algunos otros miembros del Gobierno: queríamos saber qué pensaban ellos de lo que iba a ocurrir en el futuro.

»Allí me tienes, pues, ante el Sr. Ministro de Educación, que me había hecho esperar todo lo que quiso y más, esforzándome en darle una imagen de ser un simple mandado, hablándole con humildad y respeto, exponiéndole algunas cosas que me habían pedido le transmitiera, haciéndole preguntas inocentes y poco comprometedoras. En suma, la viva imagen del buen chico para ganarme su confianza como interlocutor.

»En la segunda entrevista, ya no me hizo esperar tanto. Después de negociar algunos términos oficialmente extraoficiales sobre los textos, el Sr. Ministro, fue dando rodeos para hacerme preguntas del tipo: ¿cómo nos ven en el

extranjero?, ¿qué política iban a seguir las organizaciones progresistas en el futuro?, ¿qué puntos tendremos que readaptar en el país para ajustarnos al cambio de los tiempos?...

»Fíjate que sus preguntas se centraban curiosamente en el mismo tema que pretendíamos averiguar nosotros: qué pensaba nuestro oponente que iba a ocurrir en el futuro.

»Fui respondiendo con toda la honradez del mundo, con educación, sin exagerar, dándoles hechos que ya conocían, y cuando podía intercalaba opiniones suaves de futuro.

»Mi sorpresa fue que cuando me disponía a dirigirme hacia mi tercera entrevista, me preguntaron si tendría inconveniente en mantener una reunión con el Sr. Presidente.

—¡C...! —se le escapó el taco a Uche.

—Sí, ¿verdad? Pues así me lo pidieron, con toda la educación del mundo. Creo que puse cara de «panoli», pues al funcionario le faltó poco para soltar una risotada. No sé qué farfullé aceptando y, seguidamente nos dirigimos al Palacio Presidencial.

»Mi entrevista con el Gran Hombre y Héroe del Pueblo fue de lo más suave por fuera y tensa por dentro. Te lo resumiré en una frase. El viejo zorro buscaba que le dijera qué cosas habría que cambiar para que nada cambie. ¿Te suena?
—Entonces no se trataba de un zorro sino de un gatopardo

—no pudo evitar Uche soltar un fácil juego de palabras.

—Le respondí —continuó Nduka sin hacer caso—, que podría darle mi opinión personal, pero que no tendría el más mínimo peso, además de que no dominaba todos los aspectos que habría que contemplar y que lo mejor sería transmitir esa pregunta a quienes tuvieran más importancia que yo.

»La respuesta pareció que fue la correcta, pues el Gran Señor no esperaba otra. Nos despedimos luego, y quedamos emplazados para una nueva cita dentro de unos seis o siete meses.

»Pues bien, aquí es donde entras tú, o al menos en una parte de la contestación —Nduka hizo en ese momento un alto, miró directamente a los ojos de Uche y continuó—. Como brillante economista y conocedor de tu Pueblo, ¿cómo plantearías las soluciones económicas necesarias?

—¿Quieres decir que debo indicar —repuso Uche escandalizándose—, qué cosas se deberían hacer desde el punto de vista económico para que el actual gobierno perdure?

—Has estado muy agudo —rió Nduka ampliamente—. Pues sí Uche, de eso se trata. Pensamos responder a todos los aspectos políticos, sociales, legales y

por supuesto económicos, de la misma manera. No me disgusta que se planteen cambios desde arriba. Recuerda que no existe eso de «un poquito de libertad». Desde el momento que empieza a rodar la bola, ya no se puede parar.

Hagamos un pequeño alto para explicar por qué planteo así ese hipotético futuro. Pero antes, debo observar que no importa en absoluto si mis facultades de adivinación resultan desastrosas. Como ya saben, todas las historias anteriores son absolutamente falsas aunque dentro de un contexto todo lo aproximado a realidad que yo haya sido capaz de alcanzar. En la segunda parte de la de Uche, en cambio, hasta el trasfondo es imaginario. Las historias, pues, son fábulas, que actúan a modo de muletas para facilitar la comprensión de lo que pretendo exponer. Por eso mismo, repito, no me preocupa lo más mínimo que mis vaticinios fallen (cosa más que probable).

Y sin embargo, la proyección que he desarrollado no es descabellada. Se basa en hechos que están ocurriendo ante nuestros ojos: la lucha contra el *Apartheid*, la ayuda del 0'7% del Producto Interior Bruto de los países ricos, las manifestaciones anti- globalización, las denuncias contra la violación de Derechos Humanos, las campañas contra la pena de muerte, las batallas contra la lapidación de mujeres acusadas de adulterio, las ayudas humanitarias, la labor del voluntariado internacional, etc.

Todo esto va calando en nuestra conciencia. Lo único que he hecho ha sido suponer que se acentuará esta corriente y que de alguna manera gobiernos, sean los de los ricos o de los pobres, así como grandes empresas empezarán a tener en cuenta esta tendencia. (Si bien, sospecho que será más una cuestión de imagen hacia el exterior que de un cambio real de actitud. En otras palabras, los que detentan el poder seguirán más o menos igual pero procurando que no se note. Luego, si una determinada situación se volviera insostenible, no dudarían en cambiarse de chaqueta rápidamente.)

Nos habíamos detenido ante la pregunta que le hace Nduka a Uche. Recuerden que no me propongo dar recetas mágicas.

Los días siguientes a la cena, Uche se los pasó cavilando. Su cerebro iba a más megahercios que el más potente de los ordenadores. Empezaría por confeccionar una lista de puntos a tratar y de libros a consultar, miraría en Internet las novedades al respecto y hablaría con sus antiguos profesores y compañeros de más confianza, diciéndoles para disimular, que estaba buscando temas para su tesis doctoral.

En una de aquéllas, en una tarde de domingo, estando en el despacho de su casa, cansado de tanto darle vueltas al asunto, se levantó y se fue a la cocina donde cogió una cerveza. Se fue a su sillón del salón-comedor y se puso

música dando la orden con la voz. Se la bebió pausadamente y se quedó adormilado pensando en las musarañas.

Media hora más tarde, salió de esa especie de duerme-vela que es la siesta, completamente descansado y relajado. Aunque le duró poco.

«¡Y todo ello en menos de seis meses! ¡Con mi poco tiempo libre! —se abrumó una vez más—. Si me pongo a desarrollar los puntos de la lista se va a convertir un «tocho» monumental.»

»Además, ¿quién c... lo va leer? ¡No se trata de que escribas el modelo de desarrollo económico de tu país! ¡Libros y manuales hay todos los que quieras!

»¡Pues claro! —se le iluminó una pequeña vela en su cabeza—. ¡Es mucho más sencillo que eso!

Se levantó del sillón con una idea medio formada en la cabeza y llegando al escritorio se puso a redactarla con su bolígrafo amuleto de la facultad (el que había usado para todos sus exámenes). Tres folios más tarde, llenos de enmiendas, tachaduras, flechas y anotaciones, encendió el ordenador y los pasó a limpio. Al acabar, imprimió el texto, lo leyó varias veces e hizo más correcciones. Apagó el ordenador, salió a cenar y se fue al cine.

Cada uno de los días siguientes retocó y simplificó el escrito. Hasta que después de la siesta del domingo siguiente, ya fue incapaz de mejorarlo. Marcó el móvil de Nduka.

—¿Qué hay Uche? ¿Dime? —oyó por el auricular.

—¡Hola Nduka! Me gustaría devolverte la invitación para cenar y así, de paso, te dejaré el disco que me pediste con las canciones de nuestra tierra —no pudo resistirse a parodiar la manera de conspirar de Nduka.

—¡Muy bien! —entendió inmediatamente el mensaje sin dejar de captar la ironía de su compatriota—. Lo has conseguido mucho antes de lo que esperaba. ¿Te iría bien mañana a la misma hora en el Aleixandre?

Quedaron emplazados, pues, y al día siguiente después de repetir la excusa de la falta de reserva, cambiaron de restaurante. Una vez se hubieron sentado en el mismo reservado, Uche, sonriendo ampliamente, se dispuso a desconcertar a su paisano.

—Creo que empiezo a conocerte, Nduka. Te veo receloso. No has parado de mirarme con desconfianza desde el Aleixandre, pues no encuentras por ningún lado dónde puede estar el dossier que esperas que te entregue.

»No hay ningún dossier. Y a fe mía que he estado a punto de escribirlo. Y, ten por seguro que habría acabado al final en la basura. Quizá con suerte, hubierais entresacado algún párrafo de aquí y otro de allí. Pero lo normal es que lo hubierais desechado. Y aún en la remota posibilidad que hubierais

decido entregarlo al Presidente, tal cual o con retoques, ni vosotros mismos os creéis que fuera a hacerle mucho caso. Lo más normal es que os dijera, aunque quizá con palabras más corteses, algo parecido a:

«Basura teórica. Las soluciones que planteáis no sirven un c... para nuestro país.»

—El contrasentido es que tiene toda la razón —Uche, calló unos instantes esperando la reacción de Nduka, que ahora lo miraba fijamente sin abrir la boca. Aquello era una invitación a que continuara.

»Pues bien, he estado reflexionado, y no sólo sobre la respuesta que me pediste, sino sobre cuál va a ser el planteamiento que tenéis pensado presentar al Presidente. Y creo que habéis planeado mostrarle un amplio abanico de propuestas con la esperanza de que admita unas pocas, especialmente las de tipo político.

—¡Hum! —se le escapó a un Nduka cada vez más pendiente de lo decía Uche—. Tengo que admitir que has captado nuestra estrategia general. Quizá no debería haber sido tan explícito en la anterior reunión. Aunque, si bien se piensa, es mejor así, porque imagino que lo que vas proponerme va a ir en esa línea.

—En efecto, y pierde cuidado porque no voy a ir por ahí contando vuestra maniobra. Soy tan patriota como vosotros.

»Empecemos pues —continuó Uche después de una breve risa que no pudo evitar cuando miró directamente a los ojos de Nduka buscando en ellos el efecto de su última afirmación. Pero éste debía ser un jugador de póker fenomenal—. Lo que he estado meditando también podría beneficiarme, así que deja de lado tu habitual suspicacia.

»Todo gira en torno a algo que me dijiste en la anterior cena, que una vez que la bola se echa a rodar pendiente abajo, ya no se puede parar. Por tanto sólo se trata de que seamos capaces de hacer que empiece a vencer su inercia y moverse, por despacio que sea al principio. Y eso en nuestro país va a ser difícil puesto que hay demasiada gente en el poder, o en línea directa con éste, chupando del bote. A ellos no les interesa que cambien sus prebendas.

»Y evidentemente, las corrupciones, corruptelas, burocracia e ineficacia estatal, abusos de poder y sangrías que practican, son las piedras que impedirán que la bola se mueva. Esto ya ha pasado muchas veces. Es como una infección de parásitos. Mientras no los venzas, el cuerpo no puede mejorar. Y además no podemos enfrentarnos directamente con ellos si queremos evitar un derramamiento de sangre inocente.

»Por tanto hay que proponer una alternativa viable. Algo que no ataque sus intereses, pero a lo que no puedan meter mano. Ese sería el primer movimiento de la bola, todo lo minúsculo que quieras, pero que sirva de embrión a un

nuevo modelo económico, que con el tiempo acabe por desplazar totalmente al actual.

»El primer paso sería explicar a nuestro Presidente que las O.N.G. estarían terriblemente interesadas en que en nuestro país se desarrollara una nueva actividad de tipo económico, que según los cánones occidentales fuera «limpia». Esto supondría para dichas organizaciones todo un logro, a la par que un aumento de su prestigio e influencia. Y así habría que demostrárselo al mundo. Por lo tanto insistirían en supervisar el juego limpio en dicha actividad. De los beneficios que se generaran, por descontado, el Estado recibiría su parte mediante unos impuestos equitativos. En resumen, y muy importante, sin trampas por parte de nadie.

A Nduka le cambió la mirada. Estaba cada vez más absorto en la exposición. La idea tenía grandes visos de ser factible. Podrían meter una cuña blindada en las estructuras de su país. Uche, por su parte, saboreaba el momento. Dejó que Nduka, asimilara lo que le había dicho y se dispuso a darle el siguiente puyazo.

—Luego habría que dar el segundo paso: una vez establecida la actividad a desarrollar, habría que planear su distribución concertándola con la empresa para la que trabajo. En un futuro, si la cosa cuaja, cabría la posibilidad de plantearse aumentar la concesión a más empresas.

Nduka se dio cuenta que su interlocutor estaba matando varios pájaros de un solo tiro. Era una muy buena idea utilizar la empresa de Uche ya que contaba con una amplia y eficaz red comercial. Si bien esto ayudaría a Uche en su carrera dentro de la compañía, no creía que esta fuera su intención. Nduka estaba convenido que Uche no buscaba medrar ni aprovecharse de las circunstancias. Entonces, como si Uche hubiera estado leyendo sus pensamientos, le oyó decir:

—Es una solución que va a favorecer a muchos, yo mismo incluido. Y éste es un motor básico de toda actividad económica. Es un egoísmo altruista o un altruismo egoísta, eso no lo tengo claro. Pero lo que sí que sé es que el mero altruismo no basta. La caridad no ha sido el remedio para sacarnos de la miseria, porque... bueno, no me hagas repetir lo del pescado y la caña de pescar. El pescado te soluciona un día. Y ahí es donde voy, lo que vayamos a montar debe ayudar, gustar o facilitar la vida al resto del mundo. No al contrario. Les venderemos porque lo nuestro será bueno, bonito y barato, no porque nos tengan lástima.

»Soy consciente que he ido muy deprisa y mezclando conceptos en el fragor de la charla-conferencia que te estoy endilgando. Pero creo estoy haciéndome entender...

—Sí, perfectamente —asintió Nduka—. Además tiene sentido lo que dices.

—Perfecto, pues. Ataquemos el tercer paso. Sin él, el proyecto se quedaría en agua de borrajas. Hemos de solucionar el último detalle, precisamente el de

elegir qué vamos a ofrecer, cuál será el producto por el que vamos a apostar. Bueno esto es incorrecto, hemos de apostar por una idea.

»Imagino que no conoces la diferencia en el matiz: no se venden productos sino la satisfacción que dichos productos producen. Lo que cuenta de la cerveza que nos estamos tomando no radica en que sea cerveza, sino que con ella apagamos nuestra sed, y si vamos más allá, ni siquiera eso, sino que es un medio que hace que nos sintamos cómodos mientras conversamos esperando la cena.

»Por ese mismo motivo, además de bueno, lo que vayamos a lanzar debe estar arropado con toda una serie de condiciones, adornos, atavíos y perifollos si quieres.

»Tengo la solución, o eso creo. He pensado en una línea de productos que dejaron de fabricarse hace casi sesenta años. Tendrán una carga de connaturalidad y nostalgia, no exenta de encanto: serán un bálsamo a la recargada y vulgar artificialidad que impera en la moda actual del producto.

»Estoy pensando en niños, en cómo juegan, y especialmente, con qué lo hacen. Juguetes, pues. Estoy hablando de juguetes. Podríamos fabricarlos a la antigua, con materiales nobles, de una manera artesanal. ¡Piensa! Coches, aviones, barcos, muñecos... de madera, cuero y bronce de nuestro país. Sin sofisticación, para potenciar la creatividad de los críos. Fiables, aplicando la normativa internacional sobre seguridad infantil. Bonitos, usando pinturas naturales absolutamente inocuas. Pero sobre todo, niños jugando con la imaginación con juguetes tradicionales. Fíjate que no estoy incidiendo demasiado en los trozos de madera que vayamos a producir...

—... sino en lo que van a representar para quienes lo compren —concluyó Nduka demostrando así que había comprendido plenamente la explicación de Uche—. Voy a necesitar un tiempo para que me baje el aceite y asimilar todo lo que me has dicho. Pero te puedo asegurar que me has dejado de plástico...

»Voy a meditármelo —dijo después de una breve pausa—. Pero es más que evidente que es una buena propuesta...

»¡Vamos a hacer una cosa! —cambió de idea animándose Nduka, después de hacer una segunda pausa, esta vez algo más larga—. Voy a proponer una mini-reunión de nuestro consejo ejecutivo para presentarles tu proyecto. Si prospera, te llamaré para que hagas de ponente. Conque estés la mitad de convincente que has estado hoy conmigo, la aprobarán de carrerilla. A la salida de restaurante, mientras se despedían, Nduka pensó que debería integrar a Uche como un miembro de su equipo.

Además, si el proyecto tenía éxito, su paisano desempeñaría un cargo de responsabilidad en el país que estaban construyendo para el futuro. Definitivamente le gustaba esta persona.

Uche por su lado, mientras se alejaba, se sentía radiante, al borde de la euforia. «No tenía ni idea —se dijo— que yo pudiera llegar a ser tan maquiavélico vendiendo ideas. Pero la verdad es que puede funcionar.»

Lamentablemente, y en mi línea de no dar fórmulas magistrales, nos vamos a quedar sin conocer si el montaje de Uche logrará llegar a buen término. A pesar de que no importa a efectos de este libro, personalmente apuesto a que sí.

Por increíble que parezca, me encontraba acabando de escribir la historia de Uche cuando llegó mi turno de quedarme a cuadros. Estaba dándole los últimos retoques, cuando escuché en la tele la noticia que un grupo de diseñadores de moda africanos habían expuesto sus colecciones en Europa patrocinados por una O.N.G.

Oportunas casualidades al margen, la de Uche es la historia de una transición. Hoy, ante nuestros ojos, millones de seres humanos del Tercer Mundo están escapando de un presente caracterizado por el hambre, la ignorancia, la corrupción, la injusticia, los intereses creados, pero más que nada, por la falta de futuro. Eso es lo que he pretendido reflejar con la primera parte del relato de Uche.

Esta situación es inestable, como la nitroglicerina, y acabará por cambiar. Puede que estalle de un modo traumático. La sangre de los desventurados es barata, y desgraciadamente ya está corriendo en su mundo desde hace mucho tiempo. Junto a lo anterior, los más de dos tercios de la Humanidad que pasan hambre empiezan a conocer que al otro tercio les sobra comida y la tiran. Su cabreo va ser progresivo y van exigir cuentas. Y que conste que no estoy enarbolando ninguna bandera revolucionaria, aunque lo parezca. Simplemente estoy señalando un peligro. Máxime cuando pienso existen soluciones.

La segunda parte de Uche, muy de Economía-Ficción, pretende precisamente aventurar la posibilidad de otra forma de transición. Y aunque sea todo lo imaginaria que se quiera, en realidad se han dado casos. España sin ir más lejos. Hace cuarenta años exportábamos mano de obra al resto de Europa y ahora la importamos de Sudamérica y África.

Con toda honradez, he de decir que no he pormenorizado los detalles que deberían constituir el cambio. Cada país tendrá su propia problemática, que desconozco. Las recetas que podría dar, serían terriblemente teóricas y de laboratorio. Además, estoy convencido que los que deben diseñar su futuro, deben ser los mismos ciudadanos de esos países. Me conformo, pues, con apuntar que existe una alternativa de desarrollo.

Por otro lado, en la primera narración, Germán, pese a los oropes de su próspero mundo, tiene la vaga sensación de que la estructura del edificio económico en el que vive, se asienta sobre un suelo arenoso. De ahí los

desconchados en la fachada, las vibraciones en el ascensor y los males olores en la escalera.

Ambos, Germán y *Pepe* (el de la primera parte), están padeciendo los males de unas Economías mal diseñadas. Por supuesto, cada uno de ellos los sufre con un grado muy diferente de intensidad —para sí quisiera *Pepe* los problemas de Germán—, pero la raíz es la misma. Se llama desconocimiento.

Desconocimiento que nos lleva a cometer errores de diseño, actitudes ventajistas y conductas codiciosas.

Uche hablaba de egoísmo altruista o altruismo egoísta, es decir, de una solidaridad interesada, que se oponía tanto a la mera caridad como a las actitudes y comportamientos puramente egoístas del párrafo anterior.

Se trata, pues, de satisfacer recíprocamente cuantas más necesidades mejor, y no de ser más «ricos». Capítulos antes ya lo mencionábamos. Es momento de recalcarlo: la persona más rica del reino más poderoso de la Baja Edad Media no podía tener cubiertas ni la décima parte de las necesidades que tiene hoy satisfechas un trabajador especializado.

Imaginemos una vez más una hipótesis absurda. Si nos dieran la oportunidad de ser Rey durante esa época, pocos de nosotros la rechazaríamos, lo que demuestra lo contradictorios e incoherentes que llegamos a ser. Para demostrarlo, basta pensar que estando en tal situación y con cientos de cofres en nuestro poder repletos de monedas de oro, sufrimos un buen dolor de muelas o, algo más prosaico, que nos apetezca cualquiera de los caprichos con los que nos gusta recrearnos. Supongo que no tardaríamos mucho en cambiar de opinión.

Pero no. Preferimos ser cabeza de ratón que cola de león, ¿verdad? Anteponemos, pues, mantener nuestros privilegios, fortuna y nivel de vida, defendiéndolos con uñas y dientes, pese a que con otra mentalidad podríamos estar mejor. Todos.

No estoy elucubrando sobre la Utopía. En absoluto. Se trata de algo muy real, como el título de este libro. Es tan de cajón, que pasa desapercibido, quizá porque no nos hagamos la pregunta correcta. Personal y profesionalmente, me he encontrado muchas veces ante situaciones en las que gentes con una determinada necesidad o problemática acudían a mí para que les desarrollara o elaborara la solución que habían pensado de antemano —es como ir al médico para que te recete las pastillas azules que te han comentado que son ideales—. Esto me llevó muchas veces a callejones sin salida, así que cambié de táctica. Les preguntaba, antes que nada, cuál era su problema, que luego ya buscaríamos la mejor solución.

Como *homo oeconomicus* nos pasa igual. Buscamos la riqueza y el poder porque creemos que esa es la solución a nuestros problemas. Pero si hacemos una pregunta tan simple como: ¿Ud. dónde preferiría vivir?

- En un pueblo sin gente especializada, sin mucho suministro en las tiendas, sin alcantarillado ni agua corriente, con un alcalde vago y corrupto, pero donde Ud. fuera el más rico, poderoso y guapo.
- En el pueblo de al lado, con un nivel apropiado de ingresos, pero con un buen médico, fontanero, peluquero, alcalde eficaz y honrado, un mercado bien surtido y buen «rollito» entre los vecinos.

Entonces, la respuesta sería evidente. Nos interesa que haya mucha gente preparada a nuestro alrededor que pueda echarnos una mano en cuanto nos haga falta. Y esto es válido tanto a escala individual como mundial. Y si seguimos en desacuerdo, veamos un ejemplo real, y además, otra vez, oportunamente reciente:

Este principio de milenio no está siendo especialmente bueno para una de las naciones más poderosas del mundo, Alemania. Pues bien, y también es casualidad, el canciller alemán se ha quejado de que España esté creciendo gracias a las ayudas comunitarias que ellos financian en buena parte. La respuesta española — comentaristas de prensa, nada oficial por supuesto— ha sido que con esos fondos, estamos comprando maquinaria alemana.

De nuevo hemos de hacernos una pregunta clave: ¿Estaría Alemania dónde está, si no hubiera ayudado, generosamente además, a los países menos privilegiados de la Unión Europea?

¿Comprenden a dónde quiero ir a parar? Luis Racionero, escribió «Del paro al ocio», un libro bastante más heterodoxo que el mío. Permítanme, precisamente ahora que está acabándose este ejemplar, que rompa una costumbre. Voy a citar textualmente dos párrafos de su volumen:

«En vez de suponer que el hombre es egoísta e individualista, como supone el actual sistema económico, se puede suponer que el hombre es altruista y cooperativo, y montar la economía en la cooperación en vez de la competencia... En vez de suponer que los demás países son un grupo de seres peligrosos, perpetuamente al acecho de la oportunidad para invadir y arrebatar lo ajeno, o, si son pobres, verlos como presa apetecible a la que despojar en provecho propio; en vez de eso, se puede ver a los otros países como miembros de igual clase en la astronave espacial Tierra; gentes con las que hay que cooperar y a las que se debe ayudar.»

«... volvemos a encontrarnos con un defecto básico de la microeconomía: el suponer que las funciones de utilidad de las personas son independientes unas de otras.»

La única discrepancia radica en que yo abogo por un amor interesado — comparen mi altruismo egoísta, o viceversa, con su visión del ser humano altruista y cooperativo—. Pero ambos planteamos la misma idea: el error que supone un sistema económico que predica que el bien común se alcanza mediante la codicia, el interés y la avidez de los seres humanos.

Luis Racionero, cuyo libro leí hace ya bastante tiempo, hizo una proposición que me causó un cierto impacto. No puedo resistirme a mencionarla porque pone de manifiesto que existen alternativas al modo de enfocar la vida económica. Una de las preocupaciones mayores de nuestros gobernantes, y también de nosotros mismos, lo constituye el paro. La tasa de paro es una de las espadas de Damocles que pende sobre nuestras cabezas. En cambio, él opina que en una Sociedad superdesarrollada, en la que el trabajo está enormemente automatizado, el indicador debe verse al revés: cuanto más trabajo sea necesario para satisfacer las necesidades de una colectividad, peor.

Parte de la concepción humanística griega, en la que el hombre es la medida de todas las cosas. Los romanos, mediterráneos como ellos, y en cierta medida herederos suyos, nos proporcionan las palabras trabajo y negocio, de un claro matiz peyorativo. La primera proviene de *tripalium*, «instrumento de tortura — cito textualmente— utilizado para obligar a los esclavos». La segunda de *neotium*, no-ocio. (Por el contrario, los anglosajones utilizan la palabra *business*, que viene de *busy*, ocupado, atareado. ¡Existe una buena diferencia de matiz! ¿No?)

Así pues, Luis Racionero, propone un cambio de mentalidad, desde la *stajanovista*, maniática del trabajo y de la producción, por otra en la que el ser humano pueda dedicarse a otros valores, y en especial al disfrute del ocio. Trabajar lo imprescindible, y cada vez menos, para producir lo necesario.

Estoy en buena parte de acuerdo con él. Creo que hemos de trabajar para vivir que no vivir para trabajar, o lo que es lo mismo y parafraseando las Escrituras: «No se hizo el Hombre para la Economía, sino la Economía para el Hombre». Discrepo en que pienso que no estamos ni de lejos cerca de esa Economía Mundial del Bienestar. Eso que es evidente si pensamos en la gente subdesarrollada, es igualmente aplicable al Primer Mundo en dos puntos: es un sistema imperfecto, con Parkinson —recuerdan—, y además no tenemos ni idea de cuál puede ser en el futuro el grado de necesidades que podemos tener cubiertas si toda la Humanidad se pone a satisfacerlas eficaz y recíprocamente. Y no estoy pensando en un mundo lleno de fábricas y de cachivaches, con sucorrespondiente polución. El negocio del ocio, perdonen el juego de palabras, abre enormes perspectivas, así como el de educación — aprender por el placer de aprender—, el del turismo —aunque muy diferente del vacuo y disparatado de nuestros días— y el de otros muchos que sin duda, si dejan volar su imaginación se les ocurrirán.

Con estas premisas, es de cajón que el modelo de desarrollo del Tercer Mundo no tiene porqué copiar los errores del nuestro. Y, de igual modo, el nuestro debería evolucionar —si es que no lo está haciendo ya sin que nos demos cuenta—, hacia otro más humanista y estable.

Pienso que puede estar cambiando porque basta abrir un poco los ojos y mirar a la gente para encontrarnos con colectivos que están valorando apreciablemente su tiempo de ocio. (También es cierto su contrario, adictos al trabajo y gente obligada a bregar mientras otros disfrutan). La demostración de

esta última afirmación es fácil: intente llamar a su fontanero un sábado o dése una vuelta ese mismo fin de semana por las carreteras más pintorescas próximas a su ciudad. Podrá ver ciclistas a cientos disfrutando de su potro de tortura particular. Puede citar todos los ejemplos que le parezcan. (No vale hacer mención a las horas dedicadas a ver programas alienantes ante el televisor).

Pese a la importancia que le estoy dando al tema del ocio, no es ése el objeto de este capítulo. Lo he mencionado como un ejemplo de alternativa, indudablemente muy deseable. Pero antes hemos de dar solución a ese edificio, que decíamos, está construido sobre arena.

Una de las palabras que más he repetido en este libro es la de «conocimiento», siempre ligada al progreso de las actividades humanas, sean o no económicas. Es innegable que cuanto mejor conocemos lo que son y cómo funcionan las cosas, más competentes somos en su manejo y se nos ocurren más y mejores ideas para de perfeccionarlas.

Esto es completamente válido para la Economía. De igual modo, la ignorancia, el conocimiento equivocado y parcial, nos aboca a situaciones contrarias e indeseables. Por tanto y conectando con el capítulo anterior en el que mencionaba la revolución del conocimiento, estoy firmemente convencido que un mejor futuro pasa por que exista mucha gente muy preparada y con fundamentos más sólidos.

Revolución del Conocimiento, ahora con mayúsculas, en el que la Economía se vea como la Ciencia que posibilite la vida al género humano, satisfaciéndose recíproca e interesadamente, las necesidades que éste tenga o pueda llegar a tener.

Nos alejamos de esa forma de los conceptos de riqueza (y pobreza) como motores del pensamiento económico.

¡No puedo creerme que esté acabando el libro! Más de once años me ha llevado escribirlo, si bien con nueve sábaticos por medio.

Si algo me gustaría destacar, es que en él he procurado mostrar a gente viviendo. No he partido de modelos abstractos y teóricos, sino que he intentado pintar a gente muy real —por muy ficticios que sean los personajes—, subsistiendo o dándose una buena vida, padeciendo o gozando, deprimiéndose o siendo optimista, haciendo trampas o actuando honradamente, en suma, bajo muchas de las circunstancias que nos puede haber tocado vivir. Luego, he tratado de explicar los porqués y los cómo, es decir, la teoría. Y debo confesar que, en algunos puntos, es bastante heterodoxa, pues está separada de la doctrina tradicional. (Ojo con exponerla en algún examen, se corre el riesgo de ser suspendido inflexiblemente.)

Sin embargo la definición que dábamos en el Capítulo O, no ha seguido este modelo, por eso quizá haya que mejorarla. Pero antes, debo decir dos cosas. La primera es insistir en que no busco ningún tipo de revolución fundamentalista, creando un sistema cerrado en el que todo tenga su explicación y en el que los seres humanos deban seguir el modelo de comportamiento prediseñado para alcanzar los nobles fines que el ideario oficial proclama. Es más, no quiero ninguna revolución.

Creo, por contra, en un sistema abierto y cambiante en concordancia con nuestro avance en el grado de conocimiento de la Economía Real, en unas leyes y normas justas emanadas de ese conocimiento, en la detección eficaz de los tramposos que se aprovechan de sus semejantes impidiéndoles crecer, pero sobre todas las cosas, creo en gente trabajando —por lo de satisfacer mutuamente necesidades— y progresando poco a poco, pero día a día, tanto exterior como interiormente. Espero que este libro ayude a conseguirlo.

Habría, pues, que modificar la definición de Economía para que se adaptara mejor a este objetivo final:

La Economía es la actividad humana tendente a ~~la supervivencia~~ alcanzar una vida plena mediante la generación, reparto e intercambio del excedente.

No me gustaría dar la sensación de final feliz de cuento de hadas que, por demás, es muy *light* (perdón por el barbarismo, se puede traducir por simplón). Y es que, al explicar lo que creemos que es, o debe ser, la Economía, es muy fácil caer en muchos errores. No sé a cuál peor, ser fundamentalista, ideólogo, pesimista, optimista o, en fin, pongan el adjetivo que quieran.

Cualquiera de estas actitudes actúan como un velo puesto delante de nuestros ojos que distorsiona la realidad. En la medida de lo posible he pretendido evitarlo —sé que es materialmente imposible ser aséptico al cien por cien—, de ahí ese modo atípico de escribir el libro, partiendo del ser humano y su evolución. Porque, si bien la Economía es algo muy real, no deja de ser un invento humano, y como tal, mejorable. Mejoras que se han venido produciendo ciertamente. Las repasaremos rápidamente, capítulo por capítulo. Les recomendaría que fueran haciendo el ejercicio de imaginar de un modo visual, y desde la perspectiva de la generación, reparto e intercambio, lo que suponía en la vida de aquellas personas cada uno de los cambios que se iban produciendo. Incluso pueden ir más allá, e imaginar dónde estaríamos si no hubiesen ocurrido.

Con esa idea en mente, empezaba exponiendo la definición «dura» de lo que es la Economía con el fin de tener un punto de arranque común.

Veíamos seguidamente como el hombre prehistórico, realizando tareas de cazador y recolector, no conocía la Economía, aunque sí desarrollaba algunas

actividades que podían ser consideradas como embriones de la misma: fabricación de armas y utensilios, construcción de chozas y una pequeñísima división del trabajo. Aprovechándome de ellas, me he permitido la licencia de situar el nacimiento de la Economía en esa época, meramente con fines didácticos.

Luego, el ser humano, descubría que es posible dominar el cultivo de algunas plantas y animales, dando paso a la Gran Revolución, en la que una persona era capaz de producir por encima de lo que necesitaba para ella misma. Ahí es donde nace efectivamente la Economía, puesto que se liberaba a gente de la producción directa de alimentos, permitiendo desarrollar otras actividades.

Inevitablemente, las pequeñas aldeas situadas en zonas cultivables, crecieron convirtiéndose en ciudades donde se produjo una mayor diversificación y especialización de la actividad: más y mejores productos, materiales e inmateriales; más intercambio (de necesidades). Nace la escritura que, a efectos prácticos, hace posible la administración de los negocios, pero que, sobre todo, permite la conservación y transmisión del conocimiento.

Una cosa lleva a la otra, y la dificultad de aclararse con el intercambio de mercancías nos llevó al invento del dinero. Un buen invento, si se piensa que el dinero no es otra cosa que un instrumento conceptual, que todos aceptamos para movernos por el mundo real. Dinero, promesas en metal, papel o plástico haciéndonos correr detrás de él. ¿No les sugiere nada? Piénsenlo unos momentos y seguimos.

Los siguientes temas que pulsábamos, nos llevaban a los principios de la Roma monárquica y republicana. La construcción de una cosa tan simple como un puente trajo beneficios considerables a la colectividad. Nos ha servido de muestra para comprender lo que significaron las *infraestructuras* romanas, un hito difícil de superar que contribuyeron a su alto grado de prosperidad e hicieron posible un mundo más amplio. El otro punto era de orden inmaterial — lo calificábamos de *superestructural*—: el Derecho Romano, ciertamente de carácter económico por entero. De nuevo, un factor intangible influyendo en el modo de actuar de la gente y su *estructura*. Pero no por intangible menos «real», entre comillas, que el propio puente. ¿Se va perfilando la respuesta a la pregunta del párrafo anterior?

Con el transcurso de los años, aquel imperio, se fue viniendo abajo y no precisamente por culpa de los hados, sino por la suya. Tampoco era inevitable que ocurriera. Fíjense, porque las dos preguntas anteriores casi se contestan solas. De la escritura, el conocimiento, los espacios urbanos y comerciales, la confianza, la honradez, el optimismo, el derecho y el ancho mundo (w.w.w. *world-wide*, aún sin la telaraña, la *web*), se pasa a su contrario. Con ello puentes y carreteras se destruyen, las ciudades se vacían, aparece el hambre y la gente acaba por morir con más facilidad.

En medio del caos, otro pueblo, el árabe, recupera lo mejor del pensamiento y conocimiento de la Antigüedad, erigiéndose en primera potencia mundial. He situado en ese contexto una inverosímil tertulia en la que se debatía la cuestión

de lo que valen las cosas. Para sorpresa nuestra, descubrimos que en sí mismas, no tienen ningún valor. Es el propio ser humano el que se lo proporciona de un modo subjetivo y, además, muy aproximado e impreciso. Esto lo aprovecha una de las partes para ir subiendo los precios, con lo que se genera la inflación, que no es otra cosa que la lucha por la apropiación del excedente, abusando de la falta de claridad de ideas de la otra parte.

La Edad Media constituye un ejemplo vivo de una situación no deseada y para más *inri* perfectamente evitable. Otros pueblos de la época no la padecieron. En ella se comprueba palpablemente que cuantas menos necesidades se satisfacen, menor es la esperanza de sobrevivir —funciona igual que una espiral—. Es también un ejemplo de fe, pero sin dejar de arrimar el hombro, en la reconstrucción de un mundo. Lentamente al principio, y con recaídas, pero cada vez más firmemente. Este capítulo es la continuación, pero con el signo cambiado, al de la crisis. Y una pequeña aclaración, no siempre después de una crisis viene la recuperación. La Historia está plagada de sociedades que nunca se recuperaron o simplemente desaparecieron. Por eso, quizá, tenga más mérito lo que hizo aquella gente, aunque le costara mil años.

Y dando un salto, llegamos a la época del Parkinson. Los ingleses alcanzaron ser el número uno mundial gracias a toda una serie de factores, y entre ellos su industrialización. Se pusieron a pensar que la Economía era así, una ciencia exacta que funcionaba fielmente como ellos la tenían. E hicieron correr la voz por todo el mundo, que les creyó. Aún estamos sufriendo las secuelas de un pensamiento equivocado que no tenía en cuenta para nada al hombre.

Germán lo notaba, y Uche se las ingeniaba para salir adelante. Ambos tenían claro que la solución para el futuro pasaba, además de por el trabajo, en un cambio de mentalidad que tuviera en cuenta un conocimiento más profundo de lo que el ser humano precisa. Sería, así, más sencillo dar con las respuestas correctas.

El futuro, indudablemente está en nuestras manos, pero previamente debe pasar por nuestras cabezas.

Valencia, de octubre de 1.992 a septiembre de 2.003

BIBLIOGRAFIA

- Cipolla, Carlo M., *Historia Económica de Europa (4). El nacimiento de las sociedades industriales (I)*, Ariel, Barcelona, 1987.
- Fernau, Joaquim, *Ave César*, Bruguera, Barcelona, 1973.
- Follet, Ken, *Los pilares de la tierra*, Plaza y Janés, Barcelona. (Novela)
- Galbraith, John K., *El nuevo estado industrial*, Ariel, Barcelona, 1974.
- Galbraith, John K., *El crack del 29*, Ariel, Barcelona, 1987
- Galbraith, John K., *Historia de la Economía*, Ariel, Barcelona, 1989.
- Galbraith, John K., *La sociedad opulenta*, Planeta-Agostini, Barcelona. 1992
- Hicks, J.R., *Ensayos críticos sobre teoría monetaria*, Ariel, Barcelona, 1970.
- Montaneli, Indro, *Historia de Roma*, Plaza & Janés, Barcelona, 1985. N
- iveau, Maurice, *Historia de los hechos económicos contemporáneos*, Ariel, Barcelona, 1971
- Pirenne, Henri, *Las ciudades de la Edad Media*, Alianza Editorial, Madrid, 1984.
- Racionero, Luis, *Del paro al ocio*, Anagrama, Barcelona, 1983.
- Valiño, Emilio, *Instituciones de derecho privado romano*, Artes gráficas Quiles, Valencia, 1980.
- Varios, *Crónica de España*, Plaza & Janés, edición especial para Diario 16, Madrid, 1991.
- Varios, *Crónica de la Humanidad*, Plaza & Janés, edición especial para Diario 16, Madrid, 1991.
- Varios, *Crónica de la Técnica*, Plaza & Janés, edición especial para Diario 16, Madrid, 1992.
- Varios, *Historia del Pueblo Valenciano*, editado por Levante, 1988
- Vilar, Pierre., *Crecimiento y desarrollo*. Ariel, Barcelona, 1983.

Además de esta heterodoxa relación, debo comentar que la historia de la carne quemada que Zem debió comerse, está basada en una narración radiofónica que escuché en mi juventud. Siento no recordar ni la emisora ni el autor. La idea del refugio que Palle se vio obligado a construir en tierras heladas viene de una estupenda película: Dersu Ursalá. Finalmente confesar —otra vez una película— que una de las múltiples versiones de Robinson Crusoe, me inspiró una de las ideas de lo que no era dinero: cuando Wulstn le dice a los quibanitas eso de «con la plata puedes hacer lo que quieras». En el film, Robinson desesperado por hacer entender al bueno de Viernes lo que es el dinero, utiliza una frase parecida, y el nativo le responde algo así: «Es estupendo, usémoslo para salir de la isla».

Relación de personajes y lugares ficticios

Capítulo 1

Bope, Buop, Cío, Dag, Guefre, Güeje, Hyfs, Kiy, Leru, Leto, Palb, Palle, Shemi, Torz, Tshak, Uilt, Wami, Yirna, Zem

Capítulo 2

Aldea-Colina, Bop, Bop'hi, Bops'z, Degs'hi, Duan-Kell, Etem, Grafd, Grafd'z, Grafeth, Grafeth'hi, Jigkesh, Juzemplabt, Latu, Lerud'x, Llirma, Paal, Paal'hi, Paal Paal'hi, Pald'z, Qyar, Ruc-Fin-Dol, Sald-Bua, Tlau, Tres-Ríos, Tyi, Urg, Urgitas, Urry, Wult, Wult'hi, Wult'z, Zael, Zanme, Zanme'hi

Capítulo 3

Asswé, Bopsez, Cigur, Lerursin, Paallis, Quibanitas, Rismandés, Tuuins, Tyel, Villacolina, Wulsn, Zemtrep

Capítulo 4

Bopsez, Cigur, Khenel, Lerursin, Omaz, Paallis, Quibanitas, Rismandés, Seticios, Uruk, Villacolina, Wulsn, Yecad, Zemtrep

Capítulo 5

Aurelio Claudio, Cornelio, Julio Tulio Léntulo, Marcelo, Marco Tulio Léntulo, Mario Agerio, Quinto Publio, Severo Antonio Fabio, Tertuliano, Ticio Gayo, Valerio Licinio

Capítulo 6

Aelio Antonino, Cneo Bruto Sejano, Sunerico, Valeriano, Vicente Severino Gémino

Capítulo 7

Abdala, Abenamar, Abú Yacub, Aixa, Musa (Abú Bakr Musa ibn Muhammad bn-l-Sili), Yusuf

Capítulo 8

Adalbert, Bourg-Neuf, Conde D.Alfonso, Elvira, Fray Damien, Guillaume, Guy, Lope, Luca *Joven*, Luca *Viejo*, Maese Rinaldo, Marie *Posadera*, Médard, Oleg, Pedro de Santyago, Renaud des Champeaux, Turenne, Umberto

Capítulo 9

Jack

Capítulo 10

Germán, Uche Ikpeba (*Pepe*), Nduka Embe, Organización Libertad de Expresión.

Nota: Este libro se ha escrito en dos periodos. En el primero entre 1.992 y 1.994, escribí la mayor parte, y en el segundo, 2.003, añadí los dos últimos capítulos, a la vez que repasé los anteriores

Este libro ha sido editado por



en formato HTML, PDF y EPUB
y es accesible gratuitamente desde la página
<http://www.eumed.net/libros-gratis/2013/1270/index.htm>

Se autoriza su copia para usos educativos y sin fines comerciales.
No se autoriza su reproducción en Internet.